Librería Anticuaria
Studio
Aribau, 12 - Barcelona-11

E 2 mm 2

VIAGES DE Fr. GERUNDIO.

VIAGES DE Fr. GERUNDIO.

VIAGES

DE

FR. GERUNDIO,

POR

FRANCIA, BELGICA, HOLANDA.

Y ORILLAS DEL RHIN

1866
RAFAEL ARIZA

RAFAEL ARIZA

BÉLGICA.

ADUANEROS Y LECTORES.

«Aquí daremos tiempo á los dependientes de la aduana «Belga para que registren los bagages tan á su satisfaccion y tan «despacio como gusten, y el lector tendrá la dignacion de dar «un descanso á los viageros, que proseguirán su marcha, sino «tan pronto como quisieran, tan pronto como pueda ser.»

Con estas palabras terminé, yo Fr. Gerundio, el tomo 1.° de estos *Viages*. Y quizá sea la vez primera que un escritor se tome la libertad de poner por cabeza del 2.° volúmen de su obra los pies del 1.° Con razon nos dejó dicho el hermano Aristóteles que los estremos se tocaban. Y esta máxima del filósofo griego he tenido yo que ponerla en práctica hoy para decir, que ni los aduaneros Belgas deberán quejarse de no haber tenido sobrado vagar para el reconocimiento de nuestros equipages, ni yo tengo por qué quejarme de la indulgencia de mis lectores, puesto que de uno á otro tomo yo he concedido á los aduaneros y el lector me ha otorgado á mí, algunos meses de intermedio y de descanso.

Y es que en este espacio de tiempo se ha visto precisada mi paternidad reverenda á emprender un nuevo viage, y mientras ha durado el viage material ha tenido que suspenderse el viage escrito. Mas una vez que yo estoy ya de vuelta, y que los aduaneros han terminado su registro, pongo mi pluma en

la línea de Bélgica y mi cuerpo en el carruage, y prosigo en compañía de mi buen lego Tirabeque, y de los demas que en el discurso de estos apuntes irán saliendo.

DE LA LINEA A LA CAPITAL.

Tan pronto como se sale de *Quievrain* y se da vista á los campos Belgas, se conoce que se ha entrado en el pais de la industria y de los adelantos en la agricultura y en la fabricacion. Donde quiera que se mire se ven acá y allá inmensas fábricas, de cuyas elevadas chimenéas de vapor se desprende el denso humo del carbon de piedra, que estendido por la atmósfera va dando testimonio de la laboriosidad de aquellos habitantes. Donde quiera que se tienda la vista, se admira la esmerada cultura de los campos; y donde quiera que el viagero dirija los ojos, encuentra pequeños caminitos de hierro que conducen á las fábricas para el fácil trasporte de los materiales y artefactos, y que cruzando el arrecife ó calzada de las diligencias por debajo de cien puentecillos demuestran desde luego al viajante que se halla en un pueblo industrioso y fabril.

A las tres leguas y media se encuentra Mons, capital de la provincia de Henao (*Hainaut*), una de las nueve en que está dividida la Bélgica. Como plaza fronteriza, es ciudad fortificada; acaso la mas fuerte por el sistema moderno de fortificacion: su poblacion de 20 á 25.000 habitantes y parte de ella está situada sobre un monte ó eminencia que le ha dado su nombre; lo cual prueba (si yo no soy un desgraciado humanista) que cuando se bautizó Mons se hablaba latin por aquellas tierras por donde ahora se habla francés. Y no es estraño que asi sucediera, si es cierto que *in illo tempore* andubo por allí el hermano Julio César haciendo de las suyas, y fundando pueblos y castillos y poniéndoles los nombres que mas le acomodaba.

Lo mismo fué entrar por las calles de Mons que sorprenderme Tirabeque esclamando: «¡Señor, señor! aquí está don Martin de los Heros.—¡Don Martin de los Heros aquí! dije yo. ¡El intendente del Real Patrimonio de España por aquí ahora! Eso es imposible, Pelegrin.—Señor, no es imposible: ¿no le vé vd. ahí detras de esos cristales?»

¡Cosas tiene el tal Tirabeque....! Era un magnífico gato,

puesto de muestra en una tienda de peletería: y como al señor Heros han dado en la manía de nombrarle en España *el Gato Belga*, por no sé qué historias que en las córtes ha referido de los gatos belgas, quiso mi Pelegrin aplicar el seudónimo al primer gato que en Bélgica veía. Y aun no paró en esto, sino que á los pocos pasos y en la misma calle volvió á esclamar Tirabeque: «Señor, otro don Martin.» Y era efectivamente otro gato colocado de muestra en otra tienda. ¡Tal se presentaba allí la abundancia de gatos! Sin que por eso allá-

ra yo la razon de haberlos traido el señor Heros al templo de la representacion nacional española.

Si pueblo hay que pueda presentarse como ejemplo de vicisitudes es Mons. Solo desde el siglo XVI ha mudado de dueño catorce ó quince veces. Al conde Balduino se la quitó el conde de Nassau: al conde de Nassau se la conquistó (no digo «se la quitó,» porque era español) nuestro duque de Alba: al duque de Alba se la quitó Luis XIV: de Luis XIV, volvió á pasar á la España: á los españoles se la volvieron á arrebatar los franceses: de los franceses la tomaron los holandeses, y de los holandeses los austriacos: á los austriacos se la quitaron de nuevo los franceses, y á los franceses se la quitaron otra vez los austriacos, y á los austriacos se la volvieron á tomar los franceses, que despues la evacuaron y luego la volvieron á ocupar, y en seguida volvió á los holandeses, y últimamente es de los belgas desde que los belgas pusieron casa de por sí.

Ahora hagan vds. el favor de esplicarme lo que es derecho de gentes.

A pesar de todo, Mons es una ciudad bastante bien construida y bastante bien conservada, de mucha industria, mucha fabricacion, mucho comercio, y no poca minería.

BRUSELAS.

NOCHE HISTORIADA.

No hay señal mas cierta de haber andado los viageros las 10 leguas que separan á Mons de la capital de Bélgica, y las 64 que la dividen de París, que hallarnos en Bruselas, como en efecto nos hallamos, teniendo el gusto de poder ofrecer á vds. una regular habitacion en el *Hotel Imperial y de los Estrangeros reunidos, rue des Fripiers;* absteniéndonos empero de ofrecer las camas, no porque no sean muy cómodas y muy buenas, sino porque se espondrian vds. á coger un resfriado con la humedad de las sábanas, que tambien aqui hemos topado con la endiablada costumbre de los húmedos lienzos que nos ha perseguido en mas de un hotel.

Tan cierto es esto, que á trueque de amanecer perdidamente romadizados, ya que otro peor mal no adquiriéramos, acordamos amo y lego retirar aquellas sábanas no santas; y enroscándose Tirabeque en un cobertor y yo Fr. Gerundio en mi bata de viage, echamos nuestras humanidades á descansar, pero en vano. El frio, poderoso mantenedor de pervigilios, y uno de los mas capitales antagonistas de Morféo, nos hizo estar mas despavilados que dos centinelas avanzadas en pais enemigo y en tiempo de guerra. Con este motivo pasamos una noche mas

histórica de lo que habiamos pensado, porque se entabló de cama á cama el diálogo siguiente.

«Con que nos hallamos, Pelegrin, en nuestros antiguos países, en los antiguos dominios de España, y por consiguiente en nuestra tierra, se puede decir.—Señor, si esta ha sido nuestra tierra debe hacer ya mucho tiempo, porque yo puedo jurar á vd. que no conozco yá un alma en ella, y pienso que nadie me conoce á mí.—Por supuesto que hace mucho tiempo ya; esto fué cosa del siglo XVI. Paréceme que debes estar muy poco enterado de la historia de este país.—Lo estoy tan poco, mi amo, que creia yo que este pais no tendría historia.—Y yo no creia hasta ahora que tú fueses tan ignorante y tan lego.

«Segun eso no sabes que la Bélgica despues de haber estado sucesivamente bajo la dominacion de los romanos, de los francos venidos de la Germania, de los duques de Namur ó de Flandes, del Brabante ó del Luxemburgo, y últimamente del de Borgoña, pasó á la casa de Austria por el matrimonio de

María, hija de Cárlos el Temerario, con el archiduque Maximiliano, hijo del emperador de Alemania Federico III..... ¿Te duermes, Pelegrin?—Un poco me iba tentando el sueño, mi amo; y siga vd. la historia, que una historia debe ser cosa muy buena para dormirse un lego.—Pues no te duermas todavia, porque justamente ahora vamos nosotros á hacernos dueños de la Bélgica.—¡Nosotros, señor! ¿Qué es lo que dice vd? Paréceme que vd. sueña, mi amo.—No sueño, Pelegrin, sino que precisamente el nieto de ese Maximiliano, Cárlos V rey de España y emperador de Alemania, fué el que entró á heredar estos estados, que desde entonces pertenecieron á España, hasta 1712 que por la paz de Utrech volvieron á incorporarse al Austria estos que entonces se llamaban Paises-Bajos Austriacos. ¿Te duermes, Pelegrin?..... Pelegrin?—Señor?—Te dormías?—Señor, mientras esto fué de España estube despierto, pero luego que pasó al Austria me iba quedando dormido otra vez.—Pues no te duermas aún, porque has de saber que en 1795 fué conquistada la Bélgica por los franceses, y constituyó parte del Santo Imperio, dividida en departamentos, hasta que en 1815 por decision del Congreso de Viena fué reunida á la Holanda para formar el reino de los Paises-Bajos bajo la dominacion de Guillermo de Orange-Nassau. Asi permaneció hasta la revolucion de 1830.... ¿estás dormido?—Señor en tiempos de revolucion nadie se duerme.—Pues bien, en 1830 la Bélgica (que hace mucho tiempo parece haberse propuesto ser la *segunda edicion* de la Francia) hizo tambien su revolucion y se emancipó de la Holanda, haciendo reino aparte. El gobierno provisional convocó un Congreso nacional, y en el se eligió por rey al duque de Nemours, hijo de tu amigo Luis Felipe, y no habiéndolo este aceptado, nombraron el 4 de junio de 1831 al príncipe Leopoldo de Saxonia-Coburgo, que lo admitió y es ahora el rey de los Belgas.»

«Se acabó ya la historia, mi amo?—No falta mas que un apéndice. Ultimamente por el tratado de 15 de noviembre de 1831, cangeado en Lóndres por los plenipotenciarios de las

cinco grandes potencias, Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, ratificado en 1839 por la Bélgica y la Holanda, se declaró á Bélgica reino independiente y se fijaron los límites que habian de separar los dos reinos: que fué la obra de los famosos *protocolos* que se formaron para decidir la cuestion Holando-Belga, de que tanto habrás oido hablar. ¿Te has dormido?—No señor, y aunque lo estubiera despertaría, que no hay cosa como los portocolios para hacer despertar á un español; no, sino duérmanse los españoles, y amanecerán portocolizados, que quien hace un cesto hará un ciento, y de tales portocolistas, nos libre Dios, que asi disponen de la casa agena como si fuese suya propia; pero ya que esto no tiene remedio, hágame vd. el favor de dejarme dormir que buena falta me está haciendo.

DIA DE HISTORIA.

Dos cosas me hicieron levantar sin pereza al siguiente dia, el frio y la curiosidad de visitar la capital del Brabante, en la cual suponia yo encontrar mas de un recuerdo histórico interesante á un español, y que si la noche habia sido historiada, el dia no lo habia de ser menos. Desperté á Tirabeque que dormia como un bienaventurado, y le intimé que se preparára á salir: él se mostró dispuesto á obedecerme, con solo la condicion de que le diera tiempo para asearse y almorzar.

Asi lo hice. El salon de comer era anchuroso y magnífico: el almuerzo gustoso y sazonado. Mas cuando Tirabeque vió al lado de cada plato un panecillito redondo como de dos onzas, «¡ay, señor! me dijo; ¿á que tierra me ha traido vd? Si los españoles que ocuparon en otros tiempos este pais eran castellanos viejos, no era necesario mas para echarlos de él que mantenerlos con esta miseria de pan.»

Por fortuna habia sobre la mesa un canastillo casi lleno de aquellos panecitos: Pelegrin se le aproximó como quien no llegaba á ello, y de allí se iba surtiendo cada y cuando los habia

menester. Táctica que adoptó y siguió despues en todos los pueblos de la Bélgica. De modo que el canastillo era en cada mesa una especie de satélite de mi lego, y mas de una vez se atrajo la atencion y escitó la sonrisa de todos los comensales con su menudéo en alargar la mano al cesto y su práctica en embaular panecillos.

Concluido el almuerzo, y provistos de nuestro correspondiente *commissionaire*, nos lanzamos á la calle. Estos *commissionaires* ó *domestiques de place* son una especie de guias, conductores y recaderos, que tienen en todos los hoteles para acompañar á los estrangeros en las poblaciones, servirles de guia para visitar los monumentos y objetos notables, y desempeñar los demas menesteres que les encomienden. Ellos están todo el dia á disposicion del estrangero por la retribucion de tres á cinco francos, y constituyen uno de los tipos particulares de aquellos paises. Nuestro *Joseph* de Bruselas, era jovialismo, amabilismo, servicialismo; dominado de una especie de furor de complacer, iba siempre como bailando á nuestro lado, y mirando á nuestros ojos como quien buscaba adivinar por ellos nuestro deseo; y no solo se prestaba gustoso á conducirnos donde quiera que le indicábamos, sino que él mismo tomaba la iniciativa y se espontaneaba á llevarnos á lugares que nosotros nos hubiéramos retraido de proponer y de nombrar.

Acompañábannos á esta espedicion otros dos españoles que se nos habian incorporado en el camino de Bélgica; el uno ex-diputado y dueño de algunas fábricas de paños, que iba con objeto de visitar las del país, y el otro el hermano Isidro, maestro faberferrario (vulgo herrero), que el ex-diputado llevaba consigo para que aprendiese y tomase lo que pudiera del ramo de maquinaria análogo á su arte y profesion, en que tenia fama de ser tan aventajado como puede serlo un herrero de Castilla la Vieja que no habia salido hasta entonces de su lugar. Este hermano fué mientras anduvo con nosotros un segundo Tirabeque, y entre los dos y los *domestiques ó commissionaires* solian darnos escenas muy sazonadas y divertidas.

Lo primero que visitamos fué *la Plaza*, digamos asi, *de la Constitucion*, donde está el *Hotel de Ville* (casa de ayuntamiento). No me habia engañado en mis esperanzas de hallar recuerdos españoles, porque esta plaza, la principal de Bruselas, es un cuadro de casas, hechas todas bajo la dominacion española, y cuya forma y gusto antiguo la distinguen del resto de la poblacion, y le dan una fisonomía verdaderamente original. Casi todos los edificios están destinados á alguna sociedad: en uno se lee: «*Sociedad de cervezeros:*» en otro: «*Sociedad de panaderos:*» en otro: «*Sociedad de sastres:*» en otro: «*Sociedad de navieros:*» en otro: «*Sala de ventas públicas:*» y asi de los demas.

La casa que hace frente al *Hotel de Ville* fué casa de ayuntamiento hasta el año 1440. A lo largo de su fachada se lee una inscripcion que dice:

«*A peste, fame et bello, libera nos, María Pacis.*»

«De la peste, del hambre y de la guerra, líbranos Vírgen de la Paz.»

Esta inscripcion se puso con ocasion de haber hecho restaurar el edificio la infanta Isabel, hija de Felipe III, en accion de gracias á nuestra señora de la Paz por haber librado á Bruselas de aquellas tres plagas. Sin embargo no parece que ha sido muy favorecido de la Vírgen un pueblo que ha sufrido las poquitas plagas siguientes: en el siglo XIV una hambre y una peste horrorosas de resultas de una lluvia de trece meses consecutivos; en el siglo XV un incendio que redujo á cenizas 1.400 casas; en el XVI dos temblores de tierra que destruyeron una gran parte de la poblacion; y otra peste que se arrebató 27.000 personas; y en el XVII un bombardeo, que acompañado de un viento furioso, produjo otro incendio que devoró 14 iglesias y 4.000 casas. Pero no condenaré yo la accion de gracias

y la devocion de la Infanta Isabel á la Vírgen, porque sin su proteccion, ¡Dios sabe lo que hubiera sucedido! Dios y la Vírgen hubieran podido muy bien hacer otro Egipto de Bruselas.

Atenta y apaciblemente veia y oia Tirabeque estos recuerdos de España. Pero otra cosa fué cuando el bueno de *Joseph* comenzó á decir: «En esta plaza, señores, fué donde su compatriota de vds. el duque de Alba decapitó á los condes de Horn y de Egmont: la plaza estaba cubierta de negro: el duque presenció el suplicio desde aquel balcon: oh! aquello fué una crueldad. Ciertamente Monsieur el duque de Alba debia ser un hombre muy feroz.—Y vd. me parece un hombre muy deslenguado, le contestó Tirabeque: ¿vd sabe que está hablando con españoles? Si el duque de Alba lo hizo, sus razones tendria para ello, ¿está vd? Ya serian buenas alhajas los condecidos esos.—Oh, ellos eran de los nobles del *Compromiso*.—Pues que no se hubieran comprometido: y sobre todo antes de comprometerse que lo hubieran mirado bien.»

«Tú sabes, Pelegrin, (le pregunté yo entonces), lo que significa *el Compromiso de los Nobles*?—Yo no, señor.—Pues escucha, y luego juzgarás.

«Despues de la muerte de Cárlos V, y en el reinado de Felipe II de España, fué cuando estallaron en estos paises las famosas guerras de religion de cuyos horrores fué Bruselas el mas sangriento teatro.—Señor, alguna cosa he oido de esas guerras de religion, pero ni sabia yo que habian sido aqui, ni sé todavia que cosa fueron.—Pues yo te lo diré. Por aquel tiempo resucitó y se difundió por estos paises la antigua heregia de los *Iconoclastas ó Iconómacos*, ó sea *rompedores de imágenes*, (que esto quiere decir en griego), con todos los escesos, trastornos y crueldades que los tales hereges habian cometido en otros tiempos y en otros climas. Ellos se echaron sobre todos los templos, destruyeron las imágenes de los santos y las pinturas de las iglesias, saquearon los ornamentos sagrados, y suspendieron la celebracion de los divinos oficios y de todo el culto católico. Felipe II, que reinaba entonces en España y aqui, quiso atajar

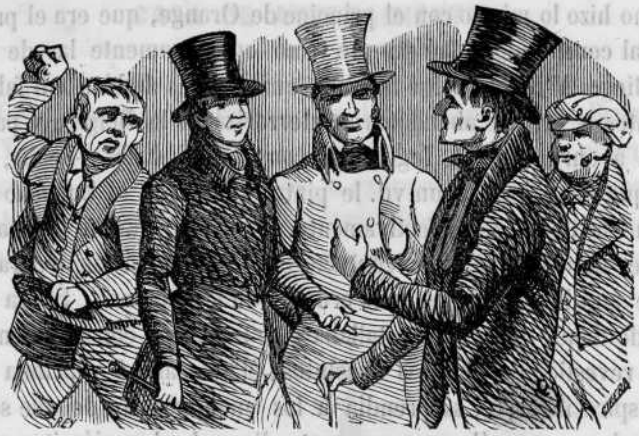
estos escesos con el terror, y á los desmanes de los hereges opuso las crueldades de la inquisicion, las cuales no hicieron sino exasperar mas los ánimos y agravar los males haciéndolos mas terribles.

«Y diga vd., mi amo: los condes aquellos que ha dicho aqui el comisionista, eran tambien cornoclastas?—No, hombre, todo al contrario. Deseosos los nobles y los enemigos de los desórdenes de poner un remedio á los desastres y horrores que afligian al pais, se asociaron entre sí, y el 8 de noviembre de 1566 firmaron en GANTE una obligacion ó pacto, que llamaron *Compromiso*, por el cual se comprometian á oponerse á las medidas de rigor que Margarita, Gobernadora de los Paises-Bajos á nombre de su hermano Felipe II, tomaba y hacia ejecutar en daño del pais; protestando (los del *Compromiso*), que en ello no se proponian otro fin que la mayor gloria de la religion católica, y la conservacion de sus privilegios.—Señor, ya me parecia á mí que siendo nobles, la conservacion de sus privilegios no podia faltar. Siga vd.

Pues bien, reunidos en número de 250, vinieron á Bruselas á presentar su demanda á la Gobernadora. Y como viniesen vestidos de azul, y oyesen á uno que estaba al lado de Margarita nombrarlos *los azules*, de aqui fué el adoptar los confederados la denominacion de *azules*, que mas tarde sirvió para designar á los protestantes y calvinistas. Y de aqui el origen de los *Azules de la montaña*, que se ejercitaban en perseguir y armar emboscadas á los católicos que suponian partidarios de los españoles; y los *Azules de Mar*, aventureros intrépidos, especie de piratas, que fundaron la marina militar de los Paises-Bajos.»

Durante esta relacion, Tirabeque dirigia alternativamente sus miradas al *conmissionaire* y á mí; mas al verle alzar repentinamente el brazo en ademan de sacudir á aquel, «¿qué vas á hacer, Pelegrin? le dije.—Señor, me respondió, iba á arrimar un sepancuantos á este hombre; porque trae chaleco azulado y el diablo me lleve si no es un herege azul celeste de la casta de los otros.»

EL DUQUE DE ALBA.



Me reí de su simpleza, le reconvine por su amenaza, é intimándole y apercibiéndole seriamente, proseguí.

«La princesa Margarita no quiso dar respuesta alguna á la demanda antes de consultar con su hermano, á cuyo efecto le dirigió un mensage; y por si iban mal dadas trató de poner á salvo el número uno, escapándose de Bruselas y volviéndose á España. Pero los Belgas que todo lo tendrian menos lo de tontos, boniticamente fueron y me la cerraron las puertas de la ciudad, y dijeron como el andaluz: «por aqui no pasa nadie.» En esto llegó la respuesta de Felipe II, reducida en buenos términos á decir, «mi querida hermana; mantente firme, que allá voy yo luego; y entre tanto ahí te envió un general de buen temple y de toda mi confianza, encargado de poner las peras á cuarto á esa gente y de asegurar el solo ejercicio de la religion católica.»

«En efecto llegó el famoso Duque de Alba á la cabeza de un ejército formidable; el cual no se andubo con paños calientes, sino que de buenas á primeras se estrenó ahorcando todo lo

mas florido del pais que le olia á protestantismo ó rebelion: y entonces fué cuando hizo decapitar á los dos condes citados, y si no hizo lo mismo con el príncipe de Orange, que era el principal conspirador, fué porque tomó oportunamente las de Villadiego. Y entonces fué tambien cuando mas de cien mil fabricantes y artistas abandonaron aterrorizados la Bélgica y pasaron á enriquecer la Inglaterra con su industria.—Señor, ese duque de Alba, segun vd. le pinta, debió ser el Zurbano de aquellos tiempos.—Efectivamente, Pelegrin, que no dejaba de tener muchos puntos de contacto con él, si bien tengo para mí que aun le aventajaba en lo cruel y en lo guerrero. Él era enviado donde quiera que estallaba ó se temía una conspiracion, él iba revestido de poderes absolutos; él sofocaba ó reprimia las conspiraciones; él sorprendía á los enemigos sin dejarse sorprender nunca; él con poca gente diezmaba los ejércitos mas grandes; pero él imponía contribuciones *ad libitum*; él fusilaba que era una maravilla, y todo cedia á su rigor. Y á pesar de todos estos puntos de contacto entre él y Zurbano, el duque de Alba, asi como fué un guerrero mas en grande que Zurbano, asi tambien hizo atrocidades que no ha hecho Zurbano. En fin, Tirabeque, la inconsiderada é indiscreta ferocidad del duque de Alba, de que no dejaremos de encontrar reliquias en estos países, produjo la exasperacion de estos habitantes, y nos trajo su separacion de los dominios de España, porque como me habrás oido decir muchas veces, un pueblo que se empeña en sacudir el yugo opresor y en ser libre, lo consigue infaliblemente tarde ó temprano.»

Joseph y el ex-diputado confirmaban esta relacion y estas reflexiones con signos de cabeza. Tirabeque y el hermano Isidro las oian asustados, y á invitacion mia pasamos á reconocer el *Hotel de Ville* ó

CASA DE AYUNTAMIENTO.

Con razon es ponderada la casa de ayuntamiento de Bruselas. Y no precisamente por la decoracion de caprichosos adornos del género gótico-lombardo que la exornan (que en este punto aun hemos de hallar en Bélgica otros *Hotels de Ville* que admirar mas), sino principalmente por la elegante, esbelta, ligera

Hotel de Ville.

y graciosa torre piramidal de 364 pies que se eleva casi en medio del edificio, y que agujereada ó aventanada hasta su estremo, teniendo por remate ó veleta una estátua dorada de San Miguel, patron de la ciudad, de 17 pies de altura, la hace superior á cuanto se conoce en este género.

Pero otra cosa mas importante y mas curiosa que su esterior elegancia tiene para un español aquel edificio. Y no son por cierto las estátuas de mármol de las dos fuentes que se en-

cuentran en el patio, ni tampoco las oficinas de la municipalidad ni las salas de los retratos de los duques de Borgoña, de los reyes de España y de los emperadores de Austria.... «Señores, nos dijo el *conmissionaire*, tómense vds. la molestia de entrar conmigo en la *Sala gótica*. Señores, están vds. en la *Sala de la Abdicacion*: en esta sala fué donde el emperador Carlos V....» —Basta, le dije, yo proseguiré.

«Pelegrin, estás en la sala en que tuvo lugar uno de los acaecimientos mas grandes y mas raros que se cuentan en la historia del mundo. Mucho deseaba yo verme en esta sala. Aquí, Pelegrin, aquí mismo fué donde el Emperador Carlos V cuando estaba en el apogeo de su gloria y en la cumbre del poder; aqui fué donde aquel poderoso monarca vencedor de otros monarcas poderosos, desengañado ya de las ilusiones mundanas

Felipe II

abdicó en el año 1555 la corona que habia ceñido 40 años sus sienes, é hizo cesion de sus estados á su hijo Felipe II para retirarse á hacer vida religiosa y claustral en el monasterio de

San Gerónimo de Yuste en nuestra Estremadura, como la hizo en efecto en la celda que le arregló el hermano Fr. Antonio de Villacastin (que Dios haya).

—Señor, ¿es cierto eso que vd. cuenta?—¿Pues no ha de ser, hombre? Es histórico, y nadie ha dudado jamás de ello. —Señor, no sabia yo que habiamos tenido un hermano de tanto provecho. Que vengan, que vengan ahora diciendo que los frailes somos gente ordinaria. Y diga vd. mi amo: cuando el hermano Carlos V hizo eso, ¿estaba en sus cinco cabales?— Y mucho que lo estaba. Ya conoció él que hacia una cosa singular, cuando en el acto de la ceremonia le dijo á su hijo: «Hago una cosa de que la antigüedad presenta pocos ejemplos, y que no tendrá muchos imitadores en la posteridad.»—Y dijo bien el hermano, señor, pero supongo yo que seria un fraile distinguido, y que no haria los oficios de comunidad.—Los hacía, Tirabeque, y esto es lo mas raro. Como que refiere la historia que una mañana que le tocó despertar á los religiosos, llamó tan fuertemente á un novicio que dormia como un liron, que despertando el jóven le dijo con enfado: «¿no os basta haber turbado el mundo sino que tambien habeis de venir á turbar á los que han salido de él?»—Y no le faltaba razon al pobrecito novicio, señor: si me hubiera sucedido á mi, puede que le hubiera tirado un zapato á S. M.

«Y perdóneme vd., mi amo, si le digo que el hermano Carlos V fué un hombre de muy mal gusto: porque de fraile á Emperador ya entiendo yo que se debe pasar bien, pero de Emperador á fraile.. .. *nequaquam miqui.*—Porque tu eres un hombre incapaz de pensamientos grandes y elevados. Por lo demas el tal Emperador tuvo cosas muy singulares. Hallándose en el cláustro, se hizo celebrar las exequias en vida; colocóse en un féretro en postura de difunto, y cuando oyó el canto mortuorio se levantó del ataúd para postrarse en una cama, donde le acometió una fiebre violenta que á la noche siguiente hizo realidad lo que en la anterior habia sido capricho. —¿Murió?—Murió, Pelegrin, y murió de veras.—Vaya el her-

mano Carlos V, estaba á mal con la vida: por fuerza se volvió tonto: no es verdad hermano Isidro?—¿Qué quiere vd. que le diga? contestó Isidro: son cosas de paises estrangeros.

Las sensaciones que esperimenta el pensador filosófico en la *Sala de la Abdicacion* de Bruselas, solo las puede saber el que se ha hallado en ella.

UN MUERTO DE ALLÁ

POR UN VIVO DE ACÁ.

Salimos del *Hotel de Ville*, y á propuesta del *conmissionaire* nos dirigimos á la catedral, nombrada de San Miguel y Santa Gudula. Pasamos por el *mercado de las yerbas y de las tripas* (1), subimos la *calle de la Montaña*, y.... perdone el hermano lector si tardamos algo en subir esta calle; no es culpa nuestra, sino de un enjambre de ciudadanos que de trecho en trecho nos acometen, brindándose á servir de guias ó *cicerones* á los estrangeros. «Señores (viene diciendo uno), ¿necesitan vds. un *conmissionaire*? Yo conozco bien la ciudad, y los llevaré á vds. á todas partes; nada les quedará por ver. —Señores (nos dice otro), mándenme vds. lo que quieran; ¿dónde gustan vds. que los lleve?—Señores (espone el tercero), yo les serviré á vds. todo el dia por tres francos.—Señores (gritan dos á un tiempo), por dos francos les enseñaré á vds. todo lo mas notable de la poblacion.—¿Qué señores, ni qué ocho de bastos? esclamaba Tirabeque irritado de la importunidad; fuera de aquí todos, que no necesitamos á nadie. —Fuera todos, decia *Joseph*, que ya voy yo con los señores.»

(1) En verdad sea dicho, tienen algunas calles de Bruselas nombres muy sucios y muy plebeyos. Calle del *Albañal* (l' Egout); de los *Ropavejeros* (Fripiers), donde nosotros viviamos; de los *Ratones* (des Rats); *mercado de las tripas*, y otros que aun es menos decente nombrar.

Pero todo era inútil: el uno se ponia delante del hermano Anselmo (el ex-diputado), y no le dejaba marchar; el otro se aproximaba á mí tanto que me rozaba mas de lo que á la ropa le podia convenir; el otro agarraba á Tirabeque del brazo; el otro tiraba al hermano Isidro del faldon de la levita, por primera vez de su vida inaugurada en su cuerpo; y ellos y los demas y todos y cada uno pugnaba por hacerse nuestro criado por fuerza, hablando todos, todos forcejando, é importunando todos por demás. Hasta que el hermano Isidro tomó el partido de hacer uso de sus robustos puños para despejar, de lo cual y del severo rostro que ponia me reía yo á mas no poder. «Vaya, vaya, Fr. Gerundio, añadia; yo estoy pasmado de esta gente: ¡Jesus, Ave María Purísima! no hacia yo esto aunque me muriera de hambre en un rincon. ¡Cosas como las que uno ve en estos paises estrangeros!»

Escusado será advertir que el tal Isidro era español de origen inmemorial, y que aquellos belgas han sido hasta hace poco franceses.

Al llegar á Santa Gudula encontramos dos ó tres mugeres de mediana clase, que llevaban una especie de mantillas ó manteletas negras que les llegaban desde la cabeza hasta el remate de la falda del vestido. Aunque se distinguian bastante de las mantillas españolas, eran sin embargo un remedo, y á no dudar un vestigio que de nuestra antigua dominacion habia quedado. Tambien es verdad que no se encuentra otro en punto á trages, y que es la única cosa parecida á mantilla que he visto en el estrangero. Lo mismo se observa en Amberes y en algunos otros pueblos de Bélgica, pero son muy pocas las que se ven, y solo en mugeres de la clase artesana, llevadas ademas con poco aire y poco gusto.

La catedral de Santa Gudula es un edificio gótico de aspecto magestuoso é imponente, fundado sobre la pendiente de una colina, y dispuesto en forma de cruz. Sus dos elegantes y altísimas torres cuadradas tienen el defecto de nuestros edificios y nuestros proyectos de ley, el de no estar acabadas. El interior

del templo es sencillo y grandioso, y á sus severos pilares están como apegadas unas estátuas colosales que representan á Jesucristo, la Vírgen y el Apostolado. La cristaleria es de colores, y se lee en ella varias inscripciones en que se distinguen los nombres de Carlos V, del archiduque Alberto, y de la infanta Isabel y otros.

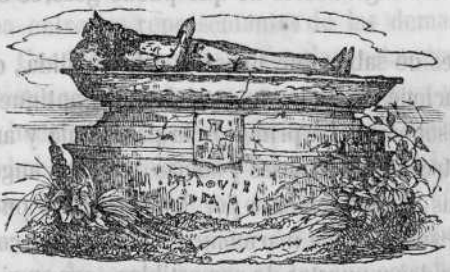
Siendo mi paternidad un ministro del Señor, aunque indigno, no podia dejar de llamar particularmente mi atencion el tabernáculo del altar mayor, por la circunstancia de su ingenioso mecanismo, con tal arte dispuesto, que el Sacramento sube y baja á voluntad del sacerdote hasta venir á parar precisamente en sus mismas manos. Daba gana de celebrar en él; y el clero belga no digamos que ha estado muy modesto en hacer servir de este modo á sus comodidades á su Divina Magestad.

Habia yo pasado en seguida á examinar los diferentes sepulcros y mausoleos de duques, príncipes y emperadores que yacen en aquel templo, asi como el del conde Federico de Mérode muerto en la revolucion de 1830 entre los voluntarios nacionales de Bruselas; cuando oí la voz de Tirabeque, que me decia: «Señor, señor, aqui está enterrado nuestro *Arrazóla*. —¿Cómo nuestro Arrazóla? ¿El ministro de Gracia y Justicia que era en España cuando el pronunciamiento de setiembre? —El mismo, si señor.—Hombre, tu quieres volverme loco; ya haces aparecerse aqui á los Intendentes de la real casa en forma de gatos; ya me supones muertos y enterrados en estos templos á los ministros que yo he dejado allá vivos: estás desatinado, Pelegrin: ¿cómo ha de ser esto si el hermano Arrazóla queda en España retirado en un pueblo de Castilla, apartado de los negocios públicos, desengañado segun dicen de la barahunda política, y resuelto no solo á no tomar parte, sino ni á oir hablar siquiera de ella?—Señor, cómo pueda haber sido yo no lo sé, pero lo cierto es que él esta enterrado aqui.»

Me acerqué hácia la parte de la izquierda, que era donde Tirabeque me llamaba, y ví en efecto el sepulcro de un *Arrazóla*: pero era un *Don Juan Arrazóla y Oñate, oriundo de*

VISTA DEL PARQUE DE BRUSELAS.

Antes de presentarnos á él como viajeros españoles y como recomendados, quisimos dar una ojeada al gran Parque.



Vizcaya, *é hijo de padre holandés y de madre inglesa*, segun la inscripcion decia. «Yo me guardaré, Pelegrin (le dije), de volver á fiarme de tí, porque eres un botarate que no haces mas que interpretar las cosas á tu modo, y siempre para chasquear y dar sustos: y aun si no te enmiendas, yo sabré la providencia qne habré de tomar contigo.

DIPLOMÁTICOS ESPAÑOLES.

Desde la catedral subimos otro poco, y atravesando la larga, recta y anchurosa *calle Real*, pasamos á la de *la Ley*, donde vivia nuestro Ministro de negocios estrangeros en Bélgica, el hermano Cuadrado.

Antes de presentarnos á él como viageros españoles y como recomendados; quisimos dar una ojeada al gran *Parque*, bello y ameno jardin de recreo que sirve de paseo público, y que circundado de las hermosas calles Real, de la Ley, Ducal y de Bellavista, y de los palacios del rey, del Príncipe de Orange, y de la Nacion ó Legislativo, del pequeño teatro de Variedades ó del *Vaudeville*, y decorado con las estátuas de Gretry, de Lassus y otras, junto con el aseo y despejo que presenta en aquel punto la ciudad, nueva toda por aquella parte, que es

al mismo tiempo la mas alta, ofrece aquel sitio uno de los golpes de vista mas agradables de que puede gozarse en poblacion alguna.

Porque es de saber que Bruselas está dividida, digamos asi, en dos poblaciones distintas en posicion, en antiguedad, en carácter, en fisonomía. La primera, la parte baja y antigua, con sus calles estrechas, tortuosas y sucias, con sus angostas aceras interrumpidas frecuentemente por las trampas ó puertas de los sótanos, con sus casas de inarmónica y multiforme construccion, con sus mercados y puestos de comestibles, con su rio *Senna* (1) que la atraviesa de lado á lado, con su canal y sus grandes estanques en que hay siempre varadas cien embarcaciones, y con su movimiento y animacion mercantil: la segunda, la parte moderna y elevada, con sus anchas, rectas y limpísimas calles, con sus anchurosas aceras, con sus hermosos y elegantes palacios, con sus casas de agradable aspecto y delicado gusto, con su parque, sus jardines y su *Plaza Real*, con su silencio mercantil y su movimiento de brillantes y lujosos coches de la aristocracia y de los altos funcionarios que la habitan: lo cual forma tan marcado y tan visible contraste, que las dos partes de de la ciudad parecen dos Bruselas distintas.

Entramos pues en casa de nuestro encargado de negocios y Ministro residente en aquella capital, el cual nos recibió con la natural amabilidad de su carácter, mostrándose grandemente complacido de la aparicion de cuatro compatriotas; y hecha la manifestacion de nuestros nombres, la presentacion de oficio se convirtió pronto en visita de amistad y de confianza.

Empleados los primeros momentos en hablar y departir sobre las cosas de España, interesantes siempre al que se encuentra en país estraño, y mas interesantes entonces por estar tan recientes los ruidosos sucesos de Octubre, mi gerundiana natural curiosidad, me movió á molestarle con cien y cien preguntas

(1) Hasta el nombre del rio es casi de igual pronunciacion al del que atraviesa á Paris. Y sigue aquello que dije de la *segunda edicion*.

sobre las circunstancias de su diplomático cargo en aquel pais, sobre el cuánto y el cómo de sus honorarios, y sobre la posicion que ocupaba entre los representantes de las demas potencias. El hermano Cuadrado contestaba á todas estas preguntas con aquella modestia y retraccion, con aquella reserva y timidez de quien siente hacer revelaciones, que habian de afectar al propio decoro y no habian de dejar muy bien parado el del gobierno y la nacion que representaba, pero que al propio tiempo no puede menos de dejar traslucir su falsa y desconsolada posicion, y el triste papel que le tocaba hacer en tan importante y honroso puesto. La impertinencia de mis preguntas pudo sin embargo mas que su reserva, y sucedióme lo que á todo pregunton importuno, que supe mas de lo que me conviniera saber, aunque á decir verdad no supe sino lo mismísimo que ya me sospechaba yo.

¡Oh triste, y desgraciada, y malhadada, y desdichada, y desvencijada carrera diplomática española! ¡Cuán triste, y cuán menguado, y cuán desventurado, y cuán apocado papel estás haciendo por esos mundos y por esas tierras! El hermano Olózaga en París se vé obligado á no desplegar el carácter de Embajador de que está investido y á presentarse solo como ministro Plenipotenciario, porque conocedor de los compromisos de aquella investidura, consulta prudentemente el decoro de su patria que le envía sin elementos para llenar aquellos compromisos, y antepone el sacrificio de rebajar espontáneamente un grado de dignidad y elevacion personal al bochorno de no poder alternar decorosamente un Embajador entre otros Embajadores. El hermano Cuadrado en Bruselas medita, discurre, calcúla, suda, se afana, economiza y se estrecha para haber de equiparse de un medio uniforme diplomático con que poder asistir á media corte, ya que á corte entera y á uniforme entero no alcanzan ni con mucho los recursos de la órden. El hermano Bourman, secretario de la legacion, por mas elasticidad y por mas espansion que procura dar á su sueldo, lo encuentra consumido en el inquilinato de la casa, y en la leña de su estufa.

Y como estos, y aun mas vergonzantes que estos, hallaremos todavia otros representantes de la gran nacion española. Y pagando poco y mal á unos funcionarios que deberian dar brillo y dignidad y consideracion á la nacion española en otros paises, ¿querrá el gobierno de España que tenga consideracion y dignidad y brillo entre otros paises la nacion española? ¿Sabe el gobierno la importancia que da á un estado el decoro de sus representantes?

Pero doblemos aqui la hoja, callemos cosas que hemos presenciado y que conviene mejor que estén ocultas, compadezcamos á la pobre hermandad diplomática, compadezcamos tambien á la nacion que asi los trata, y pasemos á ver cosas mas alegres y divertidas, como por ejemplo:

EL NIÑO HACIENDO AGUAS.

Lo hora de comer nos llamaba hácia casa; y bajando casi por el mismo camino nos hallábamos ya cerca de ella cuando nuestro *conmissionaire* nos dijo que si gustábamos ver antes el objeto de mas curiosidad y de mas veneracion que tenia Bruselas podiamos hacerlo, puesto que estaba á la vuelta de las calles de la *Encina* y de la *Estufa*. Convinimos todos en ello. Pero llegado que hubimos al sitio indicado no veíamos mas que una fuente que tenia por remate una figurita de bronce que representaba un niño desnudo en actitud de hacer las aguas menores.

«Y dónde está eso qne vd. queria enseñarnos? le preguntó Tirabeque á Joseph.—Vedlo ahí, le contestó.—¿Cuál? ¿ese niño que está.....—Si señor, ese.—¿Y á ver un niño orinando es á lo que nos trajo vd. con tanto misterio? Para esto no necesitaba yo venir á esta tierra, que en la mia se encuentran en cada calle y en cada esquina chiquillos como este y haciendo lo mismo que este, con la diferencia que este es de bronce y aquellos son de carne, que siempre valen mas.—¡Oh! vd. no sabe lo

que es este pequeño; este es *el mas antiguo, el primer ciudadano de Bruselas*: este es el famoso *Manneken-Pis*.—¿Y qué tengo yo con el *Maniquinpis*?—¡Oh! el dia que nos faltára el *Manneken-Pis* sería para la ciudad el dia de mayor luto; en él está cifrada la suerte de todos los habitantes.—Señor comisionista, ó vd. trata de burlarse de nosotros, ó vd. se nos ha entrado sin verle en algun despacho de vino y se le ha subido á vd. á la cabeza.—Oh! perdon; eso no.»

En verdad á mí tambien me chocaba la importancia y misterio que daba *Joseph* al tal *Manneken-Pis*, y le pedí formalmente esplicaciones sobre el origen y significacion de la misteriosa estatuíta, á lo cual me satisfizo diciendo:

« Señores, en una ocasion un niño de siete años llamado Godofredo, hijo de uno de los duques de Brabante, se escapó del palacio de su padre, y despues de haber andado buscándole por toda la ciudad fué encontrado en este sitio haciendo el mismo

menester que hace ese niño ahora. Sus padres en demostracion de alegria mandaron construir aqui una fuente con la estátua de su hijo en la misma postura que se habia encontrado. Desde entonces esta estátua fué un objeto de veneracion para los bruselenses; se le llamó *el primer ciudadano de Bruselas*; la suerte de la ciudad se miró unida á él, y se tiene como su Paladion. En su principio fué de piedra; despues se le reemplazó con esta de bronce, obra del célebre estatuario Duquesnoy. En el año 1817 fué robada, y toda la ciudad se vistió de luto; hasta que fué hallada en casa de un tal Lycas, que era un forzado que habia adquirido ya la libertad, y en el año 1818 se la volvió á colocar sobre su pedestal con gran ceremonia.»

«Varios príncipes y soberanos han honrado con regalos costosos al *Manneken-Pis*: el elector de Babiera le regaló un hermoso guarda-ropa y le dió un ayuda de cámara para vestirle: el rey de Francia Luis XV, en reparacion de los insultos que habian hecho algunos granaderos franceses al *Manneken-Pis*, le hizo caballero de sus órdenes, y le regaló un trage completo con su sombrero de plumas y su espada. El dia de la gran fiesta del *Kermesse*, que es en el mes de julio, se le ha vestido siempre con uno de estos trages, pero desde la revolucion de 1830 se le viste todos los años con el uniforme de oficial de la guardia cívica.»

«Señor, me dijo entonces Tirabeque, acá tenemos aquel cantar de España:

«Antiguamente
á los chiquillos
se los vestia
de frailecillos.
Pero en el dia
los liberales
visten sus niños
de nacionales.»

Y comenzóse á reir como un tonto diciendo: «vaya con el

Maniquinpis! Y el diablo del chicuelo no lleva trazas de secarse tan pronto.»

Nosotros tambien nos reiamos de tan incomprensible, supersticiosa y ridícula veneracion de los bruselenses hácia su idolillo; pero *Joseph* se nos amostazaba, y ningun bruselés sufriría que se burlasen de su *Manneken-Pis*. En los pueblos mas cultos se conservan supersticiones que parecen increibles.

PLAZA DE LOS MARTIRES.

Al dia siguiente la tomamos por la via del Correo y *Plaza de la Moneda*, una de las mas animadas y frecuentadas de la ciudad: asi llamada por estar en ella la fábrica de la moneda.

El sistema monetario en Bélgica es igual al de Francia, el decimal; la unidad monetaria el *franco* tambien. Desde la revolucion del año 30 no se acuña en Bélgica moneda de oro, por el subido precio que tiene allí el oro en barra, que no podria acuñarse sin grave perjuicio del estado, y sin alterar al sistema decimal introducido por la ley de 5 de junio de 1832.

La Bolsa la tienen hoy en el vestíbulo de un departamento del mismo palacio de la Moneda; y detras de éste y frente de aquella se ven tres telégrafos que hacen parte de otras tantas líneas de comunicacion con la Bolsa de Amberes, establecidas por los especuladores bolsistas.

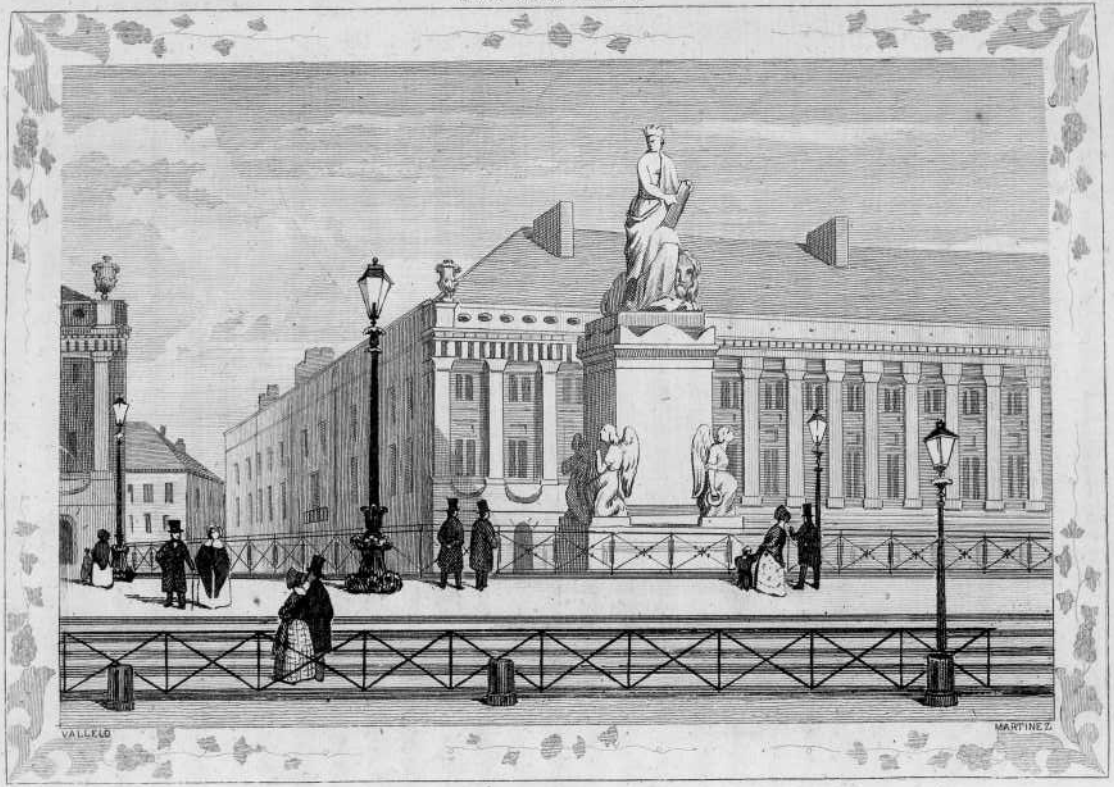
Frente al palacio de la Moneda y en la misma plaza está el *Teatro Real*, vasto y grandioso edificio; pero tan seriote y tan triste en el esterior, que mas parece una inmensa tumba que un teatro: por dentro es espacioso y está bien distribuido. Con este teatro le sucede al gobierno de Bélgica lo mismo que le acontece con el ejército al gobierno español, que tiene mas tropa de la que puede mantener. Porque en él hay compañía de grande ópera, compañía de ópera cómica, compañía de baile, compañía de tragedia, compañía de comedia y compañía de vaudeville. Asi

es que para sostenerle tienen que contribuir con fondos el rey, la lista civil y los accionistas del banco. Pero el resultado es que nosotros habiamos pasado en él un buen rato la noche anterior, y por lo demas allá se las avengan para sostenerle como Dios y su aficion les den á entender.

De allí pasamos á la *Plaza de los Mártires*; y tan luego como entramos en ella, «¿que es esto? preguntó Tirabeque al *comisionnaire*: ¿nos ha traido vd. al campo santo?—Señores, dijo *Joseph*, nos hallamos en la *Plaza de los Mártires*; aqui están enterradas las víctimas de la revolucion de 1830: pero yo aqui no puedo conduciros; ahí teneis el conserge que os informará de todo.»

Esta pequeña pero lindísima plaza es una de las cosas mas curiosas que he visto en toda mi espedicion. Cerrada esteriormente por cuatro palacios de sencilla y elegante construccion, forma interiormente un cuadro de sarcófagos, donde se han depositado los restos mortales de los que perecieron en los dias de la revolucion; quinientos mártires de la libertad reposan bajo los arcos de aquellas tumbas. En medio del cuadro se levanta un monumento, en cuyos cuatro ángulos se ven cuatro estátuas de mármol blanco que representan la *Guerra*, la *Libertad*, la *Victoria* y el *Dolor*. En su parte superior un Génio escribe en el libro de la historia los dias 23, 24, 25 y 26 de setiembre de 1830. Cuatro relieves (que no estaban hechos todavia, porque aun no se habia concluido aquella plaza fúnebre) habian de representar en cada ángulo los hechos militares de cada dia. En el sepulcro de frente de la entrada se leía en letras de oro el acuerdo de 25 de setiembre de 1831 para la construcion de este monumento glorioso y lúgubre. El pavimento es de mosáico. El conserge era un sargento de Napoleon que habia hecho la guerra en España, con cuyo motivo hablaba algunas palabras españolas. Tirabeque no desaprovechó la ocasion, y empezó á hacerle preguntas impertinentes, como por egemplo, si él era mártir tambien, si se acordaba del vino de Valdepeñas y otras por el estilo; lo que me movió á tomarle del brazo y sacarle cuanto antes de la *Plaza de los Mártires*.

PLAZA DE LOS MÁRTIRES



Esta pequeña pero lindisima plaza es de las cosas mas curiosas que he visto en toda mi espedicion.

LOS LADRONES.

Habia reparado Tirabeque, y asi me lo manifestó al salir de la *Plaza de los Mártires*, que no se veian en Bruselas señoras asomadas á las ventanas curioseando, como en otras partes acaece, lo que pasa por las calles. «Y el caso es, mi amo, añadió, que ni se encuentran señoritas por la calle, ni las veo á las ventanas; sin duda las hermanas belgas deben ser muy recogidas y muy caseras; y no lo siento yo porque no me vean á mí, sino porque no puedo yo verlas á ellas: no, en Madrid no sucede eso.»

Acompañábanos ya entonces el hermano Bourman, secretario de la legacion, que se nos habia incorporado; y al oir á Tirabeque, «no es infundada, le dijo, hermano Pelegrin, su observacion de vd. En efecto aqui las señoras pasean menos las calles que en Madrid; generalmente salen poco, y bien vayan á misa, ó á vísperas, ó á visita, suelen hacerlo en carruage. Asi como tampoco observará vd. en este pueblo los enjambres de prostitutas que escandalizan en asomando la noche por las calles de Madrid, París y otras grandes poblaciones.—Qué, ¿no hay aquí gente de esos tratos?—Si la hay, pero el gobierno tiene tomadas disposiciones para que á lo menos no se ofenda el público decoro permitiendo que se haga públicamente alarde del vicio y la relajacion.—Entiendo, Sr. Gurman, y me place que el gobierno ponga á raya á esas mugeronas.

«Y dígame vd. y vd. perdone la curiosidad: ¿prohibe tambien el gobierno á las señoritas decentes y de conducta asomarse á la ventana?—Ah, nó, pero ni lo hacen ni tienen necesidad de hacerlo por causa de *los ladrones*.—¡Hola, Sr. Gurman! ¿Cómo es eso? ¿Ladrones por aquí? ¿Y tantos hay, que ni siquiera se atreve la gente á asomarse á ver lo que pasa por la calle?—Qué, ¿no los ha visto vd. en cada ventana?—Señor secretario, vd. tambien quiere burlarse de mí: yo no he visto en las venta-

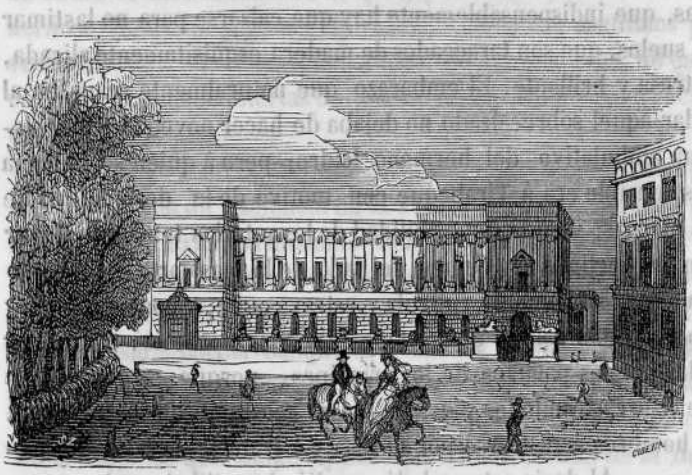
nas mas que unos espejos redondos puestos en frente uno de otro por la parte de afuera.—Pues esos cabalmente son *los ladrones*.

«Esos espejos que vd. ha visto, y á los cuales aqui se les dá ese nombre, están tan ingeniosamente colocados y combinados, que reflejando los objetos que pasan por la calle, pueden ver las señoras desde dentro sin ser ellas vistas cuanto por delante transita en cualquiera direccion.—¡Cuidado con los tales ladroncicos, mi amo! Ya veo yo que las hermanas bélgicas son mas astutas que las de allá.—¡Cosas (esclamó el hermano Isidro haciéndose la cruz) como las que se ven en estos países estrangeros! El diablo son las estrangeras, vamos.»

A mí, Fr. Gerundio, tambien me cogió de nuevo el ingenioso ardid. Despues ya se nos hizo familiar á todos, por haberle visto en práctica en todos los Países-Bajos, Belgas y Holandeses. ¡Dichosos países, donde los únicos *ladrones* que se conocen son los juegos de espejos en las ventanas!

PALACIO DEL PRÍNCIPE DE ORANGE.

Llegámonos á dar vista al *Jardin Botánico*, uno de los objetos mas bellos de la ciudad, y en cuya riquísima y elegante estufa se cultiva una prodigiosa multitud de vistosas y variadas flores, porque no hay en el mundo gente mas aficionada á las flores y á la jardinería que los belgas. Pasamos por el *Boulevard del Observatorio*, dejando á este á la izquierda; entramos por la *Plaza de las Barricadas* (en todo *segunda edicion* de París), yendo á parar á la calle *Ducal, y Palacio del príncipe de Orange*.



Este palacio, propiedad particular de la casa de Orange, y de la cual no ha querido desprenderse el rey de Holanda aun despues de la separacion de la Bélgica, es la principal curiosidad, el monumento que visitan con preferencia todos los estran-

geros en Bruselas. Es un vice-versa de lo general de las casas de Madrid. Estas esteriormente aparecen pequeños palacios; interiormente suelen ser pequeños calabozos: aquel esteriormente parece una pequeña casa, interiormente es un palacio magnífico.

Un vestíbulo cuyo pavimento es de raices de árboles al estilo ruso precede á dos soberbias escaleras de piedra blanca. Allí nos recibió con la mayor atencion y urbanidad nuestro apreciable compatriota el *Sr. Cabanillas*, que habiendo servido al príncipe de Orange en la guerra de la independencia le siguió siempre, y hoy es el conserge destinado á hacer los honores á los estrangeros que visitan aquel suntuoso palacio. Cada uno de nosotros esperimentó una indecible alegria al encontrarnos allí con un tan amable español.

Antes de penetrar en los salones fuimos introducidos en un cuartito donde hay siempre preparados unos pantuflos ó babuchas, que indispensablemente hay que calzarse para no lastimar los suelos, que son taraceados de madera esquisitamente alisada, lustrosa y brillante. El embarazo que naturalmente causaba al andar aquel sobrecalzado no dejaba de hacer novedad en el sistema ambulativo del hermano Isidro; pero á quien se le hacia mas sensible era á Tirabeque con motivo de la desigualdad de sus piernas; y en la imposibilidad de levantarlas tenia que llevar siempre inclinado su cuerpo del lado de la mas corta, haciendo una figura sumamente ridícula y estravagante, y como quien llevaba un dolor asíduo de costado. «Señor, me decia, trabajo es andar por los palacios de los príncipes, porque esto de tener que ir arrastrando los pies..... asi se acostumbran ellos á ver á los hombres arrastrarse por su casa y á tratarlos arrastradamente.....»—Al decir esto resbaló, perdió el equilibrio, y las posterioridades de mi lego se pusieron en contacto con los suelos del palacio del príncipe de Orange.—«Señor, esto ya me lo estaba yo temiendo; ¡sobre que no se puede andar por palacio sin esponerse á resbalar y dar una caida!»

Hubiérase de buena gana vuelto atrás si hubiera visto en mi mas disposicion á permitírselo

Imposible es hacer una descripcion de la riqueza del menage de aquel palacio. Pero fuera pecado mortal no hacer mencion espresa de algunos de sus muebles: por ejemplo, el espejo que se halla sobre la chimenea de la sala de recibimiento, alto de 12 pies, y el mayor, dicen, que ha salido jamás de las fábricas de cristales: la mesa y copa de malaguíta de la sala de audiencia, y la mesa de lapislázuli en el salon azul, regalo (estos tres últimos) del emperador de Rusia á su hermana la Princesa de Orange.

¿Y qué valor, le pregunté al hermano *Cabanillas*, se calcula que tendrán estas piezas?—La mesa y copa de malaguíta, me respondió, están valuadas en dos millones de reales, y esta de lapislázuli en unos seis millones.» Tirabeque abrió la boca en términos que creí se le desencajaban las mandíbulas; el hermado Isidro se hizo la señal de la cruz; y el hermano Anselmo, el hermano Bourman y yo nos miramos, callamos y seguimos pasando revista á aquellas ricas paredes, de marmol unas, de estuco otras, y otras cubiertas de terciopelo encarnado guarnecido de oro.

«Esta sillería de tapíz (nos dijo el conserge nuestro compatriota en la sala de audiencia de la Princesa) ha sido bordada por la mano de la Princesa misma.—Señor, añadió Tirabeque, de estas bordadoras habiamos de tener nosotros en casa por doncellas: por mi ánima que tiene buena aguja la señora Princesa; y quien asi sabe bordar banquetas y sillones lléveme el diablo si no haria unas camisas que se las pudiera poner el mismo Santo Padre, que tengo para mí que no me habian de lastimar las costuras como las que traigo, y eso que son de coruña de la de á cinco y medio.»

Habia antes en el palacio multitud de cuadros de Rubens, de Rafael, del Perugin, de Velazquez, de Leonardo de Vinci, y de otros no menos célebres artistas; pero estos con otras muchas preciosidades los han ido trasladando al palacio real de la Haya despues de la revolucion, segun de todo nos informó el hermano Cabanillas. Concluida la visita, volvimos á dejar nuestros pan-

tuflos, de que ya teniamos gana todos, y salimos tan complacidos como admirados del palacio del Príncipe de Orange.

Y VÁ DE PALACIOS.

Pero estos son ya de *Bellas Artes*, á los cuales, aunque poco conoceder, no les tiene Tirabeque tanta antipatía. Asi es que entró sin repugnancia en el que antiguamente fué residencia de los gobernadores generales, y hoy está destinado á Museo de pinturas, Biblioteca pública, Gabinete de Historia natural, Gabinete de Física, y á la esposicion de los objetos de industria nacional que se hace cada cuatro años, y de la que tuvimos la fortuna de que nos tocára una gran parte que ver y admirar, llamando muy particularmente nuestra atencion dos magníficos cuadros, que representaban el uno *el Compromiso de los Nobles*, y el otro *la Abdicacion de Carlos V.*

Por lo demas el *Museo Nacional* de pinturas de Bruselas no es ni el mas numeroso ni el mas selecto; no porque de ellas carezca el país, ni tampoco por falta de gusto y aficion, sino por la razon que diré despues.

La *Biblioteca* consta de unos 150 mil volúmenes impresos, y sobre 16 mil manuscritos. Y no sé en verdad como no posée millares de millares, y aun millones de libros, porque no hay pueblo en el mundo en que se imprima mas que en Bruselas. Solo la *Sociedad Belga*, una de las muchas grandes sociedades bibliográficas de aquella ciudad, basta para llenar de libros las cuatro partes del mundo. El *Establecimiento geográfico* que hay fuera de la puerta de Flandes es el mas vasto, el mas bello y el mas considerable que se conoce. Y si se realiza el proyecto de la máquina *lito-tipo-gráfica*, ¡Dios sabe donde iremos á parar! Por supuesto que no hay obra francesa que no se contrahaga y no se reimprima en Bruselas, con cuyas *contrefactions* están que se dan al diablo los franceses, y de cuyo contrabando son los mas

celosos é intolerantes perseguidores. Y no sin razon en verdad, porque no bien se ha publicado una obra en Francia, que si se descuidan, á los cuatro dias amanece París plagado de la misma obra reimpresa en Bruselas acaso con mas esmero y mucho mas barata. Obras, nombres, revoluciones, política, teatros, no hay cosa de que Bruselas no intente hacer y ser la *segunda edicion* de París. A pesar de eso, en materia de libros yo no he tenido la fortuna de adquirirlos en Bruselas á tan bajo precio como cuentan algunos, y cada uno habla de la feria segun le ha ido en ella.

Los Gabinetes de Historia Natural y Física son abundantes y preciosos.

Dije que hallaba una razon para que el *Museo nacional* de pinturas no fuese ni tan númeroso ni tan selecto como era de esperar en un pueblo en que ni escasean las pinturas ni falta gusto ni aficion á ellas. Y esta razon es la de los muchos aficionados que tienen museos, galerías y colecciones particulares de cuadros de todas las escuelas y de todos los autores conocidos. Citaré entre ellas las mas notables y curiosas.

1.ª La de su Alteza Real el *Duque de Aremberg*, abierta al público en su palacio calle *des Petits Carmes*, con su correspondiente preciosa Biblioteca.

2.ª La de *M. Malek*, calle Real número 74, llena de inapreciables riquezas, y en la que apenas se hallará un cuadro que no sea selecto.

3.ª La de *M. Van Becelaer*, plaza de la Moneda, esclusivamente de cuadros modernos.

4.ª La del *Baron de Wiskersloot*, calle Nueva.

5.ª La del *Conde Vilian XIV*, calle Nueva Larga.

6.ª La de *M. Stéris* calle Real; de *M. Stéris*, que se ha hecho una reputacion colosal, porque apenas se habrá vendido hace años en Europa un cuadro de mérito que no haya pasado por las manos de *M. Stéris*.

7.ª El almacen de *M. Van Callemberg*, calle del Escudero.

Y cien otras galerías y colecciones particulares, que seria

largo enumerar, como seria largo el visitarlas todas, y por cuya razon á mí se me quedaron muchas por ver.

DIÁLOGO Á CUATRO.

A los pocos dias de estar en Bruselas, y despues de haber visitado sus establecimientos, sus fábricas y manufacturas, y otros objetos interesantes, se entabló entre los cuatro españoles viajeros como por via de repaso y epílogo de observaciones el diálogo siguiente.

Fr. Gerundio. Y bien, señores; ¿qué es lo que á cada uno de vds. le ha gustado mas ó escitado mas particularmente su curiosidad de lo que hemos visto en estos dias?

El hermano Anselmo. Muchas cosas me han agradado en esta capital. Yo veo aqui la mano de un gobierno liberal y protector de la industria y del trabajo, y veo unos habitantes naturalmente laboriosos, dóciles y atentos. Y aunque hasta ahora no he visto aqui grandes fábricas de paños, me han gustado sobremanera las de esos delicadísimos encages, que bien merecida tienen la fama que gozan; las de esos preciosos estampados sobre seda y percal.....

El hermano Isidro. Pues á mí lo que me gusta son esos coches tan pulidos y tan relumbrantes.... vaya que se vé un hombre la cara en ellos. ¡Y qué bien trabajadas tienen las llantas y todas las piezas de hierro! Y cuidado que los hay de mil clases y de mil figuras! Mire vd. que aventajan á los de París. Y segun dicen están muy arreglados.

Fr. Gerundio. Asi es la verdad, hermano Isidro. Y ahora veo que es muy justa la celebridad que tienen las fábricas de carruages de Bruselas. ¿Y tú qué dices, Pelegrin?

Tirabeque. Señor, á mí lo que mas me vá gustando de la Bélgica es la cocina Como soy cristiano español que dan bien de comer en este país, y que si en los demas pueblos que tene-

mos que andar guisan y ponen una mesa como en este hotel (aparte de la miseria del pan), dígole á vd. francamente que se come mejor que en Francia, y que se puede vivir muy bien aqui (risas á tres gargantas).

El hermano Anselmo. De lo que no nos hemos enterado aun es de la legislacion Belga, ni hemos visto el Palacio del Rey, ni el de las cámaras, y esto seria muy curioso para mí.

Fr. Gerundio. Vos, hermano Anselmo, habeis hablado antes como fabricante, y ahora hablais como político y como exdiputado. Uno y otro os compete bien: pero en cuanto á la última observacion, no ha sido olvido por mi parte, sino que habiendo de abrirse las cámaras dentro de pocos dias, he creido conveniente diferirlo hasta entonces.

He pensado mas: soy de opinion que en los dias que median, puesto que los caminos de hierro ofrecen tanta facilidad para ir

y volver, hagamos alguna correria por el pais, y regresemos para el dia de la apertura.

Todos. Aprobado; que se haga como lo dice Fr. Gerundio.

Tirabeque. Señor otra cosa encuentro aqui en la Bélgica que tambien me gusta mucho. Y es que aqui las mugeres del pueblo todas traen á la cabeza sus cófias y sus papalinas tan curiositas y tan blancas, y no aquellos pañuelos que llevan las francesas.

Todos. Que deje eso Tirabeque para otro dia, que hoy ya no viene al caso. Y tratemos de disponer el viage, y que diga Fr. Gerundio donde hemos de ir.

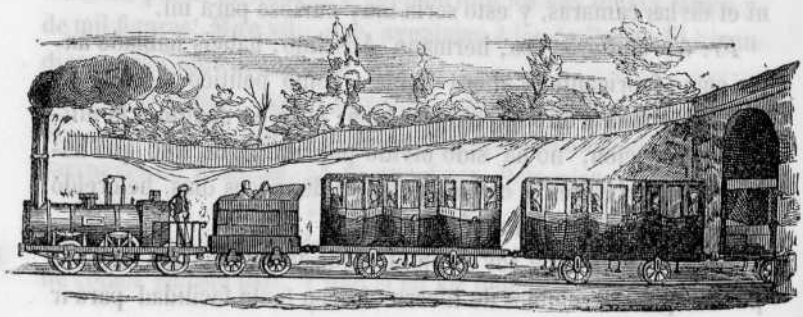
Fr. Gerundio. Si á vds. les parece, iremos hácia Lieja.

Todos. Aprobado; á Lieja.

—=

CAMINOS DE HIERRO

Puesto que el viage de Bruselas á Lieja se hace ya por camino de hierro, estamos en el caso de hablar de esta clase de caminos, y de cumplir lo que ofrecí en el tomo 1.° Alli dije que me reservaba tratar este punto para cuando llegase á la Bélgica, por ser el país en que los caminos de hierro están mas generalizados y mejor acondicionados y servidos, y asi lo cumpliré.



Su estructura. No todos los españoles, por lo que en muchas conversaciones he oido y observado, tienen una idea exacta de la forma material de los caminos de hierro. Consisten estos en dos barras *prominentes* de aquel metal colocadas sobre el terreno en líneas paralelas. Y digo *prominentes*, porque no son las barras las que encajan en el suelo y sobre su muesca ó encaje marchan las ruedas, como generalmente he oido discurrir, y así eran realmente en su principio; sino las ruedas las que por medio de unas muesquecitas abrazan las barras, las cuales sobresalen algunas pulgadas de la superficie del camino. Asi son ahora con incalculable ventaja sobre la forma antigua. Estas barras están fuertemente clavadas ó sujetas, en toda la línea ó estension que el camino comprende, á unos zoquetes de madera que embutidos en el terreno le van atravesando en líneas transversales como á distancia de pie y medio, y que se rellenan y cubren despues con tierra, arena ó cascajo.

Admitiendo como admiten los caminos de hierro tan solo un declive ó inclinacion levísima é imperceptible, déjase conocer que no puede haberlos sino en terrenos ó paises llanos, como lo es en general la Bélgica; á no afrontar con el trabajo y los gastos de desmontar terrenos, perforar montañas, rellenar barrancos, construir puentes ó hacer otras obras necesarias para buscar la competente igualdad y nivél. En efecto los belgas han tenido que luchar tambien con estos inconvenientes en algunos parajes, como por ejemplo el *tunnel* (1) que han tenido que hacer entre Lovayua y Thirlemond, camino de Lieja, y otros. Pero nada les ha arredrado, todo lo han vencido los industriosos y laboriosos habitantes de aquel pequeño y lindísimo reino, ayudados y protegidos por un gobierno sabio y celoso del progreso y adelantos materiales del país: en términos que en solo seis años, y despues del sacudimiento y trastornos de una revolucion (¡cosa admirable!) han conseguido cruzar todo el reino

(1) Este es el nombre qué se dá á las bóvedas ó caminos subterráneos perforados en las altas montañas.

de camino de hierro en todas direcciones y hasta todos sus estremos.

Aun hacen mas. Cuando yo le he visitado, estaban trabajando en otro ramal ó camino de hierro que ha de ir de Lieja á Aix-la-Chapelle para abrir comunicacion con la Prusia y enlazarle con el que á dicha ciudad de Aix-la-Chapelle, viene ya de Colonia (y que casi tuve yo el gusto de estrenar), poniéndose de este modo en rapidísima comunicacion con el Rhin. El país es montuoso, y la mitad ó mas del camino habrá que ir por debajo de las montañas. Pero á los belgas nada les ha acobardado: cuando yo he pasado por allí en diferentes ocasiones (en diligencia todavía por supuesto), ya llevaban horadadas una porcion de montañas y cerros, construidos multitud de puentes para salvar los infinitos riachuelos que de ellos se desprenden, y ejecutadas otras muchas obras costosas y difíciles. Tres años llevaban trabajando, y aun les faltarian otros dos. Nada les importa todo esto á los belgas (1).

Orden de marcha. El humo del carbon de piedra que saliendo del cañon de la máquina locomotiva de bronce oscurece y se esparce por la atmósfera, anuncia la proximidad de la partida del convoy. Unese á la máquina una série ó hilera de carruages (ocho, diez, veinte ó treinta, los que basten á la conduccion de las personas y efectos que haya que trasportar), enganchados unos á otros por medio de dos cortas pero fuertes cadenas. Estos carruages se dividen en tres clases, mas ó menos cómodos y de mas ó menos precio, á saber: *diligencias ó berlinas*, de cabida de unos 26 ó 28 asientos, bien mullidos y forrados, divididos en tres departamentos perfectamente distribuidos por medio de puertecillas (estas localidades son las primeras y mas caras): coches ó *char-á-banc*, de un solo departamento y de cabida de 30 personas; (estos son los segundos en comodidad y precio): y *Waggons*, ó carruages, abiertos

(1) Ya está concluido este camino. (*Nota de la segunda edicion*).

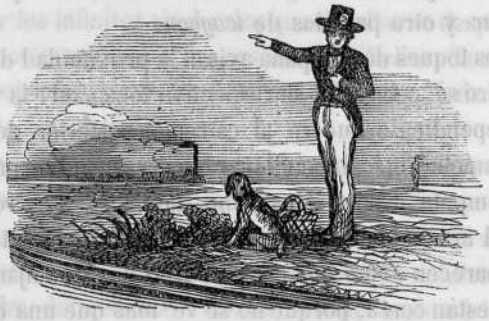
para las gentes de menos fortuna y para las mercancías. Tambien hay una cuarta clase para trasportar animales, y no es raro ver *marchar sin moverse y andar sin menearse* 30 ó 40 leguas un caballo, tres ó cuatro cerdos, ó un par de vacas, muy sérias en su *furgon*.

Los viageros llevan sus equipages á la oficina destinada á pesarlos, sellarlos y numerarlos; y luego que se recibe un billete con la direccion y numeracion igual al que se pega á cada bulto para poderlo reclamar con él á su tiempo, los empleados cuidan de la colocacion de los equipages, y los viajeros entran á esperar y descansar hasta el punto de la partida en la casa de la *Estacion*, donde suele haber tres *salles d' attente* (salas de esperar), una para los viageros de *berlina*, otra para los de *char-á-banc* y otra para los de *waggon*.

Algunos toques de campana avisan la proximidad de la hora: cada viagero se coloca en su respectiva localidad: la hora suena; un dependiente que va al estremo posterior del convoy toca la trompeta: otro dependiente le corresponde con otro toque de trompeta desde el estremo anterior, y... rómpese la marcha. El movimiento se va acelerando gradualmente: los objetos desaparecen como por ensalmo: no hay que fijar la vista en los que están cerca, porque no se ve mas que una cinta que forman, y se irá la cabeza fácilmente; conviene pues mirar á lo lejos, y de este modo no deja el viagero de poder irse enterando del país Despréndense de cuando en cuando de la máquina carbones encendidos; el humo de la chimenea va dejando por los aires una faja negra que marca á lo lejos la direccion del convoy. El movimiento que se siente es una especie de movimiento trémulo y vibratorio, pero suave; y como es siempre y constantemente igual no incomoda; mucho menos se esperimenta dificultad alguna ó ahogo en la respiracion como he oido temer á algunos; al contrario, se puede ir hablando, jugando y leyendo, y aun algunas veces los empleados van escribiendo en un coche destinado á oficina: solo á los que van sobre cubierta les molesta algun tanto la impresion del aire y la pronta desaparicion de los

objetos. Pero el movimiento es tan cómodo y tan igual que los dependientes pasan con mucha soltura de uno á otro coche, á recoger los billetes y á todo lo que sea menester, por unas cornisas ó ángulos salientes que tienen los coches en su parte esterior.

De trecho en trecho y á la orilla del camino se encuentran los celadores, que puestos en pié, con una bandera al hombro, ó bien una mano al pecho y con el otro brazo estendido en la di-



reccion del convoy, avisan que no hay novedad. Nunca pueden encontrarse dos convoyes, porque para eso hay dos carriles, destinados esclusivamente el uno para la ida y el otro para la vuelta.

Celeridad. Lo que comunmente suele andar un convoy en camino de hierro, segun mis esperiencias y mis cálculos, es de 8 á 10 leguas por hora. Se andaría bastante mas, si no fueran las muchas detenciones y paradas que se hacen en cada viage en las llamadas *estaciones*, para dejar unos viageros que se quedan en algun pueblo del tránsito, y recibir otros que parten de

nuevo desde allí. Verdad es que admira la rapidez y prontitud con que se cargan y se descargan los bagages, y con que salen unos viageros y se acomodan otros, pues no suele emplearse en esta operacion sino dos, tres, ó á lo mas cuatro minutos. Pero estos pequeños periodos que serian poco importantes en los caminos ordinarios, son de mucha cuenta en los de hierro. En el de Bruselas á Lieja por ejemplo, se encuentran nueve ó diez *estaciones*, que calculada cada detencion por el término medio de 3 minutos cada una, constituyen media hora, en la cual se podrian andar otras cinco leguas mas.

Ayuda no poco á la facilidad del movimiento y de las comunicaciones la proporcion de viajar á casi todas las horas del dia; pues de Bruselas v. g. parten convoyes en la primavera y el otoño á las seis y media de la mañana, á las siete, á las siete y cuarto, á las ocho y media, á las diez y tres cuartos, á las once, y á las once y cuarto: á las dos de la tarde, á las cuatro, á las cuatro y tres cuartos, á las seis, y á las ocho de la noche. En otras estaciones varian las horas. Y como se cuenta con la seguridad de que no ha de faltar asiento, porque se enganchan cuantos coches sean menester, cada uno emprende el viage á la hora que le viene mas en antojo ó que mejor le cuadra.

Solo así se esplica la prodigiosa muchedumbre de viageros que plaga á todas horas del dia y de la noche los caminos de la Bélgica. Por mi parte puedo decir que nunca viagé con menos de 100 compañeros, y de ahí arriba hasta 800 ó 1000 los que se quiera. Como decia Tirabeque muchas veces, no parece sino que á todos se les antoja ir al mismo tiempo y en la misma direccion que uno lleva; hasta que la esperiencia convence de que todos los dias, y á todas las horas, y por todos los caminos está sucediendo lo propio. Las personas allí se encuentran en los caminos con la misma frecuencia y con la misma facilidad que en París ó en Lóndres y aun en Madrid se tropiezan en las calles. O por mejor decir, los belgas han hecho de un reino una gran poblacion, cuyas distancias vienen á ser como las de uno á otro de los barrios estremos de París.

Frecuentemente se ve una linda jóven, elegantemente vestida, entrar sola en el carruage. En cuanto á esto de *sola*, bien pueden las belgas hacerlo con confianza, pues aunque la toque ir rodeada de 29 varones desconocidos, no hay que temer que se desmande ninguno de ellos en dicho ó accion de que pueda ofenderse ó ruborizarse. Lo que en un caso igual sucederia en España, lo puede suponer el curioso lector. Pues bien, esta jóven ha salido de su casa á las once de la mañana, se va á hacer una visita á una amiga que tiene á las 15 ó 20 leguas, hace su visita despacio, y se vuelve muy fresca á comer á su casa, y aun tiene que esperar á que se ponga la mesa.

«¿Vamos á ver la ópera de esta noche á Bruselas? dicen cuatro jóvenes reunidos en Amberes.—Vamos allá.» Y salen á las cinco de la tarde en el mes de setiembre; llegan á Bruselas, ven la ópera, y se vuelven, satisfecho su antojo, á dormir tranquilamente en su cama de cada dia.

Los caminos de hierro son en mi entender la gran revolucion que se ha hecho en el siglo.

La importancia y ventajas que con esta facilidad y celeridad de trasporte de hombres y mercancias reportan los negocios mercantiles, los asuntos domésticos y de familia, la movilizacion de los ejércitos, la civilizacion y la sociedad, nadie ha podido valuarlas todavia, se pierden en el cálculo; las distancias han desaparecido donde hay un buen sistema de caminos de hierro; los hombres viviendo todos en una misma poblacion gozan de los productos de todas las poblaciones; los caminos son otras tantas calles de un pueblo, y las ciudades de provincias como cuarteles ó barrios de la capital.

Baratura. No es ciertamente la baratura en los trasportes la parte que entra por menos en el cálculo del hombre para animarse á viajar. Y esta la han llevado los belgas á tal estremo en sus carriles de hierro, que no se creeria á no esperimentarla, y por cierto sin que de ello le pueda á nadie pesar. La siguiente tarifa enterará al lector de su coste en cada una de las tres clases de plazas. Tomemos el punto de partida desde Bruselas.

		En diligencia. franc.	cent.	En char-á-banc. franc.	cent.	Waggon. franc.	cent.
De Bruselas á	Amberes.....	2	»	1	25	1	»
	Gante.....	4	»	2	50	1	75
	Lovayna.....	2	»	1	25	1	»
	Lieja.....	6	»	4	75	3	50

Es decir que de Bruselas á Amberes, 10 leguas de distancia por camino de hierro, se vá en la plaza ó localidad mas cómoda y de mas precio, por 2 *francos*; en *char-á-banc* (donde camina muchísima gente decente y de muy regular fortuna) por 1 *franco* y 25 *céntimos*, que alli equivale á 5 *reales nuestros*; y en *waggon* por una peseta. No sé que se pudiera viajar con mas economia, no digo en diligencia comun, ni en galera, sino ni en un pollino, ni á pié. Con la circunstancia, que para las 10 leguas en caminos ordinarios habria que emplear por lo menos un dia, y alli se hace la jornada en cinco cuartos de hora, ó aunque sea en hora y media contando con la detencion en la *estacion central* de Malinas. Con otra circunstancia, que como para andar la jornada nadie por flaco de estómago que sea necesita comer, resulta otra nueva economia, y con otra circunstancia ademas, que la tarifa del trasporte de equipages es tan estraordinariamente módica, que un cofre-maleta regular de un viagero costará de Bruselas á Amberes cosa de tres ó cuatro cuartos cuando mas.

Lo único que hay que añadir á este coste es, que como los carriles de hierro no suelen llegar hasta las calles mismas de las poblaciones, desde la *estacion* en que aquel termina hasta el hotel donde se haya de hospedar el viagero es menester tomar alguno de los muchos *ómnibus* que se hallan siempre esperando la llegada del convoy, y esto comunmente suele costar á medio franco por persona poco mas ó menos y lo mismo que al llegar acaece al partir.

Con tan prodigiosa baratura, que bien puede computarse en

una 5.ª ó 6.ª ó 7.ª parte de lo que cuesta viajar en diligencia por los caminos de España, cualquiera preguntará: «¿y cómo puede utilizar el gobierno belga con sus caminos de hierro?» Y mucho mas lo preguntaria si supiera que habia invertido en ellos la suma de 224 millones de reales; y aun mas lo preguntaria si calculára lo que se necesitará para el sostenimiento de sus muchos empleados y para el entretenimiento de unas 90 máquinas locomotoras, de unos 80 tenders, y de unos 400 coches y sobre unos 500 waggons que en el dia tendrán para el servicio de todas sus líneas.

Pero todas estas dificultades desaparecen en sabiendo tambien que se calcula en tres millones de viageros los que desde el año 40 acá andan cada año en circulacion. Que siendo de cuatro millones de habitantes la poblacion de la Bélgica, déjase discurrir que al cabo del año las tres cuartas partes de la poblacion han andado alguna vez por los caminos, con la rebaja de la seccion de estrangeros y de algunos otros viages repetidos por unas mismas personas.

TUNNELS Y VIADUCTS. Fácil es de inferir que siendo los caminos de hierro otras tantas líneas rectas, precisamente se han de encontrar con otros caminos ordinarios que se cruzan trasversalmente. Asi es en efecto; y para que se dejen lugar y no se obstruyan uno á otro, para eso son los *viaducts*, especies de bóvedas ó puentes, construidos ó sobre ó debajo del camino comun, segun el terreno lo permita. De manera que hace un espectáculo raro ver unas veces los coches arrastrados por el vapor marchar por encima de los carruages tirados por caballos que caminan en sentido inverso, y otras al reves ir los carruages de caballos por encima de los coches de vapor.

Ya he dicho lo que son los *tunnels*. Imponente es entrar por primera vez en alguna de estas abovedadas galerias subterráneas. El ruido de la máquina junto con el de tantos coches, reproducido con cien grados de aumento en las bóvedas; la horrorosa oscuridad solo interrumpida por alguna opaca luz colocada de trecho en trecho; las ascuas y chispazos que de tiempo en tiem-

Imponente es entrar por primera vez en alguna de estas abobedadas galerias subterraneas.

po se desprenden del locomotor; la idea de la alta montaña que está pesando sobre aquella caverna..... nunca con mas razon se pudiera decir con Virgilio:

«Tú, Chaos; tu, Flegetón; vos, ó infernales playas.....
Tened á bien que dé noticia al mundo
de lo que el centro de la tierra esconde,
y oscuridad de eterna noche encierra (1).»

Pero toda la pavorosa sensacion que se esperimenta al quedarse en aquella estruendosa lobreguez se cambia en alegria y consuelo al ver asomar otra vez la luz, al salir otra vez al campo libre. Con el tiempo llegamos á familiarizarnos con los *tunnels*, y ya al entrar y al salir nos dábamos en tono de broma las buenas noches y los buenos dias.

DISTRIBUCION Y ESTACION GENERAL. Aunque la Inglaterra ha precedido á la Bélgica en la invencion y aun en la construccion de los primeros caminos de hierro, no obstante la Bélgica es hoy la nacion mas rica en este ramo y en la que mas abundan y son, digamos así, mas populares. Colocada la Bélgica por su posicion geográfica entre las cuatro naciones mas adelantadas de Europa, Francia, Inglaterra, Holanda y Alemania, y cruzado todo el pais de ramales ó líneas de caminos de hierro, el belga puede si gusta (como observa bien un escritor compatriota) en un mismo dia almorzar en Bruselas y comer en Prusia, ó comer en Bruselas y dormir en Inglaterra ó en Francia.

Este sistema de ramales y comunicaciones tiene un centro comun ó *estacion central* que es MALINAS. En cualquier direccion, en cualquier rumbo que el viagero se mueva, tiene que ir á parar con precision á MALINAS. A ninguna parte se puede ir sin pasar por MALINAS: así es que á cada tríquitraque se encuentra el viagero en MALINAS. Sin embargo acaso es lo único en

(1) Eneid. libro 6.

que no han estado atinados los belgas en hacer á MALINAS *estacion central.*

Pero mas ó menos acertado, MALINAS es hoy el punto céntrico de todos los ramales. Asi la estacion de MALINAS es un infierno. Esparcidas acá y allá multitud de máquinas de vapor vomitando todas por sus chimeneas nubes de negro humo; derramados aquí y allí furgones de carbon de piedra, parados unos, movidos otros para acudir al surtido de las máquinas; ennegrecida la atmósfera con el humo y el suelo con el carbon que caerse suele; atronados los oidos con el penetrante son de las trompetas que avisan la llegada de un convoy ó la salida de otro; oyéndose á la derecha el ruido del que viene de Gante, á la izquierda el del que sale para Lieja, por delante el del que se aproxima á Bruselas y por detrás el del que va marchando hácia Amberes;

recogiendo unos viageros sus equipages, caminando ya otros en los *ómnibus*, y moviéndose todos, y bullendo todos, y andando de prisa todos.... la *estacion de Malinas* es la imágen de la vida abreviada, la *estacion de Malinas* es el infierno. Y lo es á todas horas del dia, porque no hay hora del dia en que no lleguen y partan convoyes en todas direcciones y por todas direcciones.

Magnífico y sorprendente cuadro, mil veces aun mas interesante y mas poético cuando se presencia en horas avanzadas de una noche oscura (porque en los caminos de hierro lo mismo andan de noche que de dia), con el reflejo de mil faroles y de mil teas que alumbran los convoyes, que representan batallones de estrellas marchando entre nubes, y que ofrecen al observador el espectáculo mas grandioso, variado y admirable que la civilizacion moderna puede ostentar.

Por mi parte confieso que mi imaginacion se llenaba de pensamientos sublimes.

Mil veces me decian los belgas: «en España tambien tendrán vds. caminos de hierro.—Todavia no, le respondia yo; pero ahora se están proyectando varios ramales.—Oh! pero en cambio tendrán vds. buenas calzadas para carruages comunes. —Oh! en cuanto á eso no tenemos que envidiar á nadie.»

La procesion andaba por dentro, y el amor propio sufria unas embestidas, que el infeliz, cuando no salia magullado salia herido de muerte.

LIEJA.

Dados al diablo llegamos á Lieja, que tanto vale darse al diablo como darse á alguno de aquellos ómnibus que conducen desde la *estacion* de Ans hasta la ciudad, porque son tan estruendosos y chirriantes que casi casi hacen buenos á los de Fontenebleau de ingrata memoria. Entramos por una porcion de calles

estrechas, tortuosas y sombrías, y dimos fondo en el hotel del *Aguila negra*.

Todos llevábamos un apetito, sino desordenado, bastante subido de punto, y la hora de yantar era aguardada con impaciencia estomacal. Yo sin embargo no las llevaba todas conmigo, porque habia leido en *Alejandro Dumas* (y asi se lo manifesté á los compañeros) que no habia encontrado que comer en Lieja, ni siquiera un pollo, ni siquiera un par de huevos, ni siquiera pan (1).

Pero dió la una, que es la hora general de comer en aquel pueblo. Un toque de campana nos convocó á la mesa redonda (*table d' hote*) entramos en un magnífico comedor, nos sentamos

mas de 30 personas, y..... permita Dios que siempre que mientan los escritores sea con tanto beneplácito de los manducantes, porque la mesa de Lieja fué una de las mas confortables que en toda mi espedicion se me han deparado. Tambien fué algo mas cara, eso sí, pero en honor de la verdad bien merecia los 4 francos por cubierto.

«¿Pero no ve vd., Fr. Gerundio, me decia el hermano An-

(1) DUMAS. *Escursions sur les bords du Rhin*, tom. 1.

selmo, con qué ligereza juzgan de los pueblos los escritores franceses?—Vaya, añadio el hermano Isidro, el diablo son los estrangeros; ni aun en los libros de molde dicen la verdad.—Señores, reponia Tirabeque, dénme buenas viandas y en abundancia, y que diga el Sr. Durmas lo que quiera, que letras son letras y tajadas son tajadas, y á estas me atengo.»

Mal parado salió el hermano Dumas de aquella discusion; y no sin motivo en verdad, porque dificulto que á él pudiera sucederle lo que asegura en el hotel de *Albion*; al menos nosotros no solo esperimentamos buen trato en el del *Aguila Negra*, sino tambien en el de la *Pommelette* y en el del *Gran Monarca* en que estuvimos en otras dos ocasiones, hallando en ellos un pan esquisito de trigo en lugar de las tortas de maiz que él dice. La prevencion y la rivalidad convierten en tortas de maiz los panecillos de pan de escanda.

HISTORIA Y TOPOGRAFIA.

La historia de Lieja desde el siglo XIII hasta la dominacion de los franceses á fines del siglo pasado no es mas que un tegido de guerras civiles entre los obispos (que eran allí ¡los pobrecitos! señores espirituales y temporales con arreglo al Evangelio) y los liejeses, que ha sido siempre la gente mas democrática, alborotada y turbulenta que se puede decir ni pensar. De cuando en cuando asomaba la cabeza *Cárlos el Temerario*, hacía una de *pópulo*, (porque el tal Carlitos no era hombre que sufriera pronunciamientos) y asi anduvieron siempre los pobres walones luchando con la opresion de sus señores, obispos y duques, que tan abonadas son para el cuento las mitras como las coronas ducales. Hoy la mitra de Lieja es sufragánea del arzobispado de Malinas.

Situada la ciudad en una planicie rodeada de montañas en la confluencia de dos rios el *Mosa* y el *Durthe*, que atraviesan sus

calles, sucédela lo que á Burdeos en cuanto á la demasía de estension respecto á la poblacion, pues para 62.000 habitantes tiene 11.000 casas. Sus calles por lo general, escepto la parte de ciudad nueva, son estrechas y sucias: y su suelo y las fachadas de sus edificios anuncian con su color negruzco que se está en la ciudad de las minas de carbon de hierro y de cinc, en la ciudad de las ferrerias y de las fábricas de armas, de sierras y de limas, en la ciudad de las fundiciones y de las máquinas de vapor, en la ciudad de las fraguas y de las chimeneas, en la ciudad que mas le interesaba y que mas le ofrecia que observar y aprender al hermano Isidro.

Asi es que colocada Lieja entre la Alemania y la Flandes, y con un gran rio que la comunica con la Francia y la Holanda, es la ciudad fabril y comercial de la Bélgica por antonomásia.

LAS DE MR. COCKERILL,

Y LA DE MR. LESOINNE.

Quiso nuestra buena suerte que tropezáramos con *Mr. Adolphe Lesoinne*, profesor de química en la Universidad, á quien íbamos recomendados, y el cual se ofreció amabilísimo á acompañarnos y enseñarnos todo lo mas notable de la poblacion: con la ventaja de que habiendo estado algun tiempo en nuestras Asturias, hablaba el español y le venía muy bien á la cuádruple alianza viandante.

Su posicion y sus relaciones en el pueblo nos proporcionaron ver lo que pocos estrangeros logran ver, especialmente *la gran fábrica de Cockerill* en *Seraing*, dos leguas de la ciudad: *La gran fábrica de Cockerill*, que asi puede bien llamarse la fábrica mas considerable y mas perfecta que existe en el continente para la fabricacion de grandes máquinas de vapor y demas. Allí es donde se construyen la mayor parte y las mejores

de las que sirven para los caminos de hierro. Su reputacion es tal, que de todas las partes del globo acuden estrangeros á visitarla, tanto que *Mr. Cockerill* se vió precisado á anunciar por medio de los periódicos que se veia en la sensible necesidad de cerrar á todo el mundo la entrada, porque era ya insoportable la afluencia de visitadores. Trabajan en ella sobre 1500 operarios.

«¡Válgame santa Lucía, esclamaba el hermano Isidro, y qué cosas hacen estos estrangeros! Vaya que aqui no hay mas que abrir ojos y mirar!»

Quien quiera formarse una idea del inmenso desarrollo de la industria fabril en aquella provincia, no tiene mas que dar un paseo desde Lieja á Seraing. Si don Quijote viera aquella muchedumbre de elevadas chimeneas que anuncian otras tantas fábricas, lo tendria por el campamento de un ejército de gigantes.

Regresado que hubimos á la ciudad, Mr. Lesoinne nos llevó á ver otra fábrica de los herederos de Cockerill. En esta trabajaban de 400 á 500 operarios, y se construian máquinas para hilados, tegidos y otros diferentes artefactos. De ellos se surten muchos de nuestros fabricantes de Cataluña. Aqui fué donde el hermano Isidro acabó de perder la chola, y no sé como no perdió la vista á fuerza de mirar: aquí fué donde él halló el «*mirabilia valde, supraque pené naturam:*»

Aquella prodigiosa combinacion, aquella asombrosa facilidad en la elaboracion de las mas menudas y delicadas piezas, aquel hacer de una barra de hierro ó de bronce lo que pudiera hacerse de un palo de caoba ó de un rollo de cera, aquello de ver á un aprendiz muchachuelo de 10 años, dar por concluida en 10 minutos con auxilio del vapor, una pieza mas perfecta y acabada que la pudiera dar en 10 meses el artífice mas afamado con el auxilio de las mejores herramientas que en su tierra se conocen..... allí fué donde él se quedó tamañito, y esclamó con el otro: «¡válgame Dios y lo que somos!»—«Ahora es, añadió, cuando yo veo el mundo.»

Sin embargo, por lo que despues he sabido no le fueron inútiles estas visitas, pues naturalmente ingenioso y dispuesto para las obras de su arte, ha dado muestras de que no observó sin provecho. Hasta á los herreros instruyen los viages.

De allí pasamos á la *fábrica de armas de fuego de Mr. Lesoinne*, hermano de *Mr. Adolphe* nuestro obsequioso acompañante. Aqui fué Tirabeque el que nos hizo el gasto. La admirable coleccion de fusiles, escopetas, carabinas, pistolas y todo género de armas de todas las especies y formas imaginables que alli nos presentaron, le embargó al punto el habla. Mas ya que se fué reponiendo, «vamos, le dijo á *Mr. Lesoinne*, que aqui ya tienen vds. *garantías* en abundancia.—¡Cómo! esclamó *Mr. Lesoinne*; ¡garantías las habeis llamado! Cuando yo he estado en España no tenian este nombre.—No señor, este nombre se le he puesto yo; y crea vd. que no se le hubiera puesto mejor la academia, porque en España la mejor garantía de la persona, segun el dictámen de los legisladores que ahora tenemos, es un trabuco como el que está ahí en ese rincon, ó un par de pistolas, si puede ser de siete cañones cada una al simil de esas que tienen vds. ahí, que en mi vida habia yo visto cosa tal.»

El Sr. Lesoinne reía y celebraba la esplicacion de Tirabeque: yo le llamé con disimulo y le dije al oido: «Pelegrin, eso es bueno para dicho entre españoles, pero á los estrangeros es una imprudencia informarles asi del estado de nuestra legislacion y de nuestra sociedad.—Señor, como Mr. Lesoán ha estado en España.....—No importa, siempre es estrangero.»

Lo que mas nos admiró y nos gustó de las armas de la fábrica de Lieja fué su baratura, pues escopeta habia, linda, ligerita y bien trabajada, que nos la daban por 8 francos (32 rs.); si bien las hay tambien de hasta dos y tres mil francos. De buena gana nos hubiéramos traido de allí media armería, sino fuera la dificultad, y puede decirse la imposibilidad de hacerlas pasar por las aduanas francesas, que son para las armas de Bélgica todavia mas escrupulosas que para los libros contrahechos, que es cuan-

to se puede decir. Asi fué que un solo par de pistolas que tomamos (y que están á la disposicion de vds.) nos dieron mucho cuidado en la aduana de Menin á pesar de traerlas en los bolsillos.

HALLAZGO DE LIBROS ESPAÑOLES.

Mr. Lesonne nos propuso si gustábamos pasar á ver la universidad: proposicion que me parece no deberia haberse discutido. Sin embargo, el hermano Isidro fué de opinion que lo dejáramos: «¿qué tiene que ver una universidad? decia: mas valiera que volviéramos otro poco á la fábrica de su hermano de vd.» Tirabeque se inclinaba á que fuéramos á almorzar. Pero el hermano Anselmo y yo aceptamos sin titubear el ofrecimiento de nuestro ilustrado guía, y ganada la votacion por el número y calidad de los votos, nos encaminamos á la universidad, que reconocimos luego por la inscripcion que se lee en el fronton de su fachada; «UNIVERSIS DISCIPLINIS.»

Entramos, pues, y fuimos reconociendo sus aulas, su gabinete de Física y Astronomía, el de instrumentos de Cirujía y Orthopedia, la galería de piezas anatómicas y pathológicas, la coleccion Mineralógica, el gabinete de Zoología, el de Anatomía Vegetal, Carpología etc., el Jardin Botánico, y por supuesto con mas detencion que todo esto el *Laboratorio de Química*, como

que era el teatro de las glorias y de los ejercicios de nuestro *Mr. Lesoinne*, como profesor de la facultad que era.

Pero si allí nos detuvimos por él, en la *Biblioteca pública* nos detuvimos por mí. Y no porque me entretuviese á contemplar el gran salon, ni menos á revisar sus 75.000 volúmenes y sus 600 preciosos manuscritos, lo cual hubiera sido imposible, sino porque llegué á atisbar unos rótulos en español, cosa que habia tenido el desconsuelo de no poder brujulear en otras bibliotecas estrangeras.

He aquí las obras españolas que habia; *Zurita*, Anales de Aragon; obras de *Gracian*; *Ambrosio de Morales; el Diablo Cojuelo; Lazarillo de Tormes*; un *D. Quijote* en pergamino: otro *D. Quijote* en un tomito en 16.° edicion microscópica, hecha en París por nuestro ex-ministro de Estado *D. Joaquin María de Ferrer*, con su rumbosa y festiva dedicatoria:

AL ESCRITOR ALEGRE,
AL REGOCIJO DE LAS MUSAS,
AL FAMOSO TODO,
AL ADMIRABLE É INIMITABLE AUTOR
DEL INGENIOSO HIDALGO
D. QUIJOTE DE LA MANCHA
erige y dedica
este pequeño monumento
de la tipografía y calcografía moderna
su apasionado admirador
Joaquin María de Ferrer.

Habia allí tambien las *Poesías de Alzaibar*, con sus comedias «*Una estravagancia; y la Baronesa del Viento*,» obra de que pienso no se tenga mucha noticia en España, ni yo mismo la tenia á pesar de haber tenido el gusto de conocer personalmente al *Sr. Alzaibar* en Gibraltar, donde estuvo de cónsul. No es la sola cosa española que se conoce en el estrangero antes que en el país donde nació.

La revision de estas obras me puso en ocasion de hablar con el bibliotecario sobre la literatura española, y de sondear hasta donde es conocida de los hombres de letras de aquel país, en cuya prueba no hallé mucho por qué envanecerme. Yo sin embargo tuve la satisfaccion de que el hermano bibliotecario me manifestase deseos de llenar el huequecillo de un estante con las capillas gerundianas.

Preguntóme el hermano bibliotecario por nuestro don Martin de los Heros, de quien me manifestó ser amigo. Y satisfecha por mi parte su pregunta, le indiqué mi estrañeza de que siendo el Sr. Heros conocido en el país y amigo del bibliotecario ademas, no se encontrasen sus obras literarias en el establecimiento para honra y gloria de la bibliografía española y aumento de los volúmenes del salon. A lo cual me respondió que no tenia noticia de obra alguna literaria de su amigo el Sr. Heros, y á esto nada halle que replicar.

Pero entonces y siempre he estrañado, y ahora lo digo, que habiendo escrito varios españoles sobre las cosas de la Bélgica, como por egemplo el Sr. Lasagra, que ha publicado tanto y tan bueno, no se vean mas ejemplares de ellas en las bibliotecas del país, para que al menos sirviesen de muestra de que los españoles que viajan por aquel reino no lo hacen sin algun fruto; para que viesen siquiera que los españoles tambien escriben. Con tan notable y reprensible dejadez, ¿cómo ha de ser conocida en el estrangero la literatura española?

UN OSO ENTRE LA VÍRGEN Y SAN JOSÉ.

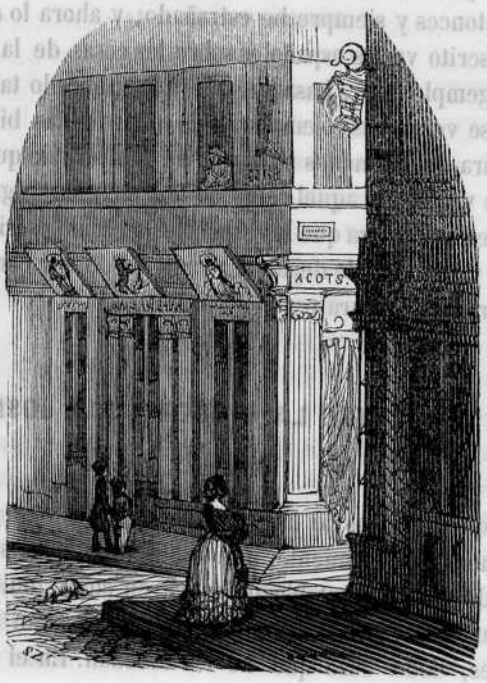
Salido que hubimos de la Universidad, y de paso que íbamos hácia nuestro alojamiento, fuimos observando el sistema de rotulacion de tiendas y establecimientos, en cuya multiplicidad y estravagancia lléveme el diablo si los belgas les van en zaga á los franceses, dado caso que no les escedan. En el tablon de

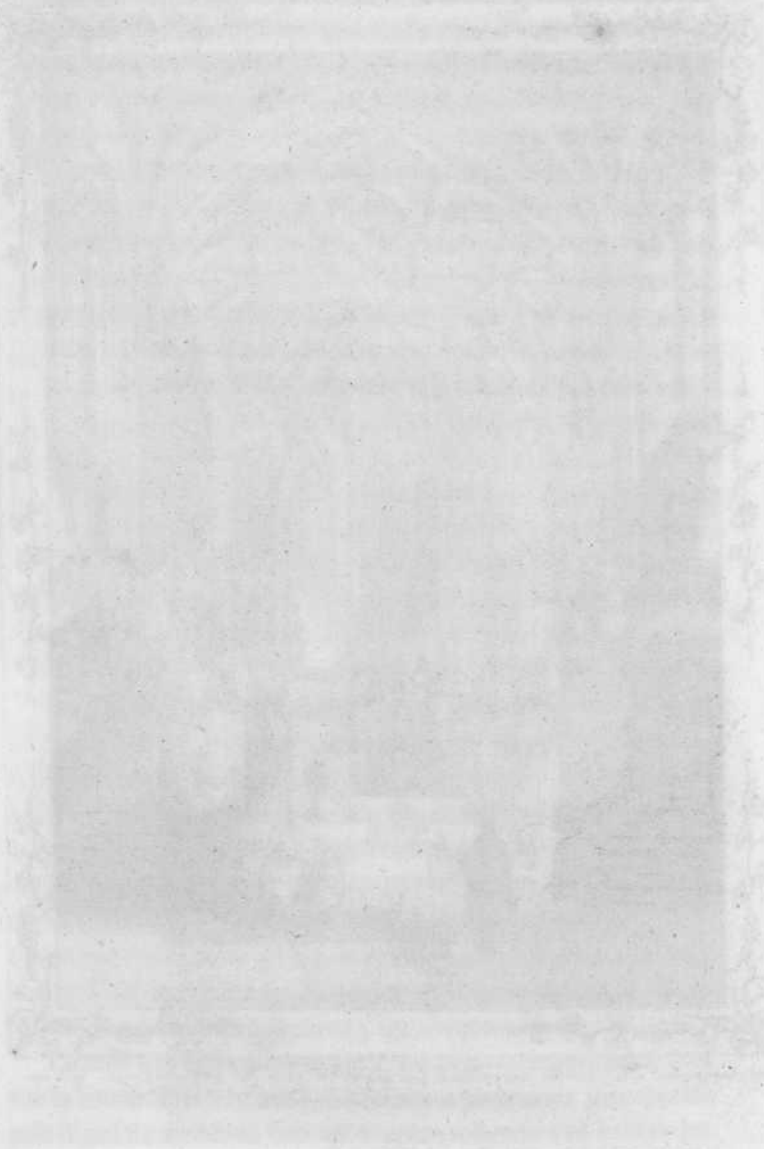
muestra de una librería, por ejemplo, se leía: «*Al librero católico:*» como si fuera una cosa estraordinaria que el librero de un país donde la religion católica es la dominante y general fuese tambien católico.

«*Al fanático cuchillero:*» se leía en otra parte. ¿Si le importará algo al que va á comprar cuchillos que el cuchillero sea fanático ó despreocupado?

Mas nada de esto vale tanto como lo que me hizo observar Tirabeque en la calle misma donde viviamos. «Señor, señor, me dijo; mire vd. donde han ido á colocar un *oso*, entre la *Virgen* y *San José*.»

En efecto es así: sobre tres tiendas de comercio contiguas habia tres tablones, como á distancia de una vara de intermedio colocados: el de la izquierda decía. «*A la Santa Virgen:*»





Efectivamente es un templo maravilloso porque en él reve la arquitectura gótica con toda la coquetería árabe;

y tenía una Vírgen pintada: en el medio se leía «*Al Grande Oso*;» y habia pintado un osazo como un camello: y en el de la derecha: «*A San José*;» y estaba el santo bendito sin poder ver á su esposa porque el melenudo animal se lo impedia.—«Señor, decía Tirabeque, fortuna tuvo la Vírgen Santísima cuando se le perdio el niño, que no anduviera por allí este oso, que sinó mas cuidado hubiera tenido.—¡Cosas, añadia Isidro, como las que tienen estos estrangeros!»

Comímos y nos fuimos al teatro, que es medianejo, pero no tan malo como las compañías de canto y verso. Aquella noche nos obsequiaron con la ópera en 3 actos *L' eclair*, y con el Vaudeville en 2 actos *Le Chevalier du Gueut*, y vive Dios que cantantes y versificadores podian apostar á cual peor lo hiciera. Sin embargo los liejeses tienen fama de *amadores de los espectáculos teatrales*, y suelen preciarse de tener buenas *tropas dramáticas*, pero lo que es entonces, *abrenuncio*. Lo que habia, sí en el teatro, era mucha gente de tropa y mucha oficialidad.

LA MARAVILLA DE LIEJA.

O'DONELL Y EL CAPELLAN DE CORO.

Al dia siguiente nos fuimos á ver *la maravilla de Lieja*, ó sea la igesia de *Santiago*. Efectivamente, es un templo maravilloso: porque en él se vé la arquitectura gótica con toda la coquetería árabe; es una dama ataviada interior y esteriormente con toda la riqueza y elegancia del trage oriental, con toda la gracia del festonage arabesco, y si algo tiene que pudiera tacharse, es su escesiva belleza para templo sagrado.

Cuando nos disponiamos á salir de *Saint-Jacques* para ir á ver la catedral, se nos avisó si queriamos presenciar un espectáculo digno de atencion. Era un entierro solemne que hacian los

estudiantes de la Universidad á uno de sus mas antiguos y acreditados profesores, el *Dr. Gall*, que habia fallecido el dia anterior. Fuimos en efecto camino del cementerio, y ála subida de la altura de *Sainte-Walburge* encontramos una larga fila de mas de 30 coches ocupados por mas de 150 alumnos que iban á rendir

el último homenage de respeto y cariño á su amado y venerable maestro el *Dr. Gall*, que si no gozaba de tanta fama como el célebre frenólogo, al menos se conocia que le acompañaban á la tumba los corazones y las lágrimas de la juventud literaria de su pais, cuyo sublime cuadro debia consolarle en la eternidad como á mí me enterneció y conmovió.

Este inesperado paseo nos proporcionó ver la *Ciudadela* y gozar del hermoso panorama que ofrece la ciudad desde aquel balcon; si bien por otra parte nos consumió el resto de la mañana; y sin hacer otra cosa nos fuimos á comer.

Entre los asistentes á la mesa hubo uno, que habiéndonos oido hablar en español nos dirigió la palabra en el mismo idio-

ma, lo cual infundió en nosotros una alegria general. Era un jóven sevillano, que hallándose en Amberes á asuntos de comercio habia hecho una excursion á Lieja con otros conocidos de aquella ciudad. A poco de nuestro reconocimiento y de haberle sin duda preguntado sus amigos por la clase de compatriotas con quienes se habia encontrado, yo advertí que estaba siendo el objeto de las continuas y atentas miradas de todos, para lo cual me parecia que no era bastante circunstancia ser estrangero ni ser español. Me miraba á mí mismo y no me hallaba mas feo que otros, ni me habia manchado, ni mi trage ni mis maneras tenian nada de irregulares. Concluida la comida nadie desocupaba el salon sin dirigirme una mirada. «¿Pues qué tendré yo?» me decia á mí mismo.

Ya nos quedamos solos los españoles, y le dije al sevillano: «paisano, vd. que conocerá mejor que yo esta gente ¿me hace vd. el favor de decir qué pueden haber visto en mí para mirarme tanto?« El hombre se echó á reir con mucha calma y me dijo: «paisano, vd. sabe que soy de Sevilla; ¿no es esto? pues bien, como buen sevillano he usado una bromilla inocente. Me preguntaron estos amigos qué compatriotas eran los que habia encontrado, y yo les dije al oido que el uno de ellos (señalando á vd.) era *O'Donell*. Y como *O'Donell* ha sonado tanto por aqui con motivo de los sucesos de Octubre en España, la noticia corrió de boca en boca, y ahí tiene vd., no ha habido ni mas ni menos; por eso le miraban á vd. con tanta curiosidad. Nada, paisano, una bromilla.

¡Hombre, ó diablo! Llévele á vd. Satanás con sus bromillas. Tendrá gracia que, bromilla ó no bromilla, tenga que ir á la prefectura de policía á acreditar que no soy *O'Donell* sino *Fr. Gerundio*.—Paisano, ¿vd. es *Fr. Gerundio*!?—El mismo.—¿Es posible? ¿Qué es lo que me dice vd.?—Lo que vd. oye.—Paisano, vengan esos cinco. Pues ahora me río yo mas de la chanzoneta.—Pues mire vd., ahora me río yo menos.—Paisano, no tenga vd. cuidado que aqui estoy yo.»

En fin, pasada aquella broma, nos dirigimos todos á la

catedral de San Pablo, como habia sido mi intencion desde por la mañana. Llegamos á la hora de vísperas, y con esto tuvimos ocasion de enterarnos de las ceremonias y vestiduras de aquel cabildo y sus coherentes. Los canónigos llevaban muceta de piel blanca moteada de negro, manto negro con forro encarnado, y casquetes á la cabeza con un estupendo borlon. Los niños de coro iban vestidos de encarnado; los capellanes con una especie de pelliz.

Pero á quien habia que oir era á Tirabeque y al sevillano con motivo de un cantor ó capellan de coro que allí se nos deparó con unas enormes y pobladísimas patillas que le bajaban hasta el garguero, «El hombre este, decia mi lego, es sagrado de boca y profano de quijadas.—¿Vd. no repara, decia el andaluz, que sale la voz mas esparramada que agua de regadera por entre esos dos matorrales? Ese hombre escusa de arrendar bosque para entrar á caza y andar de ojéo.» Y por este estilo se divirtieron grandemente á costa del cantor de las patillas. Despues supimos que era un gastador de la guardia nacional.

La catedral de Lieja no tiene cosa notable: como no sea el pavimento de mármoles en greca, las cuerdas de las campanas que son singulares, unas columnas del siglo VII, y sobre todo el *alumbrado de gas* que usan para los oficios nocturnos: único templo en que he visto alumbrarse de gas.

A la salida volví á observar que las gentes me miraban mucho. A pesar de eso yo seguia sin darme por entendido, hasta que oigo á dos que se nos quedaron parados al pasar; «*Voilá Mr. O'Donell d'Espagne.*»—«¡Ira de Dios! dije yo; ¡pues está bueno esto!»

No habiamos andado veinte pasos, cuando vuelvo á oir: «*Mr. O'Donell.*»

La bromilla del amigo habia cundido por la ciudad; por lo cual yo determiné tomar cuanto antes una diligencia para *Verviers*, no fuera que el gobernador de provincia, mientras se identificaba la persona, hiciera mi estancia en Lieja mas larga de lo que habia entrado en mi intencion.

«¡Qué disparate! me decia el andaluz; si esto no es nada, y sobre todo, paisano, ya le he dicho á vd. que aqui estoy yo. —Buen empeño se atraviesa, replicó Tirabeque; hace vd. muy bien, mi amo, vámos de aquí, no sea que me tengan á mí por el asistente de *O' Donell*, y me hagan un flaco servicio: vámonos, vámonos.»

Y asi fué que tomamos una de las diligencias de *Pasquin y Briard* que salen diariamente para *Verviers*, y despidiéndonos del amigo sevillano y dándole las gracias por su *bromilla*, á las cuatro de la tarde íbamos ya rodando los cuatro españoles por aquellas calles en direccion á *Verviers*.

LA TIERRA DE LOS CRISTOS.

«¿Con que hemos dejado la patria de Malherbe, de Regnier y de Gretry? les dije á los compañeros luego que pasamos los puentes, rios y canales de Lieja.

—Diga vd. señor, me preguntó Tirabeque, y esos tres individuos que vd. nombra eran enanos?—De modo que acerca de su estatura corporal nada he leído en sus biografías; lo que sé es que fueron tres hombres muy grandes en talento y en saber; ¿y porqué preguntabas si eran enanos?—Señor, porque no he visto pueblo de mas enanos que este; ¿no lo ha reparado vd.?

—En efecto, dijimos todos, que es tierra de muchos enanos esta: y hasta la tropa es menguada y raquítica, y no muy marcial en el andar y en el vestir. Solamente la seccion de artillería era la que presentaba gente mas lucida y tambien mas gusto en los uniformes.

—Y de las mugeres ¿qué le ha parecido á vd? le preguntaba á Tirabeque el hermano Isidro.—Mal, le respondió; no he visto cosa de provecho; no me gustan las walonas: me gustaron mas las peras que nos pusieron en el hotel.—Efectivamen-

te que eran muy tiernas y muy sabrosas, añadió el hermano Anselmo.»

Asi entretenidos nos íbamos internando por aquel ameno país, sembrado de huertas y bosques de frutales, de fábricas y casas de campo, y cortado por multitud de riachuelos que regaban otros tantos valles amenos y frondosos, la variedad de la conversacion y del país nos hacía llevar con menos disgusto la incomodidad de la diligencia, que por cierto era de las mas irregulares y con menos talento construidas que he visto, y á cuya mayor incomodidad contribuian los mozos y paisanos con blusa que se nos iban introduciendo, con arreglo á la costumbre general del país de viajar en diligencia hasta los labradores y jornaleros del campo.

¿Cómo diran vds. que se reciben allí los periodicos en los pueblos? El conductor de la diligencia va cargado de paquetes, y sin bajarse del carruage ni hablar una palabra, va arrojando al tránsito de cada pueblo, á una persona que encuentra infaliblemente preparada á recibirlos, los paquetes que á cada uno pertenecen. Y como la diligencia es diaria, cada dia se reciben los periódicos y demas correspondencia en los pueblos, sin necesidad de correos, de incomodidad ni de gasto. Sistema ventajoso de comunicacion, pero que no podria sostenerse sin la confianza y seguridad que inspiran aquellos conductores y aquellos habitantes.

A luego de la salida de Lieja empezamos á ver en las calles de los pueblos y en el campo mismo muchas imágenes de Santos y particularmente de Cristos. Y esto mismo fuimos observando en toda la jornada. Cristos arrimados á las paredes, Cristos sobre las puertas de las casas, Cristos en los troncos de los árboles, y Cristos en las fábricas, y Cristos en los puentes, y Cristos en las rocas, y Cristos en todas y por todas partes.—«Señor, decía Tirabeque, si vieran esto nuestros andaluces, una de dos, ó estas gentes tenian que negar que Cristo es Dios, ó ellos les ponian pleito alegando que no hay mas tierra de Dios que la suya.»

Esta abundancia de imágenes de Santos y de Cristos de todas materias y tamaños, en las calles, en los campos y en los caminos, las observamos despues en todo el pais montañoso de Lieja y del Limburgo: lo cual en mi pobre discurrir histórico lo atribuyo á restos y reliquias que han quedado de la reaccion religiosa que siguió á las guerras con los *Iconoclastas* ó destructores de imágenes.

Conforme íbamos avanzando, el país era gradualmente mas montuoso, y semejaba ya á nuestras provincias Vascongadas. Como por allí va el camino de hierro para Prusia, de que hablé en el capítulo anterior, le hallamos todo entrecortado de puentes en construccion ó concluidos, de terraplenes, de *viaducts*, de montañas perforadas, y otras obras, lo que hacía serpentear mas nuestro carruage; y esto y algun rio cuyas aguas llevaban un color de ladrillo espeso y subido cuya causa no pude saber, es todo lo que se encuentra en la travesía á *Verviers*, á donde llegamos bien entrada la noche, dando fondo en el hotel *des Pays-Bas*.

VERVIERS.

Modestia de María. Nuestro primer acuerdo fué pedir cerbeza (que de paso sea dicho, es muy buena y sin espuma la de Verviers). «*Madame*, gritó Tirabeque á la doméstica que se nos presentó; *porteznous de la bierre, s' il vous plait.—Oh! madame, madame*! replicó la doncella: yo no soy *madame*.—¿Pues qué es vd? ¿*mademoiselle*?—Tampoco.—¿Pues qué diablos es vd. sino?—Yo no soy mas que *María*, una humilde sirviente de este hotel; llámeme vd. *María* nada mas.»

Todos nos miramos sorprendidos de la modestia de aquella buena muger, acostumbrados como íbamos á tratar en Francia y Bélgica de *madame* y *mademoiselle* á toda insignificante dueña ó criaduela de servir. Y es que como estábamos ya en las fronteras de Prusia, el carácter franco-belga se iba perdiendo, y *María*

nos dió una muestra de que participaba ya de la severa formalidad del reino de Federico Guillermo.

Aquella noche no hicimos ya mas que acostarnos. Al dia siguiente temprano dimos un ligero paseo por la ciudad, que tendrá unas 20.000 almas y en la cual lo mas notable es el lindo teatro de la *Plaza-Verde*, el hospital de Babiera, la Sociedad de la Armonía, y sobre todo sus muchas y afamadas fábricas de paños, que ocupan casi la totalidad de sus habitantes. Se cuentan cerca de 60 grandes manufacturas, que dan 100 mil piezas al año, cuyo valor se calcula en 25 millones de francos (100 millones de reales).

Separacion temporal. VERVIERS era la ciudad del hermano Anselmo, como LIEJA habia sido la ciudad del hermano Isidro. De consiguiente los dos compañeros determinaron quedarse allí para visitar despacio las fábricas de paños, y Tirabeque y yo que no lo tomamos sino al pormenor en las tiendas para vestir, dispusimos hacer entretanto una espedicion á SPA, dándonos todos cuatro la consigna para Bruselas el dia de la apertura de las Cámaras: y asi nos despedimos, no sin haber oido misa, porque era domingo de guardar.

SPA.

A beneficio de 9 francos marchábamos amo y lego como dos príncipes en nuestro cabriolé de dos asientos por aquella hermosísima calzada, por aquellos risueños y pintorescos valles, por entre aquellos limpios y cristalinos riachuelos, saboreándonos en ver el aseo y limpieza, y hasta la elegancia en vestir de los aldeanos y aldeanas que de los pueblecitos y caseríos bajaban á oir misa á las parroquias céntricas; hasta que al cabo de las dos horas y cuarto de viage nos encontramos en una alineada y frondosa alameda, y á los cuatro minutos en el vestíbulo del hotel (tambien *des pays-Bas*) de SPA, habiéndonos dejado atrás las cuatro leguas que separan esta villa de VERVIERS.

Spa era antes un miserable lugarcillo, cuyos habitantes á duras penas podian vivir de los productos de su ingrato y estéril suelo, y hoy es una de las villas mas bonitas de Europa, poblada de nuevas y vistosas casas, y cuyo número de habitantes casi se dobla cada año. Esta transformacion la debe al descubrimiento de sus famosas aguas minerales, que con el nombre de *agua de Spa* se trasportan y difunden por toda Europa, y aun por todo el mundo.

Son siete los manantiales, pero el mas notable y el mas célebre es el que teniamos frente del hotel, y sobre el cual se ha erigido un bello monumento de piedra «A la memoria de Pedro el Grande,» fundado por el mismo Czar de Rusia en celebridad de haber restablecido su salud con el uso de las *aguas de Spa*, de las cuales dicen que se bebia el Sr. Autócrata 21 vasos de á tres onzas cada mañana.

La fama de estas aguas, junto con el aliciente del juegueci-

llo de azar (que no es permitido en pueblo alguno de la Bélgica mas que en *Spa*), atraen á esta villa tal afluencia de estrangeros en la estacion del verano, que no bastan sus muchos y magníficos hoteles, no basta convertir en hoteles todas las casas del pueblo para albergarlos. Nosotros tuvimos el gusto de encontrar allí á la infanta Isabel, hija de nuestro infante D. Francisco, con su esposo el coronelito ruso, que supongo habria ido á tomar las aguas minerales, y no atraido como otros, (que él no es hombre de estas costumbres) por los juegos de azar.

Se dá á las *aguas de Spa* una virtud prodigiosa para la curacion de multitud de enfermedades y principalmente para los dolores cardiálgicos ó males de estómago, para las afecciones verminosas, para las nefritis y flegmasías crónicas, para las hidropesías, para las leucorréas, para la hipocondría y para la esterilidad. En estas materias me felicito de no poder dar un voto de esperiencia. A Tirabeque le dije que si padecia alguna afeccion morbosa, tenia la ocasion mas oportuna para combatirla con aquellas aguas: á lo cual me respondió: «Señor, la única enfermedad que yo padezco tengo para mí que estas aguas no me la pueden curar, porque es un hambre horrorosa que no se cura sino en el comedor del hotel; con que soy de opinion que nos vayamos acercando hácia allá si á vd. le parece.»

Pero no se lo consentí sin que probase conmigo las aguas, siquiera por poder certificar de su sabor. Ellas son limpias y cristalinas, pero el sabor es picante, ácido y ferruginoso. Tienen otra propiedad, y es que si se tomasen por primera vez cuatro ó cinco vasos, embriagarian como el vino, y por lo tanto se necesita beberlas gradualmente y con discrecion.

Otra de las curiosidades de *Spa* son los lindísimos y delicados artefactos y juguetes hechos de madera teñida ó barnizada con aquellas aguas, de cuyos artefactos y juguetes se hace tambien un gran comercio; y no hay tienda de lujo en París y casi en ninguna poblacion grande, donde no se vean mil preciosos objetos de *madera de Spa*. Nosotros tomamos varias cajitas, papeleras, cuchillitos de cortar papel, libritos de memoria, y otras

frioleras, de las cuales conservamos algunas, que están tambien á la disposicion de vds.

LA GRUTA DE REMOUCHAMPS.

He aqui una de las escursiones mas curiosas que hicimos en todo el viage. Yo habia leido y oido hablar mucho en el país de la famosa *Gruta de Remouchamps*, y desde luego hice propósito de no volverme sin verla.

Está á tres leguas S. O. de *Spa*, en un sitio agreste y salvage, en el fondo de un barranco bañado por las plateadas aguas del Amblêve. El camino es áspero y escabroso, alternando entre rocas, bosques, landas, espesos matorrales, profundas gargantas, prados y tierras de labor. Apenas hay senda alguna trillada, y es imposible acertar con el camino sin ir acompañado de un guia muy práctico del país y sobre caballos muy prácticos tambien.

Todo lo hay siempre en *Spa* á disposicion del viagero. A la menor iusinuacion nuestra ya tuvimos á la puerta del hotel al mozo *Gregoire* con tres famosos Rocinantes, que ellosllaman *bridest*, esperando nuestras órdenes. Montamos, pues, cada uno en nuestra alimaña, y héles van Fr. Gerundio y su lego, junto con el hermano *Gregoire*, por aquellas breñas arriba, saltando arroyos, bricando setos, salvando pantanos, subiendo linderos, bajando colinas y costeando derrumbaderos, trotando unas veces, galopando otras, magullándose siempre, y hechos tres facciosos de montaña, (salva sea la comparacion), siendo el resultado que á los siete cuartos de hora ya estábamos en la aldea de *Remouchamps*, viendo á aquellos sencillos aldeanos bailar rigodon al son de un violin, cosa que nos sorprendió en tan rústicos y retirados lugares.

No bien nos habiamos apeado en el hotel *des Etrangers* (1)

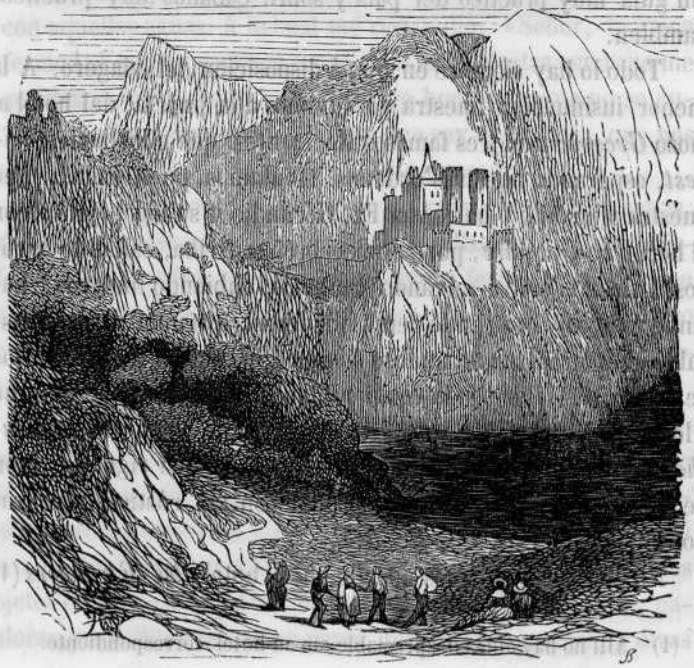
(1) Allí no hay aldea despreciable sin su hotel correspondiente.

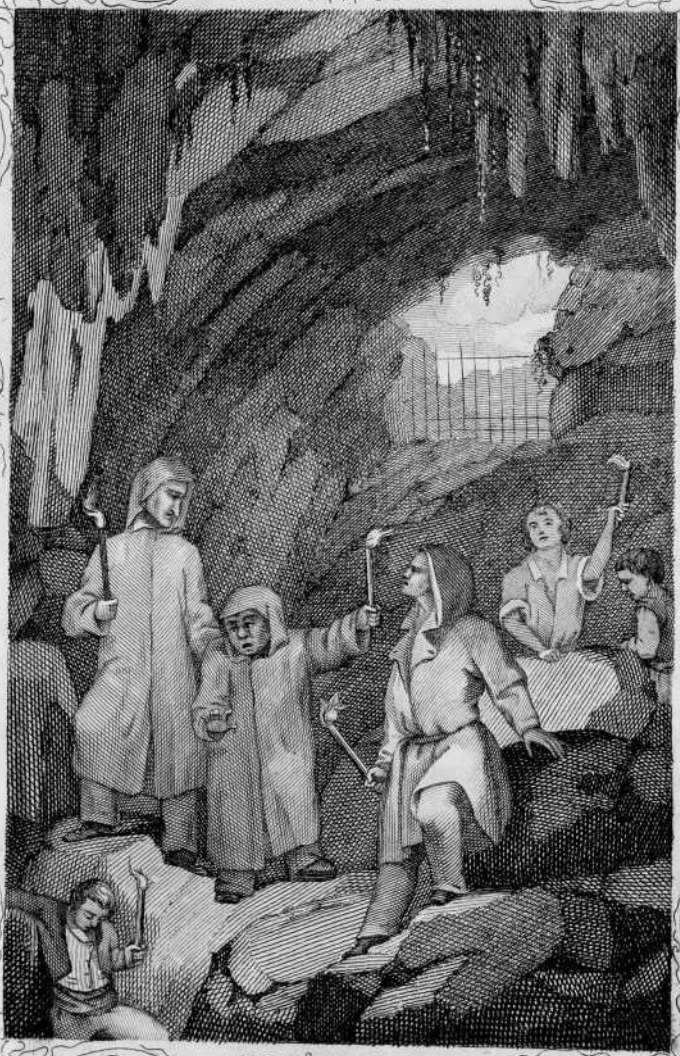
tenido por la viuda *Charpentier*, cuando acudieron á encargarse y cuidar de nuestros jacos tres robustas muchachas.

«Princesas curaban de él,
doncellas de su rocino;»

y nosotros pasamos á descansar un momento á la sala del parador.

Séame permitido antes de entrar en la gruta echar una ojeada por el romántico paisage que se presenta á mi vista. Yo me hallo bajo unas enormes rocas escarpadas. A mis pies se precipitan las diáfanas y limpísimas aguas del Ambleve, murmullando suavemente y como acompañando los sones del instrumento que marca los compases á los alegres aldeanos que bailan á mi izquierda. En frente y al otro lado del rio tengo una elevadísima





Señor, entre vd. si se encuentra con valor para ello, que yo confieso humildemente que no sirvo para andar por estos sitios.—

montaña vestida de un frondosísimo follage, en cuyo declive se vé el severo é imponente castillo feudal de *Montjardin*, que parece colgado de la inmensa roca que defiende su espalda. Yo me hubiera llevado horas enteras contemplando este cuadro sublime de la naturaleza, pero era preciso ya prepararse para entrar en la gruta.

El guardian de la cueva nos esperaba ya con la vestimenta que se acomodan los visitadores para no ensuciarse sus vestidos. Consistia ésta en un pantalon blanco de lienzo burdo, y una blusa de lo mismo ceñida á la cintura, con su correspondiente capucha que nos calamos hasta las cejas. Pusiéronnos á cada uno en la mano una candela de sebo encendida, y el conductor y otros cuatro ó cinco muchachos que le acompañan siempre por placer, llevaban tambien cada uno su bujia ardiendo. Tirabeque y yo nos mirábamos uno á otro asombrados de ver cuán raras y cuán estravagantes caricaturas presentábamos, y en el semblante de aquel se traslucia ya la pavura que empezaba á acometerle.

Llegó la procesion á la entrada de la gruta, la cual está cerrada con una verja de hierro. Abrióse ésta, y entramos en una sala abovedada de 30 á 40 pies de largo, y alta de 20 á 25.

«Aqui, nos dijo el guia, se han hecho escabaciones, y se han encontrado osamentos de leones, de hienas, de elefantes y de osos que se hallan depositados en el gabinete de historia natural de Lieja.—¿Qué es lo que vd. dice? esclamó súbitamente mi lego. Señor, éntre vd. si se encuentra con valor para ello, que yo confieso humildemente que no sirvo para andar por estos sitios.—Animo, Pelegrin, y no tengas cuidado, que mientras los huesos de semejantes alimañas anden por los gabinetes de historia natural, poco miedo hay que tenerlas.—Desengáñese vd., señor, que donde se encontraron los huesos de aquellas fácilmente habrá otras vivas.—Vamos, vamos, sigue y no seas pusilánime.

«Ved aqui, señores (continuó el guia) el *Can-Cervero* que está de centinela de este lugar infernal: él guarda ese puente de

madera que sirve de paso á ese primer rio que atraviesa la gruta.»

Tirabeque dió un salto involuntario hácia atrás, dejando caer

la candela.—«Tonto, le dije, ¿no ves que el llamado *Can-Cerbéro* es una piedra, ó sea una estalagmita formada por los jugos y las aguas petrificadas, que por semejar tres cabezas de perro le habrán dado el nombre de aquel trifauce animal?»

Con esto se iba ya tranquilizando, y volvió á coger su vela. Mas no bien la habia encendido cuando se oyó un ruido horroroso en las silenciosas aguas de aquel rio, que reproduciéndose y aumentándose en las bóvedas, me impuso á mí tambien. Era un diablo de un muchacho, que habiéndose adelantado y subido á uno de los peñascos de la gruta, habia arrojado al rio una piedra, que fué la que produjo aquel ruido espantoso.

Pasamos el puente, y sobre la izquierda distinguimos un precipicio, cuya profundidad nos dijo el conductor que no habia podido sondearse todavia. De allí pasamos á la *Sala de las ruinas*, la mas vasta de todas. Ella está formada de inmensas rocas sobrepuestas que hacen una bóveda atrevida é imponente: una sola de ellas tiene 350 pies de largo. He aqui la inscripcion que la describia:

Ces rocs amoncelés, par leur chutte fendus,
l' un sur l' autre au hazard son trestés suspendus.
Les ans ont cimenté leur bizarre structure
et recouvert leurs flancs d' une humide parure.

A la verdad cierto pavorcillo decente se dejaba sentir, por mas que se tratára de disimularlo, al verse bajo aquella bóveda húmeda y sombria, donde no ha penetrado jamas la luz; bajo aquellas inmensas masas que parece estar amenazando á todos momentos aplastar al temerario que se atreve á llevar su curiosidad á aquella mansion de tinieblas. Pero vamos mas adelante.

El camino verdaderamente no es muy llano. A veces hay que subir á gatas; á veces se baja por unos escalones de piedra, no muy iguales, y sí muy resbaladizos y pendientes, teniendo que apoyarse en una barandilla de palo que defiende de caer en un precipicio: á veces se trepa por una escalera de mano, y á veces tambien se sufre un coscorron que indica demasiado que no es manteca de Flandes con lo que ha tropezado la cabeza.

A veces se asciende á la cúspide de una roca y á veces se desciende á un abismo; tan pronto hay que girar á la derecha como á la izquierda; tan pronto iba cada uno solo y libre, como teníamos que asirnos de las manos y encadenarnos todos para no caernos, destilando de continuo sobre nosotros frias y heladas gotas, algunas de las cuales caían sobre las bujías y nos las apagaban.

Asi fuimos penetrando sucesivamente en la estancia de la *Petitte Famille*, donde las sustancias petrificadas formaban un

grupo de figuras humanas de varios tamaños, llamadas por eso *la pequeña familia*. Encontramos en seguida el *Petit autel*, el altarcito; porque en efecto la naturaleza habia hecho allí un altar que parecia estar preparado para la celebracion de los santos misterios.—Señor, me decia Tirabeque ya mas animado, aqui podia vd. decir misa por gusto.—No habia inconveniente, Pelegrin, le dije, sino fuera que hoy he almorzado ya.—Pues es que en tal caso podia vd. buscar un acólito que le ayudára, que yo al *Introibo* no podria contestar sino con un *Salibo.*»

En seguida se nos presentó el *Sáuce lloron*, ó sea una figura de este árbol formada de estalactitas. Luego *el Elefante*, con sus armas de marfil, y su arrugada trompeta. Despues el *Sombrero de Napoleon*, la *Santa Virgen*, y la *Dama blanca*. Esta última parecia una verdadera estátua de alabastro ejecutada por la mano de un escultor, y el escultor habia sido la naturaleza.

«Aquí teneis, señores, nos dijo el conductor, *les Rideaux du lit*, el pabellon de la cama.» Efectivamente se veia una colgadura completa sobre una especie de lecho con sus almohadas de terciopelo blanco. El conductor ponia la candela detras de las cortinas, y se trasparentaba la luz como si fuese una tela de percal, distinguiéndose los pliegues y los festones. ¡Admirables juegos de la naturaleza!

En algunos sitios las gotas de agua que se corren por lo largo de una superficie plana é inclinada, se cruzan, se entremezclan, y tegen como una magnífica estera de juncos. En otros, como si las corrientes hubieran sido sorprendidas por el hielo, se han quedado formando blancas cascadas: y en el salon llamado *de los Vellones* se ve un rimero de vellones de lana que parece haberse acabado de trasquilar, y en que hasta los filamentos estan imitados, y mucho mas el manchado color de la lana en jugo.

Mas para donde es necesario reservar toda la admiracion es para la *Sala de las Hadas*. Allí es donde la naturaleza parece que ha querido reasumir todas sus maravillas. Personages, seres fantásticos, manojos de flores, flecos de nieve, estalactitas brillantes de mil formas caprichosas, tienen el ánimo sorprendi-

do y como enagenado. Esta sala está mejor conservada que las otras, porque no todos tienen valor para penetrar hasta allí.

A todo esto los muchachos que siempre iban delante, se divertian en dar desde el estremo de la caverna ahullidos espantosos, que llegando á nosotros desfigurados por los tortuosos huecos de aquellas tenebrosas galerias, remedaban los quegidos lúgubres de otras tantas ánimas en pena.—Señor, vámonos cuanto antes, porque esta cueva juraría que ha de tener su remate en el infierno.—¿Falta mucho todavia? le pregunté al conductor.—Aun falta un trecho.—Anímate, Pelegrin, y da una prueba de que tienes mas valor que Sancho en la cueva de Montesinos.—Señor, no tentemos á Dios, que nos ha dicho que sus secretos son impenetrables. Y apártese vd., mi amo, que parece que se mueve esa piedra, y va á caer sobre nosotros y á hacernos tortillas.—¿Qué ha de caer, hombre? Eso es miedo. Vamos adelante.» Y le tomé de un brazo y proseguimos.

Por donde quiera que íbamos, colgaban sobre nosotros preciosas estalactítas. Hay un edicto á la puerta de la gruta en que se prohibe severamente cogerlas ni extraer otra cosa alguna de la cueva. Pero los muchachos, que en Bélgica como en España no son los mas escrupulosos observadores de las leyes, las quebrantaban á la tentacion de algunos *sous* sin remordimiento de conciencia, y nos facultaron para coger todas las que quisiéramos. El cuerpo del delito tengo el gusto de conservarle en una cajita.

Presentósenos en seguida la figura de un *gato*, tan imitado al natural que no parecia sino que estaba vivo. Despues dos *columnitas* que á distancia como de dos pies una de otra han formado las gotas destiladas, pero tan iguales y tan perfectas que parecen ejecutadas y puestas cuidadosamente por la mano de un artífice para sostener aquellas rústicas y pesadas bóvedas, dejando el paso necesario al curioso transeunte. El término de la gruta es un inmenso depósito de aguas que no ha sido posible sondear. Nosotros arrojamos á él gruesas masas de piedra, que al caer en las aguas misteriosas retumbaban con un ruido horrible.

«Bendito y alabado sea el divino Señor!» esclamó Tirabeque dando un profundo suspiro de desahogo, al anunciarle los muchachos que ya no habia mas que andar.

Emprendimos la salida marchando con no menor trabajo que á la entrada. Yo sin embargo fuí contando los pasos que tenia en su longitud, y saqué 1250 de los que allí se pueden dar. El guia nos enseñó una cosa de que no nos quiso hablar á la entrada, que es un precipicio por donde se baja á otra gruta que debajo de esta se ha descubierto, y á la cual se desciende atado á una cuerda por en medio de un abismo espantoso. Esta es muy pocas veces accesible á causa de las aguas que la suelen inundar.

Yo que no he estado en Beocia, ni en Idumea, ni en Escocia, ni en la Tebaida, ni en la Palestina, y de consiguiente ni he visto el antro de Trofonio, ni la gruta de Odollams, ni la cueva de Calipso, ni la caverna de Fingal, ni la espelunca de San Gerónimo, tuve un verdadero placer en visitar la cueva de *Remouchamps*, y es una de las curiosidades de que me ha quedado mas memoria. Dos horas largas nos llevamos dentro.

Tambien debe haberle quedado memoria de mi visita al guardian, si no fueron fingidas las exageradas demostraciones de agradecimiento y de nunca olvidarme que me hizo al ponerle en la mano 5 francos, amen de otros tantos á los chicos de las candelas. El guardian vive de esto, y tiene arrendada la gruta al comun ó ayuntamiento del canton en 600 francos anuales.

Nos despojamos de nuestra *toilette*, con la que si entramos hechos dos diablos, salimos hechos dos demonios: nos lavamos en siete aguas, tomamos un refrigerio, montamos en nuestros *bridets*, llegamos á Spa magullados y ateridos de frio; y satisfechos al hermano *Gregoire* 5 francos por su persona y otros cinco por cada uno de los jacos (y entre cincos y cincos nos salió la fiesta de la gruta por 40 francos belgas y 8 duros españoles), nos calentamos á la hermosa chimenea del gran salon de comer, y despues de un rato de tertulia con la graciosa patrona, nos fuimos á acostar, procurando acordarnos mas del *Can-Cerbero* de la cueva que de las gracias y amabilidad de la *maitresse*, porque nos traia cuenta no desvelarnos en razon de tener que madrugar.

LOVAINA.

A las cuatro de la mañana ya estábamos en la diligencia; á las ocho en Lieja; á las ocho y media en el camino de hierro, y á las diez y media en el hotel *de Suede* de Lovaina. Este hotel decian que era el mejor de la ciudad: si era cierto, medianos debian ser los otros.

No he visto 26.000 habitantes que vivan con mas ensanche y mas holgura que los de Lovaina: como que ellos ocupan hoy el mismo recinto, la misma estension de terreno que en el siglo XIV, cuando solo de operarios empleados en sus fábricas de paños, de telas y de encajes se contaban 120.000; cuando al salir los obreros de los talleres habia que tocar la campana mayor

para que avisadas las madres pudiesen recoger sus hijos de las calles, no fuera que pereciesen atropellados ó ahogados por aquel enjambre de tegedores. Esto prueba ser muy cierto lo que nos cuenta la historia, á saber, que LOVAINA en aquellos tiempos ocupaba el primer rango entre las ciudades manufactureras.

Hoy el mayor comercio que hace LOVAINA, á beneficio del soberbio canal que la pone en comunicacion con Malinas y con el Escalda, es de cerbeza, de la cual despacha mas de 200.000 toneladas al año. La cerbeza blanca de LOVAINA es de muy grato sabor y de muy suave beber, y nosotros nos aficionamos tanto á ella, que en todas partes la pediamos con preferencia, y la anteponíamos á toda otra bebida.

Con razon muestra arrepentimiento y pesar el *Curioso Parlante*, cuando confiesa en sus *Recuerdos de Viage*, «que por una «imperdonable pereza se contentó con ver desde fuera á LOVAI«NA y con admirar la imponente masa de su célebre CASA CO«MUNAL, uno de los edificios góticos mas ricos de adorno que «cuenta la Bélgica, y aun la Europa toda.«

Bien debe, repito, arrepentirse el *Curioso Parlante* y cualquiera otro viagero que desaproveche la ocasion de ver la CASA COMUNAL ú HOTEL DE VILLE de Lovaina; porque bien puede asegurarse que pierde de ver el mas bello trozo de arquitectura gótica, el monumento que no rinde parias á otro alguno en elegancia, delicadeza, gusto y lujo de ornato. Y á la verdad no sé como hay quien resista á la tentacion que de llegar á verle de cerca están dando sus seis ligeras y elevadas torres que se divisan en lontananza desde el camino de hierro. Por mi parte confieso que si no le hubiera hallado el defecto de ser la fachada un poco estrecha con respecto á la elevacion del edificio, no vacilaria en decir (y perdónese este atrevimiento á quien ni es facultativo ni tiene pretensiones de serlo) que el *hotel de Ville* de LOVAINA es el monumento gótico mas bello y acabado de cuantos en parte alguna he visto, y acaso de los que pueden verse. Y este es el que principalmente tenia yo en mientes cuando dije hablando de la *Casa de Ayuntamiento* de BRUSELAS, «que en

CASA DE AYUNTAMIENTO DE LOVAINA.

No sé como hay quien resista á la tentacion que de verle de cerca están dando sus seis ligeras y elevadas torres que se divisan en lontananza desde el camino de hierro.

punto á *Hotels de Ville* aun habiamos de hallar en Bélgica otros que admirar mas.»

Teólogo y reverendo, no era posible que dejase yo de visitar la *Universidad Católica* de Lovaina, asi llamada por contraposicion á la *Universidad Libre* de Bruselas. No estaba lejos; detras del mismo *Hotel de Ville* en la calle de *Namur*.

El edificio es sólido y severo: el secretario me pareció menos severo, y tambien menos sólido. Nos enseñó las aulas, nos informó de las horas y libros de asignatura, y de otras semejantes menudencias. «Pues siendo esta, le dije, una de las horas de clase, segun nos acabais de informar, ¿cómo es que ni dentro ni fuera de las aulas se ven estudiantes por aquí?—Porque hoy es jueves, me respondió, y es antigua costumbre que los jueves no haya clase.—¿Con que tambien en las Universidades belgas hay la costumbre que en las universidades españolas de dar asueto y holgueta á los escolares los jueves? ¿Y me dirá vd., señor secretario Lovaniense, la razon política, económica, literaria ó moral que haya para que los señores alumnos de Minerva tengan dos dias de fiesta á la semana? Enseñan acaso las Biblias de esta Universidad que cuando Dios crió el mundo descansára el séptimo dia para todos, y el séptimo y el cuarto para los estudiantes?—En España, me preguntó á su vez el hermano secretario, ¿se sabe la razon de esta costumbre?—Allí no.—Pues aquí tampoco.—Pues hermano, estamos iguales.»

Los bancos en que se sientan los alumnos son de tal forma y están en tal disposicion colocados, que pueden muy bien los inocentitos estar recitando con mucha frescura la leccion por el libro abierto, sin que el maestro pueda verlo ni advertirlo. ¡Escelente cosa para un estudiante!

La universidad ha seguido la misma marcha descendente que la poblacion. Cuando ésta tenia mas de 200.000 almas, no es estraño que la Universidad contára los 8.000 escolares que le dá Justo Lipsio: ahora que la poblacion es de 26.000, los estudiantes no pasan de 400; igual número que la de Lieja. El rec-

tor tiene el pomposo título de *Rector Magnífico* : no pudimos ver á este *Magnífico Señor*.

Subimos á la Biblioteca, que está dividida por facultades en cuatro salones, uno de ellos ricamente adornado con columnas, bustos y retratos de los hombres insignes que ha producido la Universidad, especialmente de aquellos célebres teologazos que hicieron tan nombrada la Universidad Lovaniense.

Señor, me decia mi lego, mucho le entretienen á vd. estos retratos.—¿Qué quieres, Pelegrin? Cada uno se alegra de ver su gente. ¡Cuántas veces me he devanado los sesos en las aulas del convento con los teólogos de Lovaina! ¡Oh aqui está el famoso *Miguel Bayo*, el que envió la Universidad de acuerdo con el rey de España de diputado al Concilio de Trento; el de las 76 famosas proposiciones, el de la célebre *virgulilla* que trajo locos á los papas y á los doctores de aquella época; el que enseñaba que el estado natural del hombre era el de la inocencia, y de consiguiente que por sus fuerzas naturales, y sin el ausilio de la gracia podia conseguir la gloria, y otras doctrinas semejantes.

Dígame vd., señor, ¿y ese *Miguel Bayo* es santo?—¡Necio y lego que tú eres! ¿Cómo ha de ser santo quien sostenia proposiciones heréticas? ¿Cómo ha de ser santo un herege?—Señor, ¡y el retrato de un herege tienen aqui! ¡y el retrato de un herege contempla vd. tanto! ¡buena gentecilla ha salido de esta universidad! Señor, vámonos de aqui, no sea que nos contaminemos, que yo no quiero tratos con hereges ni en estampa. ¡Y esta es la universidad que llaman *Católica*! ¡No está malo el viceversa por vida mia!»

Y diciendo esto, tomó la puerta sin que nada bastára á detenerle. Seguíle pues, y dejando la famosa Universidad de Lovaina nos hallamos á los pocos minutos en el hotel.

Al dia siguiente por la mañana estábamos de vuelta en Bruselas.

APERTURA DE LAS CÁMARAS BELGAS.

La consigna de *Verviers* se cumplió: los hermanos Anselmo é Isidro llegaron casi al mismo tiempo que nosotros, y juntos fuimos á ver la apertura.

Desde las 12 toda Bruselas andaba por las calles; y por las contiguas al Parque y Palacio Real apenas se podia ya romper. Aquel dia tuvo ocasion Tirabeque de vengarse de la privacion en que anteriormente habia estado de ver las damas bruselesas: aquel dia satisfizo á placer su curiosidad. Pero no quedó demasiado satisfecho de la revista de inspeccion que les fué pasando; le agradó mucho su elegancia en vestir, pero no encontró las bellezas que él se habia imaginado. Efectivamente no son las brabantinas ni las walonas las mugeres hermosas de la Bélgica en lo general; pero no hay que desesperar, como le decia yo á Pelegrin, que no están lejos las dos Flandes, y allá llegaremos si la caldera de vapor no revienta.

Cinco ó seis batallones de guardia nacional, cuatro batallones y otros tantos escuadrones de línea, con seis piezas de artilleria, cubrian la carrera; distinguiéndose entre todos el brillante y lucido de *cazadores de montaña* con sus levitas verdes y sus llorones negros en los chacós. La caballeria nos pareció asombrosa; en los cuerpos de infanteria habia gente muy menguada.

El centro del largo balcon del Palacio Real estaba colgado de terciopelo color violeta. El Palacio del rey en su esterior es sencillísimo. Ha sido formado de dos hoteles, separados antes por una calle, y hoy reunidos por un pórtico saliente compuesto de siete arcadas, de las cuales se elevan seis columnas corintias, cada una de un solo trozo. Interiormente está lujosamente decorado. En él se alojó Napoleon en 1803 con la emperatriz Josefina, y en 1811 con la emperatriz María Luisa.

El estampido del cañon y las alegres tocatas de las bandas militares (que por cierto eran todas muy buenas) anunciaron que habia dado la una, la hora de la salida del rey. Todo se puso en movimiento, y una hilera de coches empezó á romper de Palacio. Nosotros los íbamos revistando todos con ojo escudriñador en busca siempre del ciudadano Leopoldo, hasta que los gritos de «¡*vive le Roi*,» y el punto á que las demostraciones del pueblo iban dirigidas, nos señalaron al rey de Bélgica, que iba á caballo vestido con el uniforme de simple guardia nacional. «¡Jesus María! esclamó el hermano Isidro: ¿quién se habia de imaginar que ese era el rey?—Señor, añadió Tirabeque, debe ser un hombre muy natural y muy franco el *hermano* Leopoldo.»

Pero la ocasion no era muy apropósito para detenerse á dialogar, si no habiamos de perder el acto y ceremonia de la apertura. Empellones y frotaciones lo hicieron, pero al fin logramos llegar en tiempo oportuno al *Palacio Representativo* ó de la *Nacion*. Los dos compatriotas se nos perdieron entre la muchedumbre, pero Tirabeque y yo conseguimos tomar á viva fuerza la entrada, y sin detenernos por entonces á contemplar los dos magníficos cuadros que la adornan, y que representan el uno *la*

batalla de Waterloo y el otro *la Revolucion de* 1830, y trepando por una de los dos escaleras de mármol real, conquistamos plaza en una de las tribunas, para la cual nos habia proporcionado billetes nuestro Ministro de Negocios.

La sesion regia era en la cámara de diputados; cámara en miniatura, en que apenas caben apiñados los 100 diputados y 50 senadores de que próximamente consta la representacion nacional: ambos cuerpos tienen sus salas de sesiones en el mismo edificio. Allí menos que en ninguna parte podia faltar el lema nacional de los belgas, el que se lee en sus monedas y en todos sus establecimientos públicos: «L' UNION FAIT LA FORCE, *la union constituye la fuerza.*» La tribuna que ocupaban la reina y la familia real era tan estrecha y mezquina, que la buena señora se veia y se deseaba para poder acomodar sus niños. La del cuerpo diplomático estaba sobre el dosel del trono; las relaciones de vista se hallaban interrumpidas entre los diplomáticos y el rey.

Diga vd., mi amo, me preguntaba Tirabeque al oido, ¿y estos diputaditos vendrán tambien al destinillo como los de otra nacion que vd. sabe?—Lo que puedo decirte, Pelegrin, es que estos no lo necesitan tanto, porque aqui les asiste la nacion con unos 85 duros (200 florines) cada mes durante el periodo de las sesiones. Y haz el favor de callar, que este no es sitio para hacer semejantes preguntas.»

Afortunadamente entró á este tiempo el Rey, que fué recibido con numerosas palmadas. Sentóse S. M. en el trono, y leyó el discurso de la corona con el chacó calado. Tirabeque le miraba de hito en hito, y de cuando en cuando me decia: «señor, ¿no habrá una buena alma que advierta á S. M. con buenos modos que se quite el morrion? Porque yo supongo que estará distraido.—Calla esa boca, hombre, no me comprometas.»

A la verdad á mi tambien me causó estrañeza esta manera de presentarse el rey á las cámaras reunidas en el dia de mas solemnidad. El discurso fué tambien aplaudido con palmadas. La sesion regia se acabó pronto como todas las sesiones regias

de apertura. La comitiva volvió á Palacio en el mismo órden. El Rey, la Reina y sus tres Principitos se presentaron en el balcon, donde fueron saludados por el pueblo y la tropa con entusiasmados vivas, á que mas que nadie correspondia la Infantita María Carlota dando alegres é inocentes brinquitos en los brazos de su nodriza.

Y con esto y con desfilar las tropas se concluyó la funcion, marchándose, como dice el adagio vulgar español, cada mochuelo á su olivo. Nuestro olivo era el hotel, en cuyo camino me molió Tirabeque con preguntas.—Señor, ¿cuántos años tendrá el Rey Leopoldo?—De 41 á 42 años ha de tener por mi cuenta, le respondí.—¿Cuántos niños tiene?—Tres.—¿Cómo se llama el mayor?—Leopoldo como su padre.—¿Con que la Reina es hija de Luis Felipe?—Cabal.—No parece vieja; ¿qué edad podrá tener?—Sobre 35 años.—Y el niño mayor ¿qué tiempo tendrá? —Mira, en llegando á España coge la Guia de Forasteros, y allí lo puedes saber todo, hasta por dias.—Por eso no se enfade vd., mi amo.»

«Señor, me volvió á decir á los pocos pasos; ¿no le parece á vd. que el Rey Leopoldo tiene cara de bueno? Paréceme que ha de ser un buen Rey.—A lo menos no es ambicioso, ni propende á abusar del poder real: él les ha dicho á los Belgas: «si vds. creen que yo les convengo, aquí estoy para hacer cuanto pueda en favor de la nacion: si no acierto, ó vds. se disgustan de mí, me lo dicen vds. con franqueza, y me retiraré muy tranquilo y muy contento á la vida privada, que es mi mayor placer.»

Cuando las Cámaras ó los ministros le proponen algo, les contesta: «vds. deben conocer lo que conviene al pais mejor que yo: digan vds. lo que les parece mas útil, y aquello estoy pronto á sancionar.» Es el Rey mas cortado para gobierno representativo que se conoce. Solo de un caso se cuenta en que se haya opuesto á una proposicion del gabinete. Por lo demas él se divierte en grande: se vá á Londres y se pasa una temporada: vá á París y se pasa otra; los veranos los suele entre-

tener en el Palacio de Campo de *Laëken*; encarga que si ocurre algo le avisen, y santas pascuas. En cuanto á naturalidad y franqueza no se diga: su palacio es mas accesible á cualquier ciudadano que la casa de un mediano particular.—Señor, bien decia yo, que el hermano Leopoldo tenia cara de campechanote y de bueno.»

En esto nos volvimos á encontrar con nuestros dos compatriotas, que iban molidos de bregar con tanta gente para lograr

ver la funcion. Comer, ir al teatro y dormir, fué lo único que hicimos ya por aquel dia.

WATERLOO.

Allá vamos nosotros tambien, lugar memorable, lugar de sangrientos recuerdos, lugar de la grande hecatombe humana,

lugar donde fue abatido el coloso de Europa; allá vamos nosotros tambien á visitar esos afamados campos donde se dió la batalla mas reñida y mas importante de los modernos siglos.

Ya pasamos la bella floresta de *Soigne*; ya estamos en Waterloo, á las cuatro leguas de Bruselas. El coche se pára, nosotros salimos, y una muger nos viene al encuentro. «Perdon, señores, ¿vds. son estrangeros?—Si señora.—Pues si vds. quieren visitar los lugares célebres de la villa, dénse vds. la pena de seguirme.—Vamos pues.

«Ved, señores, la casa donde estuvo alojado Wellington; esa de frente de la iglesia: ¿quereis ver la iglesia?—Con mucho gusto.—La rotonda ó *dome* del templo fué hecha por los españoles; el cuerpo ha sido reedificado despues: ¿quereis ver los sepulcros del interior?—Por supuesto.—Venid pues conmigo: llamaré al sacristan.»

El sacristan era un jovencito de 94 años. Venia apoyado en un báculo, y seguido de una turba de chiquillos, que se le acercaban, le rodeaban, le tentaban, le molestaban y sofocaban de mil modos. Cuando él se volvia y levantaba el báculo para castigarlos, ya los chicos estaban fuera de tiro; apenas les volvia la espalda, ya los tenia encima otra vez; y en este ejercicio le trajeron todo el tiempo, aun dentro de la iglesia misma; gritando y riendo los muchachos juguetones, rabiando y desesperando el decrépito anciano, que en todas partes los viejos y los niños parecen vaciados en una misma turquesa. Tirabeque decia que en aquella batalla le estaban dando tentaciones de unirse á las filas de los muchachos.

«¿Veis, nos dijo la muger, este viejo decrépito? Pues es el rico avariento del pais; él está cocido en oro; sin embargo, no hay que temer que entregue á otro las llaves de la iglesia cuando vienen á visitarla estrangeros, por la golosina del franco que espera recibir.»

La avaricia del viejo era lo que menos nos importaba á nosotros, y sí los sepulcros de mármol con inscripciones inglesas, flamencas, latinas y francesas que todo lo largo del templo por

ambos lados se leian. He aquí una de las que me quedaron mas presentes.

A LA MEMOIRE DU GENERAL MAJOR BARON BAN-MERLEN,
TUE AU CHAMP D' HONNEUR LE 18 JUIN 1815
A LA TETÉ DE LA BRIGADE DE CABALLERIE LEGERE BELGE N. 1.

DANS CES CHAMPS BELLIQUEUX
OU SA VALEUR SUCCOMBE
SA GLOIRE ET NOS REGRETS
ENVIRONNENT SA TOMBE.

Salimos de la iglesia; una sonrisa de alegría asomó á los labios del viejo (testigo ocular de la batalla á los 68 cumplidos) cuando divisó los dos francos que habian de acrecer su relleno bolson, sin que en aquel momento se le diera un ardite por las molestias de la turba de pelones muchachuelos; y nosotros seguimos á la muger.

«¿Veis, nos dijo esta, aquellos cuatro árboles que asoman sus copas por encima de esa primera casa? Pues allí hay enterrados 400 guerreros. Seguidme otro poco.

Aquí en este campo, aquí mismo al pie de este negrillo está enterrada la pierna del general *conde Uxbridge*. Este sitio fue visitado en 1.° de octubre de 1821 por Jorge IV de Inglaterra, y en 1825 por el rey de Prusia acompañado de los tres príncipes sus hijos.—En efecto, le dije, lo estoy leyendo en este pequeño templete.—Ahora venid conmigo á esta casita.»

Entramos en la casa; nos recibió muy cumplidamente la señora, y llevándonos con mucho misterio á una pequeña habitacion, «voy á tener, señores, nos dijo, el honor de enseñaros un verdadero monumento de gloria. Aquí le teneis, estais viendo la bota que llevaba puesta el general conde *Uxbridge* cuando se le cortó la pierna en este mismo sitio.» Y nos puso á la vista una media bota vieja. «Aquí teneis dos retratos del

general; el uno me fué enviado por Madame su viuda con esta carta que podeis leer.»

En efecto era así. Pero á Tirabeque y al hermano Isidro les veia yo arrugar el ceño, y les oia decir entre sí: «¿y para ver un pedazo de bota vieja tanto misterio? No diera yo un ochavo por la alhaja; eso lo tendria algun zapatero remendon, y se lo ha cogido esta muger, y ahora dice que es del general; ¿y qué nos importa á nosotros por un pedazo de bota del general?—Pues asi como veis ese pedazo de bota, les interrumpí yo, es un mayorazgo pingüe que posee esta familia; ¿quién sabe los miles de francos que en el espacio de 26 años les habrá valido, y los que les valdrá todavía?—De modo, replicó Tirabeque, que si hay muchos tontos como V....— ¡Socaliñas, añadió Isidro, como las que tienen estos estrangeros!»

Alargué pues una propina á la muger de la bota, y á la otra muger que nos llevó á ver la bota, y tomando otra vez el carruage, seguimos hasta *Mont-Saint-Jean*, pequeña aldea casi á tiro de bala de Waterloo, y muy próxima al lugar del combate. Mientras el cochero se separó á buscarnos un guia, en un momento nos vimos cercados de hombres, mugeres y muchachos que acudieron á ofrecernos solícitos y á porfia balas, botones, águilas, escarapelas y otros chismes y despojos militares, que decian haber sido desenterrados del campo de batalla, y que por supuesto eran originales de los franceses que en ella perecieron. El hermano Anselmo y yo tomamos varias de aquellas prendas, al precio cada una de medio franco: al hermano Isidro y á Tirabeque se les iban los ojos viendo dar monedas de plata corriente por aquellas al parecer tan despreciables baratijas. «Señor, decia Pelegrin, vd. se ha vuelto tonto en Bélgica. Por menos he oido yo tratar de brutos á los indios, que á lo menos aquellos daban oro y diamantes por cuentas de cristal y otras cosas limpias y decentes; pero vd. dá la plata por unos botones y unas escarapelas llenas de hollin y de cardenillo.—Pues en eso cabalmente está su mérito, Pelegrin; en eso se conoce que realmente han sido exhumadas del campo de batalla.—¿Y quién le dice á vd. que no las habrán comprado á ochavo en cualquier almacen, y luego las habrán tenido enterradas dos ó tres meses en el corral de su casa, y ahora vienen y le dicen á vd.: «*Monsieur, voilá unes águiles qui eran enterrées dans le campe del honneur?*» Desengáñese vd. señor, que para tener aguilitas y carrilleras que traer todos los dias á los estrangeros por espacio de 26 años, era menester que hubieran muerto un millon de franceses; y aunque yo no sé cuánta gente murió en la tal batalla, pienso que no llegarian á tantos.»

Probablemente seria muy exacta la observacion de mi lego, pero ello es que no se puede prescindir de traer algunas frioleras, sean ellas auténticas ó sean apócrifas, del campo de Waterloo.

El cochero regresó acompañado del guia, que era un inglés como un castillo.

Este inglés está allí competentemente autorizado y habilitado por su gobierno con el fin de que refiera y describa á los estrangeros las circunstancias de la batalla á su modo, es decir, del modo mas favorable á los ingleses. Aqui si que se podia decir con Isidro: «¡cosas tienen estos estrangeros!....» Por supuesto que no hubiera venido, á no saber ya por el conductor que éramos españoles: con los franceses no parte él peras; ya sabe que le fruncen un poco el ceño, ó que le despachan con un bufido.

Ea pues, ya estamos en aquel campo funestamente célebre, en aquel campo empapado con la sangre de los guerreros de toda Europa, en el campo en que acabó Napoleon. Tenemos á la vista tres monumentos que llaman de gloria: acerquémonos al que entre todos se levanta mas soberbio. Es una especie de pirámide redonda, hecha de la tierra que se ha escavado en derredor, y en cuya consecuencia han quedado algunos pies mas bajos y hondos los campos que le circundan.

Este monumento está erigido sobre el mismo sitio en que el príncipe de Orange pereció de un balazo en la espalda al tiempo de dar una carga á la cabeza de su regimiento con el sombrero en la mano.

Sobre la cúspide de esta elevada pirámide y sobre un basamento de pilares sólidos descansa un leon colosal de bronce, con una garra apoyada en una enorme bola del mismo metal, con la otra sostenida en el aire, y con la cabeza vuelta hácia el occidente, como amenazando á la Francia. En uno de sus frentes se lee: «*Le 18 juin 1815.*» Es estraño que subsista este monumento despues de los cambios que ha sufrido la política desde la revolucion de 1830.

Nosotros emprendimos la subida á la cima de aquella montaña de tierra, teniendo que hacer varios altos para tomar aliento, que no fuera obra poco ímproba el subir de una alentada sus 208 escalones, máxime para la pierna de Tirabeque

Tenemos á la vista tres monumentos de gloria: acerquémonos al que entre todos se levanta mas soberbio.

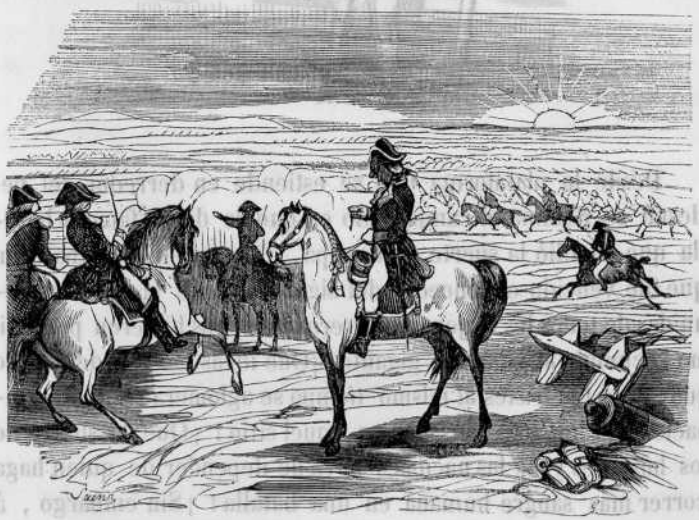
que se resentia ya demasiado, y le hacia dar á los diablos á los autores del monumento. Pero arribamos al fin, y aun tuvimos el gusto de trepar por la escalera de mano que allí hay siempre dispuesta, por el capricho y la satisfaccion de poder decir despues: «*hemos tocado el leon de Waterloo.*»

Desde la plataforma que se estiende en derredor del pedestal se domina el campo todo en que se dió la famosa batalla que decidió la suerte de Europa, el sangriento combate en que fué vencido el vencedor del siglo, en que las fuerzas reunidas de todos los mejores guerreros europeos hicieron por último sucumbir al guerrero gigante. ¡Qué ideas tan grandes, pero qué ideas tan tristes al mismo tiempo se aglomeran en la imaginacion del hombre pensador en aquel sitio! ¡Que la suerte de los hombres y de las naciones haya de depender de quien haga correr mas sangre humana en una batalla! ¡Sin embargo, á estos los llaman en el mundo héroes!

«Aquel, nos decia el inglés en un casi imperceptible chapurrado, es el punto estremo donde llegó con su division Ge-

rónimo Bonaparte. Aquel otro es el bosque de Bossu, donde sucumbió el príncipe de *Brunswick*. Allí, de otro lado del camino de Genappe pereció *Sir Tomás Picton* cargando á la cabeza del regimiento. Cerca de aquel sitio estais viendo la tumba del coronel *Gordon* y el monumento de los *Hannoverianos*. Al pié de aquella pirámide está el terreno mismo de Mont-Saint-Jean donde fue lo récio de la pelea; allí fué donde por espacio de tres horas sufrimos los ingleses á pié firme y sin perder un palmo de terreno, aquellas rudas cargas de caballería de los doce mil coraceros y dragones de *Kellermann* y de *Milhaud*.

Entonces seria, le dije yo, cuando Wellington, perseguido de cuadro en cuadro por la caballería de la guardia imperial, viendo el valor impasible con que sus soldados se dejaban acuchillar sin avanzar ni retirarse una línea, y que habian perecido ya hasta diez mil, se puso á meditar, y con el reló en la mano y las lágrimas en los ojos dijo aquellas célebres pala-



bras: «aun se necesitan dos horas de tiempo material para que perezcan todos, y dentro de una hora estará aquí *Blucher*

con sus prusianos, y la victoria será nuestra: y en caso que *Blucher* falte detenido por *Grouchy*, antes de las dos horas será noche y nos salvaremos.»

«¡Oh! esclamó el inglés brusca y furiosamente, esas palabras son falsas; el general no dijo tal cosa; la victoria estaba ya decidida á nuestro favor cuando llegaron los prusianos.—Pues no es eso lo que refiere la historia, ni puede ser así, supuesto que cuando avanzó Napoleon y vió desembocar á los prusianos por la floresta de Frichermont, creyendo que era *Grouchy* esclamó: «¡ah! ya viene *Grouchy*! nuestra es la victoria.» Que fué su último grito de esperanza, porque no era *Grouchy*, sino *Blucher*, tan impacientemente esperado por Wellington, que con sus 50,000 prusianos y 123 piezas de artillería, atacó de refresco el flanco derecho de los franceses. Y entonces fué cuando animado Wellington mandó un movimiento de avanzada, y los franceses viendo adelantarse por una parte los ingleses, y por otra que la carretera de su retaguardia iba á ser forzada por los prusianos, abandonaron el campo de batalla y procuraron salvarse por una retirada, que luego se convirtió en una desordenada y tumultuosa fuga.—¡Oh! vd. es apasionado de los franceses.—Yo no soy apasionado de los franceses ni de los ingleses; yo recuerdo los hechos segun los he leido.—Los habrá vd. leido en alguna historia francesa.»

A todo esto las contestaciones entre el inglés y yo eran el mas verdadero, completo y gracioso galimatías que se puede discurrir. Los dos hablábamos francés, pero el suyo era un inglés afrancesado, y el mio un francés con tintes de español, que si yo estropeaba la lengua del Telémaco, él la tronchaba y la magullaba que era una compasion, y lo admirable era que nos entendiéramos. Al ver cómo el guia se acaloraba conmigo cuando yo le replicaba algo, Isidro y Tirabeque me propusieron en español puro si queria que le echáran á rodar de la montaña abajo. Yo rechacé como debia su proposicion, y me contenté con contemplar en silencio aquellos lugares de sangrienta memoria. Y con arreglo á una descripcion de la batalla

que yo llevaba en el bolsillo, «aquellas, decia yo, deben ser las casas de la Haie-Sainte, tomadas y perdidas tres veces por *el valiente de los valientes*, el *infatigable* mariscal *Ney*, que en estos tres ataques vió morir cinco caballos de los que montaba.

«En aquella pequeña eminencia seria donde sentado Napoleon y teniendo á su derecha al mariscal Soult, á su lado una botella de Burdeos y en la mano un vaso de vino, en que de tiempo en tiempo humedecia maquinalmente los labios, viendo acercársele su hermano Gerónimo y el mariscal Ney cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, se sonrió diciéndoles: «asi es como me gustan mis bravos.»

Allí seria donde clavados siempre los ojos en la gran lucha, de que hasta entonces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de su guia Lacoste, uno para Soult, otro para Ney y otro para el príncipe Gerónimo, remedo del «*faciamus hic tria tabernácula* de la escritura; *tibi unum*, *Eliæ unum*, *Moisi unum*,» y no habiéndose encontrado mas que dos, los llenó con su misma mano y alargo uno á cada uno de los mariscales, dando despues el suyo á Gerónimo.

Allí fue donde con el acento dulce que él sabia emplear en las ocasiones, le dijo á Ney tuteándole por la primera vez desde la vuelta de la isla de Elba; «Ney, mi bizarro Ney, vas á tomar los doce mil hombres de Kellermann y de Milhaud, y cuando te se reunan mis *grosgnards*, darás una carga, y si viene Grouchy la victoria será nuestra.»

Aquella debe ser la Bella-Alianza, donde se reunieron Wellington y Blucher despues del combate. Mas adelante veo el sitio donde Napoleon hizo todo lo posible por morir, segun refieren los franceses. Yo me figuro estarle viendo con su uniforme verde y su cruz de oficial de la Legion de Honor, interponerse entre los batallones ingleses y las líneas francesas buscando la muerte, y me represento á su hermano Gerónimo tirándole por detrás de la casaca; y me parece ver al bravo guerrero Corso, al general Campi, ponerse con impasible serenidad entre

el emperador y las baterías enemigas para salvarle de la muerte con su cuerpo ó con su caballo. Y allí fué sin duda donde al cabo de tres horas de horrible matanza; se volvió el emperador á su hermano y le dijo: «Vamos pues; parece que la muerte no me quiere todavía. Gerónimo, yo te doy el mando en gefe del ejército; siento haberte conocido tan tarde.» Y le tiende la mano, monta en un caballo que él le presentó, pasa como milagrosamente por medio del enemigo, llega á Genappe, se detiene unos momentos, intenta rehacer el ejército, y viendo inútiles sus tentativas, vuelve á montar á caballo, y llega á Leon en la noche del 19 al 20. Napoleon y la Francia cayeron, la cuestion de Europa se decidió. Ni una piedra ni una inscripcion hay que recuerde la Francia en aquellos campos donde pelearon encarnizadamente 200,000 guerreros con mas de 500 piezas de cañon.

Despues de haberme saciado de contemplaciones y de recuerdos, bajamos de la montaña, entramos en una casita que al pié de ella se ha erigido, donde se enseña una coleccion de armaduras y despojos cogidos en el campo de batalla; sentamos nuestros nombres en un libro, dejamos un franco por persona, volvimos á Mont-Saint-Jean, tomamos nuestra carretela, y á las siete de la noche estábamos de regreso en Bruselas.

GANTE.

EL GUANTAZO DE CARLOS V.

«Señor, y á dónde vamos á parar desde aquí? me preguntó Tirabeque al siguiente dia.—A *Flandes*, le dije.—¿Vamos á poner allí alguna pica, señor?—Eso quedará de tu cargo en llegando allá,»

En efecto á las dos horas y media ya estábamos en el hotel del *Leon de oro* de la capital de la Flandes oriental, por supuesto despues de haber pasado por la consabida *Malinas*.

Estamos pues en la tierra clásica de la agricultura, que dicen los belgas, aunque yo pienso encontrarla mas clásica todavía; si bien no les niego que está con esmero y con inteligencia cultivada. Estamos en la tierra de los árboles frutales, de los sustanciosos ganados, y de los caballos de estima; en la tierra de los afamados tegidos de hilo y de algodon; en la tierra de las flores naturales, de que los floristas belgas hacen un comercio florido, que no se conoce acaso en otro algun pais del mundo. Y estamos por fin en la Gante de las 90,000 almas, en la Gante de las 26 islas y los 80 puentes, que forman y cruzan sus cuatro rios, el Escalda, el Lys, el Nieva y el Moesa, que dan impulso y ayuda á las numerosas fábricas de vapor en que se emplean 30,000 obreros.

Apenas nos posesionamos del hotel, se posesionó de nosotros en clase de *comissionaire* un respetable flamenco como de 40 á 50 años, alto, moreno, patilludo, sério y formalote; taciturno ademas, y de aquellos de *interrogatio et responsio*.

Era el viceversa del de Bruselas: conocia bien el pueblo, pero sin duda no le conocia mas que en coche, porque el coche fué la primera necesidad que nos indicó para nuestro plan de visita.—¿Qué es lo que vds. desean ver antes? nos preguntó (y pocas mas preguntas nos volvió á hacer).—Yo, respondió Tirabeque, lo que deseo ver pronto es esa manteca de Flandes tan rica que dicen que hay por aqui.—Pues yo, le dije (y no haga vd. caso de este simplote), quisiera ver cuanto antes la casa en que nació Cárlos V.—Vamos pues: entremos en uno de estos coches.»

Asombrado me quedé yo Fr. Gerundio al ver que del palacio en que nació aquel gran monarca, en cuyos dominios no se ponia nunca el sol, solo se conservaba un viejo y negrusco paredon circundado de miserables casuchas. «¿Pues qué (le pregunté al *commissionaire*), tan mal se portó Cárlos V. con los ganteses, que asi han dejado arruinarse la casa en que nació al mundo el monarca mas grande de su siglo? Contadnos, pues, algo de su historia, si no os es molesto.

—Ah! vos sois españoles....

—No importa, somos españoles despreocupados; referid lo que sepais y gusteis.»

El hombre venció su natural taciturnidad y dijo.

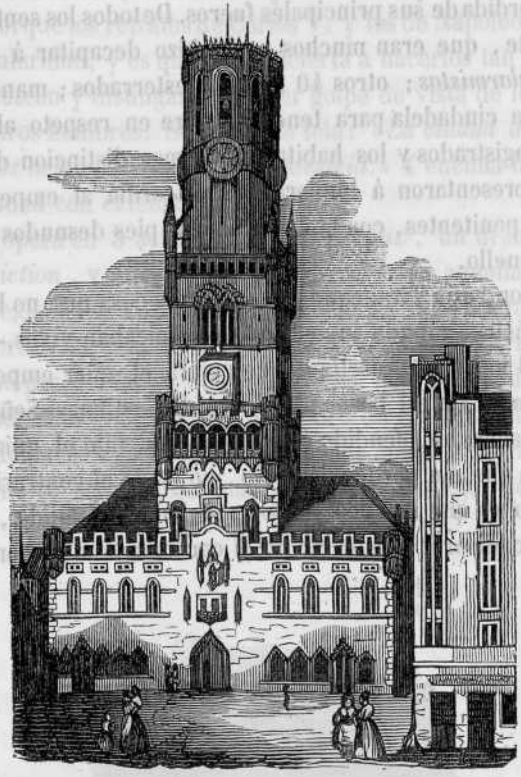
Señores; el emperador cuando se fué á España dejó por gobernador de los Paises-Bajos á su hermana María de Austria. Esta princesa pidió un subsidio estraordinario para sostener las guerras del emperador: los ganteses se negaron á contribuir, y se sublevaron. Mas de un año se pasó en sediciones y parlamentos, Por último resucitó la antigua faccion de las *Caperuzas blancas*, bajo el nombre de *Cressers* ó *Alarmistas;* se apoderó de la administracion municipal, arrojó los nobles, puso la ciudad en rebelion abierta, y se preparó á una defensa vigorosa. El emperador desde España veia indignado que una sola ciudad se las apostase tan insolentemente al señor de tantos reinos, y conociendo que solo su presencia debia restablecer la calma y someter á los ganteses, pide permiso á Francisco I para

pasar con un ejército por la Francia, y se dirije apresuradamente á Gante. Su aproximacion llena de espanto á los ganteses, y le envian doce diputados implorando clemencia.—Yo (les responde) no entraré en Gante sino como soberano, con el cetro en una mano y la espada en la otra.» Hace en efecto su entrada en la ciudad el 16 de febrero de 1540; á los 40 años justos de su nacimiento: manda cerrar las puertas, y convoca sobre la marcha el consejo de los nobles y de los magistrados, para acordar el castigo que deberia imponer á la ciudad rebelde. Los ganteses tiemblan.

«Sin embargo (continuó) la severidad no correspondió al aparato amenazador que habia desplegado. Verdad es que el duque de Alba, á quien el emperador pidió parecer, propuso que toda la ciudad fuera arrasada *de fond en comble*, sin que quedára piedra sobre piedra.—Señor, bien me dijo vd. en Bruselas, que habíamos de hallar rastros y reliquias del duque de Alba; ¡caramba con las moscas que gastaba el hermano!—Pero el emperador le hizo subir consigo á la torre del *Beffroi*..... esperad, estamos al pié de la torre del *Beffroi*; pára, cochero, salgamos señores.

Hé aquí la torre del *Beffroi*. Entre los principales privilegios concedidos á los ganteses en el establecimiento de los comunes, se cuenta el de la campana de *somaten*, que esto es lo que significa *Beffroi*, para convocar al pueblo á la aproximacion del enemigo. ¿Veis esos cinco campanarios? pues en el del medio está la famosa *campana de somaten* de Gante. ¿Veis aquel enorme *dragon* de cobre dorado que le sirve de veleta? El es mayor que un toro. En los dias de gran fiesta se ilumina de noche con antorchas y por la boca escupe cohetes, y los lanza hasta las nubes.

«Pues bien, á esta torre de *Beffroi*, hizo subir Cárlos V al duque de Alba, y haciéndole notar la estension de esta ciudad inmensa, «y bien, duque de Alba, le dijo, vos que me aconsejais la demolicion del pueblo, decidme: ¿cuántas pieles de españoles calculais que serian necesarios para hacer un *guante*



de este tamaño. (1)?» El duque reconoció por la pregunta que su consejo no le habia hecho la mayor gracia al emperador, y bajó la cabeza sin contestar una palabra.

¡Caramba, mi amo, y qué *guantazo* tan bien dado sacudió con eso al duque de Alba el emperador! Allí se encontraron los guardas con.....—Calla, te he dicho.

(1) El emperador hablando en francés, usó el retruécano de *Gand*, *Gante*, y *Gant*, *Guante*, que en francés tiene la misma pronunciacion. «*¿Combien de peaux d'Espagnols faudroient-elles pour faire un gant de cette grandeur?*»

Asi fué que jamás el emperador empleó en Bélgica á aquel hombre feroz. La ciudad pues fué condenada á una fuerte multa y á la pérdida de sus principales fueros. De todos los sentenciados á muerte, que eran muchos, solo hizo decapitar á 23 gefes de los *alarmistas*; otros 40 fueron desterrados; mando construir una ciudadela para tener siempre en respeto al pueblo, y los magistrados y los habitantes de mas distincion de la ciudad se presentaron á implorar misericordia al emperador en trage de penitentes, con la cabeza y los pies desnudos, y una soga al cuello.

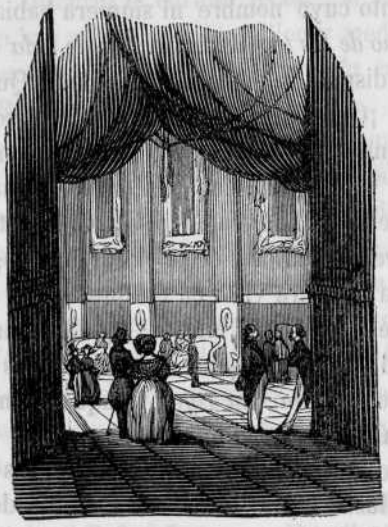
«Señor, dijo Tirabeque, vea vd. una cosa que no la hacian los españoles, aunque supieran que los picaban vivos.—Y sinó añadió el hermano Anselmo, que viera el señor emperador si se le humillaban así las comunidades de Castilla.—Señores, si en mi relacion he ofendido á los españoles, dijo el guia, yo os pido bien que me perdoneis.—No, no, todo al contrario, le dije yo; no es que mis compatriotas se hayan ofendido, no hacen sino comparar sencillamente el carácter español con el flamenco.

CALDERON DE LA BARCA.

¿Cómo habia yo de pensar encontrarme aquella noche en el teatro de Gante con mi paisano Calderon de la Barca? Pero así fué, que allí estaba en compañía del Tasso y otros hermanos de la cofradía dramática, y sobre los músicos Mehul, Bellini, Wéber y consortes. Y no tuve poco gusto por cierto en ver en tan lejanas tierras, aunque fuera en retrato, á nuestro autor de *la Dama Duende*, cuyos huesos hacia poco habian andado removiendo en Madrid, llevándolos en solemne procesion del templo *A* para el cementerio *X*. Achaque de hombres grandes, que ni despues de muertos los han de dejar descansar quieta y pacíficamente en un sitio.

La barba rubia y el mirar travieso del personage que se veia pintado en el telon de boca no dejaban dudar que eran de Cárlos V., porque los retratos de Cárlos V. y los de Napoleon tienen una singularidad, y es que nadie acierta á hacerlos tan mal que no se conozcan y distingan al primer golpe de vista de los de todos los otros hombres. Sobre él se leía: «*La ciudad de Gante alienta las artes, la ciencia y la industria.*» Y encima las armas de la ciudad con el lema: *fides et amor*

Una ópera en 3 actos, *Robert d'Evreux*, un drama en 2; *L'interdiction*, y un vaudeville nos soplaron aquella noche, con arreglo á la costumbre franco-belga de obsequiar con cinco horitas de funcion, y perdonen ustedes la cortedad. El teatro me pareció mejor que los actores: pero lo grande, lo bello, lo admirable y magnífico del teatro de Gante es el *foyer* ó sala de descanso: escede en mucho á los mejores *foyers* de París, y no sé si le habrá mas suntuoso en ningun teatro del mundo.



SAN BAVON, Y SAN BABILES.

A ninguno de los cuatro españoles se nos olvidarán jamás las blandísimas, mullidísimas y comodísimas camas del hotel del *Leon de Oro* de Gante, ni á Tirabeque se le olvidará tampoco la apetecida y apetecible manteca que le pusieron y nos pusieron para el té matutinal.

Reconozco que esto nada tiene que ver con San Bavon, mucho menos habiendo sido San Bavon un hombre que renunciando espontáneamente á la rica manteca de su país y á aquellas camas imperiales, tuvo el capricho de alimentarse de yerbas silvestres y de vivir en el campo dentro del tronco de un árbol carcomido. Pero ya viene el *comisionaire* provisto de coche, y étenos que nos metemos en él, y somos llevados á visitar la Catedral de San Bavon.

Jamás me pudo pasar por las mientes que el templo consagrado á un santo cuyo nombre ni siquiera habia llegado á mis oidos fuese *uno de los templos mas ricos de toda la cristiandad*, como lo es sin disputa la catedral de Gante. ¡Qué prodigalidad de mármoles! ¡Qué abundancia de preciosas esculturas! ¡Qué riqueza de admirables cuadros! Fijémonos en uno solo; detengámonos en la 11.ª capilla; contemplemos ese cuadro del *Cordero*, que le dá el nombre; veamos esa obra maestra de los hermanos *Van Dyck*, inventores de la pintura al óleo; saciemos, si es posible saciarla, nuestra vista en ese que se cree el segundo cuadro al óleo que se hizo en el mundo: ¡qué frescura! ¡qué tintas! ¡qué vivacidad de tonos despues de cuatro siglos de antigüedad! ¡Ah! El secreto de *Juan Van Dyck*, aunque trasmitido á sus discípulos, no ha llegado hasta nosotros.

Todos los esfuerzos de los pintores modernos no han podido alcanzar este lustre, esta viveza de colorido de las obras de *Juan Van Dyck*. Todas las partes de la admirable composicion

que tenemos á la vista están tratadas con el mismo esmero, con la misma superioridad. Las figuras tienen la nobleza y la gracia de la escuela italiana, aunque no estén del todo esentas de la crudeza del estilo aleman. La cabeza del Cristo respira una magestad verdaderamente divina, la vírgen es bella como las vírgenes de Rafael; la figura severa del Bautista forma un admirable contraste con el candor sublime de la madre de Dios, y entre los grupos de los apóstoles que adoran al cordero inmaculado se distinguen los retratos de los dos hermanos Van-Dyck. Maravillosa es la ilusion que producen todos sus detalles.

Viene la guerra de la independencia, y un general francés, curioso apañador de cuadros como tantos otros franceses, le echa bonitamente el guante en union con otras pinturas, y le lleva y coloca con mucha gracia en su gabinete de París, de donde pasó despues al de Mr. Donsaert-Engels de Bruselas, á quien hace poco se le compró el rey de Prusia, con el fin de unirle á los seis *volets* ó portezuelas originales que se estraviaron del cuadro de San Bavon, y que este monarca logró adquirir por la suma de 410.900 francos, es decir, por mas de millon y medio. Discurra el curioso lector, si los postigos solos del cuadro han valido mas de millon y medio de reales, ¡quién será capaz de apreciar *el cuadro de la capilla del cordero de San Bavon*!

Pero la mejor apología de este riquísimo cuadro es su curiosa historia. El rey de España Felipe II conoció bien que era una alhaja digna de un gran príncipe, y trató de comprárselo al cabildo de San Bavon. Pero los canónigos que sabian bien lo que tenian en casa, le dijeron al hermano Felipe que escusaba de molestarse, porque no alargarian el cuadro por todo el oro del mundo. Viendo el rey que los canónigos se le habian plantado, bajó la cabeza (y no era cabeza la de Felipe II que se bajára á un dos por tres) y se limitó á pedirles que le permitieran sacar una copia. Accedió á ello el cabildo, y en su virtud encomendó S. M. católica esta obra difícil á Miguel Coxie, de Malinas, llamado el Rafael flamenco. Este ilustre artista des-

pues de haber pedido al Ticiano que le mandára de Venecia el azul que habia de emplear en el manto de la Vírgen, dió al cabo de dos años de trabajo concluida la obra, la cual se halló tan acabada y perfecta que la copia no se distinguia del original. Cuatro mil florines de oro le valió la obra, y el rey Felipe II enriqueció con ella la galeria de su Escorial

Muchas otras preciosidades vimos en las catorce capillas de aquel gran templo, entre ellas el cuadro famoso de Rubens en la capilla catorce, que representa á San Bavon en el acto de ser recibido monge en la abadía de *Said-Amand*, cuya composicion es un prodigio de ciencia; los mausoleos del coro, el sepulcro del último abad en la iglesia subterránea, hecho de piedra de toque (*lapis lidius*), y otras mil riquezas que nos enseñó menuda y detenidamente atento y obsequioso sacristan.

—¿Qué te parece, le pregunté á mi lego, de la catedral de San Bavon?—No puedo decir á vd. mas, me respondió, sino que en esta iglesia de *San Bavon* yo estoy hecho un *San Babilés*.—Y yo igualmente, añadió el hermano Isidro sin preguntárselo.» El hermano Anselmo y yo no lo deciamos por decoro, pero sin decirlo lo estábamos tambien.

¡SANTA BARBARA BENDITA!

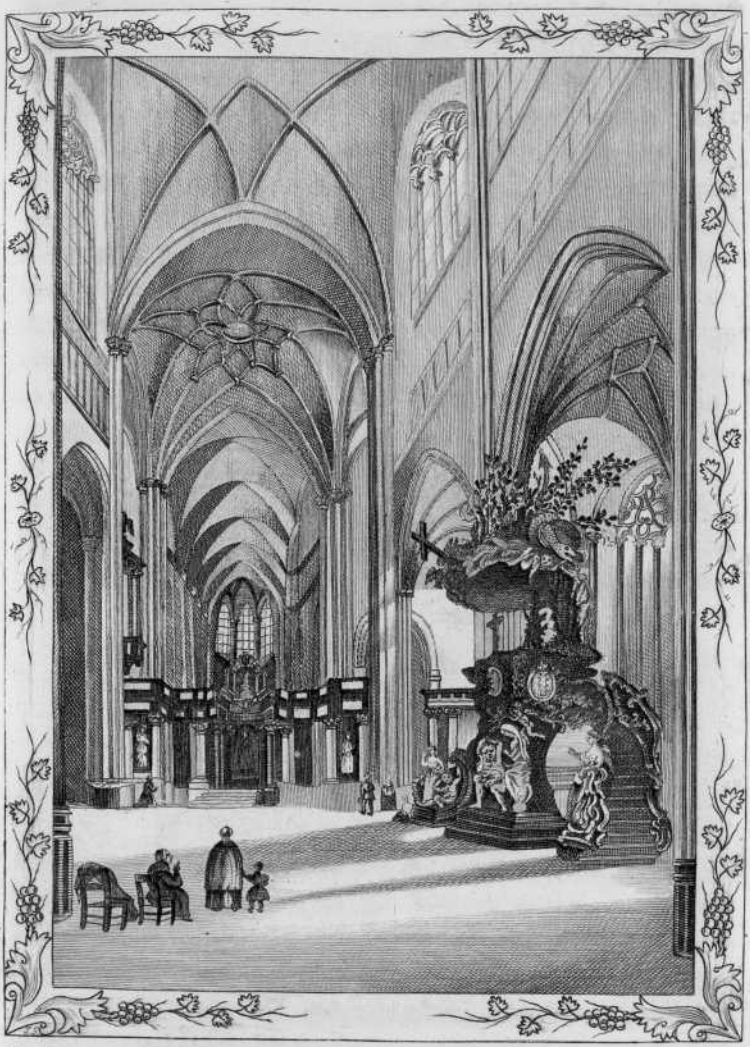
¡y qué atrocidad de cañon!

Desde la catedral nos dirigimos al *Mercado del Viernes*, ó sea la plaza asi llamada, del mercado que cada viernes en ella se celebra. En una de las calles que desembocan en el mercado, «ved, señores esa pieza,» nos dijo el guia, muy sério y como quien enseña un objeto cualquiera.

«¡Santa Bárbara bendita! esclamó Tirabeque, ¡y que atrocidad de cañon!

—¡Qué barbaridad! esclamó Isidro.

—¡Qué disparate! esclamamos nosotros.



¿Qué te parece, le pregunté á mi lego, de la catedral de San Bavon?

—Estais viendo *la maravilla de Gante*, nos dijo el cicerone.—Mejor direis, le repliqué yo, *la maravilla del mundo.*—Bien pudiera decirse así, contestó él, porque es el mas grande cañon que se conoce en Europa: él pesa 16,101 libras mas que el grueso cañon de San Petersburgo.—¿Pues cuánto pesa la cañita, si se puede saber?—Pesa 33,606 libras: tiene 18 pies de largo, 10 pies y 6 pulgadas de circunferencia, y el diámetro de su boca es de cerca de 3 pies: él data de los primeros años de la invencion de la artillería: su forma es casi igual á la de las piezas que defienden la entrada de los Dardanelos; reparad, está forrado de aros de hierro.»

Todos nos acercamos á verle y tocarle: el hermano Isidro le contemplaba con mas avidez que hubiera examinado Murillo un cuadro de Rafael, y de tiempo en tiempo esclamaba: ¡vaya, que ya hay aqui material con fuerza! ¡el diablo son estos estrangeros!—¿Y no tiene nombre este chismecillo? pregunté yo. —Si, me respondió el *commisionaire*, se llama *Margarita la Rabiosa.*—Pues cuidado con una rabieta de doña Margarita! repuso Tirabeque.—¿Y no me direis con que objeto se fabricó este escándalo de hierro?—Os lo diré.

«Segun refiere Froissart, los Ganteses para proteger la guarnicion de Audenarde, acordaron construir una bombarda maravillosamente grande, cuya espoleta era de 53 pulgadas, y con la cual pudiesen arrojar á los sitiadores gruesos y pesados peñascos. Asi lo hicieron, y era tanto el estruendo que la bombarda hacía cada vez que se descargaba, que su estampido se dejaba oir á las cinco leguas de dia, y á las 10 de noche, tanto que como observa graciosamente el mismo Froissart, parecia que todos los demonios del infierno andaban en danza.—De modo, le interrumpí yo, que parece haberse hecho esclusivamente para pintar el estruendo de esta pieza aquel verso latino que dice:

Hórrida per campos bám bim bombarda sonabant.

—No entiendo latin, respondió el *cicerone.*»

Y he aqui un *cicerone* que todo lo tendría menos lo de Ciceron.

—Lo que puedo decir es que en el año 1452 cuando habia en el *Mercado del Viernes* 12,000 paisanos amotinados y armados de garrotes claveteados de hierro para resistir las tropas de Felipe el Bueno, les hizo este cañon un gran servicio.»

Yo invité á Tirabeque á que se embutiera el cuerpo dentro del cañon, como suelen hacerlo por capricho los ingleses, pero él me contestó con mucha viveza: «Señor, los ingleses siempre han tenido unos caprichos muy raros: yo no tengo por conveniente encañonarme de este modo, porque supongo que lo mismo en Flandes que en España el diablo las carga; y dénme lo que quieran con Margaritas de buen génio, pero con *Margaritas rabiosas* no quiero tratos tan íntimos.»

LAS CARNICERAS PRINCESAS.

La entrada en el *Mercado del Viernes*, teatro sangriento de los pronunciamientos de Gante, nos dió ocasion para hablar de

otros mercados, y entre ellos de los mercados ó abastos de la carne, ó sea de las carnicerías.—Oh! aqui los carniceros, nos dijo el conductor, son príncipes de la sangre.—No hablo yo, le dije, de los príncipes que han causado grandes matanzas y horribles carnicerías, que de estos en todas partes los hay y ha habido, sino de los carniceros ó cortantes, de estos que despachan la carne de comer para el público.—Pues esos, me replicó, son aqui *príncipes de la sangre*.

—Segun eso, repuso Tirabeque, las *carniceras* serán *princesas* tambien.—En efecto.—¿Tambien vd. quiere burlarse como el otro, señor comisionista? Pues vd. me parecía hombre mas formal.—Oh! yo no me burlo. Los carniceros, *los hijos del príncipe*, que asi son nombrados, han tenido grandes privilegios.—Ellos han tenido el derecho de llevar su estandarte de honor á las ceremonias públicas, el de asistir á la inauguracion de los soberanos, y el de hacerles la guardia de honor...¡Oh! aqui las dos carnicerías que hay, *la gran carnicería* y *la pequeña carnicería*, han sido el patrimonio de unas pocas familias ricas, sin que nadie pudiese ejercer la profesion sino sus descendientes en línea recta.

«Hombre, por San Bavon y Santa Coleta haga vd. el favor de esplicarnos ese misterio.

—Yo os lo esplicaré.

«El emperador Cárlos V era un monarca tan popular, que no tenia reparo en mezclar su sangre con la de las familias mas plebeyas, especialmente cuando la hermosura de alguna jóven...¡Oh! señores, los emperadores tienen sus pasiones tambien.—Vamos, hombre, esplíquese vd. sin miedo, le dijo Tirabeque: eso seria que tuvo algun trapillo con alguna carnicera de buenos bigotes que le gustó.—Eso es cabalmente lo que cuenta la historia, aunque en ella no se lee que la tal jóven tuviera bigotes, antes al contrario, refiere que era de rostro hermoso y de tez muy fina y delicada.—Pues tambien eso es cabalmente lo que en España se llama tener buenos bigotes. Y siga vd., que en cada tierra se esplica la gente á su modo.

«Pues bien, de aquella desigual union resultó, dice la historia, un robusto infantito, que en lo rubio no desmentia el orígen de la paternidad. El emperador, en la alegría de verse reproducido, preguntó á la madre que era lo que mas deseaba para concedérselo. Ella dijo que el privilegio esclusivo de vender la carne en toda la ciudad concentrado en los descendientes del fruto de sus amores. Asi se lo otorgó facilmente el emperador. Aquel pequeño hijo de príncipe tuvo andando el tiempo otros dos hijos varones, y de ellos han descendido las dos familias que tienen hoy *la grande y la pequeña carnicería.* Desde entonces se llamó á los carniceros *príncipes de la sangre ó los hijos de príncipe*, y fueron obteniendo todos esos privilegios de que os he hablado.

«¡Lo que son las flaquezas humanas! esclamó el hermano Anselmo: está visto que los monarcas mas poderosos no están esentos de las debilidades de la naturaleza.

—¡Lo que aprende un hombre viajando, decia Isidro.

—¡De lo que pende, bien pensado, dije yo, el orígen de las clases y de las alcurnias.

—¡Lo que hace, concluyó Tirabeque, una carnicera de buenas carnes!»

SETECIENTAS MONJAS Y UN FRAILE.

¿Dónde nos lleva vd. ahora, conductor?

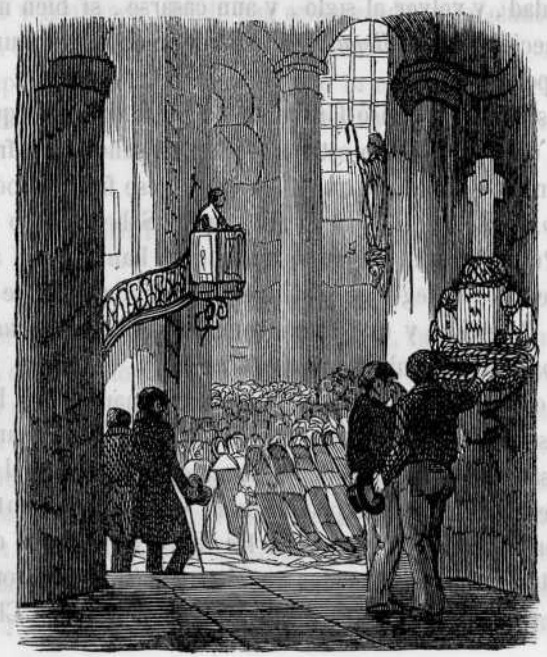
—Estamos en la calle de *Bruges*, y vamos á entrar en el *Grand Beguinage*: es la hora de ver todas las hermanas reunidas en el templo.»

Me alegré, yo Fr. Gerundio, porque habia oido hablar mucho de las *Beguinas* de Bélgica, y sobre todo del *Grand Beguinage* de Gante. Ninguno de los compañeros sabía lo que íbamos á ver. Entramos por una puerta de arco, y nos encontramos como en una poblacion nueva dentro de la misma ciudad, pero

separada de ella por medio de murallas y de fosos llenos de agua que la circundan. Es, digámoslo asi, una pequeña ciudad dentro de otra ciudad mayor, porque tiene la misma forma de calles y casas que otro cualquier pueblo, pero á la cual no hay mas que una entrada. Allí es donde vive la comunidad de las *Beguinas*, diseminadas por todas aquellas casas, cada una de las cuales lleva la advocacion de algun santo ó santa, cuyo nombre se lee sobre cada puerta.

«¿Qué es esto señor? me preguntaba Tirabeque: no parece sino que hemos sido trasportados en cinco minutos á la tierra santa.—Este es, le dije, el convento de las *Beguinas*.—Señor, en mi vida he visto convento como este; esto es un pueblo.—Si, pero las monjitas que habitan estas casas, se reunen en el templo á rezar los oficios: ahora las verás.»

Entramos pues en el espacioso templo del *Grand Beguina-*



ge. Admirable y sorprendente golpe de vista; bello y poético espectáculo ofreció á nuestros ojos una congregacion de *setecientas* hermanas vestidas de hábito religioso, unas con un velo negro y otras con una blanquísima cofia plegada sobre la cabeza, dejando apenas ver los rostros; muchas con un libro en la mano, y todas oyendo el sermon de un sacerdote que vestido de una especie de pelliz estaba predicando en flamenco. Yo leia la sorpresa en los semblantes de mis tres compatriotas, y ellos deberian leer en el mio una sensacion mezclada de admiracion y de placer. Arrimado á un rinconcito esplicaba yo en voz baja á mis compañeros lo que habia leido acerca del orígen é institucion de estas *Beguinas*; que habian sido fundadas en Lieja por un tal *Lamberto Begg* ó *Begue*; y no por *Santa Bega*, como afirma Alejandro Dumas, confundiéndolo sin duda con otra institucion de jóvenes señoritas que fundó aquella santa: que hacian una vida retirada, religiosa y penitente, pero sin votos públicos; y que de consiguiente las *Beguinas* podian salirse de la comunidad, y volver al siglo, y aun casarse, si bien mientras permanecieran en el *Beguinage* tenian que obedecer á una priora ó superiora etc.

A este tiempo divisó Tirabeque *un fraile dominico* que sentado en un confesonario estaba.—¡Señor, señor, un fraile! y es dominico.—En efecto que sí.—Señor, ese fraile debe ser un *Bigardo*.—¡Cómo un *Bigardo*, hombre! ¿Sabes bien lo que dices?—Pues diga vd. mi amo; ¿no me ha hablado vd. algunas veces de unos hereges que hubo en otros tiempos, que llamaban los *Bigardos*, y que eran compañeros de las *Beguinas*?—*Begardos* dirás, hombre que no *Bigardos*.

En efecto hubo en el siglo XIV en Alemania unos hereges llamados *los Begardos y los Beguinas*, que enseñaban entre otras cosas que el hombre podia llegar en esta vida á tal estado de perfeccion que ya no podia pecar, y de consiguiente eran ya supérfluos los ayunos y todas las obras y ejercicios de virtud. Estos hereges, llamados tambien *quietistas*, fueron condenados en el concilio general de Viena bajo el papa Clemen-

te V.; pero aquellos *Begardos y Beguinas*, nombrados tambien asi de otro *Begg*, nada tienen que ver con estas *Beguinas*. —Señor, como se parecen tanto los nombres y yo no he estudiado mucho la historia de los hereges, no es estraño que lo haya confundido.»

Dedicóse luego á brujulear rostros por debajo de los velos, y no le desagradaron algunas fisonomías de las monjas flamencas.

Hay ademas en Gante otro *Petit-Beguinage*, por el mismo estilo que el grande, fundados ambos por la condesa Juana de Constantinopla; pero aunque llamado *petit* no es tan pequeño que no conste la comunidad de 200 ó 300 hermanas. La institucion y existencia de las *Beguinas* son esclusivas de los Paises-Bajos.

La aparicion del fraile, primero y único que habiamos visto hacía 6 años desde su supresion en España, dió ocasion á que fuéramos informados de la reaccion frailesca que se está obrando en Bélgica hace algun tiempo, especialmente en las dos Flandes y Amberes, donde han reingresado ya en cláustros una porcion de comunidades de franciscanos, dominicos, carmelitas, capuchinos y otros. Pero ni en Bruselas ni en otras grandes poblaciones han podido todavía hallar cabida los cerquillos.

FABRICA DE PAÑO CONTINUO.

Pasando puentes y cruzando canales, fuimos llegando á la fábrica de fundicion de la *Compañía del Fenix*, á cuyo director íbamos recomendados por un rico comerciante de París. El edificio es vasto, y dá de sí para entretenerse todos segun la aficion de cada uno. Dejemos al hermano Isidro cebándose en observaciones en los departamentos de las fabricaciones de máquinas: dejemos tambien á Tirabeque embobado en ver el gran receptáculo ó depósito de gas dentro del mismo edificio fabricado, y me voy con el hermano Anselmo y con el director á

otra pieza, donde nos espera ser testigos de un nuevo é importante adelanto industrial; tan nuevo que era el primer dia que se habia puesto su ensayo en ejecucion.

No podia discurrirse una cosa que mas pudiera interesar á mi compañero; porque era una máquina al vapor nuevamente inventada para la fabricacion del paño fieltro continuo; máquina semejante en su clase, en mecanismo y en resultados á las del papel indefinido. Hasta entonces parece que no se habia hallado ó al menos ensayado en Europa el medio de cruzar los hilos en este género de paño: aquel dia se habia empezado á poner en ejecucion con grandes probabilidades de buen éxito. El inventor y maestro, con quien tuvimos el gusto de hablar, con mas la satisfaccion de oir las esplicaciones de su misma boca, era un inglés, á quien el director de la *Compañía del Fenix* habia hecho venir *ad hoc* de los Estados-Unidos.

Largo rato nos llevamos observando atentamente el progreso y resultados de las diferentes y admirablemente combinadas operaciones de la máquina, la cual movida por el vapor sin el ausilio de otros brazos que dos solas personas que ponian un trabajo ligerísimo, habia de dar al cabo del dia un número prodigioso de varas de paño perfectamente elaborado desde la lana en fieltro hasta ponerse en estado de echarle la tigera para vestir.

El hermano Anselmo lo contemplaba absorto, y yo lo veia no sin sorpresa y admiracion. No sé si el resultado del ensayo habrá correspondido á las esperanzas: si ha sido asi, las fábricas de paño fieltro deben producir una revolucion en el ramo de paños, como las del papel continuo la produjeron en el de papel.

PRISION MODELO.

No lejos de allí, y en la parte del canal de *Bruges* que con el nombre de *la Cortadura* sirve de paseo público, está la *ca-*

sa central de detencion, la gran prision de Bélgica, la cárcel que puede servir y ha servido de modelo para las prisiones de los paises mas cultos; la cárcel cuya administracion y sistema penitenciario han ido á estudiar comisionados de los gobiernos de las naciones mas civilizadas; la que han imitado la Prusia, la Inglaterra, la Francia, los Estados-Unidos y otros diferentes reinos; la que finalmente ha examinado y estudiado con tanto celo y aprovechamiento nuestro ilustrado español *Lasagra*, si bien con el desconsuelo de que sus estudios y sus escritos no hayan servido sino para que en España se pueda conocer mejor y desesperar mas del triste y aflictivo contraste que con aquel modelo de prisiones forman (con poquísimas escepciones) nuestros hediondos calabozos, nuestras súcias mazmorras, y su abandonada y vergonzosa administracion.

Esta cárcel, pues, este vasto establecimiento fundado por María Teresa, y considerablemente agrandado por el rey Guillermo, es un inmenso octógono, dividido en ocho triángulos, cuyos remates desembocan todos en un patio central. ¡Qué órden! ¡qué aseo! ¡que sistema tan sábio, y tan concienzuda y escrupulosamente observado!

Nosotros acompañados de uno de los conserges (militar retirado, como todos los empleados en aquella carcel) fuimos visitando cada departamento de por sí. Habia mas de mil presos, de ellos unos 250 condenados á reclusion perpétua; y todos sin distincion estaban ocupados en los trabajos de los talleres de herreros, de carpinteros, de zapateros, de sastres, de tegedores etc. Todos visten uniformes con vestidos trabajados en el establecimiento. El conserge nos llevó á un gran depósito de camisas, pantalones y calzoncillos de buen lienzo.

—«He aqui, nos dijo, uno de los almacenes de ropas.—¿Y estas ropas son para los presos de la casa?—Ah, no; estas prendas son para el ejército, para la clase de tropa.—Y diga vd., amigo; pues qué, ¿los soldados en esta tierra gastan calzoncillos tambien?—Ah, sí, todos; ¿en España no?—En España....yo le diré á vd.; En España hace menos frio, y con

ese motivo, no digo calzoncillos, sino ni aun casi pantalones gastan.—Oh! la España será un pais muy ardiente.—Si señor, para la tropa muchísimo: allí en el mes de diciembre suelen andar los soldados de pantalon blanco, ya un poco trasparente á fuerza del uso.—Oh diablo! ¡qué pais tan ardoroso!»

Pasamos á la sala de los ancianos é imposibilitados, donde estaban los presos que por su edad ó sus achaques no pueden ya trabajar; y de allí á la enfermeria. Yo no sé cual de los dos salones me ofreció mas que admirar; si aseado y decente estaba el uno, limpio y curioso estaba el otro: si buenas camas tenian los ancianos, á las de los enfermos no les faltaban sus buenas sábanas y almohadas de muy decente lienzo: si colgadura blanca tenian las unas, su pabellon blanco tenian tambien las otras; y cerca de la de enfermos se hallaba una bien surtida botica, regentada por un preso tambien.

—Señor, me decia Tirabeque, ¿sabe vd. que en esta cárcel se puede ser preso por gusto, y que casi debe ser una cucaña el que lo metan á uno en chirona?—Sábete, Pelegrin, le dije, que no vas descaminado en tu juicio, pues ya me parece que te he indicado en otra ocasion que tanto se ha llegado á perfeccionar el sistema carcelario en estos paises, que es ya un problema si conviene ó nó tanta perfeccion, porque se sospecha y no sin fundamento, que muchos cometen delitos con el objeto de que los encierren en la cárcel.—Y aun mas lo direis, añadió el conserge, cuando sepais la inversion que se dá á los productos de los trabajos de los presos.

Divídense aquellos en tres partes; una se destina á su mantenimiento diario; de la otra se va haciendo una caja de ahorros para cada individuo; y la tercera se les distribuye para sus gastos estraordinarios. Por ejemplo, se permite á los presos beber vino en ciertos dias, aunque en tasada y módica cantidad: hé aqui la ventanilla del despacho del vino: el que quiere gasta en esto parte de su *plus*, y el que nó lo invierte en cigarros ó en cualquiera otra atencion lícita que sea mas de su gusto ó de su necesidad.

«¿Y qué tal alimento se les dá? le pregunté al conserge.—Tienen, me respondió, tres refecciones diarias: por la mañana pan con leche, al medio dia sopa y legumbres, y á la tarde ó noche patatas. Tomáos la molestia de venir conmigo, y vereis la cocina y la despensa.»

Fuimos en efecto, pero ya no nos sorprendió su aseo y limpieza, puesto que no hacia sino corresponder á la de todo el establecimiento.—Ahora vereis, nos dijo, la pieza donde reciben los detenidos las visitas de sus familias ó de cualesquiera otras personas interesadas.»

Era una pequeña habitacion con dos verjas separadas por un espacio como de dos varas. El preso y la persona que le visita, se colocan el uno á la reja interior, y el otro á la esterior, y por el espacio intermedio se pasea un celador que oye lo que

entre sí comunican y les avisa cuando es pasado el tiempo que el reglamento carcelario los permite.—¡Cuidado con ella! esclamaba Isidro: se parece esto á la cárcel de mi lugar.»

Todo está allí por este órden. El comandante y el director de los trabajos viven dentro del establecimiento. En la consergería tienen un libro en que los visitadores sientan sus nombres con las notas que gusten poner con arreglo á las observaciones que puedan haber hecho. Yo puse: «Aquí estuvo Fr. Gerundio de España con su lego Tirabeque y otros dos compatriotas en tal año, mes y dia. Mientras visitaron la prision estuvieron muy complacidos de ver su buen órden y su admirable sistema: al salir se acordaron de las cárceles de España, *et contristati sunt*;» en latin para que no lo entendieran los flamencos.

LA MUERTE Á CABALLO,

una vieja y un hermafrodita.

De allí pasamos á la Universidad, que es un edificio clásico puro, que no tiene mas defecto que estar empotrado entre unas malas calles y entre unas malas casas. La fachada se compone de ocho columnas corintias en las proporciones del Panteon de Roma, y cuyos capiteles han sido amoldados por los de los templos de Antonio y de Faustina. El fronton representa el gobierno distribuyendo á la ciudad de Gante las fasces académicas. La entrada es soberbia, y en su pavimento hay un meridiano, compuesto de once especies de marmol, sacadas todas de las canterías de la ciudad. Le entra el sol por una ingeniosa y magnífica claraboya.

El secretario de la Universidad, que nos recibió, nos condujo á la *calle de Promotion*, sala de grados. Jamás he visto una aula mas bella ni mas grandiosa. Ella es circular, y está decorada de columnas corintias de estuco blanco pulimentado. Esta

columnada forma una magnífica hilera de palcos, los cuales se multiplican en otro rango ó hilera que hay mas abajo, formado por los pedestales de las columnas que se abren y se cierran por medio de bastidores. Las puertas de la galería, que son de una madera preciosísima, están dispuestas con tal mecanismo, que se abren tambien y se cierran las dos hojas á un tiempo. El centro de la sala está en forma de anfiteatro. Y si la tribuna del candidato y los asientos del público están todos forrados de terciopelo carmesí, se puede discurrir si serán lujosos los de los doctores, y si habrá magnificencia en los palcos del Rey y de las autoridades. Repito que no he visto aula mas bella ni mas grandiosa.

O el secretario tenía muchas matrículas que despachar, ó debimos parecerle gente de poco valer, porque él nos hizo allí un saludo de despedida, y nos dejó encomendados á *una vieja*, á quien encargó que nos enseñára el resto del edificio. Condújonos pues la *Marizápalos* aquella al museo de historia natural, dividido en una porcion de salones, rica y abundantísimamente provistos de raros y preciosos objetos: y de allí pasamos al ga-

binete de anatomía comparada, donde entre otras rarezas y curiosidades se nos ofreció á la vista un esqueleto á caballo con una gran guadaña en la mano.

—¡ Señor esclamó Tirabeque, *la muerte á caballo* ! Déjeme vd. reir; ya no faltaba mas que la hubieran puesto sentada en un coche-vapor viajando por caminos de hierro.» Y luego convirtiéndose á la muger, diga vd. tia Colasa (le preguntó) ¿es el retrato de vd. este?» Todos nos echamos á reir, la muger no comprendió la pregunta, y pasamos á la sala de mineralogia, y de alli al salon de antigüedades y monetario, no menos rico que los anteriores.

Inútil era hacer preguntas á la muger. El «*je ne sais pas*» con que contestaba á todo nos convenció bien de que no era una Minerva. Con este motivo nos divertimos con ella grandemente. «Dígame vd., la preguntaba mi lego, ¿desempeña vd. alguna cátedra en esta universidad?—No, monsieur, no: respondia ella muy séria,—Vd. está bien, le decia yo, en esta sala de antigüedades.—Si señor, bien.—Oh! si; es vd. otra antigüedad mas. Y aun no estaría vd. mal en el *Panteon de Agripa*, que segun veo es ese inmediato.—Oh! tambien, monsieur: yo en todas partes estoy bien.—Y diga vd: le preguntó el hermano Anselmo, ¿no hay aqui *mómias*?—Oh sí, no teneis mas que venir conmigo.»

Y nos llevó efectivamente al gabinete de cirugía: donde ademas de una numerosísima coleccion de instrumentos quirúrgicos, habia una porcion de mómias, y mónstruos humanos, entre ellos un *hermafrodita*. Objeto fué este que nos llamó mucho la atencion á todos. La existencia de los *hermafroditas* será una bella fábula inventada por los mitólogos, ó se disputará por los anatómicos y zoólogos cuanto se quiera: pero no sé lo que podria ser si no eran los dos sexos lo que en aquella mómia todos nosotros, al parecer claramente, distinguíamos, y como tal se enseñaba tambien. Y no digo mas de la materia, por ser de un género doblemente delicado.

Las demas aulas no tenian mucho de particular. Al salir

nos demostró la *seudo-Cicerona* aquella, que si no era arqueóloga ni entendia palabra de monedas antiguas, al menos de la moneda usual y corriente era mas que medianamente conocedora, pues habiéndola alargado el hermano Anselmo dos francos, frunció el ceño y nos indicó que era poco por todos. Alargámosla pues otro franco, y Tirabeque se despidió de ella diciendo: á Dios, hermosa literata; si todas las flamencas fueran como tú, ni patena en manos de cura escrupuloso queda mas limpia que saldría mi ánima de este país.»

LOS BIBLIOTECARIOS Y LA BIBLIOTECARIA.

La Biblioteca de la universidad está en otro edificio aparte, y bien distante por cierto. Ella ocupa la iglesia de la antigua abadía de los Benedictinos de Bandeloo, y se compone de unos 60,000 volúmenes y algunos curiosos manuscritos. Entre ellos tenia yo noticia de hallarse una Biblia del siglo XIII, obra maestra de calografia, y como tal llevaba mucha curiosidad de verla. De consiguiente fué lo primero por que le pregunté á un sacerdote que allí encontramos, y que por el puesto que ocupaba calculé seria uno de los bibliotecarios.

El hombre se echó á discurrir en ademan de quien espera que una sensacion antigua vuelva á reproducirse en la tecla respectiva del órgano de la reminiscencia. Al cabo de un rato cargó con una escalera de mano y se dió á recorrer estantes y cajones. La escalera cambió seis ó siete veces de lugar y la Biblia no parecia. Al fin el hombre echó mano á un volúmen, y diciendo «*le voici*» le puso en mis manos. Yo le tomé, le abrí, y ví que eran unos *Evangelios* tambien manuscritos y de un mérito no comun. «Aun no es esto, le dije: ha de ser un tomito en 12.° que comprende ambos Testamentos.»

A este tiempo entró una muger de mediana edad: el sacerdote se dirigió á ella, le habló *sotto voce* y en seguida la veo to-

mar la escalera y ponerse á buscar la Biblia.—¡Vaya una bibliotecaria! esclamó el hermano Anselmo.—Amigo, le dije yo, está visto que no solo en Francia, sino en Bélgica tambien á las mugeres se les dá una universal intervencion, ó sea un entrometimiento universal en todas las cosas.» Pero no se lució en verdad la hermana bibliotecaria, porque tampoco dió con la Biblia: mejor hubiera atinado acaso con un paquete de corbatas en una tienda de comercio.

En esto entró otro bibliotecario en trage profano: consultó con él el primero, y por fin, no sin algunas tentativas frustradas, pareció *la Biblia*. El eclesiástico no halló la Biblia, el profano sí.

Es en efecto cosa admirable. En un tomito de pergamino en 12.° están manuscritos en letra clara y perceptible, sin abreviaturas, todos los libros del Viejo y Nuevo Testamento: cada página consta de dos columnas de á cuarenta y seis líneas. Con este ejemplar me acabé de convencer del progreso descendente en que ha ido la calografía ó arte de escribir desde que se inventó la imprenta.

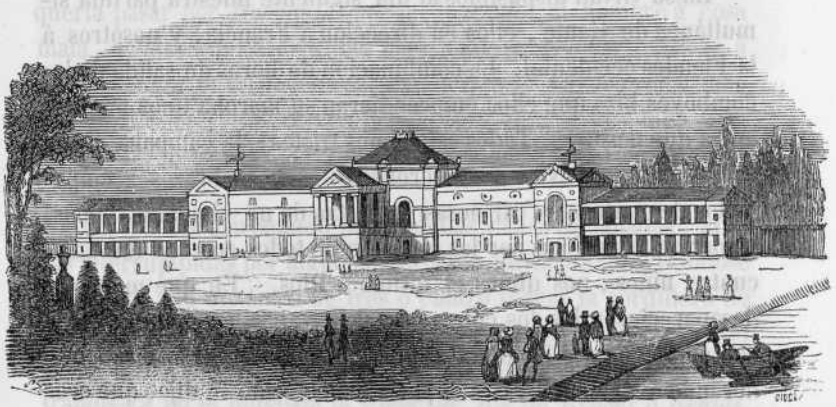
Pregunté por libros españoles, y no me dieron razon: me dí á recorrer estantes en su busca, nos los hallé, y me salí amostazado.

EL CASINO.

Los Casinos asi en Francia como en Bélgica son un supletorio de las sociedades y tertulias de confianza que tenemos en España, y en que pocos mas paises de Europa se conocen. De consiguiente suele haber mucho lujo en los casinos, y el de Gante no le cede en magnificencia acaso á ningun otro, asi en lo esterior como en lo interior. El salon de reuniones es mayor que el del Licéo de Madrid, y delante de su fachada se estiende un vasto jardin que sirve de paseo á los sócios. Está sostenido por

las sociedades de Botánica y de Música. Se dan conciertos cada quince dias, y hay dos veces al año esposicion general de flores naturales. Es la primera corporacion de Europa que instituyó la esposicion de flores, y si alguno duda de la estremada aficion de los Belgas á las flores naturales que he indicado en otros capítulos, que vaya al casino de Gante y allí verá si ha estado Fr. Gerundio exagerado.

Una cosa singular noté en aquel casino. Hay en la antesala varios boquetes, de los cuales parten por dentro de las paredes unos tubos de lata que desembocan en la parte esterior del edificio. Al salir de las funciones las señoras se acercan á aquellos boquetes, llaman desde allí á sus criados ó cocheros, y comunicándose rápidamente la voz por aquellos conductos interiores, cada uno acerca el carruage cuando es llamado por su nombre. Los Belgas parecen frailes en esto del estudio de la *commodité*.



DESMEMBRAMIENTO DE LA CUADRUPLE ALIANZA

Vistas las cosas mas notables de *Gante*, los hermanos Anselmo é Isidro nos comunicaron llenos de sentimiento su necesidad y resolucion de regresar desde allí á nuestra comun patria. La noticia (de que ya unos dias antes nos habian hecho indicaciones) fué una sensible y amarga intimacion para los otros dos miembros de aquella cuádruple alianza española, ya por la natural intimidad y cariño que engendra entre compatriotas el verse solos lejos de su país, y ya tambien por la honradez y demas recomendables prendas de nuestros dos conviajantes, que nos hacian doblemente apreciable su compañía. Pero oidos sus motivos y reflexiones, hubimos de suspender las amistosas instancias que de proseguir todos juntos nuestra peregrinacion habiamos empezado á hacerles.

En su virtud dispusimos al dia siguiente nuestra partida simultánea de Gante, ellos en direccion á Francia, y nosotros á la Flandes occidental. La combinacion de horas de salida de los comboyes hizo que ellos emprendieran su marcha unos minutos antes que nosotros. Todos estábamos tristes: la campana dió su último toque de aviso; siguiéronse estrechos abrazos acompañados de mútuas y cariñosas protestas de no olvidarse jamás, y corriendo lágrimas por las megillas de todos como si fuéramos cuatro niños, nos dimos el último á Dios. ¡En qué momento desaparecieron los dos compañeros! El vapor es enemigo de la contemplacion de los objetos que se aman. Al ver á Tirabeque llorando á lágrima viva: «no pensé, Pelegrin, le dije, que eras tú tan sensible! ¡Ah, señor! me respondió, ¡no se sabe lo que es despedirse de un buen paisano en tierras estrañas!»

A los pocos minutos ya íbamos los dos *rodando* por las planicies de la Flandes occidental.

BRUJAS.

«¿Y á dónde bueno vamos ahora por estas llanuras, mi amo? —A *Brujas*, Pelegrin.—Señor, mal nombre tiene el lugar; y si el hermano Quevedo, ó como le llamaban á aquel hermano, no queria pasar por *Dueñas* (1) porque le sonaba el nombre á cosa mala, hágase vd. cargo si me dará á mi buenos barruntos ir á *Brujas*.—Por lo mismo no será malo que te vayas preparando con algunas oraciones contra maleficios: aunque yo tengo para mí que no te ha de desagradar *Brujas* tanto como de su nombre temes.»

Así íbamos marchando por aquellas vastas esplanadas, apenas interrumpidas por alguna ligerísima elevacion, divisándose solamente á la distancia de tres ó cuatro leguas la cordillera de pequeñas costas ó prominencias que las separan del mar del norte, y á la hora y media de haber salido de Gante nos encontramos ya en el hotel de la *Fleur de Blé* de *Bruges* ó *Brujas*, capital de la Flandes occidental.

Desde luego empezó á no parecerle á Tirabeque tan mal como él se habia temido; y mas cuando vió el almuerzo decente

(1) Villa de Castilla la Vieja, provincia y á dos leguas de Palencia.

que nos presentaron, y mucho mas despues que salimos á ver la poblacion, y se encontró con una ciudad de 45,000 almas, de calles anchas, rectas y muy aseadas; y mucho mas todavia cuando se fué haciendo cargo del *cariterio*, como él decia, de las mugeres, que con razon tienen fama de hermosas, pues por lo general se nota en las Brujenses una finura y perfeccion de facciones no comun, junto con un color sonrosado y una tez fresca y delicada, que resalta mas bajo los sombreritos anchos de paja, y bajo las blancas y finas cófias con sus dos deditos salientes de rico encaje que generalmente usan. Ello es que ya me decia Tirabeque: «Señor, no me van pareciendo mal estas *Brujas*: si son asi todas, desde luego están demás para mí los conjuros que contra ellas tiene la iglesia, antes bien no me pesaría que me tentáran.—Pelegrin, Pelegrin! que te me deslizas! acuérdate de lo que eres y de lo que somos.—Está bien, señor, pero ahora veo que tenia vd. razon cuando decia en Bruselas: «déjate, Pelegrin, que no están lejos las Flamencas, y allá llegaremos si la caldera del vapor no se rompe.»

Efectivamente, si no todas las Brujenses son hermosas, se ven en lo general buenas caras, y es muy raro hallar una que pueda llamarse fea.

Brujas es el pueblo de Bélgica que conserva mas sabor, mas tintes, mas marcada la fisonomía de la edad media. Es menester irse deteniendo delante de la mayor parte de las casas á contemplar los lindos adornos, los trabajados y menudos bajos-relieves que las adornan. El viagero, en medio de aquellos antiguos palacios, de aquellas piedras y escudos de armas feudales, espera siempre ver salir por aquellas puertas de arcos ogivos alguna dama con su capirote de terciopelo y con su larga cola remangada y llevada por un page. Mira hácia las ventanas, y se hace la ilusion de que va á vislumbrar detras de la reja ó de la celosía alguna doña Blanca ó doña Florinda. El aspecto de la ciudad de Bruges interesa mas á un español que á todo otro estrangero.

CUENTOS DE BRUJAS.

Esto parece en verdad la historia antigua de Bruges. Con dificultad poblacion alguna presentará en sus páginas históricas una série de hechos mas raros y originales, de anécdotas mas curiosas y entretenidas, ni mas apropósito para ser escuchadas con la boca abierta por una tertulia de españoles de los que alcanzaron el uso del tontillo y de los cabellos empolvados. Referiré algunas de ellas como se las conté á Tirabeque. Nada inventaré, todo es histórico.

Han de saber vds. que antiguamente Brujas fué una ciudad muy populosa y muy rica. Solo en sus telares se empleaban mas de 50,000 tegedores, las manufacturas de sus fábricas eran buscadas con avidez de la Inglaterra, de la Italia, de todo el Norte, y de la India. En tiempo de *Felipe el Atrevido* era tanta su prosperidad que cuando se supo que el duque de Borgoña *Juan Sin-miedo* habia quedado prisionero de los infieles en la batalla de Nicópolis, y que pedian por su rescate 200,000 ducados, un solo negociante de Brujas los aprontó en el acto.

Cincuenta años mas tarde, necesitando Cárlos V dos millones de florines (mas de ocho millones de rs.), se los pidió prestados á un comerciante de Brujas llamado *Deans*, que al contado se los facilitó. El emperador en demostracion de agradecimiento quiso hacer al comerciante el obsequio de ir á comer á su casa el mismo dia que recibió el préstamo.

—¡Señor, me interrumpió aqui Tirabeque cuando se lo contaba; tenia un buen modo de obsequiar el señor emperador! Tras de pedir dinero convidarse á comer. Mas en el órden estaba que hubiera convidado S. M. al comerciante á comer en su palacio.—¿Qué quieres, Pelegrin? Los reyes honran asi á los particulares. Y escucha, y oirás una cosa buena.»

El comerciante le dió un banquete espléndido y opíparo. A los postres echó mano al bolsillo, sacó la obligacion del empréstito, y la rasgó, y colocando los fracmentos en un plato, se le pasó al emperador diciéndole: «Señor, no es caro comprar en dos millones de florines el honor que V. M. me ha dispensado hoy.»—Campechano y rumboso era el tal comerciante, mi amo: se parece á los prestamistas que hay ahora en España, que si no ven al ojo el ciento por ciento de ganancia cierran la bolsa, y muérase la patria; compare vd. aquel *Dean* con estos *Arcedianos*; y á ver si entre todos ellos se encuentra un *Brujo* como aquel.»

Y han de saber vds. que el primer conde de Flandes en Brujas fué *Balduino brazo de Hierro*. Despues vino *Balduino el de la bella Barba*. En seguida *Balduino el del Hacha*, que en

lugar de espada iba armado de una hacha de treinta libras de peso. Y ahora verán vds. el modo que tenia *Balduino el del Hacha* de hacer justicia con los ladrones.

Pues señor, en una ocasion sucedió que llegaron unos comerciantes de joyas á un pueblo, á tiempo que llegó á la misma posada con varios amigos monseñor Enrique de Calloo, uno de los mas ricos y de los mas nobles señores del país, pero que acababa de perder al juego una enorme suma. Vió los comerciantes y las alhajas, y tentóle Satanás y le inspiró el pensamiento de robarles el dinero y las joyas. Pues señor, mi dicho y mi hecho. Cuando los comerciantes trataron de marchar, enviaron delante los criados para que les tuvieran preparado alojamiento. Dos horas despues salieron ellos, y Enrique de Calloo y sus amigos les fueron siguiendo la pista, y al atravesar un monte se echaron sobre ellos, los asesinaron, recogieron todo el oro y las joyas, escondieron los cadáveres entre unos matorrales, y siguieron disimuladamente su camino.

Al llegar á las puertas de la ciudad encontraron á los criados de los joyeros que estaban esperando á sus amos.—«Señores, han encontrado vds. á nuestros amos por casualidad?—Delante de nosotros salieron un buen rato; no hemos visto á nadie, y ya deben de haber llegado á la ciudad.» Esta respuesta les puso ya en cuidado, y quedándose alli tres de ellos, los otros tres salieron camino de Brujas á ver si encontraban á sus amos.

En llegando al monte, vieron la tierra teñida de sangre, siguieron el rastro, y encontraron los cadáveres, y sin pararse á más se fueron corriendo derechos á contárselo al conde *Balduino el del Hacha*. Lo oye *Balduino el del Hacha* con mucha atencion, se informa bien de todo, y vá y dice: «encerrarme esos hombres en un castillo con guardas de vista, y ensillarme el caballo.» En seguida echa mano al hacha, monta á caballo, y la emprende solo y á galope tendido en busca de Enrique de Calloo. «Alguna cosa de bueno nos han de contar mañana del amo,» quedaron diciendo los sirvientes.

Pues señor; llega á *Thourout*, en ocasion que estaba casi

todo el pueblo en la plaza, donde acababan de ejecutar á dos monederos falsos ; y todavia estaban allí las cubas de aceite hirviendo en que los habian metido. «Alto, señores, dijo Balduino; no hay que quitar las cubas; ponerles fuego debajo para que el aceite esté en buen punto, que luego vuelvo yo.» Y se vá derecho á la posada en que estaba Enrique de Calloo con sus compañeros: ellos habian salido, Balduino sube á su habitacion con el posadero, hace descerrajar sus cofres, y encuentra las joyas robadas.

Busca en seguida á Enrique y sus cómplices, los hace arrestar, les toma declaracion, y no hallando que contestar á las pruebas que *Balduino el del Hacha* les presenta del robo, confiesan de plano. Entonces Balduino los hace llevar incontinenti á la plaza, y sin darles lugar á tomar ninguna disposicion, vestidos y armados como estaban, los manda arrojar en las cubas de aceite, y asi perecieron *el noble Enrique de Calloo* y sus compañeros.

—¡Caracoles, mi amo (me decia Tirabeque cuando se lo contaba), y que breves eran los sumarios del Sr. *Balbino el del Hacha*! Aquel no gastaba tantos arrumacos con los ladrones como nuestros tribunales. ¿Sabe vd., mi amo, que pienso habia de venir grandemente un Hachero como el Sr. Balbino para ver si descastaba los ladrones de cierto país que yo me sé?»

Pues señores, en otra ocasion venía *Balduino el del Hacha* de celebrar una asamblea de sus estados en Ypres, en la cual para hacer mas solemne la ceremonia, habia armado de caballeros á seis de los mas nobles del país. Y cuando volvia á su castillo acompañado de los seis nuevos caballeros, al llegar á un monte encontraron una comitiva de boda. *Balduino el del Hacha* se dirigió á la novia, que era una jóven de mucha hermosura, y sacando una sortija de su dedo, le dijo : «pues que la casualidad ha hecho que vengas á tan buen tiempo por este camino, toma esta sortija, y si alguna vez necesitas de mí, envíame la sortija y reclama mi auxilio, que no te faltará.» A su ejemplo cada uno de los caballeros hizo una fineza á la novia:

ella quedó muy contenta, y la cabalgata señorial prosiguió el camino del castillo.

Pues señor, á la media noche, cuando *Balduino el del Hacha* dormía el primer sueño, le despierta uno de sus escuderos, y enseñándole la sortija, «señor, le dice, un paisano que acaba de llegar al castillo lleno de polvo y jadeando de cansancio ha traido esta sortija de parte de la novia del bosque.—Que éntre el paisano, dijo Balduino.»

Era el hermano del esposo. Los seis nuevos caballeros habian robado á la novia al tiempo que la llevaban á la casa nupcial, hiriendo á algunos de la comitiva que trataron de hacer resistencia: y la pobre novia no tuvo mas tiempo que para arrojar la sortija diciendo: «llevar esa sortija á *Balduino el del Hacha.*»

Arrójase el conde de la cama: «¿hácia donde se han dirigido los raptores? le pregunta al paisano.—Hácia *la casa encarnada,*» le contesta; que era una taberna inmediata al castillo.

Manda Balduino á diez hombres de armas que se armen inmediatamente, y tomen clavos y cuerdas, y salgan á *la casa encarnada*, que allí le encontrarán yá. Y toma el hacha, y monta á caballo. Las luces, y las risas, y los juramentos y blasfemias que vió y oyó en el primer piso de la *casa encarnada*, no le dejaron dudar de que allí se hallaban los criminales. Echa pié á tierra, ata el caballo á una de las argollas de la pared, llama á la puerta, y viendo que nadie le responde, la derriba de una patada, y entra. Sube á tientas por la escalera, y abre sin dificultad la puerta de la sala donde estaban los malvados; arroja una mirada, y ve á la jóven atada fuertemente mientras sus raptores la estaban jugando á los dados, á ver á quien le tocaba la prenda.

La aparicion de Balduino fué un rayo para los culpables, que dieron un grito de terror, á que correspondió la jóven con un grito de alegria. Viéndose perdidos, tratan de huir dirigiéndose á la escalera, pero Balduino se coloca á la puerta con el hacha

levantada, y les dice : « al que se acerque le divido el cráneo de medio á medio. »

En esto se divisa resplandor de antorchas, y se oyen relinchos de caballos. Eran los diez hombres de armas. Llegan, suben, se presentan á Balduino : «¿traeis clavos y cuerdas? les pregunta.—Si señor.—Pues bien, clavadlos en esa viga, y preparad las cuerdas.»

Los caballeros palidecen, confiesan el delito y le piden perdon.—No hay perdon, responde Balduino : dáos prisa á preparar esos cordeles.—Señor, ya están los clavos, y tambien los nudos corredizos.—Pues bien, arrimad ese banco, y ponedle debajo de las sogas. Suban vds. ahí, caballeros. Qué, ¿se resisten vds? Ponérmelos sobre ese banco, quieran ó no quieran.

—Ya están, señor.

—Esas cuerdas al cuello.

—Tambien están yá.

Echa Balduino una última mirada, los encuentra competentemente colocados, da un puntapié al banco, y quedan los seis caballeros ahorcados en toda regla. En esto se oye un gran ruido: era el novio que llegaba con todos los mozos de la villa armados de azadas y horcones. Balduino los hace entrar, y les enseña en un lado á la jóven, que restituye á su marido pura como se la habian robado, y en otro á los criminales ya decentemente castigados. La justicia de *Balduino el del Hacha* habia sido mas breve y ejecutiva que la venganza del marido. Con ejemplares como estos logró *Balduino el del Hacha* desterrar de la Flandes toda clase de crímenes.

«Señor, los pelos se me enrizan y se me ponen como los de un puerco-espin de pensar en el génio que tenia ese señor Balduino. Ese no se andaba con traslados á la parte, ni con «pase al fiscal,» ni con términos de prueba, ni con acuses de rebeldía y esas otras zarandajas. A bien que no echarian mucho pelo los escribanos con el *Sr. Balduino el del Hacha*. Bien me decia vd., señor, que la historia de Brujas parecian cuentos de brujas.—Pues si te contára la historia de *Cárlos el Bueno*, de *Luis el Gordo*, de *Santa Godelieva*, y otras, oirias cosas no menos estupendas y admirables; que te parecerian otros tantos cuentos de brujería. Pero sabes que nos está esperando el *commissionaire* para llevarnos á ver las cosas notables de la ciudad.—Señor, me gustaban á mí esas historias, pero me hago cargo que necesitamos el tiempo para ver las cosas de Brujas.

MAS Y MAS BRUJAS.

Fuimos primero, por ser lo mas cerca, á la *Academia y Museo;* donde salió á recibirnos con el bocado en la boca y meneando las mandíbulas, signo demostrativo de estar almorzan-

do, una muger, que llamarémos á lo Tirabeque una *Bruja*, pues nunca él se pudo acomodar á decir una *Brugense*.

Menos abundante que escogida es la coleccion de cuadros que allí se encuentra; si bien los inteligentes, hallando juntas las dos obras capitales de *Van Eyck* y de *Hemling*, tienen ocasion de poder comparar el mérito respectivo de los dos mejores pintores de la escuela flamenca del siglo XV. La academia de nobles artes celebra en este local sesion pública tres veces al año.

De allí pasamos al *Hotel de Ville*, edificio gótico bien conservado y de un estilo puro, con biblioteca, y bastantes pinturas y retratos, entre los que se distinguia el de Napoleon, primer cónsul, con manto de escarlata. «¿Cómo es, le pregunte al guia, que todos estos nichos de la fachada están vacíos?— Antiguamente, me respondió, esos nichos contenian las estátuas de los condes y condesas de Flandes, en número de treinta y tres, todas de piedras pintadas y doradas segun la costumbre de aquel tiempo, pero en diciembre de 1792 las tropas revolucionarias francesas mandaron bajar todas estas *representaciones de tiranos*, lo mismo que las armas que decoraban los espacios intermedios de las ventanas; y hechas pedazos; y mezclados sus fracmentos con los de la horca, la rueda y el garrote, hicieron de todo una grande hoguera, y obligaron al verdugo Pedro Boskin á ponerlo fuego.»

Callé, y seguimos al *Palacio de Justicia*, donde hoy están el jurado y el tribunal de policía. Otra jóven *Bruja*, por cierto de aquellas de quienes decia Tirabeque que no tendria inconveniente en dejarse embrujar, nos salió al encuentro con un manojo de llaves. Merece bien la pena de ser visitado el interior del palacio de Justicia, por admirar la obra maestra de escultura en madera, la obra con la cual en el comun sentir no hay otra en el mundo que pueda entrar en cotejo, y cuyo autor desgraciadamente se ignora. Está en la sala que llaman de la chimenéa, y constituyen las estátuas, del grandor casi natural de Cárlos V que ocupa el medio, de Maximiliano y María de Bor-

goña que tiene á su izquierda, y de Cárlos el Atrevido y Margarita de Inglaterra que están á su derecha. Detrás se ven los escudos de armas de España, de Borgoña, de Flandes, de Inglaterra y otros: y en un nicho á la espalda de Cárlos V unos medallones con los retratos de Felipe el Hermoso, su padre, y de Juana de España su madre. Allí nos llevamos buen rato, no cansándonos de admirar el minucioso y delicado trabajo de aquellas esquisitas molduras.

Pasamos por la sala del jurado y por la del tribunal de policía, sobre las cuales no le ocurrió á Tirabeque otra observacion sino que bien podia tenerlas mas barridas la muchacha aquella: pues á juzgar por el polvo nadie pudiera suponer que aquella sala fuese de *policía;* cargo que en verdad no carecia de fundamento.

De allí nos dirigimos á la *capilla de la sangre* que está enfrente, y que con el *Hotel de Ville* y el *Palacio de Justicia* forman los tres ángulos de una plaza. Llámase asi la capilla de San Basilio, porque en ella se hallan depositadas unas gotas de la sangre de Jesucristo, llevadas de Jerusalen por Thierry de Alsaces. Tambien aquí nos recibió otra *Bruja*, la cual nos llevó primero á una capilla baja, y despues á otra que está encima de esta, que es donde se halla la *sangre*, encerrada en una caja de plata dorada y adornada de piedras preciosas, y aun muchas de sus partes son de oro mazizo. El peso total de la caja es de 769 onzas. Yo manifesté deseos de ver la *sagrada sangre*, pero la muger me contestó con un signo negativo tan agrio y tan resuelto, que no parecia sino que queria acreditarnos por su gesto de horror al nombre de *sangre* que no era verdadera bruja.

Como predicador que soy, aunque indigno, no pude menos de mirar con particular atencion al púlpito de aquella capilla, que era un gran globo terráqueo de metal, en que estaban perfectamente delineados todos los paises de la tierra, con la competente division y nomenclatura de reinos, de mares y demás. Entre los púlpitos raros y caprichosos que se encuentran por aquellos paises es el mas estraño y original de cuantos he visto.

El predicador, al tiempo que truena contra las pasiones humanas, se encuentra metido de patitas en el mundo. Por apagada que sea su voz, tiene que oirse en todos los ámbitos del globo, y predicando á cristianos se hace oir en tierras de infieles. Cuando se baja de la cátedra, puede decir que se marcha del mundo, y lo dirá con verdad aun cuando se vaya á almorzar á su casa ó á recrearse en el paseo público.

EL MEJOR CAMPANARIO DE EUROPA.

En algunos pueblos de Francia, en casi todos los de Bélgica, y en todos los de Holanda hay en las torres de los templos y de otros edificios públicos lo que llaman *carillons*, ó sea campanarios, cuyas campanas de diferentes tamaños y sonidos están ingeniosa y artísticamente colocadas en escalas musicales, y cu-

Sobre esta torre dicen que estaba el dragon de bronce dorado del *Beffroi* de Gante, y de aqui dicen que le robaron los Ganteses.

yos martillos movidos por las puntas ó martinetes de un gran cilindro, producen con sus golpes sonatas armoniosas, que puestas en combinacion y en dependencia con la máquina del reloj de la torre hace que en cada hora se oiga una música de campanas ruidosa y alegre y muchas veces agradable, pues algunos *carillons* tocan piezas de mucho mérito, y no es raro oir trozos de óperas muy buenos y de mucha ejecucion.

Pero el mejor que se conoce en Europa es el de la *Tour des Halles* (torre del mercado de la Alhóndiga) de Brujas, que nos llevó á ver nuestro guia desde la *Capilla de la sangre*.

Si el mundo ha de perecer por fuego, como se supone, yo creo que el fin del mundo vá á principiar por esta célebre torre, porque tal lo hace sospechar su azarosa historia. En su principio fué de madera y contenia los privilegios de la ciudad; un incendio la redujo á cenizas en 1280. Se hizo nuevamente de ladrillo, y nuevamente la abrasó un rayo en 1493. Se volvió á levantar de nuevo, y en 1741 volvió á ser presa de las llamas. Ultimamente se volvió á reedificar en el estado en que hoy se conserva; hasta que Dios, que es el dueño del fuego como del agua, sea servido. Sobre esta torre dicen que estaba el dragon de bronce dorado del *Beffroi* de Gante, y de aqui dicen que le robaron los ganteses. Bien dormidos debian estar los brugenses para dejarse llevar el dijecillo.

El *commissionaire* nos invitó á subir á la torre. Tirabeque bien lo sentía, porque la media con los ojos, y si no geométricamente, calculaba á su manera la altura *L* con la resistencia de las piernas *J* y *H*. Pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver de cerca el célebre *carillon*, y decreté la subida. ¡Vamos que cuatrocientos dos escalones son capaces de fatigar los ambulativos mas sanos y robustos! Asi no era estraño que mi pobre lego tuviera que pararse tres ó cuatro veces á tomar aliento y descansar. Mas todo lo dió despues por bien empleado por el gusto de ver las cuarenta y ocho campanas; y sobre todo aquel magnífico y estupendo cilindro de cobre de 19,966 libras de peso; con sus 30,500 piezas ó martinetes para levantar los martillos, las cua-

les producen numerosas y muy variadas sonatas. Es la mayor atrocidad filarmónica que he visto.

Ademas de los aires y tocatas de cada hora, lo cual hace que contínuamente esté sonando en los oidos música de campanas, se tocan separadamente tres veces por semana; y este ejercicio dá orígen á certámenes facultativos entre los campaneros sobre quién posée mas conocimientos filarmónicos y tiene mas ejecucion en la música cimbalaria, y ganan tambien sus premios como pudieran ganarse en cualquiera sociedad musical.

Hay otra cosa todavia. Desde 1521 se acordó que en esta torre se hiciese la señal de los incendios, ó se tocase á fuego cada vez que este ocurriese. Con este objeto hay siempre y de continuo en la torre cuatro guardianes ó vigías, que se relevan como los centinelas militares; y para que el pueblo pueda descansar en su vigilancia y confiar en que no se duermen, tienen la obligacion de tocar la trompeta á cada hora. De forma que entre la trompeta y las campanas y las campanas y la trompeta es una gloria el ruido y la alegría musical de torre que divierte los oidos á todas horas en Brujas.

EL OBISPO Y LOS CANONIGOS.

Pasamos por la plaza mayor; vimos la casa que habitó Cárlos II de Inglaterra en su emigracion, de la cual no ha quedado mas que la fachada, que se distingue de los demás edificios en su color oscuro y en sus ventanas góticas; y á los pocos minutos nos hallábamos en la Catedral, que nada notable tiene por fuera. Serian las tres y media de la tarde, y estaban en vísperas. La prohibicion de pasear durante los oficios nos hizo asistir á estos con mas devocion, y tambien nos proporcionó observar mas despacio sus ceremonias.

He notado que por aquellos paises son los obispos mas asistentes á los templos que en la España católica: no sé en qué con-

sistirá. El de Brujas era un anciano venerable; sus vestiduras ni iguales ni muy diferentes de las de los nuestros. Los canónigos Brugenses llevan una muceta de piel, sino de chinchilla, bastante parecida á lo menos, y una especie de capilla grande semejante á las de nuestros frailes Agustinos. Si el sitio y lo sagrado de las vestiduras pudieran dejar duda de que aquello era una ceremonia religiosa, hubiera creido que tanto el obispo como los capellanes, acólitos y demás sirvientes iban de baile, ó de visita, porque ni el mas esmerado elegante parisien pudiera gastar un guante blanco mas ajustado y mas fino que los que en sus manos dejaban ver aquellos ministros del altar. No tuve quien me esplicára la razon de ir tan de punta en blanco.

Hay en la catedral de Brujas muchas y muy buenas pinturas, como que estamos en el centro de la escuela flamenca. En el coro se ven suspendidas las armas de los caballeros del *Toison de oro*, que asistieron al primer capítulo que en ella celebró *Felipe el Bueno*.—Dígame vd., le pregunté á un sacristan despues de concluidos los oficios? ¿me hará vd. el gusto de decir qué es lo que encierra esa caja colocada sobre el altar de esa capilla.—Si señor, contiene los huesos de *Cárlos el Bueno*, Conde de Flandes, que fue asesinado en la antigua iglesia de San Donato.—Señor, me dijo oyendo esto Tirabeque; por aquí ha habido muchos príncipes *Buenos*, pero con toda su bondad los han asesinado en las iglesias.—Verdad es, Pelegrin, pero sin que esto sea aplaudir el hecho, ni creer que aquellos príncipes fueran malos, en esto de los dictados y sobrenombres con que se bautiza á Reyes y Príncipes, suele haber mucho de *santo nombre en vano.*»

Pero otro templo nos aguarda que tiene mas que ver que la catedral.

NUESTRA SEÑORA Y SU GALLO.

No siempre la idea del gallo ha de venir asociada á la de Cristo por aquello de la Pasion: alguna vez ha de estar en relaciones con su santísima Madre.

Es el caso que la iglesia de *nuestra Señora* de Brujas tiene una elevadísima torre, tan elevada que sirve de punto de direccion á los navegantes en el mar, á pesar de estar tres ó cuatro leguas apartada de la costa. Por cierto que tiene una ligera inclinacion hácia el sur, no tanta como la *Torre Nueva* de Zaragoza, pero lo bastante para que costára la vida al arquitecto constructor, que desesperado de haber cometido esta falta, dicen que se precipitó de lo alto de la torre, y no habiendo estado Dios de humor de hacer con él un milagro, cayó de modo que no volvió á hacer mas torres ni derechas ni torcidas, y su cuerpo descansa en la misma iglesia bajo una vieja lápida de piedra azul.

Pues bien, sobre la flecha ó aguja de esta torre se colocó en 1711 una veleta en forma de *gallo*, de quince pies de longitud, con una cruz de hierro de la misma altura. Cuéntase, pues, que un carpintero de Brujas llamado *Stevens*, conocido por su valor é intrepidez, se halló ausente de la ciudad al tiempo que se ejecutó este trabajo. Cuando regresó, sus compañeros empezaron á bromearle achacando la ausencia á miedo de que le hubieran encargado la arriesgada operacion de colocar el *Gallo*.

Picado el buen *Stevens* de las chufletas de sus amigos, determinó darles un solemne mentís. Y un dia, despues de encomendar su alma á Dios y de encargar á su muger que rogára por él, toma un manojo de cuerdas, se encamina á la torre, y sube hasta su última abertura, distante todavía cuarenta y cinco pies de la veleta. Cíñese las cuerdas al rededor del cuerpo, las va atando sucesivamente á las puntas salientes del canastillo que formaban las guarniciones de la aguja, y de este modo se

encaramó hasta sentar el pie sobre la base de la veleta. Todavía no basta esto á su audacia ; aspira á dominar el *gallo* , y llega en efecto á ponerse á caballo sobre el ave gigantesca.

A este tiempo cambia el aire ; la veleta describe rápidamente un inmenso círculo , y el pobre carpintero se cree ya volando por los espacios. A pesar de esto no pierde la serenidad. Aguarda con frescura á que cese el viento para prepararse á

descender. Pero el viento arrecia. El pueblo se apercibe del suceso; vé al pobre *Stevens* batallando con la ventisca allá en las nubes, y empieza á dirigir votos y oraciones al Dios de las alturas para que le dé un descenso feliz.

Efectivamente fuese su sangre fria, ó fuese que Dios quiso demostrar hasta donde llegaba su omnipotencia con un carpintero temerario, lo cierto es que tuvo la fortuna de ganar otra vez la tronera de donde habia salido; baja indemne de la torre, recíbele al pie de la iglesia una inmensa muchedumbre que le estaba esperando, y es llevado en triunfo y entre aclamaciones á su casa. Murió *Stevens* en 1746.

Esta es la historia del *Gallo de Nuestra Señora* de Brujas, que tambien parece cosa de brujería

LA VÍRGEN DE MIGUEL ANGEL,

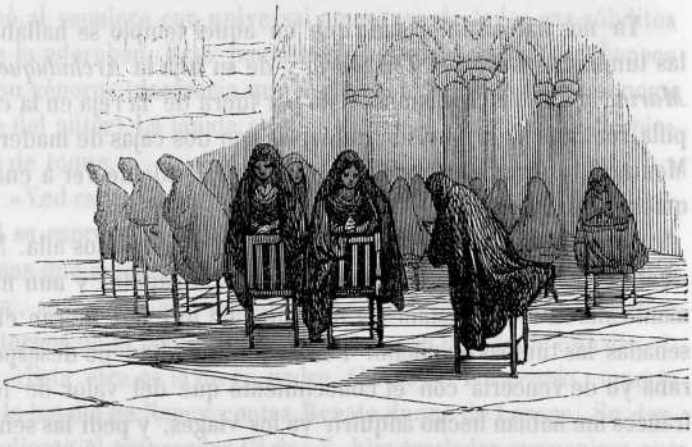
y las Brujas al anochecer.

Mucho y esquisito mármol, y muchas y escelentes pinturas de los mejores artistas de la escuela flamenca, es lo que en la iglesia de Nuestra Señora como en otros muchos templos de la Flandes encontrará el viagero.

Hay sin embargo en *Notre-Dame de Bruges* una alhaja digna de especial mencion, que es una estátua de la Vírgen con el niño Jesus, obra del célebre Miguel Angel. La cabeza de la Vírgen respira toda la belleza italiana, belleza musculosa y atrevida, que se estraña entre las fisonomías del norte y bajo la influencia de la atmósfera flamenca. El niño tiene una espresion delicadísima y encantadora. Las manos de las dos figuras son admirables, y los vestidos de la Vírgen están ejecutados con una delicadeza y una maestría que casi hacen dudar si aquello es tela ó es mármol. Horas enteras se lleva uno contemplando aquella Vírgen.

En otro altar del trascoro hay otra vírgen de mármol blanco, que parece haberse puesto para que haga resaltar mas las perfecciones de la del célebre Toscano. Asi es que el curioso observador anda por un buen rato en continuo ejercicio de la segunda capilla de la nave trasversal al trascoro, y del trascoro á la nave trasversal, siempre comparando, y admirando siempre y cada vez mas la obra del italiano escultor.

Allí nos cogió el anochecer, y con eso tuvimos ocasion de presenciar un espectáculo que no dejaba de ofrecer novedad. Al paso que la luz natural iba faltando, se iba encendiendo tal cual lámpara en la iglesia. Habia muchas mugeres orando,



esparcidas acá y allá por las naves. Las Brugenses usan un manto negro, especie de capuchon de paño con que se cubren hasta la cabeza. Para orar se arrodillan sobre las sillas, reclinándose ó apoyándose sobre su respaldo, y de consiguiente sin tocar al suelo. A la escasa luz de las lámparas se divisaban por todo lo largo de aquellas vastas naves multitud de bultos negros que semejaban otras tantas apariciones fantásticas y aéreas; á lo cual añadido el misterioso silencio que en todo el templo reinaba, solo

interrumpido por nuestros pasos que resonaban en aquellas bóvedas sombrías, daba á la iglesia un aspecto imponente y sublime.

—Señor, me decia el buen Pelegrin, ahora si que me parecen todas estas hermanas brujas de verdad.—¿Y quién te ha dicho á tí, le repliqué, que las brujas visten de negro? Admiremos la devocion de estas gentes, é imitémoslas haciendo tambien oracion.« Y en efecto, nos pusimos á orar por algunos minutos.

CÁRLOS EL TEMERARIO.

Ya nos habian informado que en aquel templo se hallaban las tumbas de *Cárlos el Temerario* y de su hija la *Archiduquesa María*, y aun las habiamos visto por fuera de la reja en la capilla contigua á la sacristía cubiertas con dos cajas de madera. Monumentos eran estos que yo no hubiera dejado de ver á cualquiera costa.

Aun se divisaba luz en la sacristía, y nos dirijimos allá. No estaba el capellan que tenia las llaves de la capilla, y aun nos manifestaron los sacristanes la dificultad de que nos fueran enseñadas las tumbas de noche. Pero esta dificultad no desesperaba yo de vencerla con el conocimiento que del valor de los francos me habian hecho adquirir ya los viages, y pedí las señas de la casa del capellan. Dadas que me fueron, me dediqué á buscarle; pero no estaba en casa. A la media hora envié á Pelegrin, y tampoco. Pero yo tenia capricho de ver aquella noche la tumba de *Cárlos el Temerario*, y me empeñé en obrar á lo temerario ó á lo aragonés: al cuarto de hora volví yo mismo á su casa, y tuve la fortuna de encontrar al capellan clavígero. Le manifesté mi objeto, me puso las dificultades que yo esperaba, y las vencí tambien por el medio que esperaba.

Salimos juntos en direccion de Nuestra Señora, entramos en la sacristía, manda encender luces, y étenos en la capilla de

Cárlos el Temerario con un numeroso acompañamiento de antorchas y sacristanes. Alzanse las cubiertas, y se presentan á nuestros ojos los dos magníficos mausoléos. No digo cinco francos, sino cincuenta hubiera dado de buena gana por ver aquellos soberbios sepulcros. Ambos son de bronce dorado.

«Ved, nos dijo el capellan; esta estátua de cobre dorado á fuego, que representa una hermosa jóven acostada sobre su tumba, las manos juntas y los pies apoyados sobre dos perritos, es la *archiduquesa María*. Ella murió el 27 de marzo de 1482 de edad de 25 años. Habia salido á caza de garzas reales á las inmediaciones de Brujas, se le desbocó el caballo, y la estrelló contra un árbol. Se hallaba en cinta: el pudor la retrajo á declarar su mal, y una fiebre ardiente seguida de la gangrena la llevó al sepulcro con universal amargura de todos sus súbditos que la adoraban. Este monumento escede á cuanto se conoce en su género: ¡desgracia que no haya llegado á nosotros el nombre del autor! La lápida en que descansa la estátua es de piedra de toque.

«Ved estas figuritas cinceladas que rodean la tumba, reparad su espresion: ¡Oh! ellas parece que están animadas. Los ramos que sostienen, y de los cuales veis que uno sube y otro baja, son el árbol genealógico de los ascendientes paternos y maternos de la princesa, cada uno con su escudo de esmalte.

«Esta otra es la de su padre *Cárlos el Temerario*, muerto en la batalla de Nancy contra Renato duque de Lorena. Su descendiente el emperador Cárlos V, hizo trasladar sus cenizas que reposaban en la iglesia de San Jorge de Nancy, y Felipe II de España mandó construir para ellas una tumba semejante á la de su hija. Ved pues su estátua; separados están su casco y sus manoplas; tomadlas en la mano si gustais.

«Reconozco, le dije, en su semblante el carácter violento del guerrero; los rasgos de su fisonomía me revelan al implacable enemigo de Luis XI, al terror de la Francia, al atrevido, al fiero, al temerario borgoñon.»

«Y agolpáronse seguidamente en mi imaginacion las amo-

rosas escenas y estrañas aventuras de *Cárlos el Temerario* entre las negras rocas y espesos bosques de la antigua Helvecia, que tan bellamente nos pinta la florida pluma del vizconde de Arlincourt en su *Solitario del Monte Salvage*.

Ya me representaba al ilustre muerto cuando en el silencio de la noche seguía los pasos á la hermosa y tierna Elodía por los callados cláustros de la abadía solitaria de Underlach. Ya me parecia estar oyendo su voz cuando con fatídico y misterioso acento le decia. «Huye, tierna flor del valle: es contagioso mi aliento y precursora de la muerte mi presencia. Paloma del monasterio, guárdate del *Pico terrible*; huye del *Monte Salvage*.» Ya me figuraba estarle viendo en el sotillo mortuorio de Herstall, con el manto trapeado como la vestidura de los Césares, batiendo su desgreñado cabello sobre su frente varonil y descubierta, recostado en el árbol de los mausoléos. Ya recordaba los pavorosos avisos de la *Fantasma sangrienta* y las sombrías apariciones del *Osario de Morat*, y ya en fin me representaba á la tímida vírgen de la Helvecia arrodillada ante las aras de la capilla de Underlach, al tiempo de ir á enlazar su mano pura como la inocencia con la mano ensangrentada del terrible guerrero; y parecia resonar en mis oidos el zumbido estrepitoso del rayo mezclado con las terrorosas palabras del padre Anselmo: «Asesino de San Mauro! ¿Cómo te atreves á presentar en el altar del Señor tu ensangrentada mano á la hija de tu víctima? ¡Sacrílego guerrero! escucha, ¿no oyes los gritos de todos los religiosos de este monasterio degollados en el *Pico terrible*? Elevo aqui mi voz delante del Eterno: ¡sea anatematizado el hombre criminoso, sanguinario, conquistador, asesino, sacrílego é impío! Caiga sobre *Cárlos el Temerario* el anatema! el anatema!»

Como hubiese advertido una inscripcion que en derredor del sepulcro habia, supliqué al capellan me permitiese copiarla. —Os costará trabajo el leerla, me dijo, por estar en caractéres góticos harto complicados; si gustais, yo os la iré notando, y vos la podreis escribir.»

Asi lo hice, y hé aqui tal como la copié en mi cartera, tra-

ducida al español. Se conoce que no la habia puesto el P. Anselmo.

«Aquí yace el muy alto, muy poderoso y magnánimo príncipe Cárlos, Duque de Borgoña, de Lothricke, del Brabante, de Limbourg, de Luxembourg y de Gueldres, conde de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatino de Henao, de Holanda, de Zelandia, de Namur, de Zutphen, marqués del Santo Imperio, señor de Frisia, de Salins y de Malinas, el cual estando grandemente dotado de fuerzas, de constancia y de magnanimidad, prosperó largo tiempo en altas empresas, batallas y victorias, tanto en Mont-le-Hery, en Normandía, en Artois, en Lieja, como en otras partes, hasta que la fortuna volviéndole la espalda le oprimió la noche de Reyes del año de 1476 delante de Nancy. Cuyo cuerpo depositado en dicho Nancy fué despues por el muy alto, muy poderoso y muy victorioso príncipe Cárlos, emperador de los Romanos, V de este nombre, su nieto, heredero de su nombre, victorias y señoríos, trasportado á Brujas, donde el Rey Felipe de Castilla, de Leon, de Aragon, y de Navarra, hijo del dicho emperador Cárlos, le ha hecho colocar en esta tumba al lado de su hija y única heredera María, muger y esposa (*femme et epouse*) del muy alto y muy poderoso príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, y despues rey y emperador de los Romanos.=Roguemos á Dios por su alma.—Amen.»

Otro semejante epitáfio tiene el sepulcro de la archiduquesa, que no copié por no molestar al capellan.

Cuando el temerario de Francia, Napoleon, yendo en compañía de la emperatriz María Luisa, visitó aquellas tumbas, hizo una espresion de 10,000 francos con destino al ornato de la capilla. Yo que no era emperador, sino un pobre esclaustrado, ni iba en compañía de emperatriz, sino de un miserable lego: no hice mas donativo que de cinco francos y 5,000 gracias al capellan por la molestia, y Tirabeque regaló tambien su par de medios francos á los sacristanes por el trabajo de habernos alumbrado, con lo cual ellos se mostraron muy contentos, y nosotros salimos no poco satisfechos de haber llevado adelante el empeño de visitar aquella noche la tumba de *Cárlos el Temerario*, y aun de haberse puesto Tirabeque una de sus manoplas, cosa que él no se habia podido imaginar jamás.

La archiduquesa María cazando garzas reales.

UN TESORO EN UN HOSPITAL.

El *Hospital* es el de *San Juan* de Brujas; el *tesoro* es una pequeña galería de pinturas que encierra, y la cual ella por sí sola merecería bien un viage desde España, no digo de parte de un profesor, sino aun de parte de un aficionado. Mucho bueno hay en aquello poco. Pero lo mejor, lo mas sobresaliente, lo esquisito son las obras de *Hemlimg*, del famoso *Hemlimg*, natural de Brujas; de aquel calavera que por su mala chola se vió obligado á sentar plaza; y que siendo soldado, por su poca aprension salió herido, y tuvo que ir á curarse al hospital de San Juan; y que despues de curado, prefiriendo el uso de los pinceles al de las armas, se las supo arreglar de manera que prolongó la convalecencia por seis años, en cuyo tiempo pagó la hospitalidad en moneda de artista, en cuadros.

Pero vive Dios que la pagó mejor que si hubiera sido en oro puro, porque solo dos de ellos, *la Caja de Santa Ursula*, y el *Matrimonio místico de Santa Catalina* valen un Potosí. El primero se enseña con mucho misterio por el guardian del hospicio, y á fé que lo merece bien. ¡Pero el segundo! Los pies de la Vírgen sentada bajo un dosél, los cuales descansan sobre un tapiz, es cosa de echarles la mano para convencerse de que no son de carne y hueso. La verdad de las figuras escede á todo lo que uno pudiera esperar, y el vigor del colorido, despues de los siglos que por él han pasado, deja atrás á muchos cuadros modernos; y sin embargo *Hemlimg* no conoció el uso del óleo, inventado mucho tiempo despues por Van Dyck, es decir, que estos prodigios los hizo él con su mezcla de cola, goma y clara de huevo, que constituía el mordiente de sus tintas.

Nadie que entre en aquel hospital y pase por aquellos patios, ó por mejor decir, corrales, pensará encontrarse con este tesoro de pinturas.

EL CAPUCHINO ESPAÑOL.

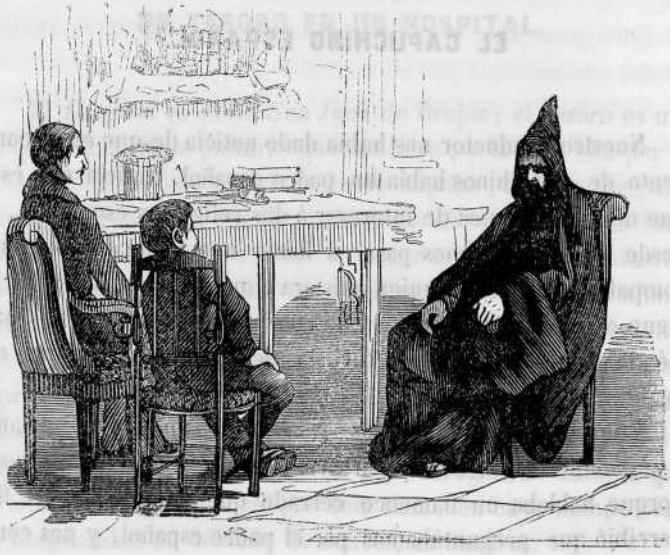
Nuestro conductor nos habia dado noticia de que en el convento de capuchinos habia un padre español. Noticia era esta que no podia menos de interesar á dos religiosos españoles, y desde luego resolvimos pasar á hacer una visita al hermano compatriota, fuese él quien quisiera, que ya suponíamos sería algun emigrado carlista. En este concepto nos prevenimos haciéndonos nosotros tambien carlistas de repente, á trueque de inspirarle confianza.

Fuimos pues á capuchinos. Nos abrió la puerta un anciano y respetable lego, con quien nos costó trabajo entendernos, porque hablaba un flamenco cerrado que daba gloria. Al fin percibió que preguntábamos por el padre español, y nos con-

dujo á la huerta, donde en efecto se hallaba nuestro paisano con otros padres. Acercósenos éste con su hábito pardo oscuro, su puntiagudo capuchon, su barba larga negra, y sus antiparras. Sería como de unos 36 años.

—¿Es vd. el padre español?—Servidor de vds.; ¿y vds. lo son tambien?—Todos somos compatriotas.—¡Cuánto me alegro! Vamos á la pieza de locutorio.»

Pasamos á una habitacion al lado de la portería, nos sentamos en unos bancos de madera, y comenzó este diálogo: «Vd. se servirá dispensarnos esta libertad, le dije, nacida solo del deseo de saludar á un compatricio.—¡Oh! yo tengo mucho gusto en ello: ¿hace mucho que han salido vds. de España?—Algunos meses.—¿Cómo está ahora aquello? ¿Está tranquilo?—Lo estaba cuando nosotros hemos salido de allá; pero ahora con motivo de los sucesos de octubre suponemos que se habrán inquietado un poco los ánimos. ¿Y vd. hace mucho que falta de España?—Como año y medio.—¿Pues cómo ha sido (si puedo



permitirme esta pregunta) el haber tomado el hábito en esta casa? —Yo era ya capuchino: entré con otros prisioneros en Francia, estuve en varios depósitos, recibíamos mal trato, y últimamente nos faltaron los recursos: tuve noticia de que en este convento me darian entrada, y en efecto me felicito de la determinacion, porque me hallo bien y bastante considerado.

Al oir esto empezó Tirabeque á tirarme del gaban, como queriendo decirme que no nos habíamos equivocado en suponerle carlista, y tratando él ya de lucirse le dijo, «pues nosotros nos acogimos al indulto.—¡Hola! vds. tambien estuvieron en el ejército carlista? ¿En qué país?—En Navarra.—Navarro soy yo tambien: ¿puedo saber la gracia de vds.?—Nuestros nombres (me anticipé yo á decir porque no me lo echára á perder Tirabeque) son Diego Lopez y Fernando Perez.—No conozco esos nombres.—No es fácil; repuso Pelegrin: entre tantos.... ¿Y qué tal se come en este convento?—Bastante bien.—Y á los legos ¿qué tal les va?—Tambien perfectamente. Pero aseguro á vds. que desearía en el alma volver á España. Si supiera que me habrian de dejar vivir tranquilamente en un rincon en cualquier país, por distante que estuviese del mio, con la mejor voluntad dejaría este convento á trueque de vivir en mi patria, aunque fuese con la mayor estrechez.

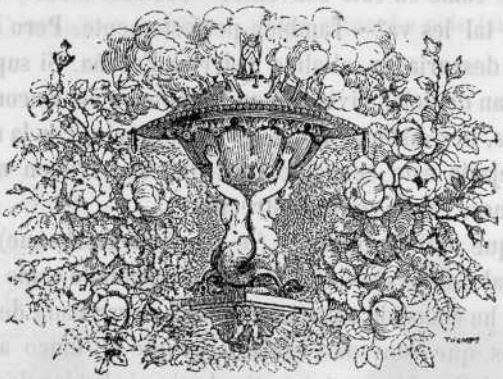
—¿Y que noticias tiene vd. (le preguntó Tirabeque) de nuestro general Cabrera?—¡Oh! Cabrera! respondió como disgustado: ni le he conocido nunca, ni quiero saber nada de él. Protesto á vds. que estoy desengañado, y que mi único anhelo sería volver á España, y vivir retirado sin oir hablar de política.»

Entonces yo temiendo que Tirabeque llevára demasiado adelante la ficcion del carlismo, mudé de conversacion, y le pregunté si habia muchos religiosos en el convento.—Somos 22, me dijo.—¿Y hay muchas comunidades religiosas en el país? —Bastantes: y se van aumentando cada dia. Solo en Brujas ha de haber ya 26: 22 de mugeres y 4 de hombres.»

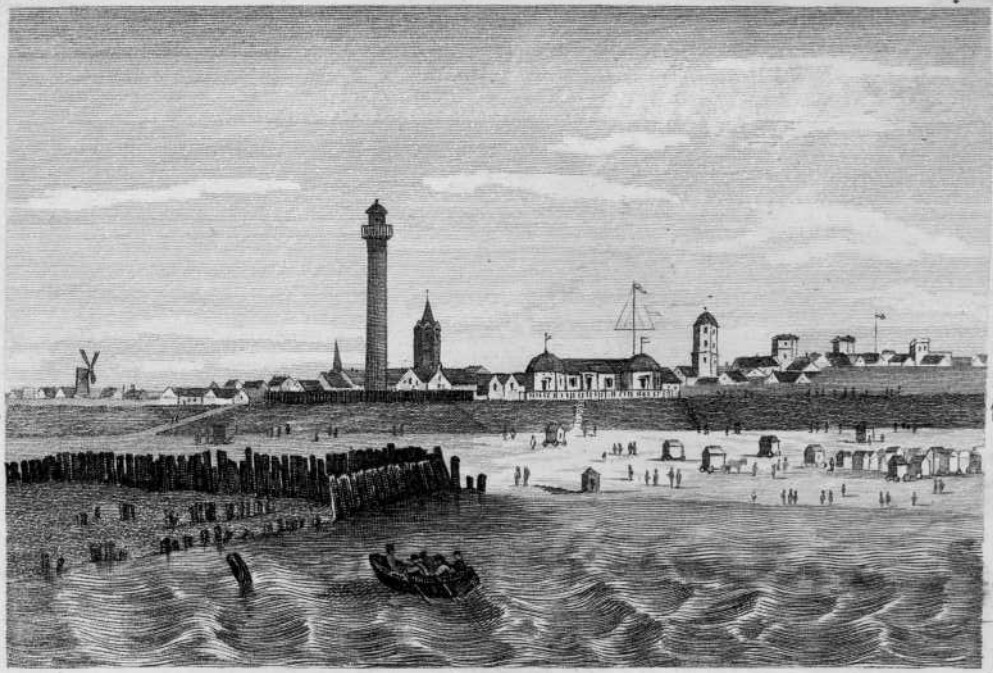
Hice por cortar el diálogo y la visita, alegando la premura del tiempo. Nos despedimos pues del hermano Capuchino, ha-

ciéndonos mútuos y espresivos ofrecimientos: y salimos de allí, no sin reprender á Tirabeque por la imprudencia de sus preguntas, y llevando una prueba mas de la influencia del amor pátrio y de la decadencia de la causa carlista.

Entramos en el hotel, dispusimos nuestras maletas, pedimos la cuenta del gasto, que por mas señas fué la mas módica de toda la espedicion: y aun pudiera calificarse de escesivamente barata, y á la media hora ya estábamos fuera de *Brujas*.



VISTA DE OSTENDE



„En otra media hora nos pusimos en Ostende, bello puerto de mar, distante de la ciudad 4 ó 5 leguas, y celebérrimo en los fastos de las guerras españolas.„

OSTENDE.

En otra media hora nos pusimos en Ostende, bello puerto de mar, distante de aquella ciudad cuatro ó cinco leguas, y celebérrimo en los fastos de las guerras españolas. Digo celebérrimo, porque bien merece serlo un pueblo que sostuvo uno de los sitios mas famosos de que habla la historia: sitio que comenzó en 5 de julio de 1661 contra las tropas españolas mandadas por *Ambrosio Espinola*, el mas acreditado general de la época, y duró hasta el 22 de setiembre de 1674 (13 años y 77 dias). La ciudad se rindió por capitulacion, habiendo perdido los sitiados 50,000 hombres, y acaso mas los sitiadores. Se cuenta que el ruido del cañon se hacia sentir en Lóndres

Hoy *Ostende* es una poblacion de 15,000 habitantes, modernamente fortificada, de bellísimo aspecto, con calles anchas, limpias y bien empedradas, y vistosos edificios, entre los cuales sobresale el Casino, que sirve tambien de salon de baile.

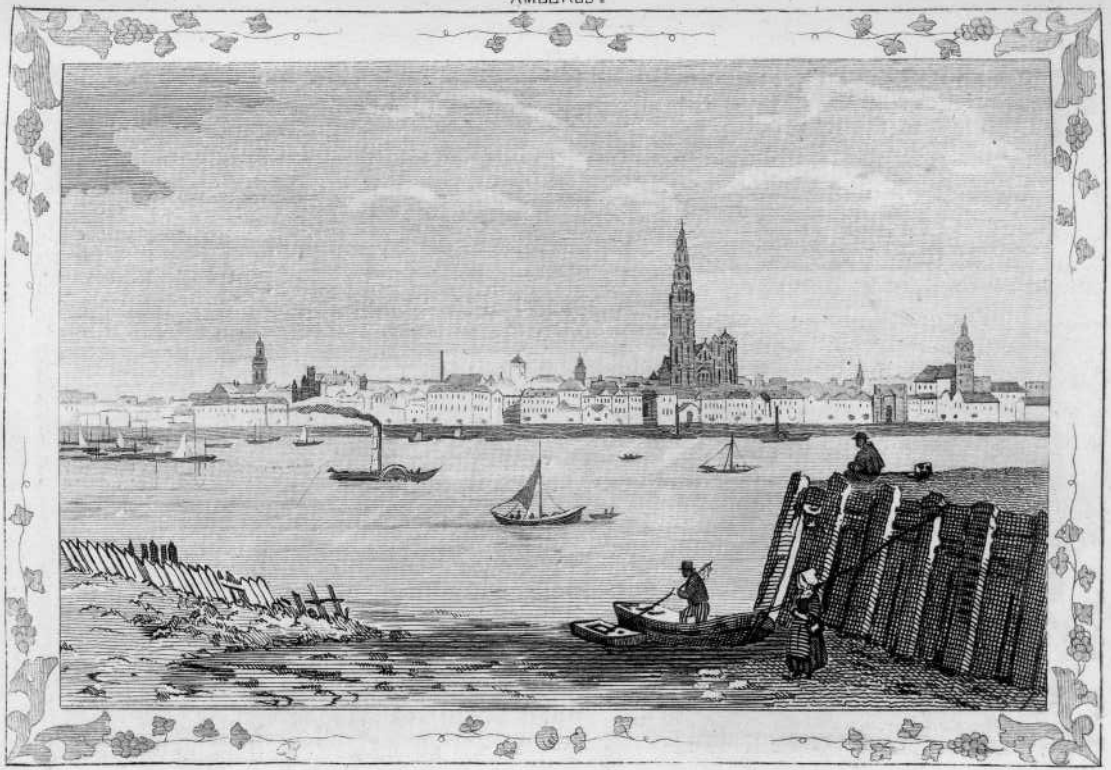
Alojámonos en el hotel *de los Baños* (que por cierto son de mucho nombre los baños de mar de *Ostende*), y al instante empezamos á conocer que nos hallábamos en un pueblo que sostiene fáciles y frecuentes comunicaciones con la Inglaterra. Nuestro recibimiento ya fué bastante inglés, el almuerzo mas inglés todavia, y el precio inglés enteramente: en las cuatro ó cinco leguas que hay de Brujas á Ostende parecia que habia-

mos andado cuarenta ó cincuenta por lo menos. Pedimos un guía y un coche, y el guía era tambien inglés; el coche se nombraba *el Vigilante núm.* 6 ; lo tengo bien presente , porque nos fué cobrado el carruage muy á la inglesa.

La muralla del muelle constituye un hermoso paseo, pero la entrada del puerto es muy mediana : casi siempre que hay temporal se esperimentan en *Ostende* sus desastrosos efectos. A pesar de esto y de la estrecha empalizada que forma la bahía, y de las barras y bancos movibles de arena, y de otros muchos defectos que tiene contra sí, como que *Ostende* es el único verdadero puerto de mar de la Bélgica no deja de ser frecuentado de embarcaciones de todos paises, formas y tamaños : á lo que contribuye la comunicacion en que el camino de hierro le pone con el interior del país y con el Rhin. Hay un faro á la entrada del puerto y otro sobre el muelle. En este se hallan siempre de venta infinidad de cajitas, escaparates, templitos, y otros curiosos artefactos hechos de mariscos, de que tuvimos el gusto de traer tambien algunas muestras á España.

Visitados sus dos grandes estanques, su jardin público, sus hospicios , sus cuarteles , y sus fábricas de encajes , de cordelería , de tabaco y de velámen , salieron nuestras dos humanidades españolas á las 12 y 19 minutos del siguiente dia , y metidos en el coche-vapor entre una colonia de ingleses, llegamos á Amberes á las 5 y 19 minutos de la tarde, despues de haber vuelto á pasar por Brujas , detenídonos un cuarto de hora en Gante , y media hora larga en la consabida Malinas

AMBERES.



Por signo de mal agüero tubo Brabeque el encontrar por armas de la ciudad un castillo con dos manos cortadas en cima.

AMBERES.

SU FUNDACION, HISTORIA Y TOPOGRAFÍA.

Con harta y sobrada razon me punzaba, á mí Fr. Gerundio, el deseo, la curiosidad, y hasta la comezon de visitar la ciudad de Amberes. Y bien justificó el resultado la impaciencia en que yo pasé la primera noche en el hotel *del Gran Labrador*, plaza de *Meir*. Recomendábame Tirabeque desde la cama la belleza de las jóvenes patronas, la obsequiosidad de los *garzones*, y el buen gusto de los panecillos, especie de bollos de leche y huevo, que á la mesa nos habian presentado en lugar de pan; mas aunque las camas no eran tan régias como las de Bruselas y Gante, él se me quedó dormido como un cachorro con la palabra y los panecillos en la boca, y yo proseguí un buen espacio desvelado por la impaciencia y aun por el presentimiento de que habria de felicitarme de visitar la antigua *Autwerpia* de los latinos y la patria de *Rubens* y de *Van Dyck*.

Así fué que al dia siguiente á primera hora, provisto del competente *commissionaire*, que era un atento belga como de 50 años, muy decentemente portado, y sobre todo instruido y conocedor de la historia antigua y moderna de *Amberes*, salimos á lo que se llama *faire un tour* por la ciudad.

Las manos cortadas. Por signo de mal aguero tuvo Tirabeque el encontrar por armas de la ciudad un castillo con dos manos cortadas encima.—Señor, me dijo, seria de parecer que

nos detuviéramos poco en este pueblo, porque tengo para mí que hemos de estar entre gente de malas mañas.» Yo tambien estrañé la singularidad de semejante blason, y sobre su significado pedí esplicaciones al *commissionaire*, el cual me satisfizo diciendo:

«Señores, es tradicion muy acreditada en el país, que allá en tiempos antiguos, vivía á las orillas del Escalda un monstruoso gigante, que con una cadena de hierro tendida de uno á otro margen del rio, aprisionaba á cuantos al pasar se negaban á pagarle un tributo, les cortaba las manos, y en seguida los arrojaba al rio. De aquí se cree se derivó el nombre de *Han-Werpen*, como se llamaba antes la ciudad, que quiere decir en flamenco *mano arrojada*. De aquí el haber adoptado la ciudad las armas que vds. están viendo, y de aquí tambien la costumbre, que de tiempo inmemorial se conserva, de pasear por la ciudad en las procesiones solemnes, al *gigante Antigono* arrastrando en pos de sí algunos cautivos con las manos cortadas.

—¿Y hay algun valenton en el pueblo que se atreva á sujetar al gigante, y aun á cargar con él teniendo tan mal genio? —Es en estatua como se lleva, Sr. Tirabeque.—Eso es otra cosa; pero de todos modos paréceme que las fechorias que vd. nos cuenta del Sr. Gigante no eran méritos para tantos honores. (1)»

Vicisitudes. Con este motivo pedí á nuestro *Mr. Henri*, que así se llamaba el *commissionaire*, noticias históricas acerca de la ciudad; y con un desparpajo, que ya picaba en relacion de carretilla, me la traspasó en dos paletas del dominio de los romanos al de los lombardos, de estos á los francos, de los francos á los loreneses, de los loreneses á los condes de Flandes, de estos á los monarcas españoles, y de aquí á los alemanes, franceses, holandeses y belgas. En cuyas vicisitudes percibí que jugaban los nombres de Godofredo de Bullon, de Cárlos V y Fe-

(1) Otros opinan que la etimología de Amberes viene de *Aend werp*, que significa *delante del rio*. En materia de etimologías siempre ha habido *libertad de imprenta*.

lipe II, del duque de Parma y el de Malboroug, y que nombraba sitios y asaltos, guerras de religion, incendios y degüellos, el tratado de la *Barrera*, la paz de *Aquisgran*, la capitulacion francesa, el tratado de la *Haya*, y sobre todo las sangrientas escenas y horrorosas mortandades que decia haber causado las tropas españolas en sus diferentes asaltos y ocupaciones; lo cual movió á Tirabeque á interrumpirle diciendo; «si, si, cargue vd. ahí la mano, Sr. Comisionista, que como les manden á vds. quitar el pellejo á los españoles....

—¡Oh! perdon! yo no hago sino contar lo que he leido en la historia.—Lo creo muy bien, pero las historias de vds..... en llegando al punto de los españoles ya saben aumentar hasta veinte los escesos que podrian ser como tres; si, si, hacen vds. bien, aquí que no peco.»

Poblacion y figura. La poblacion de *Amberes* en el dia será de unas 80,000 almas; su figura es la de un arco estendido cuya cuerda la forma el *Escalda*, que tiene delante de la ciudad 180 varas de ancho por 15 de profundidad, y que internándose hasta el corazon del pueblo, permite la entrada de buques de alto bordo hasta sus mismas plazas, estacionándose en el *grand bassin*, puerto, estanque ó bahía mandado construir por Napoleon.

Aunque distante todavia el Escalda 17 leguas de la embocadura del mar, su anchura y profundidad le hace navegable hasta de los mas grandes navíos, y convierte á *Amberes* en un verdadero puerto de mar, que es á lo que debe su importancia y prosperidad mercantil en medio de las guerras, y de las plagas, y de las vicisitudes y trastornos que casi sin interrupcion la han trabajado. Y en todos tiempos *el rico comerciante de Amberes* ha hecho su correspondiente peso en las Bolsas de Europa, y en ningun tiempo ha dejado de hacer un papel muy principal en las comedias *la hija del rico comerciante de Amberes*.

Las calles son generalmente anchas, alineadas, y limpias; y el rio, y los canales, y las murallas, y la ciudadela la hacen tan fuerte como veremos despues.

RECUERDOS ESPAÑOLES.

No dábamos un paso por *Amberes* sin que Tirabeque hiciera una esclamacion de sorpresa y alegría: «Señor; señor, mire vd. una casa como las de España.—¡Oh! si, reponía en tono decisivo y magistrado *Mr. Henri;* aquí hay muchas casas y muchos edificios á la española : ved ; todas estas son de la época y del gusto de los españoles. Y señalaba precisamente á aquellas cuyas fachadas de ladrillo terminan en punta cortada en picos á manera de escalones, haciendo una especie de feston que se eleva á bastante altura de los tejados, y de cuya forma hay muchas en toda la Bélgica.

—Perdone vd., *Mr. Henri*, le repliqué yo ; en esto padece vd. un error grave, y le padecen vds. todos los belgas, in-

clusos los historiadores y los autores de guias. Estoy cansado de oir decirme en todas partes, señalándome las casas de esta figura: he ahí el gusto arquitectónico que se conserva todavía de los españoles;» porque ha de saber vd. y todos los belgas, que nunca los españoles hemos edificado por este estilo; que las casas de fisonomía propiamente española, son estas de puerta de arco, de rejas bajas y salientes, de escudos de armas y empresas nobiliarias con inscripciones latinas etc.

«Si señor, interrumpió Tirabeque; tiene razon el amo; y vds. cuando hablan de España dan por las paredes; ó por mejor decir, ni aun por las paredes saben vds. dar, porque las paredes españolas son estas de mampostería con estos nichos para colocar un santico, y con estas celosias, que paréceme estar viendo á un canónigo de Toledo ó de Valladolid salir por esta puerta; y tambien estos balconcillos de madera, que ¿cuántas veces he visto al ama del cura de mi lugar asomada á un balconcico como este! Y aun el amo, se acordará acaso mejor que yo, que la casa del mayorazgo de Campazas era al simil de la que se ve allí en aquel rincon, con su mirador y todo como aquella.»

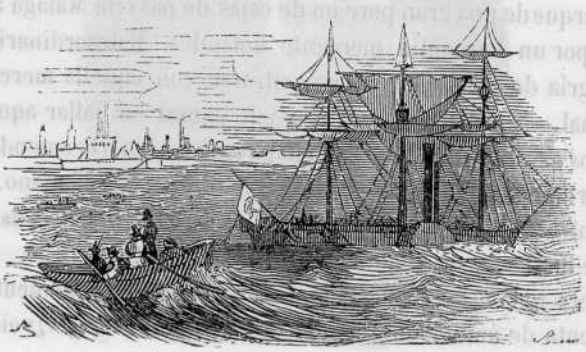
El guía callaba como un muerto; y asi fuimos andando, y cotejando entre nosotros el sabor á españolismo antiguo de aquellas casas, con el gusto y elegancia moderna de las de la inmensa mayoría de la poblacion, hasta llegar al *gran puerto* de Napoleon, precisamente tan á tiempo, que se estaba haciendo el desembarque de una gran porcion de cajas de pasa de Málaga aportadas por un bergantin mercante holandés. Estraordinaria fué la alegría de Tirabeque al encontrarse con aquella mercancia nacional. «Señor, ¿cómo habia yo de pensar en hallar aqui *recuerdos de Málaga*?» Y se empeñaba en hacer la recomendacion mas brillante del género á cuantos por allí cogía á la mano. «¿A que entre todos los frutos del país (añadia) no tienen vds. uno que le llegue á este ni de cien leguas?»

Pero toda esta satisfaccion se le convirtió súbitamente en caimiento de ánimo, cuando oyó decir á *Mr. Henri*: «¿veis esta

soberbia obra, este magnífico puerto interior? Pues esto lo hizo Napoleon con operarios de los prisioneros españoles. Ya sé, le repliqué yo, que vds. acostumbran á emitir esta idea, pero es tan equivocada y tan falsa como la de las casas en punta.—Así, asi, mi amo, salga vd. á los alcances á esta gente, que sino en todo cargan el mochuelo á los españoles.»

Por lo demas es verdaderamente admirable la obra del puerto interior de *Amberes*. Napoleon, el verdadero *gigante Antigono* que allí se ha conocido, concibió el atrevido pensamiento de hacer en medio de las calles de *Amberes* un gran puerto interior para la marina militar á más del esterior para la marina mercante. Comerciantes, ingenieros, generales, todos intentaron disuadirle del proyecto pintándosele como impracticable ó temerario. Pero á Napoleon nada le convencía y nada le arredraba. Por último recurso el conde Decrés le hizo la reflexion de que, si por un acaso posible, aunque poco probable, la Bélgica se desmembraba algun dia de la Francia, fuera una lástima consumir tan cuantiosas sumas como eran indispensables, para la construccion de un puerto enemigo. Entonces fué cuando Napoleon soltó aquellas célebres palabras: «*La Bélgica no puede pertenecer nunca sino á un enemigo de los ingleses.*» Esto le bastaba.

Napoleon lo habia resuelto, y el puerto se hizo; porque Napoleon era hombre de «*dixit et facta sunt.*» Al año se votaron



ya al agua cuatro corbetas de guerra. En 1803 los amberinos no tenian un buque propio : en 1807 diez navios de línea se estaban construyendo en *Amberes* : en 1813 se habian votado al agua 30 navíos, uno de tres puentes y de 120 cañones, dos de 80, los demas de 74 , y tres fragatas de guerra.

Allí tuvimos el gusto de ver y aun de visitar la hermosa fragata-vapor de guerra *British-Queen* , que el gobierno belga compró á los ingleses el año pasado , y cuya compra tan acalorados debates suscitó despues en las cámaras.

LA CIUDADELA.

No sé si habrá español , y aun europeo de edad de entrar en quinta , en cuyos tímpanos no haya sonado alguna vez el nombre de *la ciudadela de Amberes* desde los sucesos militares holando-franco-belgas de 1832. Por mi parte confieso que no veía llegado el momento de visitar la ciudadela de Amberes , y en consecuencia fué de lo primero que traté tan luego como me ví en aquella ciudad. Las diligencias del permiso, el regular paseo que la separa de la poblacion , todo se andubo sin pereza , y poco tardamos en estar á la vista del centinela , que era un flamenco mas cerrado que la ciudadela misma.

La de Amberes , como casi todas las ciudadelas , consiste en un recinto formado por cinco frentes de fortificaciones, ó sea un pentágono regular , cuyos dos lados miran al campo , otro al Escalda , otro á la ciudad , y otro á los fuertes de esta que está destinado á proteger. Sepárala del rio un pequeño dique con una esclusa que facilita la introduccion de sus aguas en los fosos: otras dos esclusas construidas de cada lado de la plaza de armas proporcionan hacer salir ó entrar el agua en la direccion que se quiera, y por este medio se puede mantener en el foso una corriente viva , honda , é inagotable.

Fundóla el famoso duque de Alba *don Fernando Alvarez de*

Toledo, en 1568, para mantener siempre en respeto á los indómitos amberinos. Y es curioso para un español encontrar todavía los baluartes señalados y conocidos con nombres españoles; pues el bastion número 1.° se llama el bastion *Hernando* (este es el que mira á la esplanada de la ciudadela:) el número 2.° el bastion de *Toledo* ; el 3.° el bastion *Paciotto* (nombre del ingeniero director): el 4.° el bastion de *Alba*; y el 5.° el bastion del *Duque*.

Yo hubiera deseado tener allí los periódicos del año 32 , ó bien la obrita titulada: *Descripcion histórica y topográfica de Amberes* , para enterarme sobre el terreno de todas las circunstancias de aquel memorable sitio. Pero afortunadamente tropecé con un oficial de la plaza tan instruido como atento , que se ofreció á guiarme é informarme de todo : y he aquí el resúmen de nuestra conversacion.

«Vos sabreis , me dijo, que los belgas en la revolucion del año 30 nos apoderamos de la ciudad ocupada por los holandeses , que desde el año 15 dominaban el país.—En efecto, y tambien sé que las tropas holandesas al mando del general *Chassé* se refugiaron á la ciudadela.—Pues bien, cada ejército se fortificó cuanto pudo en su respectiva posicion : la ciudad hubiera podido ser hostilizada y ofendida, pero no tomada, porque nosotros la llegamos á coronar con 400 piezas de cañon. En este estado de mútuo respeto permanecieron las cosas hasta el año 32 , en que los gabinetes de París y Lóndres acordaron arrojar de la ciudadela á los holandeses á viva fuerza. A consecuencia de esta resolucion fué cuando el 28 de noviembre del mismo año, ocupó la ciudad un ejército francés de 65,000 hombres á las órdenes del mariscal *Gerard* , y hallándose á las cabezas de sus divisiones los duques de *Orleans* y de *Nemours*.

«Los franceses (continuó) emprendieron los trabajos de aproximacion contra la ciudadela en medio de un horroroso temporal de lluvias. Otra lluvia de fuego los estuvo acosando desde el 30 á la media noche , dirigida de la ciudadela. Luchando contra estas dos lluvias continuaban los franceses en silencio sus trabajos. Hasta que el 4 de diciembre rompieron estos por su

parte el fuego; fuego que duró por espacio de 19 dias con tan horrible vigor, que hombres y edificios se veian acrivillados á balazos ; el peso de las bombas aplanaba ya el piso de las plataformas ; reparad , aun se nota el piso hundido eu algunos puntos.—¿Pero está seguro, señor oficial? le preguntó Tirabeque. —No tengas cuidado , le respondí , que no te hundes, y deja á este caballero que prosiga.

«El dia 22 (prosiguió) todas las baterias francesas y belgas, junto con las lanchas cañoneras que enfilaban á los fuertes, todas jugabaná un tiempo haciendo un fuego tan horroroso , que se calcula en 20,000 bombas las que arrojaron á la ciudadela, y en 54,000 ademas los disparos de cañon. Ni un edificio les quedaba ya en pie á los sitiados en que albergarse, ni un palmo de terreno en la plaza que no estubiese cubierto de proyectiles; sin víveres , sin medios de defensa , fatigada , exánime , mutilada la guarnicion, asaltada la luneta de San Lorenzo, sin esperanza de socorro..... al tiempo que los franceses iban á dar el asalto general al siguiente dia 23, se enarboló la bandera de capitulacion, y dos oficiales holandeses, se presentaron como parlamentarios en el campo francés.

«Así terminó aquella breve pero sangrienta campaña. El 24 entregó las armas la guarnicion en número de 5,000 hombres, posesionáronse de la ciudadela los franceses , y el 31 la entregaron á los belgas llevando ellos á París las banderas holandesas en testimonio de su conquista.

—Recuerdo varias de esas circunstancias , le dije, y tambien algunas escenas sublimes que entre los valientes de una y otra parte tuvieron lugar. Por ejemplo la del oficial que al tiempo de entregar la espada al vencedor hizo ademan de romperla con desesperacion , y á quien dijo el oficial francés : «tened; sé que sois un valiente , y mereceis conservarla» ¡La tierna escena entre los generales *Gerard* y *Chassé*! Ah! ellos eran dos bravos guerreros! El general *Chassé* habia hecho la guerra en España.—Señor, esclamó súbitamente Tirabeque , eso ya se me figuraba á mí. Cuando les he oido á vds. contar esas cosas , estaba yo diciendo:

ese general tan valiente por fuerza estubo en España: ¡sobre que yo no sé que tiene aquella tierra!..... (1).»

Temiendo á Tirabeque si le dejaba proseguir, me despedí del atento oficial dándole las gracias por su amabilidad, y salimos de la ciudadela, no sin volver la vista muchas veces, como quien no se ha saciado de ver aquellos al parecer inespugnables baluartes.

LA CATEDRAL Y SUS ADHERENTES.

Una obra de filigrana, alta, atrevida, esbelta y ligera, habia arrebatado nuestras miradas desde lejos. Y al modo que cuando se divisa el lujoso y elegante prendido de una jóven que pasea orgullosa, dominando con su enhiesta cabeza á las de la muchedumbre que la circunda, corren presurosos los jóvenes aguijados del deseo de averiguar si la hermosura del rostro corresponde al soberbio continente, así corrimos nosotros avivados de la curiosidad de contemplar de cerca á la que de tal modo se ostentaba reina de la poblacion.

Pero si de lejos nos habia admirado su esbelteza, de cerca puedo decir que nos encantó su hermosura. Esta elegante y bella dama era la torre de la catedral de Amberes; torre que á semejanza de las verdaderas bellezas pierde siempre que la retrata el pincel. El arquitecto Amélio sobrepujó en una obra de piedra á cuanto un diestro dibujante pudiera hacer con el lapiz. Su cabeza es filarmónica en sumo grado, pues tiene un *carillon* nada menos que de 99 campanas, una de las cuales necesita la cooperacion de 16 hombres para tañirla, y cuyo padrino de bautismo fué el emperador Cárlos V. Diez y seis años hacia que se estaba restaurando la torre, y no se habia concluido la obra;

(1) El general *Chassé* era vulgarmente conocido por el general *Bayoneta*, en razon á lo aficionado y á lo inteligente y temible que era en las cargas de esta arma. Se halló en las batallas de Talavera, de Ocaña, y en casi todas las mas reñidas, distinguiéndose siempre por su valor y serenidad.

esto dará bastante idea del ornato y altura de aquella incomparable torre. Tirabeque la quiso examinar con tanta atencion, que á fuerza de conservar una posicion supina se le envaró y entumeció el cuello en tales términos que no podia ya doblar la cabeza, y no la bajó sin esperimentar fuertes y agudos dolores en el cerebelo y en los cartílagos del garguero y de la traquiarteria.

«¿Quieren vds. ver, nos preguntó *Mr. Henri*, los milagros que obra el deseo de casarse? Pues lean vds. al pie de la torre el epitafio de *Quentin Metsys*, y el verso latino que le sigue;

«*Connubia lis amor de Mulcibre fecit Apellem,*»

—¿Y qué quiere decir eso, mi amo? me preguntó Tirabeque, que yo el latin de esta tierra no le entiendo muy bien. —Quiere decir, que el deseo de casarse hizo á este tal *Quintin Metsys* de simple herrero que era, un Apeles; esto es; un insigne pintor.

—En efecto, añadió el guia; *Quintin Metsys* amaba una hermosa jóven; mas cuando la pidió en matrimonio, su padre le puso por condicion que para alcanzar la mano de su hija habia de reemplazar las tenazas con los pinceles. *Quintin* aceptó la condicion; abandonó el yunque, tomó la paleta, y habiéndose hecho un pintor sobresaliente, llegó á obtener la mano de su amada. En la plaza veremos despues un pozo cuyos ornamentos de hierro, trabajados á martillo y sin lima, fueron obra de *Quintin Metsys*; y dentro de la catedral veremos sus obras como pintor.—Hizo grandemente el señor Quintin, replicó Tirabeque; conoció que mientras fuera herrero todo lo que hiciera por casarse con la muchacha habia de ser *machacar en hierro frio*, y tomó otro rumbo.»

Entramos, pues, en aquel suntuoso y magnífico templo: nueve naves laterales de 230 arcos abovedados sostenidos por 125 columnas, sirven como de cortejo á la anchurosa y vastísima nave principal. «En toda esta longitud, nos dijo *Mr. Henri*, habia

32 altares de mármol con ricos adornos y preciosas pinturas; contábanse 100 candelabros y cuatro antealtares de plata maciza; todo desapareció en tiempo de la revolucion por obra y gracia de Robespierre. ¿Veis el altar mayor, que es de mármol?

Pues podeis comprarle si gustais, porque está de venta.—¡Cómo de venta! ¿Pues tan pobre está la catedral que necesita enagenar á precio de dinero sus altares?—Al contrario; se trata de sustituirle otro de mas valor. Reparad que es del gusto moderno, y no hace buen juego con los demas que son del estilo antiguo.

«Pero nada de esto repareis: venid conmigo, y os enseñaré el *non plus ultra* de los cuadros de pintura de la escuela flamenca, la obra maestra del mas célebre de los artistas del pais, el *Descendimiento de* Rubens.»

Dirigióse *Mr. Henri* hácia la sacristía, y á los dos minutos volvió acompañado de un capellan, que armado de una larguísima vara con punta de horquilla, dió principio á abrir los posti-

« Pero nada de esto repareis: venid conmigo, y os enseñaré el *non plus ultra* de los cuadros de pintura de la escuela flamenca, la obra maestra del mas célebre de los artistas del país, el *Descendimiento de* RUBENS. »

gos ó portezuelas del rey de los cuadros. No diré que el primer golpe de vista fuera el que me causára mas admiracion, no: la admiracion iba creciendo gradualmente segun que le iba contemplando; y lo que me admiraba mas era que hubiese pintores en el mundo que hiciesen viages á Italia y no los hicieran á Flandes.—¿Quereis saber, me dijo el capellan, la historia de este cuadro?—Con mucho gusto.

«Pues bien: Rubens estaba para volver segunda vez á Italia, cuando á instancias de los archiduques Alberto é Isabel determinó fijarse en Amberes, y comprar aqui una casa. Hecha la adquisicion, quiso hacerse un obrador á su gusto; pero habiéndose intrusado en terreno que pertenecia á la Sociedad del Juramento de los Arcabuceros, estos se quejaron á Rubens de la usurpacion: Rubens echó noramala á los arcabuceros, los arcabuceros le pusieron pleito, y viendo que este llevaba trazas de encresparse, el burgomaestre de la ciudad que era al mismo tiempo gefe del Juramento y amigo de Rubens, discurrió un medio de transacion, proponiendo que Rubens por via de indemnizacion del terreno usurpado hiciese á los arcabuceros un buen cuadro que representára algun pasage de la vida de *San Cristóbal*, patron de los arcabuceros desde la invencion de la pólvora, no sé por qué. Conviniéronse todos en ello. Pero Rubens no hallando en la historia de *San Cristóbal*, un pasage acomodado á sus ideas del momento, tomó ocasion de la etimologia del santo, *Chistophoros* en griego, que quiere decir *el que lleva á Cristo*, y dijo para sí: «pues hagamos un *descendimiento*, y pongamos media docena de hombrones cargando con el Cristo, que serán otros tantos *portadores de Cristo*, y de consiguiente otros tantos *Cristobalones*, y en lugar de un *San Cristóbal* daré seis á los arcabuceros, y no tendrán por qué quejarse.»

Hízolo asi. Pero los arcabuceros que vieron el cuadro, y que asi entendian de etimologias griegas como de hacerse turcos echaron de menos su *San Cristóbal* y pusieron el grito en el cielo y nuevo pleito á Rubens. Las contestaciones volvieron á agriarse, porque el pintor tenia mal genio y los arcabu-

ceros no sufrian chanzas pesadas. Pero el burgomaestre, siempre conciliador, pudo reducir á Rubens á que pintára un verdadero *San Cristóbal*, aunque fuese en una de las portezuelas por la parte esterior, pues por la interior estaban todas pintadas y no cabia ya el santo por mucho que su estatura rebajar quisiera. Asi lo ejecutó, dándose los arcabuceros por contentos, y es ese que veis ahí. ¿Pero no notais la figura de un *buho* en el cuadro?—Asi es la verdad.—Pues ese *buho* le introdujo el pintor por burleta y con alusion á la ignorancia de los arcabuceros, de lo cual ellos no se apercibieron.

«Aun os contaré (continuó el capellan) otra anécdota no menos curiosa acerca de este cuadro. Cuando Rubens estaba haciendo esta obra maestra, sucedió que un dia en que habia salido de caza, sus discípulos consiguieron que el doméstico les permitiera entrar en el obrador de su maestro; y habiéndose puesto á retozar, uno de ellos empujado por los otros fué á caer sobre el cuadro, y borró el brazo de la Magdalena y la megilla y la barba de la Vírgen, recientes todavía del pincel de Rubens.

La consternacion fué grande, y cada uno trató de escapar: pero el doméstico, conociendo que la responsabilidad de la travesura habria de recaer sobre él: «alto aqui, señores, les dijo: de aqui nadie sale hasta que á la Magdalena se le restituya su brazo, y hasta que el rostro de la Virgen recobre su estado natural.» Los discípulos viéndose prisioneros de guerra capitularon como corderos. Se encomendó la obra al que entre ellos pasaba por el mas capaz, y el pobre muchacho, todo trémulo, tomó la paleta y los pinceles de su maestro, y alentándole sus compañeros trató de reparar el daño que habia causado, y lo hizo con tal perfeccion que el mismo Rubens no se apercibió de la novedad; antes bien al dia siguiente al continuar su obra se puso á contemplarla y dijo: «¡he aqui un rostro y un brazo que me salieron ayer muy bien!»

El jóven á quien tocaba una parte de la satisfaccion que Rubens se atribuia á sí mismo, era *Van Dyck*.—¡Digno discí-

pulo, dije yo, de tan buen maestro!—Pues algo de lo que el hizo, repuso Tirabeque, tambien yo lo hubiera hecho.—Qué ¿te hubieras atrevido tú á restaurar la cara de la Vírgen?—A restaurarla no señor, pero á borrarla sí.

Nos llevó en seguida el capellan al otro lado de la nave, donde está *la Elevacion de la Cruz*, otro cuadro de Rubens, que hace juego con el *Descendimiento*. Solo Rubens, el caprichoso y poderoso Rubens, pudo atreverse á concebir, cuanto mas á ejecutar una obra de aquella naturaleza, y solo él acaso pudo hacer aquella cabeza de hombre-Dios, aquel rostro del Cristo en que se lee la espresion del dolor mas magestuoso y de la resignacion mas sublime que la imaginacion mas embebida en las ideas de la divinidad humana se pudiera crear.

Dsepues de estos dos cuadros es dificil hablar de tantas otras preciosidades artísticas como la catedral de Amberes encierra.

SANTIAGO Y RUBENS.

Muchos grandiosos y lujosos templos hay en Amberes; los mármoles se disputan la prodigalidad á las pinturas de mérito: cada iglesia parece una canteria de preciosos mármoles y un museo de cuadros escogidos. Pero entre todas ellas llama principalmente la atencion del viagero la de *Santiago*, tanto por ser todo su primer cuerpo y todos sus altares de mármol blanco y negro, como por hallarse en ella la capilla y sepulcro de Rubens; de Rubens que ha llegado como á destronar de la capilla á Dios y á la Vírgen á quienes está consagrada. Porque todo, hasta el cuadro místico que constituye el altar y descansa sobre su mesa, todo hace allí acordarse del pintor olvidando la divinidad.

El cuadro representa *la Santa Familia*, pero *la Santa Familia* es *la familia del pintor*. Porque Rubens bajo la imágen de Santa Marta y Santa Magdalena hizo los retratos de sus dos

mugeres; el San Gerónimo es su padre, el Angel su hijo, el anciano que representa el Tiempo su abuelo, y él se retrató á sí mismo bajo la figura de San Jorge. Asi es que en aquella capilla nadie hace cuenta de los santos; el curioso se acuerda de ellos solo por concomitancia; la imaginacion y los ojos se fijan en la familia del pintor. Hasta una hermosa Vírgen de mármol que hay sobre el altar, y que en otro sitio arrebataría la atencion, como obra del famoso *Duquesnoy*, allí hace un papel desairado. Hasta un Salvador de *Van Dyck*, que por ser de *Van Dyck* mereceriabien ser apreciado, allí es mirado con desden, ó acaso no se le dirige una mirada. Alli no se vé mas que á Rubens y su familia.

Una larga inscripcion se lee sobre la lápida de su sepulcro.

RUBENS Y VAN DYCK.

Indulgencia y perdon, lector amado, si aun me detengo en los dos célebres pintores. Estoy en la patria de las bellas artes, y el entusiasmo de las bellas artes me arrebata. Y qué, ¿cumpliría yo con el deber de viagero sino consagrára algunas páginas á la gloria de los inmortales artistas que ha producido Amberes? ¿No me acusaríais desde vuestras tumbas, vosotros, matemático Ortelio, escultor Duquesnoy, historiador Grammaye, pintores Jordan y Crayer, David Theniers y Tomás Rombousts, y sobre todo vosotros, príncipes de la pintura de vuestro siglo, inmitables *Rubens* y *Van Dyck*?

Amberes es en Flandes lo que Sevilla es en España, la cuna de los pintores y el emporio de las pinturas. Y asi como en a ciudad del Guadalquivir hasta en la mas miserable casa se encuentra un Murillo ó un Cano, un Velazquez ó un Pacheco, un Moya ó un Castillo, asi en la ciudad del Escalda no se dá un paso sin toparse con un Rubens ó un Crayer, con un Jordan ó un Van Dyck, con un Theniers ó un Van Oort. Con la diferen-

VANDICK.

cia que la Flandes ha sido regida por gobiernos protectores de as artes, que han sabido erigir en Amberes un museo digno de los génios que ha producido, y la Bética ha vivido bajo un gobierno que ha tenido en abandono las glorias artísticas de Sevilla, hasta ahora que sus mismos naturales por su propio impulso han levantado un museo donde depositar la inmensa riqueza que posée. Con la diferencia que los gobiernos españoles han estado y están viendo pacientemente el muséo del Louvre vestido orgullosamente y engalanado con la obras de Velazquez, de Zurbaran, de Cano y de Murillo, y el gobierno belga ha hecho restituir mas que de paso á los franceses las obras de Rubens, de Van Dyck y de Theniers con que tambien tenian engalanado el Louvre. Con la diferencia que en Sevilla los nobles y el cabildo no escrupulizan á trueque de empuñar algunos cuantos miles de pesos fuertes, en enagenar los tesoros de las artes al baron Taylor, para que vaya á enriquecer con ellos las galerias de París, y el cabildo y los nobles de Amberes rechazan con indignacion las proposiciones que les hacen los franceses de cambiar sus lienzos por cofres atestados de oro, y los nobles amberinos ofrecen á la admiracion del estrangero multitud de galerías particulares que son otros tantos ricos é inapreciables museos. Sevilla pudiera ser mas que Amberes, Sevilla debiera ser mas que Amberes, pero el gobierno de España no es el gobierno de la Bélgica.

Rubens y Van Dyck son los dos ídolos de Amberes. Y bien merecen serlo tan gran maestro y tan gran discípulo. Séame permitida una pequeña inversion cronológica y vengamos primero al discípulo.

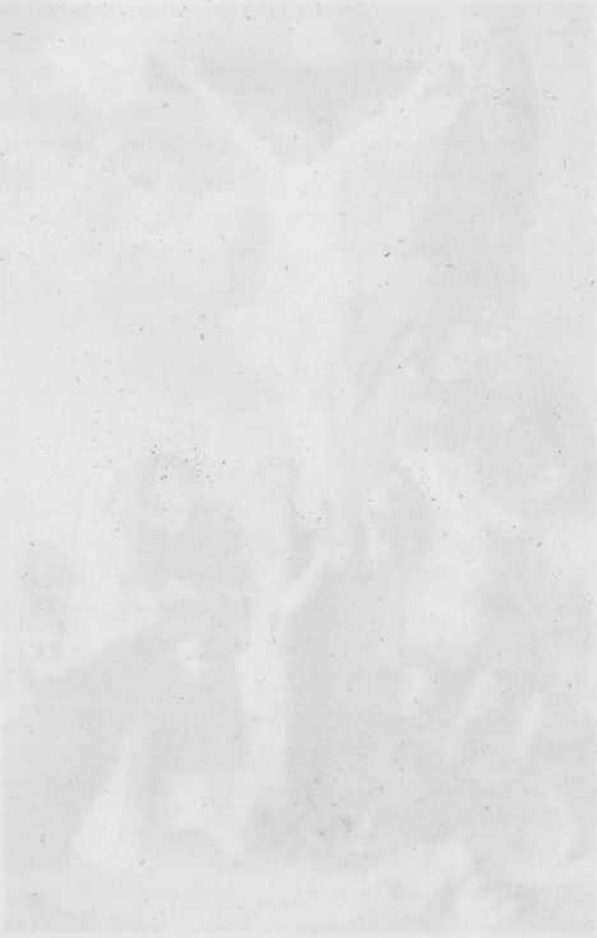
Van Dyck nace á las artes, *Van Dyck* crece en la pintura, *Van Dyck* llega á inspirar celos á *Rubens*; el maestro vé un rival en el discípulo: ¿de quién se cela mas, del pincel del discípulo, ó de su muger? No se sabe; pero puede ser bien uno y otro, porque ambos son fogosos amadores de las mugeres y de las artes.

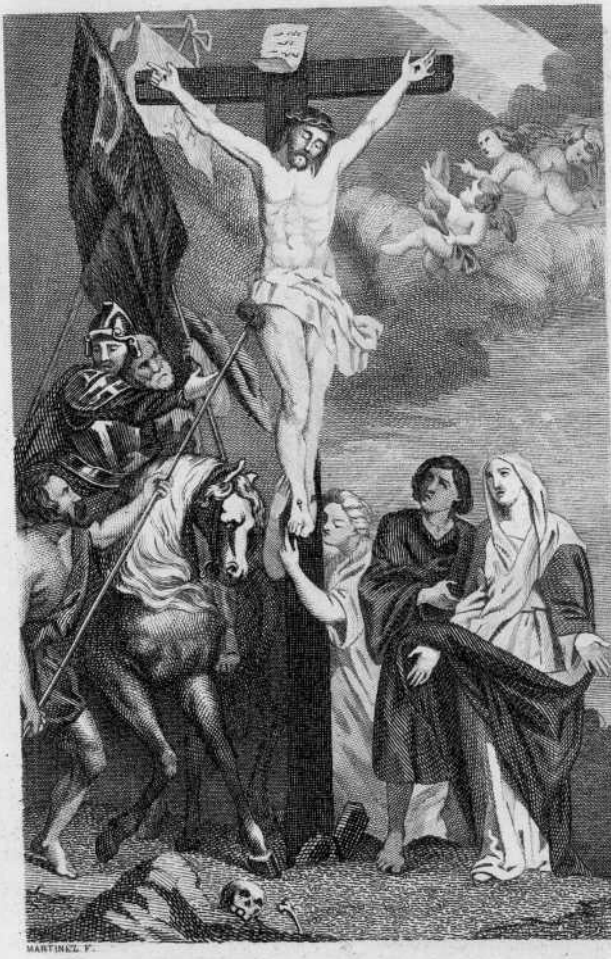
Sin embargo, los ribales se galantean con mútuas finezas;

el discípulo regala al maestro un retrato de *Helena Formann* que despues vino á ser su esposa; el maestro regala al discípulo un magnífico caballo blanco árabe, que habia recibido del rey de España.

El fuego de la juventud y el ardor del entusiasmo artístico hacen insoportable á *Van Dyck* la vida tranquila y sedentaria, y lleno de esperanzas y de porvenir, monta en el caballo blanco y sale á correr aventuras. No tarda en encontrarlas. Cerca de Bruselas tropieza con una graciosa aldeana y se enamora de ella: ¿qué le dará el pintor en precio de su cariño? Aun no posee oro ni brillantes; pero en cambio le pinta dos cuadros para la iglesia de su lugar.

En el primero representa á *San Martin* á caballo partiendo la capa con el pobre. Pero San Martin es el pintor, es el retrato del amante, y el caballo es su mismo caballo blanco. En el segundo pinta una *Santa Familia*, pero la Santa Familia es





CRISTO EN LA CRUZ *por Van-Dyck.*

el retrato de su querida aldeana y los de su padre y su madre. Cuando la jóven amante vaya á la iglesia, á no dudar se encomendará muy devotamente á San Martin y á la Santa Familia. ¿Serán lícitas estas libertades á los pintores? ¿Entrará esto en el «*pictoribus..... quidlibet audendi semper fuit œqua potestas*?»

Parte despues *Van Dyck* á la poética Italia; iguala al Ticiano en la naturalidad de las carnes y á Pablo Veronés en la firmeza del colorido: va á Génova, á Roma y á Sicilia; vuelve á Amberes y pinta el *Cristo entre los dos ladrones;* pasa á Inglaterra; el rey Cárlos I le hace caballero de la órden del Baño, y le dá una pension considerable. El pintor llega á adquirir todo lo que parece que pudiera desear, dinero, mesa y tren de príncipe, y una bella amante. ¿A qué aspira ya el pintor?—¿A qué aspira? A lo que aspira todo el que vé satisfechos sus caprichos: á un imposible. *Van Dyck* hace una cueva, compra crisoles, y se mete á alquimista: busca el medio de hacer oro, y no conoce que está desperdiciando en los hornos de su laboratorio arroyos de oro ganados con el pincel. El rey le vé perder su fortuna en esperiencias insensatas y su salud en los placeres nocturnos, y le hace casarse con la hija del Lord Ruthwen. Ya posee una de las jóvenes mas bellas, mas ricas y mas nobles de la Gran Bretaña. Pero Van Dyck no puede disfrutar mucho tiempo de tan loca fortuna: otras locuras han agotado sus fuerzas, y á los seis meses no hay médicos, no hay cuidado esquisito que pueda salvar al artista: Van Dyck muere á los 42 años de edad.

Rubens es mas universal todavía: el maestro es mas hombre y mas pintor. Rubens se perfecciona tambien en Italia, donde se perfeccionan todos los pintores; pero Rubens se conquista luego un estilo propio. Como pintor es llamado á París por María de Médicis, y le encarga una galeria entera de cuadros para su palacio de Luxemburgo. Rubens pinta en 24 cuadros la vida toda de la princesa, que son otros tantos cantos de su historia. Desde entonces todos llaman á Rubens, y

Rubens no sabe á quien responder ni á qué pais acudir: todas las cofradías, todas las iglesias, todos los museos, todos los palacios y conventos quieren tener cuadros de Rubens; la Inglaterra le llama, la España le pide, la Italia le espera. Todos le ofrecen sumas de oro, pero el oro no seduce á Rubens, porque Rubens gana sin moverse 200 florines por dia.

Como hombre de estado, Rubens llega á la córte del duque de Mántua, y el duque de Mántua le hace gentil-hombre, y le elige para ser portador de un rico presente á Felipe III de España, y el embajador introduce entre los regalos su paleta y sus pinceles. El duque de Buckingam le manifiesta el pesar con que veía la mala inteligencia que reinaba entre las coronas de España y de Inglaterra, y le dá la comision de proponer los medios de paz y de presentarse como mediador entre las dos naciones.

Hay génios y talentos que son para todo, y Rubens era uno de ellos.

El hábil pintor tambien sabe ser hábil diplomático. Llega á España; préndase Felipe IV de su mérito, le hace caballero y secretario de su consejo privado, y accede á todas sus proposiciones como negociador. Pasa en seguida á Inglaterra, y Cárlos I le hace tambien caballero, y en pleno parlamento saca la espada que llevaba ceñida y se la regala al pintor diplomático con el anillo de diamantes de su dedo y con un cordon guarnecido tambien de diamantes. Las buenas relaciones de amistad quedan restablecidas entre las dos coronas, merced á la diestra negociacion del pintor. Vuelve Rubens á España, y Felipe IV le hace su gentil-hombre de cámara y secretario de su Consejo en los Paises Bajos. Los príncipes se honran á sí mismos honrando al artista. Restitúyese á Amberes y se casa con la hermosa *Helena Formann*.

Cargado de honores y de riquezas, distribuye el tiempo entre la pintura y los negocios de estado. Los soberanos le visitan, personages de todos paises acuden á conocer el hombre distinguido, y él pinta cuadros para todas partes. Yo he visto

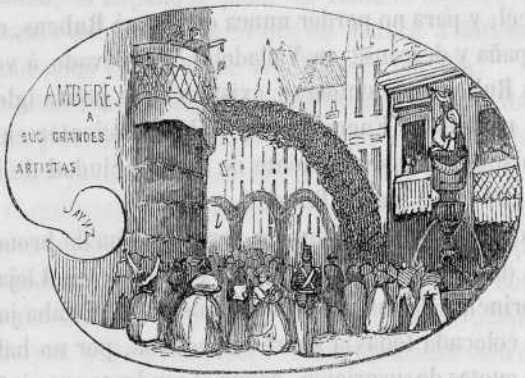
mas de *mil* cuadros de Rubens: desde que emprendí mi viage, empecé á ver obras de Rubens: todos los mejores museos, todas las mejores galerías particulares de Francia, de Bélgica, de Holanda y Alemania, las hallé sembradas de flores de su fecundo pincel; y para no perder nunca de vista á Rubens, cuando volví á España y descansé en Valladolid, fuí llevado á ver dos magníficos Rubens que entonces existian en la pobre iglesia de las pobres monjas de Fuensaldaña, y ahora recientemente han sido trasladados al museo naciente de aquella ciudad de la Vieja Castilla ¡En todas partes Rubens!

Nuestro *Mr. Henri* nos llevó á ver la estátua de bronce que los artistas de Amberes habian hecho construir en Lieja para honrar al príncipe de los pintores flamencos (1). Estaba junto al Escalda no colocada todavía sobre el pedestal, por no haber alcanzado las cuotas de suscricion, segun el conductor nos informó, á cubrir todas las atenciones del colosal monumento. No es estraño, porque la estátua es de 10 pies, y su peso 70,000 libras, que á razon de 2 francos libra de coste, suman 140,000 francos (560,000 rs.); cantidad no menguada para un gremio de artistas.

En el último aniversario secular de la muerte de Rubens, como el de la inauguracion de su estátua, las fuentes corrian vino y cerveza; las calles rebosaban de gentes de todos los paises y de todos los idiomas; decoraban sus avenidas arcos triunfales, obeliscos y templetes alegóricos; las fachadas de las casas y edificios públicos estaban adornadas de vistosas colgaduras; las guirnaldas de flores volaban por los aires mezcladas con las odas y los himnos de alabanza; al tiempo que el retumbante estampido del cañon, el bullicioso y armónico juego de los *carillones*, y el estallido de los fuegos de artificio, las aclamaciones de la multitud que victoreaba al héroe de la fiesta, el concertado estruendo de las músicas militares, el animado mo-

(1) Aunque Rubens no nació en Amberes, sino en Colonia (Prusia), Amberes le ha adoptado por hijo suyo, porque al fin allí vivió, allí existe su casa, y allí descansan sus restos.

vimiento de las danzas públicas, las comparsas y gremios de artistas y comerciantes, y por último *el gigante Antigono* que con



su correspondiente comitiva paseaba la ciudad, embargaban los ánimos de júbilo, y no habia corazon tan tibio que no esclamára lleno de entusiasmo: «¡gloria, honor á Rubens! ¡*Osanna* al triunfo de las artes!

Asi honra Amberes á sus genios privilegiados. ¡Loor á la ciudad de Amberes que asi sabe inmortalizar á sus artistas!

LA BOLSA.

Cuando llegábamos cerca de la Bolsa, oimos sonar una campana.—¿Ois? nos dijo el guia: esa es la campana que anuncia haberse abierto la Bolsa; es la una en punto: todo el que entre despues de este toque está obligado á pagar medio franco. —¡Cómo! esclamó Tirabeque; ¿y nosotros tambien si queremos entrar?—No, respondió *Mr. Henri*; eso se entiende con los negociantes ó jugadores bolsistas: y se ha adoptado este medio para obligarlos á no faltar á la hora fija, asi como si alguno,

El edificio de la Bolsa de Amberes es de una estructura particular.

dadas las dos, se quedase dentro algunos minutos mas de los que se conceden, pagaría 3 francos.

—Que me place, dijo Pelegrin, esa manera de obligar á la gente á ser puntual; y tengo para mí qne sería una de las buenas costumbres que harían bien en llevarse por allá los españoles; porque ha de saber vd., señor comisionista, que en España para juntarse media docena de hombres á las cuatro, es menester que se den la cita á la una y media, inclusos unos que llamamos allí los representantes del pueblo.—Pelegrin, le dije al oido, mira que te vas olvidando de mis advertencias.«

En esto llegamos á la Bolsa. El edificio de la Bolsa de Amberes es de una estructura particular. Es un cuadrángulo, sostenido por 38 columnas de piedra azul, de un gusto estraño, cada una de diferente dibujo, como igualmente cada trozo de techumbre de sus portales. Aquella variedad decia Tirabeque que le representaba la de las opiniones políticas de España, que cada uno de los hombres tiene la suya, y ninguna es igual á la del otro. A la inmediacion se hallan los tres telégrafos que corresponden á los tres de la Bolsa de Bruselas de que hablamos en su lugar, todos ellos por los sistemas de Chappe, de Ferrier y de Vanderrecht.

LOPE DE VEGA.

«¡Há, já, já! esclamó Tirabeque con alborozo tan luego como nos acercamos al teatro: no todas las glorias han de ser para los estrangeros, mi amo, que algo nos ha de tocar tambien á nosotros. Y lo que menos nos importa es que esté mal escrito, que por Z mas ó menos no deja un español de ser quien es.»

La esclamacion de mi lego me hizo reparar en la rotonda esterior del teatro, y en efecto tuve la satisfaccion de ver inscrito y tallado en piedra el nombre de nuestro *Lope de Vega*, del *Fenix de nuestros ingenios*, entre los de *Terencio*, *Racine*,

Moliere, Scheller, Mehul, Corneille y *Esquiles*. El de *Lope* estaba el segundo y le habian escrito *Lopez*, que era la *z* á que aludia Tirabeque.

Indecible es el placer que esperimenta un español amante de las glorias de su pais, cada vez que en estraños climas encuentra honrado de este modo algun ingenio de su patria.

El teatro de Amberes es una obra maestra de arquitectura y de distribucion, y aventaja á los mejores teatros en la riqueza, elegancia y buen gusto de su ornato. ¿Se puede saber para qué ha sido tanto ornato, tanta elegancia, tanta riqueza, y tanta suntuosidad? Yo no lo sé, porque la mayor parte del año está cerrado, como lo estaba cuando mi paternidad andubo por allí. Mal concuerda tanto lujo en el edificio con tanto abandono en la escena. Y es que los pueblos mercantiles generalmente son poco afectos á las representaciones teatrales. Con la gente del *tanto por ciento* poco han medrado siempre las compañías dramáticas.

PREPARENSE PARA MARCHAR.

Visto lo mas notable de Amberes, me dí á mi mismo y dí á Tirabeque la voz de: «preparen la marcha.» Y mientras él hacía la maleta, yo me llegué á casa de *Mr. Loyaert*, rico negociante amberino, para quien yo llevaba letra abierta y recomendacion cerrada, el cual despues de haberme habilitado de la competente provision de *florines*, signo monetario del país que me proponía visitar, y de letras de todas clases para las ciudades holandesas, se empeñó en no abandonarme hasta el momento de partir.

El nos vió tomar nuestra sopa de apio, yerbas y arroz; él nos acompañó á la diligencia, y nos recomendó al conductor (que por cierto en el uniforme y en el *coram-vovis* parecia un plenipotenciario), y á las tres de la tarde

Teatro de Amberes.

SALIMOS DE AMBERES

ó por mejor decir, á las tres rodaba ya el carruage, pero á las tres y cuarto aun no habíamos acabado de pasar tantas líneas de fortificacion, y tantos fosos, y tantos puentes levadizos, y tantas cortinas, y tantos rebellines, y tantas medias lunas, y tantos fuertes avanzados, y tantas estacadas, y tantos centinelas como defienden y guarnecen la plaza por todas partes.

Ibamos en compañia de dos estátuas, ó sea de dos taciturnos holandeses, que por no abrir los labios para nada, no se quitaban la pipa de la boca.

Los caminos de hierro habian concluido. A uno y otro lado del que ahora llevábamos se advertian muchos bosques nacien-

tes. Los pequeños pueblecitos que se encontraban, ya tenian otra fisonomía; las ventanas góticas de las casas las hacian parecer pequeñas ermitas ó templitos.

Era ya noche cuando llegamos á la aduana de la línea holando-belga; el registro de los equipages no fué muy escrupuloso; el de los pasaportes lo fué algo mas (1). El reloj de *Breda* daba las ocho al tiempo que entrábamos en esta primera ciudad de los Paises-Bajos.

(1) Sin duda sospechaban si alguno de nosotros seria el general *Vandersmissen*, á quien entonces deseaban echar el guante para darle su merecido por la intentona Orangista que habia hecho, y que cuando esto escribo acaba de escaparse de la prision de Bruselas disfrazado con los vestidos de su muger.

HOLANDA.

OJEADA HISTÓRICO-GEOGRAFICA.

Estamos en la Holanda, en ese país singular que no tiene cosa que se le parezca á los demás paises que hasta ahóra hemos visitado.

Hemos dejado la Bélgica al sur; tenemos al éste la Prusia, y al septentrion el mar del Norte. Tres millones de habitantes ocupan un territorio de 80 leguas de longitud, y ancho de una mitad. Corta es la poblacion de la metrópoli; la tercera parte nada mas de la que tienen sus colonias de Africa, de América y de Occeanía. Los rios, lagos y canales que la riegan, sus producciones y costumbres, el carácter y ocupaciones de sus habitantes, todo lo iremos encontrando poco é poco. Echemos ahora una rápida ojeada por su historia desde el punto que mas puede interesar á un español, desde el *Compromiso de los Nobles*, ó sea desde la venida del duque de Alba y de los castigos de los condes de Horn y de Egmond.

En capítulo de Bruselas dije que el gefe principal de aquella rebelion habia logrado libertarse por medio de la fuga, de la ferocidad del sanguinario duque. Este intrépido gefe era *Guillermo de Nassau*, príncipe de *Orange*.

La venida del formidable ejército español, junto con el sistema de sangre y de venganza del de Alba, habia puesto en consternacion todo el país. Nadie pensaba ya mas que en someterse. En medio del general abatimiento, solo un hombre

no desespera de la salud de la patria. Guillermo de Nassau vuelve á tomar las armas, y alienta á los bátavos á sacudir el yugo español. No tiene tropas ni recursos pecuniarios con que resistir al mas poderoso monarca de Europa, Felipe II; pero las mismas persecuciones, la sangre misma de los dos primeros gefes de la sublevacion, le inspiran el valor, el corage de la desesperacion, y logra echar los cimientos de la república de las Provincias Unidas. Los estados de Holanda y de Zelandia reunidos en Dordrecht hacen causa comun con el príncipe de Orange, y le reconocen por *Stathouder*. Decrétase que cada provincia, cada ciudad conserve sus privilegios, fueros y derechos, y se hace una liga ó federacion para socorrerse y ausiliarse entre sí. Desde este momento los bátavos se creen libres y desobligados del juramento de fidelidad que habian prestado al rey de España; y al cabo de una guerra de *ochenta años*, en que se peleó de una y otra parte con un encarnizamiento de que ofrece pocos ejemplares la historia, los españoles se ven obligados á reconocer por el tratado de 1648, á las *Provincias Unidas* por un estado libre, soberano é independiente.

Las *siete Provincias Unidas* comprendian los condados de Holanda y de Zelandia; el ducado de Frisia, de Over-Yssel y de Groninga; les estaba anejo el país de Drenthe, y reconocian su autoridad el Brabante Holandés y la Flandes Holandesa.

Cerca de un siglo despues, en 1747, el pueblo para recompensar á una familia que habia dado en todos tiempos tantas pruebas de decision por la causa nacional, pidió que la dignidad de *Stathouder* ó el *Stathouderato* fuese vitalicio. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, conocido bajo el nombre de Guillermo IV, es elegido por aclamacion *Stathouder* (1), y en seguida se decreta que el *Stathouderato* sea hereditario en la familia de Orange, aun para las hembras.

(1) Era aneja al *Stathouderato* la comandancia general de los ejércitos, el derecho de disponer de los empleos militares, la eleccion de los magistrados á propuesta de los pueblos, y la prerogativa de perdonar á los criminales.

Guillermo V, hijo del precedente, era el *Stathouder* cuando las armas francesas invadieron y conquistaron la Holanda en 1795, y toma el país el nombre de la *República Bátava*, hasta 1806, que erigida en reino le tocó en las partijas que Napoleon hacia de las coronas entre la familia, á su hermano Luis Bonaparte. Así permaneció hasta el mes de noviembre de 1813. Las victorias conseguidas por los aliados, ó por mejor decir, el cambio de fortuna que acarreó á Napoleon la derrota de sus ejércitos en España, fué volviendo á Holanda su nacionalidad; y en 1815 es nombrado Guillermo de Orange-Nassau por el congreso de Viena rey de los Paises Bajos, agregada la Bélgica á la Holanda. Viene la revolucion del año 30, erígese la Bélgica en reino independiente, y queda el reino de Holanda solo y aislado tal como está hoy, y con arreglo á los límites que le señalaron los protocolos de Lóndres.

Reinó hasta el año 40 Guillermo I; pero en este año, y á los 68 de su edad, y cuando acababa de nacerle un *biznieto*, dijo que le hacia mas gracia cierta condesa que la corona, y siguiendo el consejo de San Pablo «*melius est núbere quam uri*: mas vale casarse que abrasarse,» cambió el cetro por la condesa, y abdicó, conservando el título de rey, en Guillermo II su hijo que actualmente reina.

Hoy la Holanda está dividida en nueve provincias lo mismo que la Bélgica, á saber: La Holanda propiamente dicha, la Zelandia, el Brabante holandés, Utrech, Gueldres, el Overyssel, Drenthe, Groninga y la Frisia.

BREDA.

ESTO MUDA DE ESPECIE.

Si los hombres-estátuas de la diligencia no nos hubieran anunciado ya bastante el cambio de clima y de costumbres que íbamos á esperimentar, lo hubiéramos conocido tan luego como nos apeamos en el hotel de *Breda*, primera ciudad del Brabante Holandés y cuya poblacion será de unos 5.500 habitantes.

Entramos en una sala baja de comedor, en la cual habia como media docena de holandeses pegados á otras tantas pipas, y sentados al amor del fuego de una cocinilla francesa. Pocas palabras salian de su boca, pero en cambio salia mucho humo: y si algo hablaban era en el idioma del pais, del cual nos quedábamos en ayunas. Tambien pensamos quedarnos ayunos de cena, porque la mesa estaba por cubrir, y nadie nos invitaba ni se curaba nadie de nosotros. «Señor, me decia Tirabeque, esta gente sin duda se mantiene de fumar; pero bien debian hacerse cargo que los estrangeros, y mas los que no usamos pipa, nos mantenemos de comer.»

Ya observamos que á cada uno le iban sirviendo, segun pedia, y nosotros pedimos tambien, empezando á valernos para nuestras comunicaciones del idioma francés, que (de paso sea dicho) es hoy el idioma general y al que tiene que recurrir el estrangero, pues aunque la lengua del pais es la holandesa ó neerlandesa, que no tiene absolutamente punto de contacto con

las lenguas meridionales, las gentes instruidas regularmente saben el francés, y en cada hotel suele haber uno ó mas mozos que tambien lo hablan, para entenderse con los estrangeros. Esto no obstante, no le faltaron á Tirabeque sus apurillos para haber de traducir, como él decía, las gramáticas de aquella tierra.

Cenado que hubimos, y recibida la órden del conductor de estar listos á las cuatro de la mañana, subimos por una escalera pendiente, y no de resolucion, á la habitacion de acostarse, y no de dormir. ¿Quién habia de dormir en aquellas medias camas, en que si el cuerpo habia de tomar la estension de reglamento tenian las piernas que decir un «á Dios» á la ropa? ¿Ni cómo consentir las piernas en una emigracion á la region del hielo? Porque region del hielo era toda la habitacion. No es estraño, puesto que aquella noche cayó una decente nevada, y la ventana era ni mas ni menos que nuestro sistema de aduanas y resguardos, pues se colocaba tan frescamente hasta nuestros rostros un remusguillo de contrabando, que no habia modo ni manera de poder conciliar el sueño.

«Señor, me preguntaba Tirabeque desde su cama, ¿me hace vd. el favor de decirme si hemos dejado la ventana abierta?—Estoy seguro que no, porque la he cerrado yo mismo. Pero tú que estás mas cerca de ella puedes cerciorarte para mayor seguridad, y poco te costará incorporarte y alargar la cabeza para verlo.—Señor, yo lo haría de buena gana, pero temo que se me hiele en el camino.—¿Está vd. muy encogido, mi amo?—No es cosa; las rodillas están en contacto inmediato con la barba. ¿Y tú?—Yo, señor, *etcetera*.—¿Cómo *etcetera*?—Es decir, que mi cuerpo está hecho una &c.—¡Ay, mi amo, mi amo! Esto muda ya de especie. ¿Qué se han hecho aquellas benditas camas de los hoteles de la Bélgica?

«Diga vd., señor, y vd. perdone: ¿no sabe vd. por ahí alguna historia de este pueblo que contarme, y en que poder pasar un rato de tertulia?—Algo sé, Pelegrin, y no tengo inconveniente en referírtelo; pero mira que no tendrá gracia que te duermas. — Gracia tendría, si señor; pero pierda vd. cuidado, que no está la noche ni la cama para permitirme esta gracia.

EL CABALLO DE TROYA.

Tú habrás oido, Pelegrin, hablar algo del famoso *caballo de Troya*.—Si señor, que he oido; ¿era acaso de este pueblo? —No, hombre, no empieces á disbarrar. Habrás oido que los griegos, fatigados de no poder tomar á Troya al cabo de diez años de sitio, discurrieron construir un desmesurado caballo de madera, en cuyo vientre se encerró la flor de sus héroes: que habiendo presentado esta máquina delante de la ciudad fingiendo ser un voto hecho á Minerva, los troyanos creyéndolo de buena fé, no tuvieron inconveniente en dejarle entrar hasta la ciudadela donde estaba el templo de la diosa; y saliendo entonces de repente los guerreros armados, sorprendieron la guarnicion, y tomaron la ciudad.—Asi es la verdad, mi amo;

y aun tengo entendido que un tal *Simon* tuvo la culpa de todo.—*Sinon* habrás oido, hombre, que no *Simon*. Efectivamente ese *Sinon* fué el que mas contribuyó á engañar á Priamo.

«Pero diga vd., mi amo, y vd. me ha de disimular. ¿Qué tienen que ver las historias de los griegos con las de los holandeses? A no ser que sea porque para mí todos hablan en griego...—Ahora te lo diré.

Has de saber que en este mismo pueblo en que estamos, jugaron los holandeses á los españoles una partida igual á la de los griegos con los troyanos. En el año 1590 el príncipe Mauricio hizo embarcar 80 soldados determinados en una barca de turbas. (1) Antes de llegar á los muros de la ciudad, un furioso temporal les obligó á detenerse y á estár ocultos por espacio de seis dias. El agua llegaba á las rodillas á los soldados, y uno de ellos tomó tan fuerte romadizo, que no podia menos de toser con frecuencia. Temeroso de que la tos pudiera descubrirlos, tuvo el valor de presentarse á sus compañeros con un puñal en la mano, invitándolos á que le mataran: pero no hubo necesidad de hacerlo. Al dia siguiente entró la barca en la esclusa: vienen á buscar la *turba*, ó llamémosle leña necesaria para la guarnicion: el entablado que cubria á los soldados casi se queda al descubierto; pero el patron del falucho, hombre sagaz y tretero, halla el medio de distraer con cuentos y carocas á la guardia hasta ganar la noche: sale entonces el capitan Haranguer con sus soldados de su triste escondrijo; caé de repente sobre la guarnicion del castillo, que espantada de ver aquellos hombres y creyéndolos mas en número, abandona su puesto: hacen prisionero al gobernador, que no habia tenido la precaucion de romper ó levantar el puente que comunicaba con la ciudad, y se apoderan de la poblacion. El marques de Espínola volvió á tomar á Breda en 1625 despues de un sitio de 10 meses, y mandó que-

(1) Careciendo los holandeses de leña y de carbon de piedra, les sirve de combustible la *turba*, conjunto de partículas de plantas, cuyos principios constitutivos inflamables y oleosos han sido alterados, por la fermentacion, y que abunda en los parages ó paises cenagosos.

mar la famosa barca de las *turbas*. El príncipe Mauricio que defendia la ciudad murió de pesadumbre. Mira si fué un ardid parecido al caballo de Troya.

«¿Te has dormido, Pelegrin? — Señor, aunque el frio no me lo impidiera, veo que no es pais éste en que se deban dormir los españoles; y hágame vd. el favor de sonar la repeticion, que pienso ha de venir ya el dia. — Las dos y media no mas, Pelegrin.—No puede ser, señor; apriete vd. el piton con fuerza, que tengo para mí que se han de haber quedado por sonar tres ó cuatro campanadas; y si no es eso, será que se habrá helado el muelle.»

Asi pasamos hasta las cuatro que entraron á avisarnos; nos levantamos sin pereza, tomamos el té, y á las cinco salimos camino de Rotterdam.

LAS ESTACIONES.

1.ª ESTACION.—EL PASO DE MOERDYK.

Desde que salimos de la fortificada y pantanosa Breda empezamos á conocer que nos hallábamos en los *Paises Bajos*. El camino estaba cubierto con una capa de nieve, y los campos laterales hechos un aguazal. A las siete y media al llegar á la pequeña aldea de *Moerdyk* se nos mandó bajar de la diligencia. —«¿Qué tenemos que hacer aquí? pregunté.—Tenemos, respondió el conductor, que pasar el *Hollands Diep*.— ¿Y cómo le pasamos?—En vapor: ved, allí nos espera ya el barco.— ¿Y la diligencia se queda aquí?—Ah, no, la diligencia pasa en el vapor tambien.»

Asi fué. *Caballos y carruage y viageros* entramos en el vapor.

El *Hollands Diep* es un respetable brazo de mar, en cuya travesia emplea el vapor de 20 á 30 minutos. Tirabeque iba asustado y ademas aterido de frio, guareciéndose de la helada brisa al abrigo de la diligencia. Pero la mayor aprension le entró despues, cuando un jóven oficial de artillería que iba á nuestro lado nos dijo: «vds sin duda son estrangeros.—Si señor, le respondí.— ¿Conocen vds. ya este paso?— No; es la primera vez que venimos por este pais.—Pues esta travesía es un poco peligrosa: aqui se ahogó *el Stathouder Guillermo el Frison*, principe de Orange, en el año 1711: ¡desgraciado! ¡despues que habia librado de la muerte en tantos combates!»

Noticia fué esta que hizo á Tirabeque dar diente con diente, no sé si seria tanto de frio como de pavura. Pero al fin nosotros ganamos la otra orilla sin novedad.

«Señor, me decia mi lego; ¡sobre que es imposible que una tierra tan húmeda me pruebe bien á la salud!» Pero entramos en una casita, tomamos otra taza de té, y se reanimó un poquito. Esta fué la *primera estacion* de aquella mañana.

SEGUNDA ESTACION.—EL PASO DE DORDRECHT.

Con la travesia del *Hollans Diep* y del *lago Zwaluwe* dejamos atrás la Flandes holandesa, y entramos en la Holanda propiamente dicha. El panorama que ofrecia á nuestros ojos este pais era singular, estraordinario, sorprendente para el estrangero que le vé por primera vez, y magnífico é imponente á un mismo tiempo.

Las lluvias habian inundado ya los campos: los rios se confundian con los canales, los canales no se distinguian de las lagunas, y las aguas detenidas formaban una masa comun con las corrientes. Solo sobresalian los diques con que aquellos laboriosos habitantes preservan sus campos de la inundacion; y á sus orillas asomaban las puntas de los arbustos y mimbres, y las copas de los árboles con que fortalecen aquellos baluartes artificiales. Todo lo demás estaba sumido en las aguas. El arrecife por donde marchaba nuestro carruage, y que era de ladrillo, como casi todas las calzadas de los Paises Bajos, apenas tenia una pulgada de elevacion sobre las mismas aguas, y á nuestra derecha divisábamos el golfo de *Biesbosch*, *ó bosque de los Juncos*, distinguiéndose apenas las infinitas isletas que tiene en su derredor este peligroso golfo, formado por las inundaciones.

«¿Qué les parece á vds. de estas tierras? nos preguntaba el jóven y amable artillero.—Mejor fuera, le respondió Tirabe-

que , que nos preguntára vd. qué nos parecia de estas aguas, porque aguas , que no tierras , es lo que yo veo aquí , y esto mas parece hecho para habitado por peces que por hombres. —No es maravilla que vds. vengan admirados ; á todos los estrangeros les sorprende el espectáculo que presenta el país en esta estacion. Nos hallamos en la parte mas baja de todo el mundo. El terreno por donde marchamos está bajo el nivel del mar, y solo le preservan de ser tragado por sus aguas los famosos diques con que los holandeses han logrado refrenar su furia ; diques que prueban bien hasta donde mis paisanos han hecho llegar la industria humana. Ellos han conquistado tierras al *Occéano*, y le han hecho retirar sus límites.

«¿Veis (continuó) estos otros diques menores adornados de árboles y festoneados de tegidos de mimbres, que preservan nuestros campos de la inundacion de los rios? Pues en la estacion del verano veriais dentro de ellos tierras de labor esmeradamente cultivadas, ó bien praderas las mas risueñas del mundo. —Ya se conoce , le dije yo , en algunos trozos que aun dejan descubiertos las aguas.—Señor, esclamó mi lego, ¡qué berzas tan atroces se crian en este país!»

Efectivamente , en los parages no inundados se veian las verduras y hortalizas creciendo con una lozanía admirable y con una vegetacion robustísima.

Así fuimos entreteniendo el camino, unos ratos incomodándonos la niebla, otros templándonos el calor del sol , unas veces enfriándonos la ventisca , y otras gozando de un temple atmosférico agradable (porque no hay temperatura mas inconstante que la de los Paises-Bajos), hasta llegar á *Dordrecht* á las once de la mañana.

Figúrate en tu imaginacion, lector amado, una poblacion de 20,000 almas , limpísima , nueva , con calles enladrilladas, cuyas casas son tambien de ladrillo de diferentes colores, encarnadas unas , verdes otras , unas azules y otras jaspeadas, algunas de madera bellamente esculpida ; fundada toda sobre estacas clavadas en el rio; desde cuyas ventanas se llenan á mano

las vasijas del agua del Mosa, y á las cuales se aproximan las embarcaciones en términos que desde las mismas ventanas se pueden tambien cargar y descargar, y tendrás una idea de lo que es la pintoresca y anfibia DORDRECHT.

Pero figúrate tambien, lector hermano, que te dicen en la pintoresca y anfibia *Dordrecht ó Dort* como pronuncian por abreviar los naturales. «¿Veis esta bella ciudad taraceada de colores como una alfombra? Pues esta ciudad está fundada sobre una pequeña isleta que formó la terrible inundacion del siglo XV, que se tragó toda una hermosa y floreciente comarca, que se absorvió muchos palacios, setenta y dos pueblos, y mas de cien mil personas. Discurre, hermano lector, si con estas noticias estaria tranquilo Tirabeque en *Dordrecht*; Tirabeque hombre continental por esencia, y de tierra firme por todos sus cuatro costados.

No daba un paso que no temiera se abriese bajo sus pies la boca de un abismo; no se atrevia á pisar fuerte, porque le parecia que el suelo se cimbreaba con su peso como un puente de alambre. En el rato que allí permanecimos traté de entretenerle diciéndole: «este pueblo, Pelegrin, ha sido muchas veces foco de grandes revoluciones y teatro de desórdenes sangrientos. Aquí fué donde se tuvo la primera asamblea de los Estados generales y donde el príncipe de Orange echó los cimientos de la poderosa república de las Provincias-Unidas.—Echaría, si señor, pero valiera mas que hubiera echado otros cimientos mas sólidos á la ciudad, y con eso no tendria yo como tengo ahora el alma en un hilo.

Y aquí fué tambien, Pelegrin mio, donde se agitaron en el siglo XVII las famosas cuestiones de la *predestinacion* y de la *gracia*, que siendo una vana disputa de escuela llegaron á hacerse un violento negocio de partido; y aqui fué donde tuvieron los calvinistas el famoso concilio en que fueron condenados los arminianos ó remonstrantes.—Todo eso está bien, señor ¿pero cuándo salimos nosotros de este pantano?»

En esto nos avisó el conductor que el barco estaba ya dis-

puesto. Entramos, pues, otra vez *caballos y carruage y viageros* en otro vapor, y así pasamos del otro lado del Mosa, que fué la 2.ª *estacion* de aquella mañana. Aquí los caballos no se desengancharon de la diligencia.

3.ª ESTACION.—EL PASO DE ISSELMONDE.

«Aquí de don Quijote, mi amo: ¡poder de Dios, y qué cosecha de aventuras hubiera podido recoger el hermano manchego si hubiese venido por aquí!»

De esta manera esclamó Tirabeque al ver desde el vapor los grupos de molinos de viento que á las márgenes de uno y otro lado del Mosa hacian la visualidad mas original que imaginarse puede. A fé mia era singular el espectáculo. En primer lugar ya era notable y raro hallar en un país donde tanto sobreabundan las aguas, un género de maquinaria que hasta entonces solo habíamos visto empleado en los paises secanos como supletorio á la falta de los rios. Mas luego reconocimos que eran imposibles los molinos de agua donde los rios no tienen la mas pequeña vertiente, donde no hay declive, donde todo es llano, donde todas las aguas parece estar rebalsadas.

En segundo lugar era para nosotros tan nuevo como vistoso el ver los molinos de viento sobre las mismas casas, constituyendo su segundo ó tercer piso. La mayor parte de ellos servian de techumbre á las casas, y crecia mas nuestra admiracion al observar que generalmente estas no tenian otros cimientos que los gruesos estacones clavados sobre el álveo mismo del rio, y como aquella mañana corriese algun viento, el incesante juego de las aspas hacia una visualidad difícil de describir.

¿Pero creerá el lector que todos aquellos eran verdaderos molinos de viento, aunque tales parecian por su movimiento y su forma? Así lo creia yo tambien, hasta que fuí informado

por los compañeros de viage que si bien algunos de ellos eran verdaderas fábricas de harinas, la mayor parte no eran sino máquinas para aserrar madera, lo cual fué para mí otra no menos sorprendente novedad.

Puestos allende el rio, continuamos nuestra marcha por aquellas llanuras, siempre viendo agua, siempre encontrando canales, siempre pasando puentes, siempre divisando isletas, y siempre marchando sobre arrecife de ladrillo, hasta entrar en *Isselmonde* y dar vista á *Rotterdam*. Pero aun nos faltaba la *tercera estacion* de aquella mañana, que era volverá embarcarnos en vapor *caballos y carruage y viageros*, para pasar el brazo mas robusto del Mosa, que tiene por allí una media legua de ancho.

«Señor, me preguntaba mí lego: ¿esto es rio, ó es mar? —Es rio, hombre, ó por mejor decir, es un brazo de rio.—¿Y dónde tiene el cuerpo el riachuelo este? Porque si esto no es mas que un brazo, tengo para mí que para navegar por el cuerpo será menester proveerse de municiones de boca para unos dias. ¿Y cómo se llama el arroyito?—Se llama el rio *Mosa*.—¿Pues no hemos ya pasado el Mosa esta mañana? ¿ó cuántos Mosas hay?—No hay mas que uno, pero este se divide en varios ramales luego que entra en los Paises-Bajos.»

Embarcámonos, pues, y á eso de las once y media ya estábamos en el hotel de *San Lucas* de Rotterdam. Si alguno estraña que en medio de tantas *estaciones* pudiéramos andar en una mañana tan largo Calvario como el que hay de Breda á Rotterdam hágase cargo si ayudarán á la celeridad aquellas hermosas calzadas de ladrillo, sin un tropiezo, sin una desigualdad, sin un bache, sin un desnivel (1), y por las cuales marchan los caballos y ruedan los carruages con toda la apetecible soltura y facilidad.

(1) Los ladrillos están colocados de canto, y estrechamente unidos sin que quede entre ellos hueco ni intersticio alguno. Son gruesos y muy cocidos, en lo cual tienen fama de aventajados los hornos de Holanda. Su dureza y union hace que sean eternos, ó al menos de muchísima duracion, si bien tan costosos como se deja discurrir; y en cuanto á comodidad nada dejan que apetecer, teniendo la ventaja de que no molesta en ellos el ruido del carruage.

ROTTERDAM.

La flema holandesa empezó á sentirse en el portal mismo del hotel. Acostumbrados en Francia y Bélgica á la bulliciosa y zalamera obsequiosidad de los *garzones* que se disputan la primacía en servir al huésped y prevenirle los deseos y necesidades, nos daba un si es no es en ojos la pachorra con que los mocitos del hotel de *Rotterdam* veian viageros y bagajes en espectativa de colocacion, sin que á aquellos les dirigiera nadie la palabra, ni á estos les echára mano nadie.

«Diga vd., mi amo, me preguntaba Tirabeque, ¿y esto dice vd. que ha sido un mismo reino con la Bélgica alguna vez?—Nada menos que 15 años, Pelegrin.—Señor, parece imposible que los belgas y los holandeses hayan podido estar unidos ni por 15 dias, porque así se parecen ellos en maldita de Dios la cosa como puede parecerse un ruso á un estremeño de nuestra tierra.—Así es la verdad, Pelegrin, pero de estas cosas vemos tambien en nuestra España, porque no he hallado yo todavía cosa en que se parezca un catalan á un guipuzcoano, ni un gallego á un andaluz, y sin embargo todos pertenecen á una misma nacion. —Dice vd. bien, mi amo, pero yo estoy muerto de frio, y tengo una hambre bastante viva, y no veo que esta gente se cuide de acomodarnos ni menos de preguntarnos si queremos almorzar.—Ese es punto aparte, Pelegrin, pero muy fundado en razon.»

Rogamos, pues, á uno de los sirvientes, tuviera la bondad de acomodar nuestras personas y equipages, pero nos contestó en el idioma del pais, y probablemente tanto entendió él lo que le pediamos como nosotros lo que él nos respondia. Llamó á otro que hablaba francés, y aquel nos condujo á un tercer piso, poniéndonos en inmediata comunicacion con los tejados de a vecindad. Ni por eso la habitacion ofrecia los mayores atractivos; sin estufa, sin llave para la puerta, el hotel de *San Lucas* era para nosotros un albergue de verdadero evangelista.

Pedimos de almorzar; al cabo de un buen espacio fuimos llamados á un comedor del piso bajo, donde ya habia buena lumbre de *turbas*, y al cabo de otro espacio nos fué presentada la vianda en la mesa. Yo Fr. Gerundio, hombre pacífico é incruento, enemigo de la sangre por temperamento y por profesion, nunca he sido mas sanguinario que aquel dia, el cuchillo con que partí la carne parecia haberse convertido en cuchilla de sacrificador; el plato se llenó de sangre como si hubiera inmolado en él una víctima. Pero Tirabeque como yo, nos hicimos cargo de que como cristianos de la nueva ley no nos comprendia el precepto de la antigua de abstenerse «*á sanguine et suffocatto*», y apoyando esta reflexion con el poderoso argumento del hambre que nos dominaba, nos embaulamos sin aprension un par de trozos de la sanguinolenta carne, cuidando, sí, de aplicar á su crudeza el correctivo que aconseja el refran: «*post crudum purum*», siendo este *purum* un regular vino de Burdeos, que allí vale un par de florines (como unos 17 rs.) la botella.

Una vez corroborados, era menester ayudar á la digestion; á cuyo efecto determinamos salir á reconocer el pueblo, para lo cual nos suministraron en concepto de *cicerone*, un viejo pequeño, calvo, un poco sordo y un mucho tonto, con la gracia ademas de que apenas hablaba y apenas entendia el francés.

CASAS, CANALES Y COMERCIO.

Decia Voltaire que solo habia hallado tres cosas en Holanda, que todas empezaban con unas mismas letras, á saber: «*canaux, canards et canalle.*» El Sr. Voltaire me perdonará que le diga, que sacrificó la verdad á una seudo-gracia alfabética. En cuanto á *canales* conviene desde luego Fr. Gerundio con el filósofo de Ferney: en cuanto á patos ó ánades (*canards*), si bien es cierto qre no escasean en Holanda, tambien lo es que he visto mas en otras partes; y en cuanto á *canalla*, yo le preguntaria al Sr. Voltaire al oido, y asi para *inter nos*, donde habia hallado mas si en la patria de los Oranges ó en la patria de los Orleans.

Yo tambien, siguiendo en parte la identidad de principio en tres vocablos, voy ha hablar de las *casas*, *canales y comercio* de Rotterdam: le añadiremos otro mas, las *calles*.

Las calles por lo general son largas y tiradas á cordel, empedradas unas y enladrilladas otras. Las casas presentan desde luego la fisonomía característica, original del pais. Casi todas son tambien de ladrillo, y casi todas construidas al gusto

antiguo holandés, esto es, con fachadas en forma de espadañas, con su feston piramidal cortado en escalones, que se elevan á distancia de algunos pies sobre el plomo de los edificios, como queriendo asomarse á ver lo que pasa en el campo ó sobre el tejado del vecino. Una cosa nos llamó en ellas estraordinariamente la atencion, tanto en ROTTERDAM como en otros muchos pueblos de los Paises Bajos, á saber, el desnivel que presentan muchísimas de las casas en su parte superior, que parece estar amenazando desplomarse: desnivel tan sensible á la vista, que al que no tiene conocimientos de arquitectura, le cuesta trabajo acostumbrarse á andar con confianza por las aceras de las calles, y Tirabeque por si iban mal dadas, tenia buen cuidado de marchar siempre por el medio, sin que le hubiera para hacerle arrimar á las aceras: miraba al alto, se estremecia, y se separaba todo lo posible.

Verdad es que en los pueblos de Holanda no se puede caminar de seguido por las aceras, en razon á hallarse estas cortadas ó interrumpidas frecuentemente por las ante-casas, que son una especie de pequeños pórticos, anchos como de dos pies y medio á tres, cerrados por medio de verjas de hierro esmeradamente trabajadas y bordadas, con sus correspondientes portezuelas, las cuales dan entrada á una escalinata de piedra, comunmente de mármol, que hay que subir para entrar en las casas. Todo contribuye á dar á las casas holandesas aquella fisonomía singular, que las distingue de las de otro pais, Sin embargo son menos elegantes que cómodas: el aseo y limpieza no se diga; es muy merecidamente proverbial el de los Paises Bajos.

Dicen que son siete los canales que cruzan por el recinto de *Rotterdam*, ademas el rio *Rotte* que la atraviesa. Yo no sé cuantos podrán ser; solo sé decir que en nuestro primer paseo contamos mas de 70 puentes, ó de piedra ó levadizos; que toda la poblacion estaba cuajada de embarcaciones, y orladas las calles de arboledas que crecen á las orillas de los fuertes malecones que canalizan las aguas.

Pasamos por la bolsa, en cuya fachada hay un *Carillon*, ó campanario de música, cuyas campanas están á la vista; y salimos al magnífico muelle. ¡Asombroso, encantador espectáculo se presentó á nuestros ojos! Por todo lo largo del Mosa se estiende un terraplen de una milla de longitud, plantado de anchas hileras de olmos, orlado de soberbios edificios, que no ceden en magnificencia á los mas bellos de las plazas de Londres, á cuya estremidad se divisa el *Almirantazgo*, vasto y suntuoso sobre todos los demás, que sirve de almacen para maderas de construccion, de arsenal marítimo, de cuartel, y de museo para todos los modelos de embarcaciones que emplean todas las naciones del mundo; y todo esto dando vista al anchuroso Mosa, en cuyas aguas varaban infinidad de buques, que habian arribado de todos los mares del globo. No estraño que digan que el paseo de *Boomjes*, *ó muelle de los árboles* de Rotterdam es considerado como uno de los puntos de vista mas bellos de toda Europa. El muelle de Santander con sus edificios modernos, es aunque muy en miniatura, un ligero bosquejo del de *Rotterdam*.

«¿Qué os parece de esto? nos preguntaba el guia. Grandemente, le respondíamos. Y diganos vd.: ¿es cierto que mucha parte de esta hermosa poblacion que estamos viendo ha sido conquistada sobre las aguas del Mosa?—*Oui Monsieur celle-ci la Meuse, Celui-la l' Amirauté.*—Ya sé que este es el Mosa y aquel el Almirantazgo; pero preguntaba si es cierto lo que he leido, que una parte de este terreno lo ha conquistado la industria de estos habitantes á las aguas del Mosa.—*Oui, Monsieur, la Meuse. C' est lá l' Amirauté.*—Señor, repuso Tirabeque, no pregunte vd. mas á este tonto, porque si sigue dando esas respuestas, me temo que no he de poder resistir á la tentacion de bautizarle á él en el Mosa, á ver si despeja un poco; y vámonos por ahí á ver algo mas.»

Dimos en efecto otra vuelta por el pueblo. La actividad comercial de Rotterdam se desplegaba por todas las plazas y por todas las calles. Habitada Rotterdam por 80,000 almas,

favorecida de uno de los mejores y mas seguros puertos de Europa, intersecada de rios y canales en todas direcciones que proporcionan á los buques el trasbordo de sus mercancias en la puerta misma de los almacenes de los comerciantes y consignatarios, Rotterdam es por su poblacion, comercio y riqueza la segunda ciudad de Holanda, la que sigue á Amsterdam.

ERASMO.

¡Hola! ¿quién es este eclesiástico que se halla en medio de este puente, con sus negras sopalandas, su sombrero de tres vientos, y su libro en la mano derecha en que parece leer con

atencion? ¿Qué hace aquí este doctor en medio del hormigueo mercantil de Rotterdam, inmóvil entre tantos yentes y vinientes, los unos con fardos y mercancías, los otros con sacos de florines, los otros con letras de cambio, los unos que sacan de los almacenes los géneros de esportacion, los otros que llevan á los almacenes los artículos que acaban de llegar de la India, todos con grave y frio continente, calculando en silencio las pérdidas y las ganancias, pensando en el tanto por ciento, y repasando en la memoria los números que acaban de trazar en el mostrador? ¿Qué hace aquí este sacerdote á presencia de los barcos que suben y bajan por el canal? ¿Qué significa ese libro que tiene en la mano y en cuya lectura parece embebido? ¿Es acaso un libro de partida doble?

No, su semblante tiene una espresion dulce y espiritual; su nariz remangada y puntiaguda es el signo ordinario de un génio burlesco y zumbon; su boca está soltando una risa satírica y prudente, y se vislumbra en su mirar la llama de un pensamiento pronto y brillante que le domina. ¿Quién será, pues, este personage, escepcion singular de esta gran plaza de mercado?

«Oiga vd. señor cura (le apostrofó Tirabeque) ¿se ha tomado vd. la tarea de leer la doctrina cristiana á la gente que pase por aquí? ¿O les está vd. predicando acaso sobre la vida eterna? Pues tenga vd. entendido que maldito el caso que le harán, y aunque predique en poblado, le será lo mismo que si predicára en desierto. Si vd. les hablára de los algodones ingleses, ó de las maderas de la India, ó de los vinos y aguardientes de Francia, ó del cáñamo y del tabaco, y de la manteca, y del azúcar y otras cosas así, y les dijera vd. los precios que tienen en cada parte, todavía puede que reuniera vd. un buen auditorio.»

Entonces miré á las inscripciones en versos latinos y holandeses que en derredor de aquella estátua colosal de bronce habia, rodeada de una balaustrada tambien de bronce, y al tiempo que el viejo conductor empezaba á decir: señores, esta es la estátua de.....

Si, le interrumpí yo, de *Erasmo*, del famoso *Erasmo de Rot-*

terdam; del amigo de Holbein y de Tomás Moro; del único hombre de letras que ha salido de esta poblacion tan abundante

de librerías como escasa de literatos. Ahora ya conozco el libro que tiene en la mano; alguno de los 10 tomos en fólio que escribió la fecunda pluma de este personage, cuyo nacimiento se disputaban las ciudades á semejanza del de Homero ¡Erasmo! ¡á quién los reyes consultaban sobre las cuestiones de teología, de política y de derecho! ¡el sabio mas espiritual y mas universal de su siglo! ¡el favorito de Leon X y de Cárlos V! ¡el que se esforzaron por atraer á su partido Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra, Fernando de Hungría y Segismundo de Polonia! ¡el enemigo terrible de los reformadores! ¡Oh! aun me acuerdo de aquella su sentencia satírica. «Dicen que el luteranismo es una cosa muy trágica: yo creo al contrario que nada hay mas cómico, porque el desenlace de la pieza es siempre alguna boda.»

«Venid si gustais, (nos dijo el guía,) y os enseñaré su casa.» Pasamos en efecto á ver la casa en que nació. Es pequeña;

sobre la puerta hay otra estátua tambien pequeña del hombre querido de la ciudad de Basiléa, donde vivió largo tiempo, con esta inscripcion:

Hæc est parva domus, magnus quâ natus Erasmus.
Esta es la pequeña casa en que nació el grande Erasmo.

¿Y qué os parece, hermanos carísimos, que es en el dia la casa en que nació *el gran Erasmo?* Pues es *una taberna*. Concertadme ahora los honores de las estátuas y de las inscripciones con el destino que han dado á la casa del escritor, y decid conmigo de lo íntimo de vuestros corazones: «Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, viajando se aprende que todo el mundo es patria, y que en todas partes hay *vice-versas*.»

EL LIENZO EN EL ALDABON.

RAFAEL LARIZA

Conforme íbamos andando por la *Calle Alta*, advertí la aldaba de una puerta cubierta con una pieza de lienzo *finísimo* (como que estábamos en Holanda,) y adornada de encages y bordados.

—¿Qué significa esto? pregunté al guia. Y de su chapurrada esplicacion vine á comprender que aquello era signo demostrativo de que en aquella casa habia una recien parida.

No satisfecho de la contestacion, y temeroso de haber entendido mal, pregunté de nuevo en el hotél, y fuí informado de que en efecto es costumbre del pais cuando nace al mundo un holandesito, forrar del modo indicado el aldabon de la puerta de la casa, para que no haga ruido al llamar y para anunciar á la simpatía de los transeuntes la casa de la recien parida.

Pero esto se entiende cuando la madre es muger de legíti-

mo matrimonio bendecido por la iglesia; que si la criatura fuese fruto del amor de meros aficionados, no habria lienzo en el aldabon de la puerta. Asi el alumbramiento de *Erasmo* no fué anunciado con el lienzo, en razon á que parece que nació por obra y gracia de un ciudadano de Turgon (que despues se hizo monge sin saber que tenia un hijo) y de una muchacha soltera hija de un médico, que segun cuentan era una niña de muy buenas costumbres, y que no saben cómo fué el haber tenido aquel tropiezo, por lo cual diz que podia decir como Dido

Huic uni forsan potui succumbere culpæ.
Acaso es el solo desliz en que he caido en toda mi vida.

Pero en estas materias el bribon de Cupido parece que tiene gusto particular en hacer que la mancha caiga en el mejor paño, y como dice el viejo del sainete; «Dios nos libre á todos de una tentacion.» Y al fin y al cabo casi se puede disculpar á la muchacha por haber echado al mundo un hombre de quien mas de cuatro hubieran querido ser padres.

POT-POURRÍ DE RELIGIONES.

Preguntábame Tirabeque si pensaba decir misa algun dia en Rotterdam.—Quiera Dios, hermano Pelegrin, le contesté, que haya algun templo católico donde poder asistir al sacrificio, ya que celebrarle no fuese.—Pues qué, mi amo, ¿no es católica cristiana esta gente? ¿O qué religion es la que se profesa en esta tierra? ¿O viven sin religion estos hombres? Pero alguna deben tener, porque yo he visto iglesias por ahí.

—En Holanda, Pelegrin mio, hay de todas castas de religiones, y no hay ninguna: es decir, no hay religion del estado; aquí cada uno profesa libremente la religion que le acomoda, y la libertad de cultos es completa y absoluta.—Eso no puede

ser, mi amo, y vd. perdone, porque estas libertades absolutas téngolas yo por imposibles donde hay un gobierno absoluto, y segun á vd. mismo le he oido, el gobierno de Holanda es absolutista.—Asi es la verdad, Pelegrin, aunque eso admite todavia algunas esplicaciones, pero de estos vice-versas se encuentran en los viages. ¡Cosa singular! ¡No haber libertad en política, y haberla desmedida en punto á religion!»

Nos informamos de las especies de templos que habia en Rotterdam, y resultó un verdadero *pot-pourri* de religiones; pues hay *tres* iglesias católicas, *cuatro* de calvinistas reformados, *una* de walones, *otra* de episcopales ingleses, *otra* de ¡ngleses presbiterianos, *otra* de presbiterianos escoceses, *otra* de luteranos, *dos* de armenianos, *una* de anabaptistas, *dos* de jansenistas, y por último *dos* sinagogas de judios.

¡Vivo y escelente argumento en favor de la *Historia de las Variaciones de los protestantes* del hermano Bossuet!

Suponiendo que mas adelante tendriamos ocasion de visitar templos de todas estas sectas, nos limitamos en Rotterdam á ver la *grande iglesia*, que es de *Calvinistas reformados*, como casi todas las grandes iglesias de Holanda puesto que de todo el *pot-pourri* de religiones es la mas generalizada y dominante.

Vimos que el conductor y el sacristan entraban con el sombrero puesto á lo judío, y nosotros le conservamos tambien. —Pelegrin (le dije tan luego como entramos), las bóvedas se me caen encima de pesadumbre.—Cuidado con eso, mi amo, mire vd. que las bóvedas son de hierro (y asi era la verdad.) ¿Y porqué se aflige vd. tanto, señor?—¡Porqué! ¿No conoces desde luego que este ha sido un templo católico? ¿No ves todavía altares católicos, sepulcros católicos, órgano católico, inscripciones católica, y toda la forma y todos accidentes del templo católico? ¡Ah! este templo ha sido usurpado por los protestantes á los católicos.»

Era asi efectivamente: la iglesia habia estado dedicada á San Lorenzo, y los católicos la habian perdido, como tantas

otras, en las guerras de religion: el órgano era de una dimension gigantesca: las verjas y las arañas de bronce, con labores de muchísimo trabajo; pero mas trabajo nos costaba á nosotros entender al viejo conductor; y en cuanto al sacristan era escusado hacerle preguntas ni dirigirle la palabra, porque su educacion científica no se habia estendido mas allá de su idioma natal, y fastidiados de no entender ni ser entendidos nos retiramos al hotel á disponer la continuacion de nuestra ruta.

AGUA Y MAS AGUA.

Dejamos pues la patria del sábio *Erasmo* y del pintor *Vander-Werf*, y nos encaminamos á la patria del pintor *Juan Steen* y del sábio *Hugo Grotio;* la ciudad de DELFT, poblada de 15,000 habitantes y distante tres leguas de ROTTERDAM.

De dos modos se puede viajar en Holanda, por agua y por tierra. No hay ciudad, no hay pueblo que no se comunique con otro por medio de algun canal; á todas partes se puede ir por canal. Sirven para este uso los *trekschuytens*, especie de barcas cubiertas, y sirgadas por uno ó dos caballos al trote corto. Este medio de trasporte es el mas económico que pudieran desear los profesores de la mas estítica economía, pues viene á salir su coste á un *sou* por milla, ó sea á 30 céntimos de florin por legua poco mas ó menos. Pero tambien es la única ventaja que ofrece. En cambio tiene la contra de emplearse doble tiempo que en la diligencia, de ser mas monótono, de tener que aguantar el fumigatorio de una coleccion de pipas en contínuo ejercicio, y de no permitirse á las barcas penetrar en lo interior de las poblaciones, y de consiguiente en un viage un poco largo tener que saltar muchas veces á tierra, atravesar á pie una ciudad, y salir á ganar otra barca que espera del otro lado.

Es preferible, pues, como le preferimos nosotros, el viage

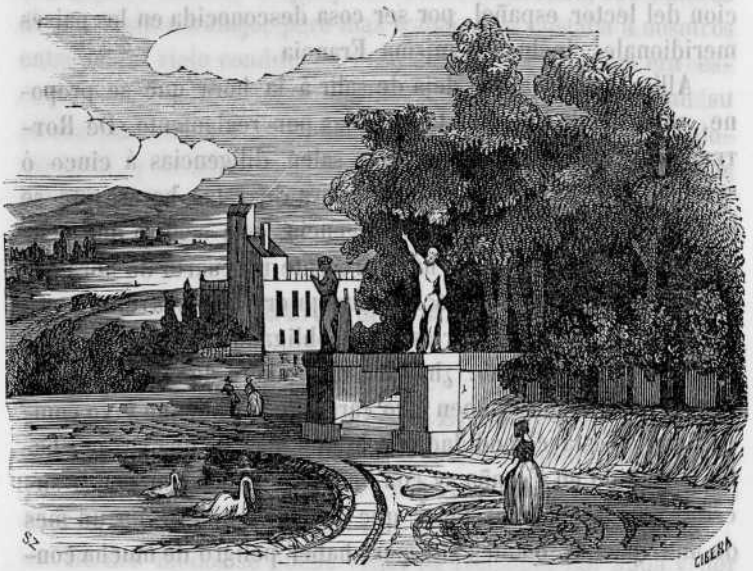
por tierra: y mucho mas de la manera que está montado el sistema de diligencias en Holanda, sobre el cual llamo la atencion del lector español, por ser cosa desconocida en los paises meridionales, inclusa la misma Francia.

Allí ningun viagero deja de salir á la hora que se propone, se entiende de las determinadas por reglamento. De Rotterdam á La Haya, por ejemplo, salen diligencias á cinco ó seis horas ó siete al dia; á cualquiera de estas horas que se le antoje al viagero tomar la diligencia, esté seguro que tendrá plaza, con tal que se haga presente un cuarto de hora antes en la oficina del despacho. Cualquiera que sea el número de viageros, los empresarios están obligados á poner cuantos carruages se necesiten: ¿hay un solo viagero de mas? pues para este solo viagero ponen otro carruage. Tirabeque y yo comparábamos esta comodidad con lo que mas de una vez nos habia sucedido en España, y con lo que mas de cien veces sucede á cada prójimo, tener que tomar el billete con un mes de anticipacion, ó antes si espera haber peligro de mucha concurrencia; y de esto á poder salir con seguridad de cada pueblo 5 ó 6 veces al dia, sacábamos una diferencia como de 1 á 150 ó 180. ¡Y la Holanda es un pais regido por gobierno absoluto! Pero detengámonos poco en diferencias que ponen de mal humor.

«¿Qué ves por ese lado, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego.—Agua, señor, me respondia. Y por la derecha ¿qué se vé, mi amo?—Agua tambien, le respondia yo; agua y mas agua.»

Sin embargo, sobre esta misma agua, y á un lado y otro de los caminos y los canales, íbamos encontrando bonitas casas de recreo, con bellos jardines y hermosas y pintadas azoteas, que en la estacion de verano deben convertir aquel camino en un paseo delicioso. La noche y nosotros entramos á un mismo tiempo en la ciudad de Delft.

No nos detuvimos en ella sino á relevar el tiro. Entre los caballos nuevamente enganchados habia uno tan rebelde, que



á la salida de Delft y al pasar un puentecillo nos puso á dos dedos de caer en el canal. Los flemáticos holandeses que iban con nosotros, toleraron pacientemente por la primera vez la transgresion de ley del indócil Rocinante. Pero á poco rato se repitió la escena, con la diferencia que si antes hubimos de precipitarnos en el canal de la derecha, la segunda vez estuvimos espuestos á bautizar nuestras humanidades en las aguas de la izquierda, y regularmente á morir de un bautismo que hiciera inútil la estrema-uncion.

Entonces el apostolado holandés que allí venia (pues eran doce) dió una prueba de que no era todo humor limphático-phlegmoso lo que por sus venas corria, y que tambien al cachazudo holandés se le suba á las veces á las narices la mostaza y la pimienta que en las comidas usa, pues amostazáronse todos en términos que me temí tuviéramos que detenernos á

hacer las exequias fúnebres al conductor. Paró éste el carruage, saliéronse los viageros, y entablóse entre el conductor y conducidos una acalorada discusion, de la cual solo pude percibir por los ademanes (pues las palabras todas eran enigmas para mí) que la cosa habia tomado un carácter serio. Volviéronse los doce hácia Delft, sin duda á dar queja á la administracion y á reclamar otro carruage ú otros caballos, y nos quedamos Tirabeque y yo solos con un jóven francés (todavia me acuerdo de su nombre, *Mr. Poron Sausier*, guantero en Troyes,) que no entendiendo como nosotros una palabra de aquel *holandimatias*, quiso correr nuestra suerte, tratándonos el francés y los españoles nada menos que de paisanos: ¡lo que hace verse en un país cuyo idioma no se conoce!

El conductor nos indicó por señas que volviéramos á entrar sin cuidado en el carruage, pero Tirabeque miraba al caballo, miraba tambien al agua de ambas orillas, me miraba á mí, y cada mirada de estas significaba bien claramente un «yo no entro.» Pero el francés y yo le hicimos cargo de que, habiéndose marchado ya los demás conviajantes, lo peor de todo seria quedarnos en el camino solos, de noche, y sin saber siquiera preguntar á nadie. Volvimos, pues, á entrar no sin recelo, y tuvimos la fortuna de que al caballo le dió gana de no separarse mas de la senda de la ley, y de llegar ilesos á *La Haya*, dando fondo en el hotel del *Mariscal de Turena*.

LA HAYA.

A la media legua del mar del Norte, á las 92 de París, y á los 52 grados de latitud septentrional, en un terreno delicioso y al lado de un bosque que acaso no reconoce igual en frondosidad y belleza en el mundo, habia en otro tiempo un miserable lugarcillo donde los condes y príncipes de Holanda iban á pasar algunos dias de montería. Atraidos de la amenidad del sitio los *Stathouders*, hicieron en aquella aldea una casa de campo, y mas adelante construyeron un palacio donde pasaban sus temporadas de recreo.

Los palacios de los príncipes son como los árboles lozanos y corpulentos en el campo, en cuyo derredor retoñan multitud de hijuelos que con el tiempo van formando una floresta. Así en derredor de aquel palacio fué creciendo una poblacion, que no tardó en llamarse *la aldea mas grande de Europa*; poblacion que siendo todavía aldea, era envidiada de las ciudades populosas por la anchura y alineacion de sus calles, por la igualdad y regularidad de sus edificios, y sobre todo por el aseo, frescura y pulcritud que toda ella respiraba.

¿Qué seria despues que empezaron á tenerse en ella los Estados generales de las Provincias Unidas? ¿Qué cuando erigida en ciudad fué centro de las negociaciones de las potencias de Europa? ¿Qué cuando alternaba con Bruselas en la celebracion de las asambleas de los dos reinos unidos? ¿Y qué ahora que es

la residencia fija de los reyes de Holanda, poblada por 60,000 habitantes?

Esta linda ciudad es la HAYA, capital de los Paises-Bajos; la tercera del reino en poblacion, la primera en elegancia y hermosura. *Amsterdam* es la capital mercantil de la Holanda; es la Holanda comercial concentrada en un punto. La Haya es el centro de la grandeza, del señorío y del buen gusto: *Amsterdam* es la capital sin título; *La Haya* es la córte. (1)

Escusado es decir que está tambien cruzada de canales interiormente; es ciudad de Holanda, y no se da ciudad de Holanda sin canales.

¿Cuál es la religion dominante en *La Haya*? Ninguna; el mismísimo *pot-pourri* que en Rotterdam. Cinco capillitas tienen los católicos; los grandes templos se los han repartido los protestantes á quien mas ha podido.

NUESTRO ENCARGADO DE NEGOCIOS.

Como españoles, como viageros, y como recomendados, era nuestro deber presentarnos inmediatamente al representante de la nacion española cerca del rey de Holanda. El ama-

(1) Nada hay que describa mejor la hermosa sencillez de *La Haya* y otras ciudades de los Paises-Bajos, que los siguientes versos;

L' œil sans cesse s' arrete sur des beautés utiles,
vous admirez la main qui dessina ces villes,
cet emsemble imposant de régularité,
riche d' économie et de simplicité,
dont la grâce uniforme et la grandeur austére
d' un peuple sage et froid peignent le caractére.

Esminard: *la Navigation.*

«La vista está incesantemente entretenida en bellezas útiles; se admira la mano que delineó aquellas ciudades, aquel conjunto imponente de regularidad, rica de economía y sencillez, cuya gracia uniforme, cuya austera grandeza pintan bien el carácter de un pueblo sábio y frio.

ble don Ramon María Bazo manifestó recibir un verdadero placer de la visita; y un placer de sorpresa, puesto que segun nos informó, un viagero español por puro recreo en La Haya era un peregrino en Jerusalen, como así constaba ademas en su libro de registro de pasaportes. Preguntámosle por el secretario de la legacion, y nos contestó que hacía tiempo no le tenia.—¿Con que está vd. solo?—Solo absolutamente.—¡Que

me place, añadí, la importancia y magestad que se dá en las córtes estrangeras la nacion española!» (1)

Ya habrá visto el lector lo pregunton que estube en Bruselas acerca de los honorarios que disfrutaba allí el representante

(1) Posteriormente ha tenido nuestro gobierno el talento de mandar sucesivamente de secretarios de legacion, á la córte de la nacion mas flemática, severa y formalota, dos jóvenes y alegres poetas.

de nuestra nacion y gobierno; de consiguiente no estrañará que estubiera igualmente curioso sobre el mismo punto con el agente diplomático de La Haya. Pero si allí la respuesta del hermano Cuadrado me puso el corazon tamaño como una avellana, aquí la contestacion del hermano Bazo me le dejó como una cabeza de alfiler. Ademas del mezquino premio con que el gobierno español remunera aquel cargo importante, llevaba el hermano Bazo un año justo de atraso en la percepcion de sus haberes. ¿Con qué querrá el gobierno que se sostenga un funcionario de esta categoría á las 400 leguas de su patria y en un pais acaso el mas caro del continente européo? Afortunadamente, el señor Bazo, durante su larga estancia en aquella córte, habia sabido conquistarse con sus buenas prendas personales y con su juicioso y prudente comportamiento, un aprecio y una consideracion que el gobierno que representaba no ha sabido ó no ha querido dar al destino. Sin embargo ¡qué de compromisos me refirió! Pero otra vez doblé la hoja al hablar de esta materia, y ahora conviene al decoro nacional doblarla tambien.

Diga vd., señor embajador, le preguntó Tirabeque: ¿cómo se llama al rey de estos Paises bajos;—El rey actual, le respondió, es *Guillermo* II: el rey padre, que abdicó el año pasado, *Guillermo* I.—¿Y el *Guillermo* que ahora reina, tiene hijos?—Tiene cuatro, que son *Guillermo* Alejandro Pablo, *Guillermo* Alejandro Federico, *Guillermo* Federico Enrique, y *Guillermina* María Sofia. Y aun tiene tambien un nieto, que es *Guillermo* Nicolás Alejandro.—Y dígame vd., y vd. perdone, por que en esto de familias reales siempre fuí yo muy curioso: ¿tiene tambien hermanos el rey?—Tiene dos; *Guillermo* Federico Cárlos, y *Guillermina* Federica Luisa; y tiene tambien tres sobrinos, hijos del primero, que son *Guillermina* Federica Alejandrina, *Guillermo* Federico Nicolás, y *Guillermina* Federica Ana.»

Le acometió á mi lego con esta esplicacion un acceso de risa que no podia contener. Despues de un poco repuesto, «¡vaya, vaya (esclamó), que está buena la letanía de los *Gui-*

llermos y las *Guillerminas*! Pues ya sé yo de memoria todo el calendario real de esta tierra. Se parece á la familia de los Pelerines que decia el otro.—Suplico á vd., señor Bazo, le dije, se sirva dispensar á este sándio sus simplezas.—¡Ah! me respondió; no me diga vd. eso: ¿no vé vd. que ya sé yo quién es Tirabeque? ¡Oh! le conozco de mucho tiempo, y celebro en gran manera verle por aquí.»

Esto me tranquilizó algun tanto, á mí Fr. Gerundio, y aun me causó cierta satisfaccion el ver que el nombre de Tirabeque era conocido en tan remotos climas.

EL MUSEO, Y LAS VACAS DE PAUL-POTTER.

Entre los obsequios que nos dispensó el hermano Bazo, fué uno el de ofrecerse á acompañarnos á ver las cosas notables de la ciudad, obsequio que admitimos con el mayor placer.

Salimos pues. Recorrimos varias plazas, entre ellas la de *Vyberberg*, que tiene á un lado un delicioso paseo de lozanos árboles, y al otro un vasto estanque circundado de suntuosos edificios. Visitamos el *Binnenhof* ó sea antiguo patio interior del palacio de los príncipes de Orange, y al rededor del cual están los vastos edificios modernos ocupados hoy por los Estados generales, y por los ministerios; la sala gótica en que se hace la estraccion de la lotería nacional, que se juega cuatro veces al año, y en la graderia de cuya sala fué decapitado el famoso *Juan Barneveld el Viejo*, el mas acalorado republicano holandés del siglo XVII, y el que negoció la tregua de 12 años con la España, que por fin reconoció la independencia holandesa.

Pasamos por la calle de *Voorhout*, la calle mas anchurosa y de mas magnífico caserío de La Haya; calle y paseo al mismo tiempo, pues está plantada de árboles seculares de una altura prodigiosa, que con su frondoso ramaje protegen un césped siempre fresco; y por último recaímos en el *Museo*.

Dice *Mr. Ferrier*, autor de la *guía pintoresca* y *artística de Holanda*, que el Museo de *La Haya* es uno de los mas ricos de Europa. Si la riqueza se refiere al mérito de los cuadros, bien podrá tener razon el hermano *Ferrier*, al menos en los de las escuelas holandesa y flamenca, que es en lo que mas abunda. Pero si quiere hacer la riqueza estensiva tambien al número, no sé yo cómo pueda ser uno de los Museos mas ricos de Europa el que encierra poco mas de 400 cuadros.

Seguramente es una coleccion selecta de pinturas la del Museo de *La Haya*; y entre ellas tuvimos el gusto de hallar cinco cuadros españoles; dos de Velazquez, dos de Murillo, y uno de Matías Cerezo.

Al entrar en una de las piezas, Tirabeque dió dos pasos

atrás como asustado. «¡Hola, señores! dijo; con esto no contaba yo. Señor embajador, bien podía vd. habernos avisado que viniéramos prevenidos.

—¿Pero de qué? le preguntamos los dos á un tiempo.

—¿De qué? De que andaban por aquí estos animales. Atrás, mi amo, que con gente que no se confiesa no hay que gastar chanzas.

Asombrados estábamos de tan estraño lenguage, sin saber á qué atribuirlo, hasta que el señor Bazo, prorumpiendo en una fuerte risotada, «ya sé lo que es, dijo; es el *novillo de Paul Potter* lo que ha temido el buen Tirabeque. Adelante, adelante, no hay que tener miedo.»

Era el famoso cuadro del famoso pintor *Paul Potter*, que representa un *novillo* en su grandor natural, y tan al natural todo, que efectivamente parecia tener vida y animacion; parecía que se le veía respirar, que se le veía mover, que iba á embestir.

Es cuadro al que por mucho que uno se acerque, no pierde nada de la ilusion; porque se está tocando, y cuesta trabajo persuadirse que no pueda empuñar las astas, ó levantar y oprimir entre los dedos los pelos de la piel. Pienso que es imposible imitar mejor la naturaleza. El cuadro del *novillo* es tenido por la obra maestra de *Paul Potter*; sin embargo yo me vería perplejo para escoger entre el *novillo y un pastor guardando vacas*, que hay en la propia sala, del mismo autor. A las vacas de *Paul Potter* no les falta mas que mugir. El susto de Tirabeque se convirtió en admiracion. «Señor, decía, si estas vacas las llevaran al campo, yo apuesto á que mas de una aldeana habia de acudir con el cántaro pensando que le iba á llenar de leche.»

CURIOSIDADES.

No son pocas las que se encuentran en el Gabinete Real de este título que ocupa el piso bajo del Museo. *Setecientos sesenta y siete* objetos raros y curiosísimos contiene aquel gabinete,

El bosque de Abayas en la Abaya.

especialmente de trages, muebles, utensilios y artefactos de la China, del Japon, del Indostan, del Senegal, de Guinea, de Ceilan, del país de los Cafres, del de los Hotentotes, de la Tierra Santa, de la Australia, y por decirlo de una vez, de todas las partes del mundo.

¿Qué diremos de los 100 mil volúmenes de la Biblioteca Real? ¿del precioso manuscrito original del tratado conocido por *La Union de Utrecht*? ¿de las 35,000 medallas, y de la coleccion de monedas egipcias, y otra que abraza todo el periodo de los reyes de Macedonia desde Filipo y Alejandro hasta el último de sus sucesores?

EL BOSQUE DE HAYAS EN LA HAYA.

«¿Quieren vds. ver, nos dijo despues de todo esto el señor Bazo, el famoso bosque que hace el encanto y el orgullo de los habitantes de esta capital?—Con mucho gusto, le respondí.—Vamos pues, y no nos descuidemos, porque segun veo el horizonte, tengo para mí que va á nevar muy pronto.»

Figúrese el lector un bosque de una legua de circunferencia, plantado de las hayas mas esbeltas y copudas que se conocen en Europa; una floresta silenciosa, un follage verde y sombrío, unos sitios agrestes y salvages, cortados por anchas calles de arena cuyo término no se alcanza á ver, y por donde corren y triscan á su libertad los ciervos y los gamos; plagado de blancos cisnes y de sonoros ruiseñores; cortado por puentes rústicos que dan paso á las abundantes aguas que le riegan; todo conservado y entretenido con un esmero superior al de los mas bellos parques de Inglaterra, y con un arte que oculta por todas partes la mano del hombre, dejando á la naturaleza desplegar todos sus recursos; terminado el bosque por un jardin reservado que encierra el pabellon levantado por la princesa Amelia, para honrar la memoria de su esposo y llorarle en la

soledad y en el retiro: y todo esto á dos pasos de la ciudad, á los bordes de un mar helado, y en medio de un país de praderas y de aguas, y tendrá una idea del bosque de las *Hayas* en La Haya, y no se admirará de que los habitantes de aquella capital tengan su bosque por la octava maravilla del mundo, y que los príncipes escogieran aquellos lugares encantados para fijar en ellos su residencia real.

«¿Qué les parece á vds? nos preguntó nuestro diplomático amigo.—Paréceme, le dije, que me hallo en un bosque Druida, ó mas bien en aquella selva melancólica y sombría de Virgilio:

«Et caligantem nigrâ formidine lucum;»

y paréceme tambien que estoy viendo á un calmoso y meditabundo holandés, para quien parecen hechos aquellos versos de Boscan:

«Solo y pensoso en prados y desiertos
mis pasos doy cuidosos y cansados,»

paseando por esta silenciosa umbría selva, meditando las ganancias que le dejará el buque que está para arribar de la India ó pensando en algun grave negocio de estado.

—Asi es la verdad, dijo nuestro compatriota.—Y diga vd., preguntó Tirabeque; ¿no vendrán hoy por aquí de paseo las damas elegantes de La Haya? porque aquellas *Hayas* y no estas serían las que me divertirían á mí.—No solo no vendrán, respondió el señor Bazo, sino que nosotros debemos apresurarnos á salir del bosque. ¿Ven vds. que empieza ya á nevar?»

Así era en efecto. Salimos del bosque *de las Hayas*, y por mas que aceleramos el paso, cuando llegamos al hotel llevábamos ya una capa de nieve.

A las dos horas habia ya medio palmo de ella. El frio era in-

tenso; la nieve caia acompañada de una helada brisa. Al dia siguiente habia ya cerca de una tercia. ¡Y estábamos á principios de noviembre todavia!

LAS BOTAS DE MI LEGO.

Los que conocen ya el carácter de Tirabeque podrán discurrir cuál se hallaría su espíritu, cada vez que contemplaba que en el mes de noviembre se encontraba en la helada capital de los Paises-Bajos, con una tercia de nieve en las calles, sin trazas de cumplirse el «*jam satis terris nivis*» de Horacio, antes por el contrario, arreciando cada vez mas el viento, y todo esto á las 400 leguas de su patria, y en un pais bajo y pantanoso casi todo inundado yá, y cuyos caminos amenazaban ponerse intransitables.

Asomábase con frecuencia al balcon del hotel, y los copos de nieve helada que se estrellaban en los cristales, le cegaban la vista y le helaban el corazon.—Señor, me decia afligido, ¿á qué tierra me ha traido vd? Vamos á tener que pasar el invierno en La Haya, y cuente vd. con que una mañana amanezco agarrotado de frio.

—No te aflijas, hombre, no te aflijas, que la temperatura de Holanda es muy variable, y cuando menos lo pienses Dios y el sol mejorarán nuestras horas.

—Así sea, mi amo, y así se lo pido con todo el fervor de mi alma, si es que en esta tierra puede haber ni alma ni cuerpo que tenga fervor, á ver si quiere su divina Magestad que podamos aprovechar un clarito para volvernos desde aquí á España.—Ah, en eso no pienses todavía: hallándonos aquí, fuera una cobardia imperdonable volverse sin ver á *Amsterdam*: ¡volverse sin ver la poblacion mas importante de Holanda, teniéndola á las doce leguas! ¡Oh! seria un sentimiento que me duraria toda la vida.—Señor, hágase lo que vd. quiera, que si está de Dios que hayamos de morir helados ó tragados por las aguas, de poco servirán los esfuerzos de un pobre lego.»

Una vez acordada la continuacion del viage, aunque con harta repugnancia por parte de Tirabeque y no sin algun recelo por la mia, nuestra primera atencion y necesidad era proveernos de los medios de abrigo. Al efecto encargamos al *Commisionaire* nos trajera chaquetas interiores de estambre, pantalones, babuchas, zapatos de goma, y otros varios utensilios y menesteres. Entre estos nos presentó algunos pares de botas de piel sin trasquilar, esteriormente adobadas, pero conservando toda la lana de la parte interior, á próposito para calzar por encima del pantalon y de otras botas, con suelas de dos pulgadas, pero de tan enorme tamaño y magnitud que parecian hechas para piernas de gigante. Tuvimos el gusto de pesar algunos pares, y no hubo ninguno que bajára de la media arroba. El mueble no podia ser mas á propósito para el abrigo, porque era menester un frio de 25 grados para que pudiese penetrar unas piernas así forradas. Yo las deseché por su gravedad específica; pero Tirabeque, que hizo la prueba de un par, sintió tal consuelo y tal fomento en los ambulativos, que desde luego optó por ellas, pero con tanto entusiasmo, que al instante empezó á *echar piernas* diciendo que con aquellas botas ya no tendria él inconveniente en ir hasta la misma region del hielo, si era menester.

Quise darle gusto, y le tomé un par, solventando por ellas 20 florines (mas de media onza de España). Pero era el caso que las mas pequeñas le llegaban á la cintura, y como al calzárselas no pudiesen pasar de la ingle, le quedaban haciendo en las piernas tantas arrugas que semejaban dos fuelles de órgano. Agregado á esto la desigualdad de sus tibias, la circunstancia de su cojera, y su zapato ordinario de cinco suelas, sobre hacer la figura mas ridícula del mundo apenas podia dar con ellas un paso. Reíamos todos; pero él á todo contestaba con el adagio español, «ande yo caliente y ríase la gente.» Y sobre todo añadia, el camino no le he de andar á pié, y para ir embaulado en una diligencia horas y mas horas sin sentir el frio, cada bota de estas es una pieza de rey.»

Si alguno cree que exagero al pintar la magnitud de las dichosas botas, tenga entendido que no hay nada de hipérbole. Aun las conservo por curiosidad, y tendria gusto en que cualquiera se

acercára á verlas. Es una clase de botas que fabrican los ingleses con destino á los que viajan en invierno por el norte. En los pueblos de España en que despues de nuestro regreso las han visto, han andado enseñándose de casa en casa como dos objetos notables, y en el resto de nuestra espedicion fueron el blanco de las miradas, de las risas y de la admiracion tanto en los pueblos como en los caminos, y si muchas veces nos sirvieron de diversion no pocas nos produjeron tambien incomodidades y desazones.

En los carruages, especialmente cuando acaecía ir llenos, siempre venia estrecho el local por causa de las piernas de Tirabeque; los conviajantes no hallaban donde colocar las suyas, y esto los hacía prorumpir en ternos y espundias contra las postrimerías del estrangero que tanto les embarazaban; pero nosotros á fuer de estrangeros que no comprendíamos el idioma del país nos hacíamos tambien los desentendidos de sus interjecciones, y callábamos y nos sonreíamos interiormente.

Sucedió en una ocasion que al ir á tomar los billetes de la diligencia, el administrador que vió el volúmen que hacian las piernas de mi lego, se empeñaba en que este habia de pagar dos plazas, y poco nos faltó para dirimir la contienda por vías de justicia. Otras veces se resistian los demas viageros á entrar en el carruage mientras Tirabeque no se descargára las piernas de aquel balumbo, y lo hiciera colocar en el sitio destinado á los bagages y mercancías.

Muchas veces para ir desde el hotel al establecimiento de donde partian los carruages, ó vice-versa, habia que atravesar una parte del pueblo, y en estos tránsitos acaecieron escenas dignas de reir. Por de contado no habia nadie que no se detubiera á contemplar el fenómeno; formábanse corrillos, oíanse risotadas, escuchábanse burletas, y seguíannos los chiquillos. No sabemos lo que dirian, pero por la algazára se dejaba conocer que les divertía en gran manera el estrangero de tan altos coturnos, y yo aseguro que si como eran muchachos de flema holandesa ó de pachorra alemana hubiesen sido muchachos es-

pañoles, Pelegrin hubiera sido apedreado como San Esteban; y si cuando hicimos el viage á Andalucía hubiera llevado aquellas botas, probablemente no hubiera escapado sin ser manteado como Sancho.

Lo cierto es que puedo decir con verdad que llamó la atencion en todas partes, y que hasta en París, donde creia yo que nada habia que pudiera llamarla, consiguió á nuestro regreso ser el objeto de mil satíricos comentarios, que como hechos en un idioma que ya no le era tan desconocido, le hicieron entrar un poco en sí, y desde entonces determinó que los borceguíes constituyesen parte del esceso de peso en el equipage.

LEIDA Ó LEIDEN. INUNDACION ANTI-ESPAÑOLA.

Mis esperanzas sobre el cambio de temporal se cumplieron. Al mediodia dejó de nevar; salió el sol; templó la atmósfera y la nieve comenzó á deshacerse: con esto y con las botas Tirabeque se reanimó, y la mañana del siguiente dia salimos en direccion de Amsterdam.

No solo tuvimos la fortuna del tiempo, sino tambien la de tocarnos de compañero de viage un jóven holandés, de tan arrogante y hermosa figura como de amable trato y fina conversacion. Jamás podré olvidar los buenos oficios que nos hizo el apreciable é ilustrado *Mr. Soetens*. Siete años de estancia en París le habian hecho perder la frialdad y taciturnidad holandesa, y á la honradez del país natal agregaba las maneras cultas de la sociedad parisienne. Gozaba ya de un nombre literario en Holanda por sus producciones y escritos sobre la industria y agricultura. Con este motivo nuestra conversacion fué tan animada y tan franca, como divertido y ameno el camino.

A la izquierda veíamos las playas del mar del Norte; á la derecha íbamos dejando multitud de quintas ó casas de campa-

ña circundadas de florestas y jardines: bordaban las orillas del camino dos hileras de robustos árboles; á un lado y á otro quedaban espesos bosques de nueva plantacion, sumidos hasta la mitad de su altura en las aguas, y cruzaban el camino multitud de canales, por los cuales se veía deslizar acá y allá numerosos barcos de trasporte. El amigo *Soetens* nos entretenía esplicándonos el sistema electoral del país para el nombramiento de diputados de los Estados generales, y el modo como la eleccion tenía que resultar siempre monárquica; nos habló no muy satisfecho del carácter del rey, y todavía menos satisfactoriamente de los compromisos á que los habia llevado el genio duro y escesivamente tenaz del rey padre, especialmente en la cuestion holando-belga: nos preguntaba noticias de España, y así entretenidos, á las tres horas de haber salido de *La Haya*, dimos vista á una poblacion grande.

«¿Qué pueblo es este que se alcanza á ver? pregunté á *Mr. Soetens*.—Es la ciudad de Leida, me respondió: es una bella poblacion, que tendrá cerca de 30,000 habitantes. ¡Oh! ahora que me acuerdo, esta ciudad tiene recuerdos históricos muy curiosos é interesantes para vds. los españoles.—¡Para los españoles!—Oh! sí.—Decidlos, pues, si gustais.—Con el mayor placer.»

«Leida sostubo en el siglo XVI un sitio contra los españoles. Un bloqueo de cuatro meses tenia la ciudad en un estado de hambre horroroso, la habia reducido al estremo á que puede llegar una ciudad sin víveres. En tan apurado trance todos sus habitantes, hombres, mugeres, viejos y niños se agruparon en la plaza pública pidiendo con desesperados gritos al burgomaestre *Van der Werf*, los unos la rendicion de la ciudad, los otros un pedazo de pan. Aquel valiente ciudadano se presentó á los grupos, y desenvainando con una mano la espada, y enseñando con otra su pecho, les dijo con un acento firme y calmoso: «pan no tengo que daros, pero si mi muerte os puede aliviar, tomad esta espada, matadme, haced pedazos mi cuerpo, y divididle entre vosotros.»

«Pero el príncipe de Orange, con quien los sitiados se comunicaban por medio de palomas-correos, sabedor de su apurada situacion, propuso á los Estados generales socorrer á los desgraciados leidenses por un medio que seguramente os sorprenderá: á saber, que se rompiesen los diques del Issel y del Mosa, se inundáran 20 leguas en circunferencia, es decir todo el territorio comprendido entre Delft, Gouda, Leida y Rotterdam; que se fabricase 200 lanchones chatos y de muchos remos, y que esta flota llevase víveres y refuerzos á los sitiados. El atrevido pensamiento se aprobó y ejecutó. Construyéronse las barcas, rompiéronse los diques, el pais se inundó, el almirante de Zelandia, *Boilot*, partió desde Rotterdam al socorro de la ciudad llevando en la improvisada escuadra mas de 100 piezas de artillería, y 800 remeros soldados, en cuyos sombreros se leía la divisa: «*antes turcos que papistas*;» un viento sudoeste les ayudó á llevar las aguas hácia Leida, y los españoles sorprendidos con la repentina inundacion levantaron el sitio apresuradamente: el socorro llegó á Leida en ocasion que habian perecido ya 6,000 personas de hambre y de enfermedades. La

ciudad celebra todos los años con fiestas públicas el aniversario de su libertad.»

Tirabeque habia estado escuchando con mucha atencion el relato histórico de nuestro *Soetens*, y luego que concluyó, ¿lo ha oido vd. mi amo? me dijo: el diablo me lleve si las traigo yo todas conmigo por estos aguazales; y quiera Dios que si saben que venimos por aquí dos españoles, no les dé gana de romper el dique de cualquier riachuelo, que para ahogar á dos españoles poco es necesario, pues tengo para mí que esta gente no ha de ser muy adicta que digamos á los españoles.

—Por lo que hace á la plebe, contestó *Mr. Soetens*, no va vd. descaminado, porque aun conserva cierta antipatía tradicional hácia los que en otro tiempo fueron sus conquistadores, y de quienes (con perdon sea dicho de mis dignos compañeros de viage) no fueron tratados con la mayor consideracion. Pero las gentes de educacion del país no tienen la mas pequeña prevencion hácia los españoles: saben bien distinguir de tiempos y de circunstancias, y al contrario los tienen en buena estimacion y concepto: algo menos devotos son de los franceses; asi pues, no tengais cuidado, y podeis viajar con toda confianza.»

Al llegar á la ciudad, «entramos, dijo el ilustrado holandés, en la cuna de los hombres ilustres, en la Atenas de Occidente; oh! vos no podreis menos de haber oido hablar y aun de haber leido mucho de la afamada Universidad de *Leiden*: ella cuenta entre sus hijos al sabio Descartes, á los célebres Hugo Grotio, Justo Lipsio, Goldmith, Escalígero, Vossio, Gomar, Juan de Lucas, al famoso médico Boerhave, al pintor Rambrandt, al físico Muschembroeck...¿conoceis la física de Muschembroeck?

—Oh! casi demasiado; en los tres años del 20 al 23 que la España fué regida constitucionalmente, la física de Muschembroeck fué uno de los libros de asignatura que se señalaron para servir de testo en las aulas de las universidades españolas por el plan de estudios de aquel tiempo: yo estudiaba entonces filosofía, y algunos ratos me devané los sesos con la física de Muschembroeck.—En ese caso conocereis la *botella eélctrica* de

Leiden.—Y aun aprendí á ejecutar con ella algunos esperimentos.—Pues bien, aquí teneis la ciudad donde se inventó y la patria de su autor.»

En esta conversacion pasamos sus muros y sus fosos, y llegamos al hotél.

Poca mansion hicimos en Leida, de consiguiente no pude visitar sus ricos museos y gabinetes de objetos artísticos y literarios, pero fué lo bastante para admirar una poblacion que es un conjunto de islas formadas por el caudaloso Rhin, que dá cien vueltas y revueltas por su casco interior, saliendo á unirse todos sus brazos fuera de la ciudad, y cuyas isletas están unidas por 145 puentes de piedra de talla.

EL MAR DE HARLEM.

Tres nuevos viajeros se nos agregaron en Leida; dos jóvenes señoritas, de buenas facciones, blanco y sonrosado color, y frescas y robustas carnes, como son en lo general las holandesas; y un ciudadano de no muy atractiva catadura, y cuyas maneras no le hacian tampoco mas atractivo á sus bellas colaterales, puesto que repantigado en su asiento con toda la pachorra de un legítimo holandés, todo el obsequio, todo el galantéo que les dirigia era un continuado zahumerio, una fumigacion casi no interrumpida de tabaco, merced á una especie de estufa, que en concepto de pipa, de la boca hasta el suelo pendiente llevaba. Esto de lanzarse dos jóvenes solas en un carruage, en España seria sospechoso, allí es una cosa muy comun: no sé si consistirá mas en la influencia de la educacion que en la frialdad del clima.

Mostrábanse las niñas poco complacidas de su *adlátere*; ni les hacian tampoco el mejor oficio las voluminosas piernas de mi lego; éste por su parte hubiera deseado no solo no llevar las colosales botas, sino ni piernas tampoco, si fuese posible, á

trueque de no incomodar á tan agraciadas hermanitas. Pero su sentimiento era no poder mutilarse de repente, ni poder siquiera pedir mil perdones por la molestia á causa de no saber esplicarse en la lengua que ellas hablaban; en cambio les significaba su sentimiento con gestos y señas que á todos nos hacian reir. De esta situacion se aprovechaba muy bien nuestro compañero *Soetens*, que á lo ilustrado reunía lo galante: poseedor de ambos idiomas, hablaba con las jóvenes en holandés, hablaba en francés con nosotros, y era el alma de aquella viandante sociedad. La conducta del fumador le dió á *Soetens* ocasion á referirnos tal cual anécdota de su vida, revelándonos que el haber librado en un caso semejante á una *prima donna* de París de otro fumador importuno, le habia valido tener asiento gratis en la grande ópera por algunos años; amen de lo que tuviera por prudente callar.

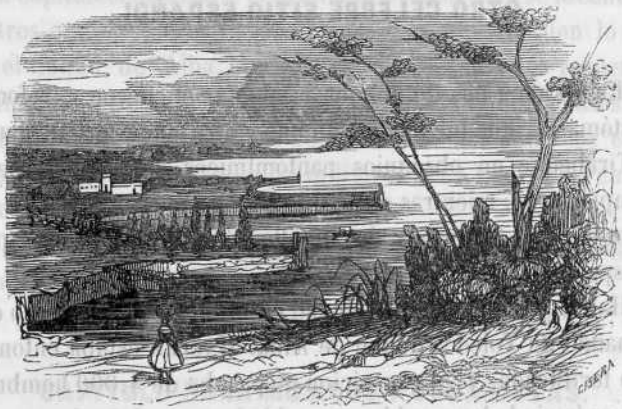
Asi marchábamos agradablemente distraidos: y en verdad que todo hacía falta, porque el horizonte habia vuelto á enmarañarse; á poco rato se levantó una ventisca furiosa, y poco despues comenzó una lluvia de agua-nieve, que no cesó en todo el dia, escediendo en crudeza al anterior, tanto que segun despues supimos, en el gran canal de Amsterdam naufragó aquel dia un buque á causa del deshecho temporal, ahogándose ocho ó nueve marineros.

En esto, á nuestra derecha y á los pocos pasos del camino llegamos á divisar una gran masa de agua, cuyo oleage semejaba al del mar.—¿Qué es esto? preguntamos Tirabeque y yo á *M. Soetens*, no poco asustados uno y otro.—Este, respondió, es el *mar de Harlem* , ó sea el *gran lago* de 12 leguas de circunferencia, ¡Oh! este es uno de los grandes enemigos interiores que tiene el país, ademas del grande Occeano que esteriormente le está siempre amenazando. Os contaré su historia.

«En el siglo XV una gran parte del Rhynland y del Amstelland, fué tragada por esta vasta estension de aguas que ahora se llama *mar de Harlem*. Sin embargo, entonces no pasaba todavia de una gran laguna. Pero en el siglo XVI otra terrible

inundacion reunió cuatro diferentes lagos distantes unos de otros, aprisionando una porcion de pueblos, á quienes impuso una existencia anfibia, dejándolos mitad dentro y mitad fuera del agua.

Señor! esclamó Tirabeque; sobre que digo yo bien, que aqui tenemos que quedar para pasto de peces! Diga vd., buen amigo, ¿llegarán aqui las olas de ese lago? porque ya poco les falta. —No tengais recelo alguno; ¿no veis que están contenidas por un dique?



Y ahora asombráos de lo que os voy á decir. Ese gran lago, ese pequeño mar, tal como lo veis, tenemos los holandeses el proyecto de desecarle, y de hacer tierras de labor el vasto territorio que cubre ahora ese abismo. Temeraria y loca os parecerá la empresa; temeraria y loca sería en efecto para otros que no fuesen los laboriosos y perseverantes holandeses. Si volviérais por aqui dentro de 4 ó 5 años, acaso encontrareis ocho mil héctares de tierra labrada en lo que ahora es un piélago de doce leguas de circuíto.»

Y fué asi, que nos pareció el proyecto escesivamente agigantado; pero ¿qué cosa hay imposible para un pueblo que ha

llegado á poner puertas al mar y que le hace retirar sus límites?

El vendabal arreciaba en términos que los caballos apenas podian hacer pié, la nieve caia en gruesos copos que se estrellaban y se quedaban pegados á los cristales del carruage, las aguas del gran lago parecia venírsenos encima, el frio casi penetraba los gruesos cueros que forraban las piernas de Tirabeque, y en este estado llegamos á la aseadísima ciudad de HARLEM.

OTRO CÉLEBRE SITIO ESPAÑOL.

En HARLEM nos detubimos á calentar el cuerpo y refocilar el estómago, que bien lo habian uno y otro menester. Deshacíase Tirabeque en obsequios pantomímicos con nuestras bellas acompañantes, mientras el amable *Soetens* me contaba á mí uno de los sucesos históricos de aquella ciudad mas curiosos para un español.

Habia puesto sitio á la ciudad en el año 1572 el famoso don Fernando de Toledo, duque de Alba. HARLEM estaba entonces poco fortificada, y su guarnicion no pasaba de 4,000 hombres. Pero cada ciudadano se hizo un soldado para defender su patria, y las mugeres mismas siguieron su ejemplo. Una de ellas, cuya familia existe todavía en Amsterdam, á la cabeza de 300 heroinas, secundaba las operaciones del sitio, y el batallon imberbe compartía las fatigas con la guarnicion. Diferentes veces intentaron en vano los españoles asaltar la ciudad por las puertas de San Juan y la Cruz: despues de siete meses de infructuosos ataques tuvieron por prudente convertir el sitio en bloqueo. Temerosos de que los holandeses recurrieran al medio de romper los diques para inundar la comarca, como habian hecho en Leida, acordaron hacer entrar buques de guerra en el *gran lago de Harlem*, y circunvalaron por todas partes la ciudad.

Los sitiados pidieron capitulacion: pero no habiéndola obtenido con condiciones honrosas, determinaron hacer una salida desesperada, y colocando las mugeres y los niños en el centro de las filas, marcharon frente al enemigo. Noticioso el duque de Alba de tan desesperada resolucion, consintió en capitular, á condicion de que le fuera entregada la ciudad, con mas 57 de los principales habitantes en rehenes. Cuando los españoles entraron en HARLEM, hallaron reducida la guarnicion á 1,800 hombres.

«El modo como el duque de Alba observó las condiciones de la capitulacion (añadió el prudente *Soetens*), yo se lo contaría á otros que no fuesen españoles. Pero vos sabeis bien lo que era el duque de Alba. Asi no estrañareis que los recuerdos tradicionales de su ferocidad, hayan dejado en las masas del pueblo, que no se paran á hallar diferencias entre los españoles del siglo XIX y sus gefes militares del XVI, la prevencion poco favorable que antes he indicado.»

Y yo Fr. Gerundio, español del siglo XIX, me encogí de hombros y callé.

CAPÍTULO PARA MÚSICOS Y ORGANISTAS.

Una curiosidad de HARLEM nos anunció *Mr. Soetens* que á toda costa me propuse satisfacer. La proporcion de tomar carruage á cualquiera hora me hacía no sentir mucho el que la diligencia que hasta allí nos habia conducido y que tenia pagada hasta Amsterdam se fuera sin nosotros. *Soetens* nos hizo tambien la fineza de quedarse á acompañarnos.

Esta curiosidad, esta maravilla de HARLEM, es el órgano de su grande iglesia protestante (católica en otro tiempo tambien), la mayor de toda Holanda, El órgano, obra de *Cristian Muller* en el siglo XVI, pasa por el mas grande y mas bello que existe en el mundo; pues aunque los dos nuevamente cons-

truidos en York y en Birmingham tienen algunos tubos de mas dimension, su conjunto no iguala al de HARLEM. Este consta de 5,000 tubos ó cañones, y de 12 fuelles. Tiene (en términos de organista) 60 voces, algunas de las cuales hacen un efecto estraordinario y desoido, como el *bordon*, la *viola de Gamba*, el *trueno*, la *trompeta*, la *campana*, la *voz humana*, y todos los instrumentos de una orquesta.

Aunque el amable *Soetens* me habia dado todas estas noticias orgánicas revestido de una formalidad todo holandesa, yo habia suspendido el juicio, ya que algo mas allá no fuese mi incredulidad. Mas luego añadió: ¿quereis oir un concierto cual no le habreis oido ni acaso le volvais á oir en la tierra? Avisaremos al organista.—¿Y se prestará á darnos este gusto el señor organista? le pregunté yo. —Oh! si, está siempre dispuesto á ello por el precio de doce florines (como unos 100 rs de España,) que es la tarifa de estos conciertos.—Pues bien, repuse, á trueque de oir esa maravilla los daré de buen grado.»

Salimos á buscar al organista, no sin una fuerte resistencia de parte de Tirabeque, el cual me decia: «señor, está visto: vd. pierde la cabeza en los viages: será posible que vaya vd. á dar cinco duros por oir un órgano? Por bueno que sea el órgano de *Harlem*, ¿cree vd. que será mejor que el de la catedral de Palencia? ¿Y piensa vd., que el organista lo hará mejor que el padre Chano del convento de Sahagun? Mire vd., que mejor que aquello es imposible: contemple vd., mi amo, que cuesta cinco duros; y sobre todo, que me temo que estos holandeses con toda su formalidad se están burlando de vd., señor, volvámonos, mi amo Fr. Gerundio, que esos cinco duros me están abriendo á mí las cinco llagas de nuestro Padre san Francisco.»

Inexorable estube á las reflexiones de mi lego: buscamos al organista, y efectivamente *Mr. Schumann* (que así se llamaba aquel hábil profesor) se prestó desde luego á ir en el acto con nosotros á la iglesia, añadiendo que era la hora mas oportuna, puesto que no habria nadie en el templo, que era lo mejor para gozar el efecto del órgano en toda su plenitud.

Entrado que hubimos en la iglesia, *Mr. Schumann* cerró las puertas como tiene de costumbre en tales casos, y subió al órgano. El programa de estos conciertos á puerta cerrada suele ser; un *adagio*, una larga pieza militar, un trozo de Morzat ó de Wéber, una composicion titulada *ranz des vaches*, otra nombrada en el idioma del pais *God save the keng*, y una pastorela con tempestad, todo lo cual dura como una hora. Ciertamente no he oido cosa mas grandiosa en punto á armonía; el alma se sentía embriagada de un placer inefable. En la pieza militar se percibia con una naturalidad prodigiosa las voces de las trompetas, los redobles de los tambores, y hasta el estampido del cañon. Pero sobre todo la pastorela! ¡aquella pastorela compuesta espresamente para el órgano de HARLEM! ¡aquella pas-

torela, en que no se sabe qué admirar mas, si el poder prodigioso del instrumento, ó el talento y habilidad música del artista!

La calma de los campos, el calor de la atmósfera, la sencilla alegría de los aldeanos, el caramillo de los pastores, la vuelta del ganado sonando sus cencerros, el toque de la campana, la oracion cantada á coro, la aproximacion de la tempestad, el ruido en fin del trueno, el estallido del rayo, todo se pinta, todo se distingue perfectamente, y todo causa en el alma una emocion, un terror á que es imposible resistir, y que aumenta la magestad del sitio. Cuando el trueno retumba, cuando se oye la detonacion que lanza el rayo, entonces el espíritu estremecido se figura ver desplomarse las robustas columnas del desierto templo, y desgajarse las bóvedas á la voz terrible de la venganza divina.

Concluido que hubo, «¿qué os parece? me preguntó *Mr. Soetens*.—¿Qué me ha de parecer? le respondí: el asombro de que estoy embargado dirá mas que las palabras.—Señor, añadió Tirabeque, bien empleados sean los cinco duros, lo primero porque los ha ganado bien el organista, porque no pensé yo que habia teclero en el mundo capaz de hacer tantas atrocidades, y lo segundo en accion de gracias por haber salvado con vida de la tormenta, que bien pensé que nos íbamos á merendar con Cristo á toque de órgano.»

Bajó *Mr. Schumann*, le felicitamos por su maestría artística, le dimos las gracias por el buen rato, y salimos del templo llenos de admiracion.

CAPÍTULO PARA IMPRESORES Y LIBREROS.

Profesores del arte de *Guttemberg* se han llamado siempre los que ejercen el arte tipográfico, por creerse universalmente que la imprenta fué inventada por Juan Guttemberg, natural de

Mayenza en Alemania. No lo creen así los habitantes de HARLEM, que reclaman á capa y espada este honor para su compatricio *Lorenzo Coster*; y dicen, y aseguran, y sostienen que el *Guttemberg* recibió los tipos de un criado del *Coster* que se los habia robado, y que él no hizo mas que unirlos, y coordinarlos, verificándose el *tullit alter honores* de Virgilio. Y en prueba de ello enseñan en la casa de ayuntamiento una cajita de plata que encierra el primer libro impreso por él (dicen) en 1440, titulado SPECULUM HUMANÆ SALVATIONIS.

Y en fé de ello han levantado en la plaza mayor una estátua á *Lorenzo Coster*, teniendo en una mano un cuño marcado con la letra *A*, y en la otra *unas pruebas*. Y se atienen á lo dicho, y en testimonio de verdad le enseñan á vd. enfrente la casa en que vivió, y en su fachada la siguiente incripcion en letras de oro:

Memoriæ Sacrum.
Typograpphia, ars artium omnium conservatrix,
hic primum inventa
circa annum M. CCCCXX.

Templo consagrado á la memoria.
La tipografia, arte conservadora de todas las artes,
nació aquí
hácia el año 1420.

Y asi fué que el año 1820 celebró la ciudad de HARLEM con fiestas públicas el cuarto aniversario secular de la invencion de la imprenta.

No seré yo Fr. Gerundio el que me empeñe en quitar la gloria al hermano *Guttemberg* para dársela al hermano *Coster*; allá se las campanéen holandeses y alemanes, aunque veo el pleito perdido por parte de aquellos: como decia mi Pelegrin, cualquiera que haya sido el inventor, no sabe bien la herencia que nos ha dejado, y los años de vida que pierde un pobre lego que tiene que lidiar con cajistas y prensistas etc. etc.

CAPITULO PARA JARDINEROS,

Y AFICIONADOS Á FLORES.

¡Rarezas y singularidades tiene Harlem por vida mia! Increibles si no se vieran, pero ciertas y positivas por que se ven.

Una de las celebridades de Harlem es el esquisito cultivo y el inestimable aprecio que hacen de las flores, especialmente de los *tulipanes* y *jacintos*. ¿Cuánto les parece á vds. que vale alli un buen *tulipan*? ¿Creerian vds. que se pagaba en Harlem hoy en el dia por un buen *tulipan* 100 florines, como unas 3 onzas españolas?

«¡Oh! eso es imposible, dirán muchos.—¿Es imposible? Pues voy á demostrar á vds. históricamente que el precio actual de 100 florines es una miseria con respecto al valor que tenian antes. Llevado, yo Fr. Gerundio, de la misma incredulidad, he leido varios autores holandeses, y he visto que todos de conformidad me dicen; que un *tulipan* llamado *el Virrey* se vendió á cambio de los objetos siguientes:

	RS. VN.
Cuatro toneles de trigo, valuados en. .	3,600
Ocho id. de centeno, en.	4,560
Cuatro bueyes en.	4,000
Ocho cerdos, en.	2,000
Doce carneros, en.	1,040
Dos toneles de vino, en.	600
Cuatro id. de cerbeza, en.	280
Dos id. de manteca de vaca, en. . . .	1,600
Mil libras de queso, en.	1,000
Una cama completa, en.	860
Un lio de ropa, en	720
Un vaso de plata, en.	520
TOTAL. . . .	20,780 rs.

Y veo que todos á la una me refieren que una cebolla de *tulipan*, llamada *el Almirante Liefken* se vendió en 4,400 florines, 36,000 rs. Y veo que todos convienen que otro *tulipan* nombrado el *Semper Augustus* valió en venta 5,300 florines, unos 48,000 rs.

¿No lo creen vds. todavia? Pues oigan vds. la siguiente curiosa anécdota, que prueba hasta donde llegaba en HARLEM el embeleso, la locura por los *tulipanes*, hasta qué punto llevaban la *tulipomania*(1).

(1) ¡Coincidencia singular! El dia que esto escribo, que es el 8 de diciembre de este año de 1842, leo en los periódicos de España, copiado de los de Lóndres, que un inglés acaba de comprar un *tulipan* en 640

Un florista de Harlem tenia un *tulipan* que hacia todo su orgullo, las delicias de su vida, por que la flor era hermosa, era perfecta. Todos le envidiaban, muchos le aborrecian porque era feliz. Pero una noticia funesta vino á amargar todos sus goces; un viagero á quien enseñó su *tulipan* le dijo que habia visto otro igual en París en el boulevard del Temple. El hombre se quedó mústio; el *tulipan* perdió para él toda la ilusion. Un dia ya no se pudo contener y sale en direccion de París. Llega, compra el tulipan en 3,000 francos, le pisotéa, y se vuelve feliz, porque ya posée el único de aquella clase.

El valor de los *tulipanes* se cotizaba diariamente en las bolsas de *Harlem* y *Amsterdam* como los fondos públicos: se negociaban y vendian á plazo y al descubierto antes de saber donde se podria tomarlos, y á veces se habian vendido mas de los que pudieran producir todos los jardines reunidos de Holanda. Semejante furor llamó ya la atencion del gobierno, que se ocupó en discurrir cómo poner término al escandaloso tráfico; y ademas reunidos en Amsterdam los principales cultivadores de *tulipanes* á fines de 1737, trataron ya de poner coto á un frenesí, que no solo se habia apoderado de los ricos, sino que cundiendo por todas las clases de la sociedad, empezaba á producir los mas perniciosos efectos. Habia muchos jardineros que ya no querian trabajar, prefiriendo correr el riesgo de esta especie de comercio. Por lo que convinieron, de acuerdo con las autoridades y magistrados del reino, que en lo sucesivo no pudieran venderse *tulipanes* sin conocimiento de la autoridad, y que en caso de negarse á ejecutar los convenios de venta espresados en 24 de febrero de 1837 pudiese ser indemnizado el vendedor con el 10 por ciento á costa del comprador. Esta medida dió tal golpe al tráfico *tulipanesco*, que pocas semanas despues se compraban por 25 florines *tulipanes* que antes costaban 3,000.

libras esterlinas (64,000 rs. vellon), ¿Si habrá pasado la *tulipomania* de Holanda á Inglaterra? Con este motivo dice un periódico inglés, y tiene razon: «¡qué de patatas no hubiera podido comprar el botánico *gentleman* para saciar con ellas el hambre de un sinnúmero de infelices que diariamente perecen de inanicion!»

PARA MINISTROS DE GOBERNACION,

Y DIRECTORES DE CAMINOS Y CANALES.

Tomamos otra diligencia, y salimos de *Harlem*. El camino de allí á *Amsterdam* no es mas que la cima del inmenso dique que separa el lago de *Harlem* del famoso golfo de *Zuyderzée*. La seguridad del país en diez leguas en circunferencia pende de la conservacion de este dique. Si se rompiera, sería todo presa de las aguas, inclusas sus grandes ciudades.

Yo hubiera deseado llevar conmigo por allí á todos los ministros de la Gobernacion de España habidos y por haber, y á todos los directores de caminos y canales, para que vieran lo mucho que hay por el mundo y lo muy mal repartido que esta. Allí una riqueza de medios de comunicacion que ya degenera en lujo; aquí.....lo que ellos y yo sabemos y sería una superfluidad decir. Allí de *Harlem á Amsterdam*, en un ancho de 200 pasos, y en tres líneas rectas y paralelas, una calzada de ladrillo para diligencias guarnecida de dos hermosas hileras de árboles; á su lado un ancho canal de navegacion, y al lado de este un camino de hierro: de modo que en el referido espacio de 200 pasos, ó menos, se vé marchar simultánea y paralelamente á un mismo punto las diligencias, los buques, y los coches de vapor: aquí.....puntos y mas puntos. Allí los ministros del Fomento dan pocas proclamas, y pocas circulares, y pocos proyectos de ley, y hacen muchas calzadas y muchos canales y caminos de hierro: aquí no hacen canales ni caminos de hierro, pero quitan y ponen muchos gefes políticos. Allí sobra lo que aquí falta: ¡cómo ha de ser! Siempre en el mundo hubo mucho y mal repartido.

MIRÉMONOS EN ESTE ESPEJO.

Voy á dar una idea de la poblacion de Holanda, de ese país estéril de suyo, y que no sería sino un gran charquetal, un vasto pantano, una inmensa laguna ó una marisma intransitable, inculta, sin la incansable laboriosidad de los holandeses. La siguiente pequeña estadística probará el partido que han llegado á sacar aquellos naturales de su ingrato y pantanoso suelo.

En una linea de 26 leguas que hay desde Breda á Amsterdam, es decir, en seis leguas menos de distancia que hay de Madrid á Valladolid, se encuentran las ciudades y con la poblacion siguiente:

Breda.	5,500	habitantes.
Drodrecht.	20,000	
Rotterdam	80,000	
Delf.	15,000	
La Haya.	60,000	
Leida.	10,000	
Harlem.	21,000	
Amsterdam.	220,000	

Mirémonos en este espejo: calculemos la poblacion que podria tener la fertilísima España, y notemos la diferencia que va de trabajar á no trabajar.

AMSTERDAM.

TEATRO DE VARIEDADES.

Llegamos á Amsterdam de noche y lloviendo. Desde el sitio en que nos apeamos hasta el hotel del *Gran Doelen* á que nos condujo nuestro buen *Soetens* habia una distancia regular. Al atravesar un puente, mi pobre Pelegrin que ya iba andando con bastante trabajo, resvaló, y dió con sus botas y su humanidad en tierra, ó por mejor decir en lodo: levantámosle entre los dos, y le llevamos hasta el hotel asido de los brazos, ni mas ni menos que como en las plazas de toros de España se suele conducir á un picador que acaba de sufrir un porrazo solemne. Entramos en el hotel, nos acomodamos en la cámara núm. 32, se mudó Tirabeque de ropa, nos calentamos, bajamos á comer, y acabada la comida, á propuesta de *Mr. Soetens* nos fuimos á pasar la noche al *teatro de Variedades*.

Pero antes, tambien á invitacion suya, entramos en el *Café francés de Hamell*, el mas concurrido de la mas florida juventud de Amsterdam. Tomamos nuestro té y pasamos al teatro. Hay en Amsterdam tres teatros, el francés, el aleman, y el holandés que era este. *Quince sous* cuesta la entrada con asiento de luneta ó de galería, pero son *quince sous de florin*, que equivalen á unos 6 ó 7 rs. de España; si bien alli 15 *sous* son tan friolera como serian aquí 6 ú 8 cuartos; todo consiste en el precio respectivo de las cosas con arreglo al valor de las monedas. Asi la Holanda es carísima para un español, puesto que 10 pe-

setas de aquí hacen menos de 5 florines allá, y con 5 florines allá no se hace tanto como con 3 ó 4 pesetas acá, por manera que ó yo me engañé mucho en mis cálculos, ó viene á resultar una diferencia de carestía de España á Holanda como de 4 á 10. Observacion, que pienso no es indiferente para quien se proponga viajar.

Pero vamos á nuestro teatro.—«Guardad esos billetes, nos dijo *Soetens*, para el uso que despues os diré.» En efecto no hicimos mas que enseñarlos á la entrada, y los guardamos en seguida. Tomamos tres asientos seguidos de luneta, los primeros que se nos depararon, porque tampoco están numerados allí.

El teatro no era grande, pero se notaba que la sociedad era bastante escogida. Dió principio la representacion, que consistió en dos *Vaudevilles*, alternados entre canto y declamacion como en Francia. Los actores se conocia que ejecutaban con propiedad, gracia y desembarazo, mas para nosotros no pasaba de una pantomima, puesto que la representacion era en holandés, y no podiamos comprender una sola palabra.

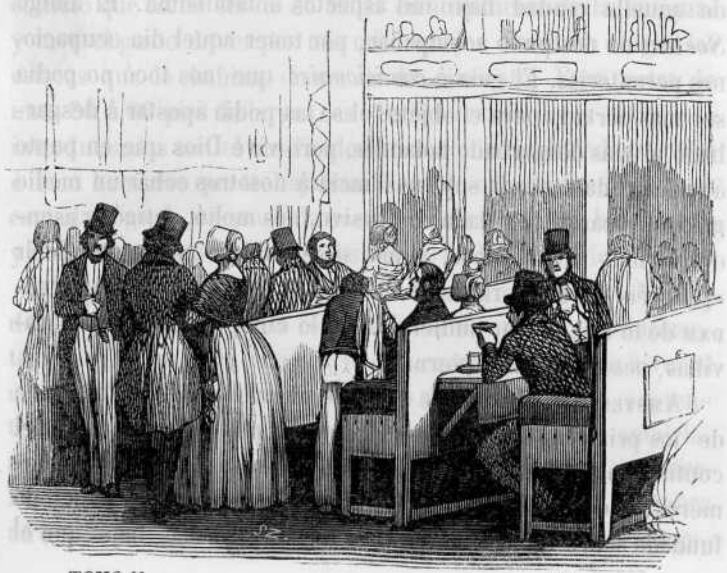
—¿Entiendes algo, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego.—Señor, me respondia, lléveme el diablo si hasta ahora he podido entender mas de toda la comedia, sino que hay una dama vestida de hombre, y un amante que rabia de celos, lo cual me indica que los celos son una enfermedad rabiosa hasta en Holanda.»

La pieza debia estar sembrada de chistes, porque de tiempo en tiempo los serios holandeses daban de mano á su natural gravedad, y reian con toda su alma. Las señoras y caballeros que estaban cerca de nosotros, creyéndonos tambien holandeses, solian mirarnos como quien desea compartir con otros los goces de una sal cómica; yo reia tambien con ellos sin saber de qué, y Tirabeque lo hacía tan á lo vivo, que logró llamar la atencion con sus risotadas, y luego añadia: «¡qué graciosa es la comedia, mi amo! ¡Cómo me divierto!»

Concluyóse un acto, se bajó el telon, y entonces fué cuando ví la cosa mas nueva y menos usada que en materia de teatros

he presenciado. Caláronse todos los sombreros, en seguida cada uno fué sacando su puro ó su pipa y comenzaron á fumar de lo lindo. Mas de 400 pipas humeaban en el salon; la atmósfera se fué condensando, y las hermanas holandesas sufrian la humareda con una impasibilidad admirable, como quienes á ello estaban muy acostumbradas. Del rigor inexorable del sistema prohibitivo de la Francia en materia de fumar en sociedad, hasta la libertad completa y absoluta que reinaba en aquel teatro de la ciudad mas considerable de Holanda, vean vds si hay grados de distancia, y si habrá diferencia de costumbres de pueblo á pueblo.

No paró en esto todavía.—¿Qué es lo que quereis tomar ahora? nos preguntó *Soetens*.—Yo nada, le respondí.—Haríais mal; vos no debeis perder el derecho que os da vuestro billete; no teneis sino entregarle, y pedir (sin que nada os cueste) ó bien un ponche, ó una botella de cerbeza, ó unas copas, ó lo que mas os acomode.—Bien, le dije, saldremos á tomar'o.—Ah, nó, aquí mismo.»



En efecto, de trecho en trecho entre las mismas lunetas hay unas mesitas de muelle, las cuales se suben, y sobre ellas se sirve lo que pide cada uno á la presentacion del billete, que se entrega definitivamente entonces, sin mas coste que el de los 15 *sous* de entrada. El salon se convirtió instantáneamente en café de confianza: todos fumaban y bebian, y nosotros bebimos y fumamos tambien, con arreglo al «*dun Romœ fueris.*»

Los tres golpes de anuncio de levantar el telon intimaban poner término al refresco; los mozos acudieron á limpiar las mesas; se bajaron estas, se levantó el telon, dió principio el segundo acto, y asi continuó poco mas ó menos el resto de la funcion hasta las 11, que salimos muy complacidos de haber visto una novedad teatral.

IDEA GENERAL DE LA POBLACION.

Eso fué lo que procuramos al dia siguiente, formar una idea de aquella ciudad bajo mil aspectos notabilísima. El amigo *Soetens* no nos pudo acompañar, por tener aquel dia ocupaciones perentorias. El guia ó *comisionaire* que nos tocó no podia ser mas cortado para el objeto: él se las podia apostar á desgarbado al mas desgarbado holandés, pero vive Dios que en punto á andar cada zancada suya nos hacia á nosotros echar un medio galope: incansable y nada compasivo, nos molió, fatigó y asendereó muy á su sabor, como si se hubiese propuesto decir «¿queréis ver á Amsterdam? Pues yo os haré ver mas Amsterdam de lo que desear pudiérais.» Y lo cumplió á las mil maravillas, pese á nuestras piernas.

Amsterdam, ese grande depósito mercantil del Norte, y uno de los primeros del universo, esa gran plaza de mercado del continente europeo, esa ciudad-isla que sostiene relaciones comerciales con todos los pueblos conocidos del globo, está toda fundada sobre estacas en un terreno fangoso mas bajo que el

nivel del mar, entre el *lago de Harlem*, el lago mucho mas estenso todavía del *Zuiderzée*, y entre los rios *Amstel* é *Y* ó *Wy*: cruzada en su interior por cuatro anchísimos canales que corren paralelos al foso que la circunda, amen de otros mil canales que dividen la poblacion en 95 islas, unidas por 290 puentes de piedra ó de madera, construidos de modo que dejan paso á las embarcaciones, de manera que por las calles de AMSTERDAM andan los buques de arriba á bajo ni mas ni menos que cruzan los coches por las calles de Madrid. ¡Espectáculo nuevo y singular para un español!

Hacíaseme inverosímil y difícil de creer, á mi Fr, Gerundio, eso de que 30,000 casas y multitud de otros vastos y soberbios edificios hubieran de estar fundados sobre estacas clavadas en el cenagoso suelo: mucho mas cuando al entrar en el palacio real me decian tambien : «este palacio está sostenido por 13,695 estacas;» cuando al visitar el palacio de la marina me decian igualmente: «18,000 estacas sostienen este edificio.»

Pero no tardé en convencerme de la verdad, puesto que yo llegué en ocasion que se estaban echando los cimientos del gran edificio que ha de servir de Bolsa en sustitucion de la antigua: y tuve el gusto de ver por mis mismos ojos clavar en el agua las estacas que le habian de servir de cimiento. Eran estas de unos 50 á 60 pies de largas, es decir, eran árboles enteros, é introducíanlas con el ausilio de una máquina manejada por diez ó doce hombres que trabajaban al son de una cantinela del pais cantada á coro, tan pausada como el carácter de sus habitantes, y cuyos compases marcaban los golpes de los operarios.

La existencia de AMSTERDAM es un prodigio diario. Mirada desde la torre del palacio real, se la vé interior y esteriormente como embutida en agua; y lo que es mas, se alcanza á ver el mar del Norte como suspenso sobre toda la Holanda septentrional, amenazando desplomarse sobre ella, tragarla , sumirla, ahogarla bajo el peso de sus flotas. ¿Quién contiene, quién refrena las aguas del amenazante Occeano? Los *diques* , esa obra atrevida de los emprendedores holandeses. Si los diques se rom-

pieran, si descuidáran su esmerado entretenimiento por algunos meses no mas, ¡ay de ellos y de su pais! El mar se lanzaría sobre ellos y se absorvería poblaciones y habitantes. De vida ó de muerte es para ellos el asíduo entretenimiento, la buena conservacion de los diques. Millares de florines consume cada dia; millones y millones de florines invierte cada año la sola ciudad de Amsterdam en el entretenimiento y conservacion de los grandes diques.

El que separa las aguas de su puerto consiste en dos líneas de estacadas, á distancia de 80 pies, dejando abiertas para la entrada de los buques 21 embocaduras, que se custodian con mucho cuidado durante la noche, y que constituye al mismo tiempo uno de sus mas deliciosos paseos. La ciudad está circundada de un foso guarnecido de 26 bastiones, cada uno de ellos con un molino de viento. Y el pueblo tiene la configuracion de una herradura, ó mas bien del salon de un coliséo por dentro

CALLES, CASAS, COCHES Y CARROS.

Por fortuna el tiempo se habia declarado otra vez en bonanza. Desde el momento que salimos del hotel halló Tirabeque no poco que admirar, y no poco sobre que hacer preguntas, lo cual nos convino muy mucho para conseguir algunas pausas de nuestro escesivamente andante *comisionaire*.

Cuando él vió las casas de *Amsterdam* (casi todas de ladrillo con su remate en festones,) tan altas y supinas, y con mas inclinacion todavía en su parte superior que las de *Rotterdam*, como amenazando desplomarse sobre los transeuntes, «Señor, me dijo, en el medio consiste la virtud.» Y se me plantó en medio de la calle.

Ven aquí, hombre, le decia yo, que bien sé que te ha de gustar ir por estas anchas aceras de ladrillo colocado de plano, por el cual se anda lo mismo que por una sala.— Así será, mi amo, y yo iría por ellas de buena gana, y así podria seguir mejor á este desdichado de *comisionista*, que sin duda se ha figurado que venimos á ganar algun jubileo á AMSTERDAM.—Mira, desde aquí se goza todo el efecto que hacen las casas del otro lado, con sus fachadas pintadas al óleo y barnizadas, con sus soberbias ventanas de grandes y clarísimos cristales.—Si señor, que son muy bonitas, y hacen una vista hermosa, pero crea vd. que las veo perfectamente desde el medio de la calle.

«Oiga vd., señor comisionista (añadió), hágame vd. el favor de no correr tanto. ¿Me dirá vd. qué significan aquellas ruedas que se ven en todas las casas, casi debajo del alero del tejado?—*Oui, Monsieur; elles son des poulies.*—Que son *pulidas* ya lo veo yo; pero queria saber qué servicio hacian.—No te ha dicho que sean *pulidas*, hombre, sino *poléas*, trócleas ó garruchas, que servirán para hacer subir á los últimos pisos de las casas lo que sea necesario.—Es verdad, repuso el *comi-*

sionaire ; aquí apenas se sube cargamento alguno por las escaleras; todo se hace por medio de esas garruchas, que es mas económico , mas sencillo y mas breve.

«Dígame vd., querido, (le pregunté yo despues) no habiendo visto una sola piedra ni grande ni chica en todos los Paises-Bajos , y hallando ahora empedradas las calles de Amsterdam, ¿se sirvirá vd. decirme de donde se trae esta piedra? —Oh! sí, esta piedra se trae de Suecia ó del Luxemburgo.—¡Oh diablo! esto será muy costoso.—Al contrario, los buques lo traen de lastre , y cuesta una friolera. En tal caso mas os admirará lo que os voy á decir. ¿Veis esta poblacion tan numerosa , y tan rodeada y empapada de aguas por dentro y fuera? Pues aquí no hay agua potable.—¡Cómo! ¡Una poblacion de 220 mil almas no tiene agua que beber! —Absolutamente. En vano el gobierno ha intentado muchas veces hacer venir la de *Utrecht*, que es esquisita. Se recoge la que se puede de las lluvias en bellas y vastas cisternas: la demas se va á buscar ó bien al pequeño rio *Veckt* distante 2 leguas de aquí, la cual es mediana, ó bien á *Utrecht*, que dista 10, y es mejor; pero la multitud de canales , la facilidad y baratura de los trasportes, hace que los muchos artículos de que carecemos los tengamos abundantes y á un precio módico.»

Hablando esto íbamos por la anchurosa calle de *Heeren Gracht*, larga como de media legua: cuando de repente dá Tirabeque un grito de sorpresa diciendo: «¡Señor, señor, un coche andando sin ruedas!» Así era la verdad,

Usanse en Amsterdam una especie de coches sin ruedas (*traîneaux*,) tirado por uno ó dos caballos, en que la caja descansa sobre dos varas que van arrastrando por el suelo, y por consecuencia sin hacer oscilacion ni ruido alguno. Son muy comunes en Amsterdam, pero no podrian usarse donde el empedrado fuese de piedras prominentes como en España, y no planas como allí. Los coches de ruedas se usan poco, y aun antes eran prohibidos, á causa de la poca solidez del terreno, escepto para algunos grandes señores que gozaban de este privilegio.

No menos le admiró á Tirabeque la figura de los carros del pais, todos pintaditos de verde y muy limpios, sin timon, y sin que los caballos vayan uncidos á él, sino delante marchando libremente sin el peso del carro. El carretero es el que gobierna con sus mismos pies una especie de timon corbo, con el que dá al carro la direccion que le conviene ó acomoda, lo cual tampoco podria hacerse sino en un terreno como en aquel, todo llano y sin la mas pequeña cuesta ni descenso, sin el mas pequeño declive.

ELLAS Y ELLOS.

Mucho reparas, Pelegrin, y con mucha detencion observas las hermanitas de este país.—Señor, ¿qué cosa mas natural en un estrangero? Y bien, ¿qué te parecen?—Señor, parécenme bastante bien en lo general y en lo particular, y nunca pensé yo encontrar en una tierra tan pantanosa y tan húmeda unas habitantas tan frescas, tan sanotas, tan coloradas y tan robustas.—No lo son solo ellas, sino que tambien los hombres lo son en lo gene-

ral.—En ellos no he reparado, pero bien podrá ser, porque como dice el refran español: «donde buenas yeguas paren, buenos potros se crian.» Plebeyo es el refran, Pelegrin, y de estilo en demasía humilde.—En un lego todo está bien, mi amo; cuanto mas que aquí no hay quien me pueda corregir la plana, y lo que importa es que nos entendamos los dos, que pienso habrá vd. entendido bien lo que he querido decir.—Si, si, demasiado.»

«Señor ¿y qué casta de mugeres serán esas que llevan una patena de plata ó de oro en cada sien, y una especie de tirabuzon ó sacatrapos del mismo metal, que en otras parece tambien un muelle de acero, como si fuera un muelle de un reloj? Muchas mugeres del pais usan ese género de adorno, pero las que mas comunmente le gastan son las frisonas.—¿Las de la tierra de los caballos *frisones*?—Eso es, de la *Frisia*, una de las provincias mas septentrionales de Holanda.—Señor, así son ellas

tan mugeronas y tan rollizas.—En la Frisia todo es de mucha talla, Pelegrin ; la raza humana, la de los caballos , la de los carneros, la de las vacas , todo es corpulento, aunque no todo igualmente robusto.»

Seguramente es particular el prendido de las mugeres de los Paises-Bajos, especialmente de las frisonas y de otras provincias limítrofes. Consiste este en una cofia de finísimo lienzo, y muy ajustada á la cabeza con un ancho y fino encaje que cae sobre la frente, y unas láminas ó planchas de plata ú oro que pasan formando un semicírculo por detras de la cabeza viniendo á rematar en forma de patenas sobre las sienes, y á cuyas estremidades arrancan dos especies de tirabuzones ó sean dos espirales del mismo metal, de los cuales cuelgan dos largos pendientes. Estos adornos suelen costarles 20 ó 30 doblones de nuestra moneda. Y como generalmente son de plata ú oro , y ellas los llevan siempre tan limpios y tan bruñidos, relumbran las cabezas de las holandesas á larga distancia que parece que llevan en ellas dos luceros.

Esto y un zagalejo de percal, con su jubon de guarniciones, que bajan desde la cintura como una cuarta ó media tercia, es el trage comun de las mugeres del país. Y su aseo en los vestidos guarda perfecta armonía con el aséo de las casas.

Los holandeses con sus anchos pantalones de pana azul, sus sombreros de copa y alas tambien anchas, y su andar pausado y sin gallardía, remedan á algunos mercaderes ambulantes de Galicia y de Castilla la Vieja. Y aun el vestido del dia de fiesta de los paisanos del *Rhynland* y del *Delfland*, con su sombrero de tres picos , su calzon corto con cuatro grandes botones de plata en la pretina , y su chupa de calamaco con espesa botonadura de metal, trae á la memoria mas de cuatro tipos españoles, y representan una página vieja y bien conservada del libro de nuestra antigua dominacion,

Se entiende que se habla de la clase comun del pueblo. Por lo demas las señoras no se distinguen en el gusto y maneras de vestir de las francesas y españolas, sino en el uso de ciertas te-

las de mayor abrigo; y los diarios de modas de París están tan difundidos entre las familias ricas, como lo están ¡para felicidad y ventura de la España! entre las nuestras. Los señores holandeses son mas dados á vestir, vivir y comer á la inglesa que á la francesa. En Holanda se vé mas la Inglaterra que la Francia, y aun á mi juicio los holandeses son una media tinta entre los ingleses y los alemanes.

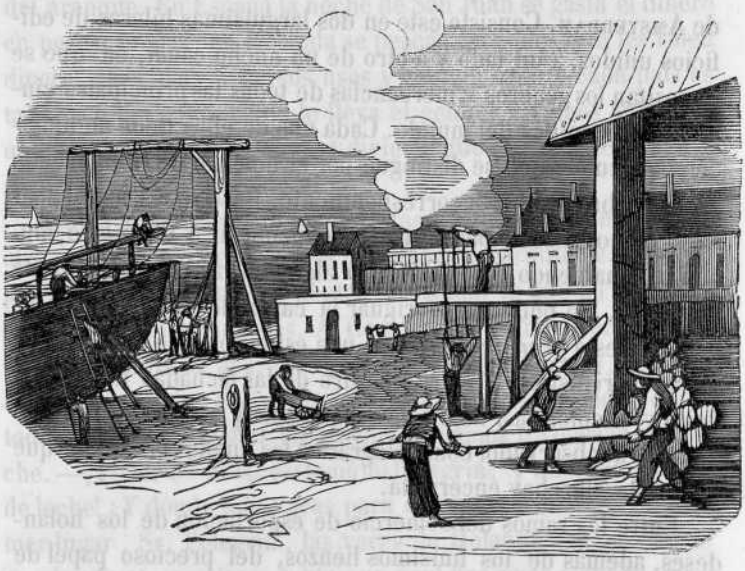
COMERCIO, INDUSTRIA, Y RIQUEZA.

Se ha dicho hace mucho tiempo que los holandeses son los traginantes del comercio marítimo de Europa. Así es, y no puede menos de ser; porque los habitantes de un país donde á veces se suele pagar 40 florines, ó sea mas de media onza española por una libra de uvas, no parece que se podrán dedicar mucho á cabar viñas. Así, pues, colocados á la orilla del mar y á la embocadura de grandes rios que penetran en el corazon de la Europa, se han hecho los arrieros del comercio, y con sus buques chatos y barrigudos, tan pesados como ellos, pero tan seguros como ellos, llevan mas cargamento que los de ninguna otra nacion; y esto unido á la facilidad de su maniobra hace que nadie pueda trasportar tan barato como ellos, y se han hecho dueños del cabotaje de toda Europa.

Pues bien; la Holanda es un país mercantil; Amsterdam es el gran mercado de la Holanda, es el puerto de sus puertos, es su emporio comercial, conque bien puede el lector discurrir lo que será Amsterdam. Supónese que el ilustre autor de *Telémaco* tenia á la vista el puerto de Amsterdam cuando describió este interesante cuadro de la ciudad de Tiro: «Yo no podia saciar mis «ojos del espectáculo magnífico de aquella gran ciudad donde «todo estaba en movimiento. Yo no veia allí como en las «ciudades de la Grecia holgazanes y curiosos que acuden á sa«ber noticias á la plaza pública, ó se entretienen en pasar re-

«vista á los estrangeros que arriban al puerto (1). Los hombres «estaban ocupados en descargar los buques, en trasportar las «mercancías ó en venderlas, en arreglar sus almacenes, ó en «ajustar cuentas con los negociantes estrangeros.»

¿Y qué hubiera dicho el hermano Fenelon, si como Fr. Gerundio hubiera visitado el *arsenal de la marina*? Por cierto que el muy reverendo arzobispo francés podia contar con ser tan mal recibido del conserge como lo fué el menos reverendo fraile español; porque si bien creyéndonos franceses frunció el ceño y se nos mostró no nada simpático, cuando le dijimos que éramos españoles no se manifestó mas adicto y devoto; españoles y fran-



ceses les hacíamos poquísima gracia; pero al fin, aunque harto recalcitrante, nos otorgó bruscamente un permiso para visitar el establecimiento.

¡Qué cosa tan vasta y tan magnífica es el *arsenal de la ma-*

(1) De buena nos libramos con no haberle dado al señor Fenelon el antojo de venirse por España en lugar de ir á la Grecia, que si no, mas cerca habia comparacion.

rina de AMSTERDAM! Aquello es una poblacion entera. Como unos 3,000 operarios trabajaban en la construccion de multitud de buques de todas clases y tamaños, entre ellos varias fragatas y un navío de tres puentes y de 95 cañones: la hermosa fragata *Doggersbank* de 60 cañones se iba á botar al agua la semana próxima. El ruido del martillo y de la sierra retumbando en los vientres de aquellas grandes máquinas que dentro de poco tiempo habian de surcar los mares de uno á otro estremo del globo, me hacian recordar tristemente, á mí Fr. Gerundio, el inanimado silencio que siete meses antes habia observado en el *arsenal de la Carraca de* Cadiz.

Salimos de allí y pasamos á ver el *gran depósito mercantil* de AMSTERDAM. Consiste este en dos larguísimas hileras de edificios unidos, á un lado y á otro de un ancho canal, en que se depositan los géneros y mercancías de todas las principales ciudades mercantiles del mundo. Cada una de ellas tiene un almacen particular, que se distingue por el nombre de la poblacion escrito sobre la puerta correspondiente. Buscamos las de España, y se nos hizo no poco estraño no encontrar á *Barcelona*, mucho mas habiendo visto á *Cadiz* y alguna otra plaza española de comercio. No pudimos averiguar la causa de esta falta. El aspecto de este *gran depósito*, de una estension que se pierde de vista, es tristísimo. El pardo-oscuro de las fachadas de los edificios y el color casi negro de las puertas y ventanas, entristece tanto al observador como alegrará á los dueños la riqueza que dentro de ellos hay encerrada.

Entre los ramos del comercio de esportacion de los holandeses, ademas de los finísimos lienzos, del precioso papel de Holanda, y otros artículos conocidos y sabidos de todos, merece particular mencion *la pesca del arenque*, pues como decia muy bien Voltaire; «la pesca del arenque, que parece una co-«sa de bien poca importancia en la historia del mundo, ha dado «á la Holanda marinos intrépidos y temibles, acostumbrados «á una vida dura, sóbria y activa, á una disciplina severa, y á «una grande economía.»

Mas de 2,000 barcos destina sola la ciudad de Amsterdam á la pesca del arenque: el arte de salarlos y conservarlos fué inventado por un tal *Guillermo Beukels*. Parece que un inventor de salar arenques no debia hacer gran figura entre los hombres célebres: sin embargo la memoria de *Guillermo Beukels* está en gran veneracion entre los holandeses, y el mismo emperador Cárlos V, no se desdeñó de visitar la tumba del autor de un descubrimiento que tanta riqueza ha reportado á la Holanda. La noche de San Juan, á las 12 de ella, cuando en España empieza la gente á entregarse á la broma y al jaléo de la verbena, entonces es cuando en Holanda se dá principio cada año á la pesca del arenque. En España la noche de San Juan se gasta el dinero en pescar monas, en Holanda se pescan arenques que les valen dinero: cada pais tiene sus usos y costumbres, y cada país es tan rico ó tan pobre como le lleva el genio, y vamos andando, que mas goza el pobre que se divierte que el rico que cabila y se afana.

Habíamos observado mucho traer y llevar de una parte á otra una especie de herradas de madera, barnizadas de verde por fuera y de blanco por dentro, sin atinar lo que en tales vasijas llevaban las mugeres. Al tiempo que íbamos á preguntárselo al *domestique* aparecíósenos nuestro *M. Soetens*, que nos andaba buscando. Hicímosle la pregunta, y nos respondió que todo lo que en aquellos recipientes veiamos trasportar era leche.—¡Poder de Dios! esclamó mi Pelegrin¡ y qué abundancia de leche! ¿Y dónde hay vacas para dar tanta leche?—En primer lugar, Sr. Pelegrin, las vacas de Holanda dan mas leche que las de otros paises, tanto que aquí una vaca mantiene una familia; lo cual no solo consiste en los buenos y abundantes pastos; sino tambien en el esmero é inteligencia con que se las cuida. En segundo lugar, Sr. Pelegrin, todos los años traemos de Jutlandia un número considerable de vacas, que engordan en nuestras praderas, y con sus productos constituyen uno de los principales ramos de riqueza del pais.

«¿Y no me dirá vd., *Sr. Soetens*, qué hacen vds. aquí con

las vacas para que engorden tanto y den tanta leche? —Por de contado aquí nunca se las maltrata; jamás ni el pastor ni el labrador las castigan con golpes como en otras partes. —Mire vd., *Sr. Soetens*, eso va en genios; me alegrára que viera vd. las tundas que las sacuden allá en España: allí el pastor ó el mozo de labranza que no tiene fuerzas para romper una buena vara de acebo sobre las costillas del animal no sirve para el oficio. Aquí miman vds. mucho á los animales. —Oh! eso no lo sabeís bien. Aun se mima mas á las abejas: porque otro de los ramos de la riqueza del país es la educacion de las abejas, en le cual se ocupan muchos cantones de las provincias de Over-Yssel, de la Gueldre, de la Holanda y la Zelandia; y aun la mejor miel es la que se coge aquí cerca de Amsterdam. ¿Quereís saber cómo se trasporta las abejas de una á otra provincia, para proporcionarles el necesario alimento? Como las abejas son enemigas del movimiento y de la inquietud, se conducen las colmenas sobre unas angarillas con muchísimo cuidado y con infinitas precauciones.

«Paréceme *Sr. Soetens*, que los ramos de riqueza de vds. no valen entre todos ellos un comino. Leche, miel, quesito, algun ganadillo..... en España sin tanto trabajo ni tantos arrumacos cogemos mucho pan, mucho vino, mucho aceite, tenemos muchos rebaños de ganado lanar y vacuno, mucho garbanzo, mucha perdiz, mucho pavo..... aquella es la tierra de Dios, *Sr. Soetens*; allí es el vivir.

Que la España es país mas fértil que el nuestro no os lo negaré yo, Sr. Tirabeque, si bien aquí se suple bien la falta de de pan con el arroz y la patata, la del vino con la cerbeza y con el anisete y el curazáo, que son muy afamados los de Holanda, y así de lo demas; el arte suple tambien en mucho á la naturaleza, á él debemos el coger los frutos en un país tan frio como este, con mas anticipacion que en otro alguno; y sobre todo, los artículos de que carecemos nos los proporcionamos á poca costa por medio de nuestros buques que nos traen facilmente las producciones, los artefactos, los objetos todos de